EL TALÓN DE HIERRO

Jack London

InfoLibros.org

SINOPSIS DE EL TALÓN DE HIERRO

El Talón de Hierro es una novela distópica, escrita por Jack London y publicada en 1908. Considerada por muchos una obra profética de lo que sería el fascismo y una crítica al sistema capitalista imperante. En la novela, London nos cuenta acerca de un régimen oligárquico y totalitario que gobernó durante 400 años.

En su último siglo, el sistema se vio conmocionado por revueltas de la clase obrera que cada vez se hacen más fuertes y relevantes. Se dividió, entonces, la sociedad en tres bandos: la oligarquía, el proletariado y los mercenarios. Estos últimos se ponían de un lado u otro según su conveniencia del momento. Finalmente, los constantes conflictos hicieron tambalear al Talón de Hierro.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

El Talón de Hierro por Jack London en InfoLibros.org

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: The Iron Heel author Jack London
- Portugués InfoLivros.org: O Calcanhar de Ferro autor Jack London
- Francés InfoLivres.org: Le Talon de Fer auteur Jack London

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites está página:

- +3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org

C A P Í T U L O I

Mi Águila

Una brisa suave de verano acaricia las secuoyas y mueve plácida- mente el agua de Wild-Water que cubre el musgo de las piedras. Brillan las alas de las mariposas bajo la luz del sol y suena por do- quier el zumbido monótono de las abejas. Sola, en medio de ese escenario tranquilo y amable, reflexiono, no sin cierta inquietud. Quizá sea esa paz, tan ajena a lo que se fragua ahora mismo en el mundo real, la que me inquieta. Todo parece tranquilo, pero es sólo la calma que precede a la tempestad. Aguzó el oído en espera te- merosa del brusco estallido de la tormenta. ¡Que no llegue tan pronto! ¡Que se demore1!

No es de extrañar mi inquietud. Pienso; no puedo dejar de pensar. He estado tan sumergida en el fragor de la lucha que ahora me siento agobiada ante este sosiego. Me resulta imposible apartar del pensamiento el torbellino de muerte y destrucción que se avecina. Siento aún en mis oídos los gritos de los afligidos, y puedo ver, de la misma forma en que lo viera en el pasado2, las heridas y mutila- ciones inferidas a esos cuerpos dulces y serenos, y las almas arran- cadas violentamente de esos cuerpos y arrojadas contra Dios. ¿Es así como nosotros, pobres mortales, alcanzamos nuestros fines?,

¿recurriendo a la masacre y a la destrucción para conseguir la feli- cidad de una paz duradera en la Tierra?

En esta soledad, cuando evito imaginar lo que de forma inminente va a sobrevenir, pienso en lo que no volverá a existir: en mi Águi- la; que batía incansable sus alas en el espacio etéreo, alzándose hacia lo que siempre consideró su sol, el ideal luminoso de la liber- tad humana. No puedo permanecer aquí sentada, esperando tran- quilamente el gran suceso, su obra póstuma, la que él no podrá ya contemplar; la epopeya a la que dedicó todo su quehacer y por la que acabó entregando su vida3.

Es por eso por lo que debo aprovechar esta espera angustiosa para escribir sobre mi esposo. Soy la única persona en el mundo que puede proyectar la suficiente luz sobre su personalidad, la que puede evitar que se difumine en las sombras un carácter tan noble. Era tal la grandeza de su alma que, cuando consigo mitigar el re- cuerdo de mi amor, el principal lamento es que no pueda estar aquí mañana para presenciar la nueva aurora. ¡No podemos fracasar! Su tenacidad y su meditado esfuerzo merecen el éxito. ¡Acabemos con el Talón de Hierro!, que se hunda y se libere la humanidad postra- da, ¡que se levante al unísono la masa trabajadora del mundo ente- ro! Nunca ha habido nada parecido en la historia de la humanidad. La solidaridad obrera está asegurada y

habrá, por primera vez, una revolución internacional a lo largo y ancho del mundo4.

Pensar en lo que se avecina desborda mi espíritu. Ha estado en mi mente día y noche de forma tan intensa que no abandona en ningún

momento mi pensamiento: no puedo pensar en mi marido sin pen- sar en ello. Si él fue el alma de la acción, ¿cómo podría yo separar ambas cosas en mi mente?

Como ya he dicho, sólo yo puedo aportar la luz necesaria para des- velar plenamente su personalidad. Son harto conocidos sus tre- mendos esfuerzos y sus padecimientos en pro de la libertad; pero nadie como yo, que durante veinte años he compartido cada día con él, puede dar idea de su esfuerzo, de su paciencia, de su infini- ta devoción por esa causa, una devoción que hace sólo dos meses lo llevó a entregar su vida.

Trataré de explicar de forma sencilla cómo Ernest Everhard llegó hasta mí, cómo nos encontramos por primera vez, su influjo para que llegara a convertirme en una parte de él, y los cambios prodi- giosos que operó en mi vida. De esta forma, a través de mis pala- bras, será posible verlo como yo lo vi y comprenderlo como yo llegué a hacerlo. Sólo omitiré algunos secretos demasiado íntimos para revelarlos aquí.

Lo conocí en febrero de 1912, cuando mi padre lo invitó5 a una cena en Berkeley. No puedo decir que mi primera impresión

fuera muy favorable. Era uno más entre los muchos invitados, y mientras esperábamos en la sala de recepción a que llegaran los demás, mostraba una apariencia un tanto extravagante. Era la «noche de los predicadores», tal como la llamaba familiarmente mi padre, y Ernest no pintaba nada en medio de esos clérigos.

En primer lugar, sus ropas no le sentaban nada bien. Vestía un traje oscuro de confección que se ajustaba a su cuerpo con cierta dificul- tad. En realidad, no le hubiera sentado bien ningún traje que no le hubieran hecho a su medida. Y esa noche pude ver por primera vez

cómo resaltaban sus músculos debajo del abrigo. Tenía un cuello ancho y firme, como el de un campeón de boxeo6. «Bueno», pensé,

«así que éste es el filósofo social, ex herrador de caballos, que mi padre ha descubierto. Realmente, por su aspecto, no puede negar su antigua profesión». Me pareció un prodigioso Blind Tom7 de la clase obrera.

Y fue entonces cuando estrechó mi mano. Fue un apretón firme y resuelto mientras sus ojos oscuros me miraban con aire audaz, de- masiado atrevido, pensé. Yo entonces vivía encerrada en un en- torno arraigadamente clasista y conservador. Si esa audacia se la hubiera permitido un hombre de mi clase social, hubiera sido una acción imperdonable.

Reconozco que no pude evitar apartar mi mirada de él, y me sentí muy aliviada cuando me alejé para saludar al obispo Morehouse, por quien sentía gran aprecio; un hombre amable y serio de mediana edad, un erudito que en su apariencia y bondad me recordaba a Cristo.

Pero este atrevimiento, que entonces me pareció presuntuoso y atrevido, era en realidad una característica vital de la personalidad de Ernest Everhard. Era sencillo, directo, no temía a nadie ni a na- da, y evitaba perder el tiempo en los convencionalismos sociales.

«Tú me gustabas —me comentó muy posteriormente—; y por qué no iba a alegrar mis ojos con una visión tan agradable». Ya he co- mentado que él no sentía temor por nada. Era un aristócrata nato a pesar de moverse en un terreno tan contrario al de ese estamento. Era un superhombre, era la espléndida bestia rubia descrita por Nietzsche8, y era además, un ardiente demócrata.

Dedicada a atender al resto de los invitados, y quizá por la desfa- vorable impresión que me había causado, me olvidé del filósofo de la clase obrera, aunque a lo largo de la cena reparé una o dos veces

en él, especialmente en el brillo de sus ojos cuando prestaba aten- ción a los comentarios de alguno de los clérigos. «Parece un hom- bre divertido», pensé, y comencé a perdonar el

desaliño de su ves- timenta. La noche avanzaba, la cena llegaba a su fin y él no decía ni una palabra, mientras que los ministros hablaban continuamente sobre la Iglesia y sus relaciones con la clase obrera, magnificando lo que ésta había hecho y seguía haciendo por los trabajadores. Noté que mi padre parecía molesto por el mutismo de Ernest. Aprovechando una pausa en la charla, mi padre lo invitó a que hi- ciera algún comentario, pero Ernest se encogió de hombros y res- pondió lacónico «No tengo nada que decir», mientras seguía mas- ticando almendras tostadas.

Mi padre no cedió, y esperó una pausa para comentar:

—Tenemos aquí entre nosotros a un miembro de la clase trabaja- dora. Estoy seguro de que podría enfocar estas cuestiones bajo un punto de vista diferente, quizá de una forma más novedosa. Seño- res, tengo el placer de presentarles al señor Everhard.

Todos parecieron mostrar un amable interés, y pidieron a Ernest que expusiera sus puntos de vista. La atención de los invitados, exageradamente cortés y tolerante, le debió de parecer simple con- descendencia. Lo miré y creí descubrir que no lo estaba pasando mal, incluso que se estaba divirtiendo. Lanzó una mirada lenta so- bre los invitados y pude adivinar una sonrisa chispeando en sus ojos.

—No estoy muy versado en los protocolos de las controversias eclesiásticas — comenzó, aparentando cierto embarazo e indeci- sión.

—Continúe —lo alentaron todos. El doctor Hammerfield añadió—

: No nos importa que sus opiniones sean acertadas o no. Lo impor- tante es que sean sinceras.

—Entonces, ¿para ustedes sinceridad y verdad son categorías dife- rentes? — replicó Ernest con una risa breve.

El doctor Hammerfield pareció algo desconcertado con la réplica, pero continuó enseguida:

—Todos podemos equivocarnos, joven, incluso los más prepara- dos.

La actitud de Ernest cambió bruscamente, pareció transformado en otro hombre.

—De acuerdo —prosiguió—; para empezar, permítanme decirles que están todos ustedes equivocados. Ustedes no saben nada, nada de nada sobre la clase trabajadora. Su sociología es tan falsa e inú- til como la metodología de sus razonamientos.

Más impactante que sus palabras fue el tono con que las expresó. Yo me estremecí ante el sonido de su voz. Era tan decidida como su mirada. Fue una llamada clara y potente que sacudió mi ser. Todos se irguieron en sus asientos, y cesó como

por ensalmo la monotonía y somnolencia imperante hasta ese momento.

—¿Cuáles son, para usted, joven, esos errores profundos que inva- lidan nuestros razonamientos? —replicó el doctor Hammerfield con manifiesta irritación en el tono y en sus gestos.

—Ustedes son metafísicos, y no podrán llegar a ninguna parte a través de la metafísica, porque cualquier aseveración metafísica puede ser negada, sin más, por otra consideración metafísica. Son ustedes unos anarquistas del pensamiento. Tienen todos ustedes una concepción idealizada del mundo. Viven en un cosmos que han creado a medida de sus fantasías y de sus deseos. No saben en qué mundo viven. Su pensamiento está muy lejos de la realidad, consiste únicamente en quimeras y razonamientos aberrantes.

»¿Saben lo que me recordaban cuando les oía hablar y hablar? Me recordaban al mundo escolástico medieval, cuando los monjes de- batían fervorosamente la importante cuestión de cuántos ángeles podían danzar sobre la punta de un alfiler. Porque, queridos seño- res, están ustedes tan lejos de la vida intelectual del siglo XX como los primitivos chamanes indios que hace diez mil años realizaban curaciones mágicas.

A medida que hablaba, Ernest se mostraba más y más apasionado, brillaba su rostro, chispeaban sus ojos y su mentón se proyectaba hacia delante mostrando su firmeza. Era su

forma de ser, esa acti- tud con la que conseguía siempre desarmar a sus interlocutores.

Sus palabras solían caer como mazazos sobre ellos, haciéndoles olvidar las formas más corteses de sus discursos. Y es lo que suce- dió aquella vez. El obispo Morehouse se irguió, prestando toda su atención a Ernest, mientras la cara del doctor Hammerfield enroje- cía manifestando su ira y exasperación. Todos mostraban sensa- ciones de desconcierto, aunque algunos sonrieran con aires de sufi- ciencia condescendiente. Yo me encontraba muy a gusto, aunque miraba de soslayo a mi padre con la aprensión de que en algún momento fuera a mostrar su entusiasmo ante los efectos de la bomba humana que había arrojado sobre todos nosotros.

—Sus palabras suenan algo vagas —interrumpió el doctor Hammerfield—. ¿Qué quiere usted decir cuando nos llama metafísicos?

—Les llamo metafísicos porque razonan de forma metafísica —

continuó Ernest

—. Sus razonamientos son lo más opuesto a los del método científi- fico. No llevan a ninguna conclusión válida. Pueden afirmar algo y su contrario. Es imposible que lleguen ustedes a una postura co- mún sobre cualquier punto. Cada uno de ustedes se inventa una concepción del mundo con lo que en ese momento tiene en la ca- beza. Intentar esa construcción sin

buscar los elementos fuera de ustedes es como si trataran de elevarse tirando de las lengüetas de sus botas.

—No le comprendo —dijo el obispo Morehouse—. Yo creo que todo lo que se forja en la mente es metafísico. La ciencia más exac- ta y formal, la matemática, es puramente metafísica. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que todos y cada uno de los procesos mentales que llevan a cabo los científicos son metafísi- cos.

—Efectivamente no ha comprendido usted nada —replicó Ernest—. Los metafísicos razonan por deducción, a partir de su pro- pia subjetividad, mientras que los científicos utilizan el método inductivo contando con los hechos comprobados por la experien- cia. Los metafísicos parten de la teoría hacia los hechos, mientras que el razonamiento científico nace de los hechos para establecer sus teorías. Los metafísicos conciben el universo a partir de sus propios juicios, los científicos establecen sus juicios a partir del

universo.

—Gracias a Dios, no somos científicos —ironizó el doctor Hammerfield, comprensivo.

—¿Qué son entonces ustedes? —preguntó Ernest.

—Filósofos.

—Acabáramos —rió Ernest—. Han abandonado la tierra sólida y real y se han elevado en el aire utilizando las palabras como una máquina voladora. Vuelvan por favor a la Tierra y díganme exac- tamente qué entienden ustedes por filosofía.

—La filosofía es… (el doctor Hammerfield hizo una pausa para aclarar su garganta) algo difícil de definir de forma comprensiva excepto para los espíritus y naturalezas filosóficas. El científico que no saca sus narices de las probetas no puede llegar a entender la filosofía.

Ernest ignoró la puya y respondió a su adversario como solía ha- cerlo en estos casos, con una sonrisa amable y un tono de voz amistoso.

—Siendo así, creo que comprenderá usted perfectamente la defini- ción que voy a hacer de la filosofía. Pero antes, le ruego que señale directamente los errores que encuentre en mi definición o que guarde si no un silencio metafísico. La filosofía es simplemente la más vasta de todas las ciencias. Su método de raciocinio es el mismo de cualquier ciencia específica y el de todas ellas. Y es a través de ese método racional, el método inductivo, por el que la filosofía aglutina todas las demás ciencias en una gran ciencia. Como dice Spencer, los datos que reúne cualquier ciencia repre- sentan sólo conocimiento parcial. La filosofía, por el contrario, es capaz de unificar todos los conocimientos que proporcionan las ciencias particulares. La filosofía es la ciencia de las ciencias, la ciencia por antonomasia, si así lo prefiere.

¿Qué piensa usted de mi definición?

—Verosímil y aceptable —murmuró el doctor Hammerfield, aunque no parecía demasiado convencido.

Pero Ernest prosiguió implacable.

—Atención —advirtió—. Mi definición es letal para la metafísica. Si no es usted capaz de descubrir ahora los fallos de mi razonamiento, quedará desautorizado para proseguir con sus argumentos metafísicos; lo que lo obligará a seguir buscando esos fallos a lo largo de su vida, guardando un silencio metafísico hasta que los encuentre.

Ernest permaneció expectante, mientras un pesado silencio cubría la sala. El doctor Hammerfield parecía desconcertado y un tanto abatido. Sin duda, lo había descolocado el ataque fulgurante de Ernest. No estaba acostumbrado a ese método de discusión tan simple y directo. Miró hacia el resto de los invitados en petición de ayuda, pero nadie dijo nada. Me pareció que mi padre trataba de usar la servilleta para ocultar su risa.

—Hay otra forma para descalificar a los metafísicos —prosiguió Ernest tras percibir el mutismo desconcertado del doctor—. Júzguenlos por sus obras. ¿Qué han hecho ellos por la humanidad aparte de airear sus fantasías y convertir sus propias sombras en dioses? Reconozco que pueden quizás haber alegrado algunas al- mas, pero ¿qué bienes tangibles han proporcionado

a la humani- dad? Han filosofado, si me permiten el uso indebido del término, sobre el corazón como centro de todas las emociones, mientras que los científicos, por su parte, describían la circulación de la sangre en el cuerpo humano. Los metafísicos predicaban que las pestes y las hambrunas eran designios de Dios, mientras que los científicos construían silos y trazaban el alcantarillado en las ciudades. Mien- tras aquéllos fabricaban dioses a la medida de sus deseos, los cien- tíficos construían carreteras y puentes. Los metafísicos describían la Tierra como el centro del universo mientras los científicos des- cubrían América y, estudiando el movimiento de las estrellas, esta- blecían las leyes que rigen el universo. Conclusión: los metafísicos no han hecho absolutamente nada por la humanidad. Paso a paso han tenido que retroceder en su ideario ante los avances de la cien- cia. A medida que la ciencia muestra con hechos comprobables la falsedad de sus creencias subjetivas, los metafísicos proponen nue- vas explicaciones sobre todos esos hechos ya comprobados. Y me

temo que seguirán haciéndolo así por los siglos de los siglos. Seño- res, un metafísico es un curandero. Entre ustedes y los esquimales que inventaban dioses cubiertos de pieles y que engullían grasa de ballena media, lo quieran o no, la diferencia es de unos cuantos miles de años de certezas científicas.

—Sin embargo, el pensamiento de Aristóteles ha reinado en Euro- pa a lo largo de doce siglos —replicó pomposo el doctor Balling- ford—; y Aristóteles era un metafísico.

El doctor Ballingford recorrió la mesa con su mirada para recoger los gestos de asentimiento de sus colegas.

—Me parece poco afortunada su referencia a ese periodo tan pri- mitivo de la historia de la humanidad —replicó Ernest—, un tiem- po que denominamos oscurantista. Un tiempo en el que la ciencia era una cautiva de los metafísicos, en el que la física y la química buscaban la piedra filosofal, y la astronomía se confundía con la astrología. ¡Hasta ahí llegaba el pensamiento de Aristóteles!

El doctor Ballingford, que parecía un tanto azorado, se animó a responder a Ernest:

—A pesar del sombrío panorama que nos ha dibujado, la metafísi- ca fue capaz de sacar a la humanidad de ese periodo oscurantista y conducirla a estos tiempos más brillantes.

—La metafísica no tuvo nada que ver con eso —replicó Ernest.

—¡Cómo que no! —saltó airado el doctor Hammerfield—. ¿Acaso no fue el pensamiento especulativo el que nos llevó a descubrir nuevos mundos?

—Estimado doctor —sonrió Ernest—, lo consideraba ya fuera de la controversia por no haber sido capaz de encontrar ninguna fisura en mi razonamiento, su postura me resulta bastante

insustancial; pero ustedes, los metafísicos, son así y por ello lo disculpo. No, repito, la metafísica no tuvo nada que ver con todo eso; fueron el pan y la mantequilla, las sedas y las joyas, el dinero e, incidental- mente, el bloqueo de las rutas terrestres hacia la India los que lle- varon al descubrimiento de otros mundos. La caída de Constanti- nopla, en 1453, causó que los turcos impidieran el paso de las ca-

ravanas hacia el Oriente, y obligó a los comerciantes europeos a buscar nuevas rutas. Ésa fue la causa principal de los viajes del descubrimiento que condujo a Cristóbal Colón a buscar una nueva ruta a la India. Cualquier manual de historia confirma estas teorías. Esos descubrimientos sirvieron, además, para determinar con ma- yor precisión la naturaleza, la forma y el tamaño de la Tierra, co- rroborando todo lo intuido en el sistema ptolomeico.

El doctor Hammerfield gruñó desdeñoso.

—Veo que no está de acuerdo conmigo —prosiguió Ernest—, pero dígame en qué estoy equivocado.

—Simplemente, estoy absolutamente seguro de mi postura — respondió cortante el doctor—, pero se trata de un tema demasiado extenso para exponerlo ahora aquí.

—Ningún asunto puede resultar demasiado extenso para un hom- bre de ciencia — replicó Ernest en tono conciliador—. Así

es co- mo la ciencia consigue sus logros. Así es como se descubrió Amé- rica.

No es mi intención describir todo lo que se habló durante la velada, aunque recuerdo con gran placer cada detalle, todo lo hablado en aquel primer encuentro con Ernest Everhard.

Los ánimos se enardecieron según avanzaba la disputa y los rostros de los clérigos mostraron su excitación, sobre todo cuando Ernest los tachó de filósofos románticos, de manipuladores de sombras, o de cosas por el estilo. Y siempre los remitía a los hechos. «¡He- chos, señores, exijo hechos irrefutables!», —clamaba cada vez que conseguía desarbolar a cualquiera de ellos. Los desafiaba con los hechos, con ellos tendía sus emboscadas y atacaba sus flancos.

—Es usted un adorador de los hechos —respondió burlón el doctor Hammerfield.

—No hay más Dios que los «hechos», y el señor Everhard es su profeta — parafraseó el doctor Ballingford.

Ernest asintió sonriente.

—Soy como los tejanos. —Y ante la perplejidad que causó esta

afirmación, añadió—: Sí, los de Misuri dicen siempre: «Me lo tie- nes que mostrar», mientras que el tejano dice categórico: «Me lo tienes que poner en la mano», confirmando, así, que él no es un metafísico.

En un momento en el que Ernest dijo que los filósofos metafísicos eran incapaces de resistir la prueba de la verdad, el doctor Ham- merfield le inquirió bruscamente:

—¿En qué consiste para usted la prueba de la verdad, jovencito?

¿Sería usted tan amable de explicarnos eso que tanto ha revolotea- do en cabezas más sabias que la suya?

—Por supuesto —respondió Ernest, consiguiendo irritarlos aún más con su aplomo—. Los sabios han dado tantas vueltas inútiles alrededor de la verdad, porque la buscaban en el aire; no la busca- ban en tierra firme, que es donde sin duda la hubieran encontrado.

¡Ay! Si la hubieran buscado en cada uno de sus pensamientos y de sus actos cotidianos.

—La prueba, la prueba —requirió, impaciente, el doctor Hammer- field—. Déjese de preámbulos, y muéstrenos lo que durante tiempo hemos buscado: la prueba de la verdad. Díganos en qué consiste, y nos convertiremos en dioses.

Las palabras, poco amables, y el tono burlón del doctor parecieron agradar secretamente a la mayoría del auditorio, con la excepción del obispo Morehouse, cuyo rostro mostraba cierto disgusto.

—El doctor Jordan9 lo expresó claramente —continuó Ernest—. Su prueba de la verdad es: ¿funcionará? ¿Confiaría usted su vida a ella?

—¡Pse! —respondió desdeñoso el doctor Hammerfield—. Usted no ha considerado en ningún momento la vigencia de las teorías del obispo Berkeley10.

—El más noble de todos los metafísicos —rió Ernest—. Pero su ejemplo no es muy afortunado. Como el propio Berkeley ha reco- nocido, su metafísica no es válida.

El doctor Hammerfield estaba furioso, completamente colérico, y miraba a Ernest como si lo hubiera atrapado infraganti en un em- buste o en una pequeña fechoría.

—¡Joven! —tronó su voz—. Esa declaración está en consonancia con todo lo que ha proferido esta noche. Es una afirmación absolu- tamente innoble e injustificada.

—Me siento totalmente derrumbado —murmuró suavemente Er- nest—. El problema es que desconozco lo que me ha hundido. Tendrá usted que exponerlo ante mis ojos, doctor.

—Lo haré, lo haré —farfulló el doctor Hammerfield—. ¿De dónde ha sacado usted que el obispo Berkeley haya negado sus teorías metafísicas? No tiene usted, jovencito, ninguna prueba de ello. Por el contrario conservan todo su crédito y vigencia.

—Considero como prueba que las teorías de Berkeley no son váli- das porque — Ernest hizo una breve pausa—, porque Berkeley convirtió en práctica habitual atravesar las puertas en lugar de las paredes. Porque confió su supervivencia al tangible pan y a la man- tequilla, y también al asado de buey. Porque él se afeitaba con una navaja que funcionaba y eliminaba los pelos de su barba.

—¡Pero eso son hechos reales! —gritó el doctor Hammerfield—. La metafísica corresponde a la mente.

—¿Y no funcionan… en la mente? —preguntó Ernest en tono amable. Los otros asintieron con la cabeza.

—Incluso una multitud de ángeles podrían danzar en la punta de un alfiler… en la mente —continuó Ernest—. Y cualquier dios cubierto con pieles y devorador de grasa de ballena puede existir, realizarse… en la mente; y no tenemos ninguna prueba en contra… en la mente. ¿He de suponer, doctor, que su vida también transcu- rre en la mente?

—Mi mente es mi reino —fue la respuesta del clérigo.

—Ésa es otra forma de decir que vive usted en el aire, pero estoy seguro de que regresa a la tierra a la hora de comer, o cuando hay un terremoto. O ¿dígame, doctor, no le asusta que si hubiera un terremoto, su cuerpo inmaterial pudiera sufrir el impacto de un ladrillo virtual?

Rápida e instintivamente, el doctor llevó su mano a la cabeza para cubrir una cicatriz tapada por su cabello. Pareció que el ejemplo de Ernest incidía en algún percance del pasado del doctor. En efecto, el doctor Hammerfield estuvo a punto de morir cuando, durante el Gran Terremoto11, se derrumbó sobre él una chimenea. El comen- tario hizo que estallara la carcajada entre todos los asistentes.

—¿Y bien? —preguntó Ernest cuando acabaron las risas— ¿Prue- bas en contra?

—Nuevamente, el silencio fue la respuesta—. Es un argumento interesante el suyo, doctor, pero no sirve a nuestro caso.

El doctor Hammerfield pareció momentáneamente abatido, pero el campo de batalla se amplió en otras direcciones. Punto por punto, Ernest fue desafiando a todos los ministros. Cuando afirmaban conocer a la clase trabajadora, les respondía con aspectos de esa clase de los que no tenían ni idea, y los animaba a rebatirle. Les ofrecía hechos, siempre hechos. Criticaba sus excursiones etéreas y los obligaba a volver a poner sus pies en la tierra.

¡Cómo recuerdo aquella velada! Aún suena en mis oídos el tono belicoso de su voz, abrumándolos con su exposición de lo real. Cada vez que exponía un hecho, era como una vara de mimbre que los golpeaba sin piedad una y otra vez. No aceptó ningún cuartel12 en su disputa, ni tampoco lo ofreció. Nunca olvidaré la apabullante oratoria con que acabó su exposición.

—Ustedes han confesado repetidamente esta noche, bien expresa- mente o con su silencio, que no tienen ni idea sobre la clase traba- jadora, pero no les voy a reprochar su ignorancia. ¿Cómo podrían saber ustedes algo sobre esa clase social? Ustedes viven en mundos muy alejados de ella. Se agrupan en los lugares donde reside la clase capitalista. ¿Por qué no? Al fin y al cabo es esa clase la que les paga, la que los mantiene, la que coloca sobre sus espaldas los costosos trajes que visten esta noche. Y como pago a esas preben- das, ustedes predican a sus benefactores las virtudes metafísicas que más agradan a sus oídos, sobre todo aquellas que no amenazan el orden social establecido.

Ante esas palabras, se percibió un rumor de desacuerdo en la mesa.

—Señores, no estoy poniendo en duda su sinceridad —continuó Ernest—, creo que son ustedes sinceros. Ustedes predican aquello en lo que creen. Ahí radica su valía y su refuerzo… para la clase capitalista. Pero si llegaran ustedes a cambiar sus creencias por otras que amenazaran el orden establecido, su discurso resultaría inaceptable para sus sustentadores, y los despedirían13.

Pareció que esta vez no había disenso. Todos aceptaron sus pala- bras en silencio excepto el doctor Hammerfield, que respondió:

—Sólo cuando su pensamiento es equivocado se les obliga a dimi- tir.

—Lo cual es otra forma de decir que cuando deciden pensar, su actitud resulta inaceptable —respondió Ernest—, así pues, continúen predicando y ganen su sustento pero, por el amor de Dios, dejen tranquila a la clase trabajadora. Conserven la suavidad de sus manos, porque son otras manos las que trabajan para ustedes. Si- gan alimentando sus orondos estómagos (en ese momento, el doc- tor Ballingford hizo una mueca de disgusto, a la vez que los ojos de los demás se posaban en su voluminosa barriga. Se decía que hacía muchos años que no conseguía verse los pies), dado que su pensamiento consiste simplemente en un conjunto de doctrinas

tendentes a mantener el orden establecido, son solamente unos mercenarios (mercenarios muy sinceros, sin duda) como los de la Guardia Suiza14. Manténganse leales a quienes los sustentan, de- fiendan en sus prédicas los intereses de sus patrocinadores, pero no intenten actuar de falsos defensores de la clase trabajadora. No podrían trabajar de forma sincera en los dos campos. La clase tra- bajadora no los necesita; puede llevar adelante su lucha mejor sola que con su ayuda.

C A P Í T U L O II

Los desafíos

Tan pronto como salieron los invitados, mi padre se derrumbó en un sillón y estalló en carcajadas. No lo había visto reír de esa for- ma desde antes de que muriera mi madre.

—Apostaría a que el doctor Hammerfield no se había enfrentado a nada semejante en toda su vida —dijo sin dejar de reír—, a nada que no fueran las plácidas controversias eclesiásticas. ¿Te diste cuenta de cómo Everhard comenzó a hablar como un corderito para acabar rugiendo como un león? Su talento y la disciplina de su discurso hubieran hecho de él un magnífico científico si hubiera aplicado sus energías en ese campo.

No es preciso decir el enorme interés que empecé a sentir por Everhard. No se trataba solamente de lo que dijo y de cómo lo dijo, sino de él mismo. Nunca me había tropezado con un hombre como él. Quizá por ello, y a pesar de haber cumplido ya veinticuatro años, seguía soltera. Me gustaba; no tuve más remedio que confe- sármelo. Mi atracción hacia él no residía sólo en su inteligencia o forma de argumentar; también me atraían sus músculos prominen- tes y su cuello de boxeador, pero por encima de todo me agradaba su ingenuidad juvenil. Sentí que bajo la capa del aventurero ro- mántico se escondía

un espíritu sensible, aunque el criterio que regía mis juicios era simplemente la intuición femenina.

Hubo algo en aquel toque de clarín que llegó profundo a mi cora- zón. Todavía resuena en mis oídos, y mi mayor deseo sería volver a oírlo, al igual que desearía ver otra vez la chispa irónica en sus ojos, que desmentía la seriedad y la impasibilidad de su rostro. Eran muchos más los sentimientos que bullían dentro de mí. Creo que sentí algún tipo de enamoramiento, aunque estoy segura de que si no lo hubiera vuelto a ver, me habría olvidado fácilmente de él.

Pero el destino había marcado que volviera a encontrarlo. La nueva afición de mi padre por la sociología y las invitaciones a las vela- das nocturnas en nuestra casa facilitaron nuevos encuentros. Papá no era un sociólogo. En su matrimonio con mi madre habían sido muy felices, y también se había mostrado muy satisfecho en las investigaciones dentro de su ciencia vocacional: la física; pero cuando mi madre murió, ese trabajo no pudo llenar su hueco. Tras quedarse viudo, comenzaron sus escarceos en la filosofía, intere- sándose cada vez más por ella, así como por la economía y la so- ciología. Tenía un profundo sentido de la justicia y pronto sintió un gran deseo de remediar las injusticias. Me agradaba la forma en que estaba cambiando su vida, aunque no podía imaginar entonces hasta dónde iría a parar todo aquello. Con el entusiasmo de un mu- chacho, se

sumergió en los nuevos estudios sin preocuparse de adónde le conducirían.

Acostumbrado a trabajar en su laboratorio, convirtió ahora el co- medor en un laboratorio sociológico. A esta nueva sala de ensayos acudieron a cenar hombres de todo nivel y condición: científicos, políticos, banqueros, comerciantes, profesores, líderes sindicales, socialistas y anarquistas. Mi padre los animaba a exponer sus pun- tos de vista y analizaba sus opiniones sobre la vida y la sociedad.

Mi padre había conocido a Ernest poco antes de la «noche de los predicadores». Aquella noche, cuando se marcharon los invitados, me explicó cómo fue su encuentro. Ocurrió una tarde en que mi padre volvía a casa caminando y se paró a escuchar a un hombre que, encima de un cajón, se dirigía a un grupo numeroso de traba- jadores. El hombre del cajón era Ernest, y no es que fuera un sim- ple charlatán callejero, puesto que no sólo participaba ya en los congresos del Partido Socialista sino que era uno de sus líderes, un reconocido líder en la filosofía socialista. Tenía gran facilidad para exponer los temas más complejos en un lenguaje sencillo, era un educador nato, y no le importaba en absoluto subirse a un cajón para dar lecciones de economía política a los trabajadores.

Mi padre se paró a escucharlo, se fue interesando por su discurso y finalmente concertaron una cita. Tras el nuevo encuentro, mi pa- dre, sabiendo ya algo más sobre él, lo invitó a la cena de los cléri-

gos. Fue, pues, después de esa cena cuando mi padre me comentó lo poco que sabía sobre Ernest; solamente que había nacido en el seno de una familia de clase obrera, los Everhard, establecida en América desde hacía más de dos siglos15.

A los diez años fue a trabajar a una fábrica, y posteriormente aprendió el oficio de herrador. Era autodidacta, había aprendido por sí mismo francés y alemán, y cuando nos conocimos ganaba un poco de dinero traduciendo trabajos científicos y filosóficos para una precaria editorial de Chicago. Añadía otros ingresos con los derechos de las escasas ventas de sus trabajos sobre economía y filosofía.

Fue todo lo que supe de él antes de irme a la cama, donde perma- necí largo rato despierta mientras sonaba aún en mis oídos el soni- do de su voz y, a la vez, cierta inquietud invadía mis pensamientos.

¡Era tan distinto de los hombres de mi entorno!, tan extraño y tan firme. Su personalidad me subyugaba, pero me asustaba al mismo tiempo, y en mis fantasías llegaba a considerarlo mi amante, mi marido. Siempre había oído que los hombres con mucho carácter resultan muy atractivos a las mujeres, pero el suyo era demasiado fuerte.

«¡No, no! —me decía a mí misma—. No puede ser, es absurdo», pero por la mañana me despertaba con el anhelo de volver a verlo, de ver cómo se enfrentaba a los otros en las polémicas, el

tono vi- brante de su discurso; comprobar que la firmeza y certidumbre de sus argumentos sacudían a los contrincantes y los obligaba a salir de sus trilladas creencias. ¿Qué importaba que apareciera como un atrevido provocador? Utilizaré sus frases preferidas: «Funciona»,

«Produce los efectos deseados». Y detrás de su fanfarronería había algo importante: era capaz de imbuir en los demás el entusiasmo previo a las batallas.

Pasaron varios días durante los cuales leí los libros de Ernest que me prestó mi padre. Escribía igual que hablaba, era claro y convin- cente. La sencillez de su exposición llevaba a superar las dudas que

uno pudiera tener. Era un magnífico maestro. Había, a pesar de ello, algo que me molestaba, y era la exagerada importancia que concedía a lo que él llamaba la lucha de clases, el antagonismo entre el trabajo y el capital, ese conflicto de intereses.

Mi padre me comentó con regocijo el juicio que el doctor Hammerfield hizo de Ernest; dijo que se trataba de «un jovencito inso- lente, cargado de suficiencia y con un bagaje cultural inadecuado», y que por su parte declinaba tener nuevos encuentros con él.

Sin embargo, el obispo Morehouse pareció más interesado tras aquel primer encuentro, y expresó su deseo de volver a reunirse

con Ernest. «¡Un joven de principios firmes!», dijo de él, «¡lleno de vida!, aunque demasiado seguro de sí mismo».

Ernest llegó una tarde acompañando a mi padre. El obispo ya esta- ba en casa, y tomábamos el té en el porche. Por cierto, la prolonga- da estancia de Ernest en Berkeley se debía a que recibía clases es- peciales de biología en la universidad y al hecho de estar trabajan- do febrilmente en un nuevo libro: Filosofía y Revolución16.

El porche pareció achicarse cuando apareció Ernest. No porque fuera demasiado alto —medía sólo cinco pies y nueve pulgadas—, sino porque parecía agrandar la atmósfera con su presencia. Cuan- do se detuvo para saludarme, pareció mostrar una ligera inseguri- dad que no correspondía con el brillo de sus ojos, ni con la mano con que apretó la mía en su saludo. Inmediatamente, su mirada recobró la seguridad y la firmeza habituales en él, y me pareció que había algo escondido en aquella mirada, quizá porque, al igual que en el primer encuentro, la mantuvo demasiado tiempo.

—He estado leyendo su «Filosofía de la clase trabajadora» — dije, y parecieron alegrarse sus ojos.

—Confío en que habrá tenido en consideración la audiencia a la que va dirigida.

—Sí. Y quizá por ello creo que vamos a tener una discusión usted

y yo —dije retadora.

—También yo quiero pelear con usted, señor Everhard —dijo el obispo Morehouse.

Ernest encogió los hombros en un gesto amable y aceptó una taza de té. El obispo me cedió el turno con una ligera inclinación.

—Usted fomenta el odio entre las clases —dije—. Toda su teoría exagera la marginación de la clase trabajadora, así como el resen- timiento social. El odio de clase es antisocial y creo que antisocia- lista.

—Me declaro no culpable —respondió—. El odio de clase no figu- ra ni en el texto ni el espíritu de nada que yo haya escrito.

—¡Vamos! —exclamé en tono de reproche, mientras alcanzaba el libro y empezaba a hojearlo.

Ernest tomaba sorbitos de té y me sonreía mientras yo pasaba las páginas de su libro.

—Página 132 —comencé a leer en voz alta—: «La lucha de clases, por lo tanto, está presente en el actual estadio del desarrollo social entre quienes pagan los salarios y quienes los reciben».

Lo mire con aire de triunfo.

—No se menciona ahí para nada el odio de clases —me respondió sonriente.

—Bueno, es usted quien habla de «lucha de clases».

—Algo muy diferente a «odio de clases» —replicó—. Y, créame, nosotros no fomentamos ningún odio; simplemente decimos que la lucha de clases es una ley del desarrollo social. No somos respon- sables de ello. Nosotros no hemos creado la lucha de clases, sim- plemente la explicamos, como Newton explicaba la ley de la gravi- tación universal. Explicamos el conflicto de intereses que produce esa lucha de clases.

—Pero no debería haber ningún conflicto de intereses —repliqué excitada.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —respondió—. Ése

es nuestro objetivo, el de los socialistas: la abolición del conflicto de intereses. Si me disculpa le leeré un extracto del libro —tomó el libro y fue algunas páginas hacia atrás—. Página

126: «El ciclo de la lucha de clases que comenzó con la disolución del primitivo comunismo tribal y el advenimiento de la propiedad privada terminará con la fusión de esa propiedad privada en el seno global de la existencia social».

—No estoy de acuerdo con usted —irrumpió el obispo en la polé- mica con una leve agitación en sus gestos que traicionaba su tradi- cional rostro ascético y pálido—. Sus premisas son falsas, no existe tal conflicto entre el capital y el trabajo… o mejor, no debería ha- berlo.

—Gracias —respondió Ernest con tono serio—, pero su última frase sirve para confirmar mis premisas.

—Pero ¿por qué debería existir ese conflicto? —añadió acalorado el obispo.

—Porque está en nuestra naturaleza —respondió Ernest encogien- do levemente los hombros.

—¡No nos han creado así! —dijo exaltado el obispo.

—¿Está usted planteándose el hombre ideal —le preguntó Er- nest—, generoso y semejante a Dios, y tan escaso que podríamos decir que prácticamente no existe, o se refiere acaso al hombre ordinario, al más común de los humanos?

—Al hombre común y ordinario —fue la respuesta.

—¿Que es débil y falible, propenso al error? El obispo Morehouse asintió con la cabeza.

—¿Mezquino y egoísta? Volvió a asentir el obispo.

—¡Atención!, dije egoísta.

—El común de los hombres es egoísta —afirmó el obispo seguro de sus palabras.

—¿Es insaciable, lo quiere todo?

—Así es, lo desea todo; algo tan cierto como deplorable.

—Entonces, ha entrado usted en mi campo —dijo Ernest proyectando su mandíbula hacia delante—. Déjeme seguir… Tenemos un hombre que trabaja en la compañía de tranvías.

—No podría trabajar si el capital no hubiera creado ese consorcio

—interrumpió el obispo.

—Exacto, y convendrá usted en que ese capital peligraría si no hubiera una mano de obra que le procurara dividendos.

El obispo permaneció silencioso.

—¿No está de acuerdo? —insistió Ernest. Asintió el obispo finalmente.

—Entonces nuestros argumentos se anulan entre sí —dijo Ernest en un tono realista— y nos encontramos donde estábamos. Comencemos de nuevo: nuestro hombre pone su trabajo para la com- pañía de tranvías. Los accionistas ponen el capital. Debido al es- fuerzo conjunto de los trabajadores y del capital se producen bene- ficios17. Esos beneficios se dividen entre los dos: la parte del capi- tal se llama «dividendos» y la del trabajo «salarios».

—Magnífico, y no veo ninguna razón para que ese reparto no sea justo y amistoso —dijo, más animado, el obispo.

—Parece que olvida usted que habíamos llegado a un punto de acuerdo —replicó Ernest—. Habíamos convenido en que el hombre común es egoísta por naturaleza. Es como es. Pero usted se

ha elevado a las alturas y ha establecido una diferencia entre cómo deberían ser los hombres y cómo son en la realidad. Pero ponga- mos los pies en la tierra: los trabajadores, egoístas, pretenden lle- varse todo lo que puedan en ese reparto; los capitalistas, no menos egoístas, querrían la mayor parte de los beneficios. Cuando los bienes son limitados y dos hombres pretenden llevarse cada uno la mayor parte de esos bienes, es cuando surge el conflicto de intere- ses. Ése es el conflicto entre el trabajo y el capital. Y es un conflic- to irreconciliable. Mientras existan capitalistas y trabajadores, siempre mantendrán su lucha por ese reparto. Si se encontrara us-

ted en San Francisco esta tarde se vería obligado a caminar; todos los tranvías están parados.

—¿Otra huelga18? —preguntó alarmado el obispo.

—En efecto. Las dos partes están discutiendo sobre el reparto de los beneficios de la compañía.

El obispo Morehouse pareció excitado.

—¡Es un error! Pero cómo pueden ser tan cortos de miras esos

tranviarios. Cómo creen que van a contar así con nuestro apoyo…

—¿Si nos obligan a ir a pie? —concluyó Ernest el comentario del obispo. El obispo ignoró la puya y prosiguió:

—Esos tranviarios tienen un punto de vista muy limitado. Los hombres deben portarse como personas, no como bestias. Ahora habrá violencia y muertes, viudas sollozantes y huérfanos. El capi- tal y el trabajo deben aunar esfuerzos para su beneficio mutuo.

—Bueno, parece que ha vuelto usted a las alturas —replicó Ernest con cierta amargura—. Vuelva a la tierra y recuerde que convini- mos en que el hombre común es egoísta.

—Pero no debería serlo —dijo compungido el obispo.

—En eso estoy de acuerdo con usted —replicó Ernest, pero seguirá siendo egoísta mientras siga viviendo en un sistema social basado en la ética depredadora de los cerdos.

El obispo parecía azorado por el comentario, mientras que mi pa- dre ahogaba su risa.

—Sí. La ética de los cerdos —continuó Ernest, implacable—. Ésa es la del sistema capitalista y ésa es la que su Iglesia apoya, la que

usted predica cada vez que sube a su púlpito. ¡La ética de los cer- dos! No se me ocurre otro nombre mejor.

El obispo Morehouse se volvió buscando ayuda en mi padre, pero sólo pudo ver cómo papá asentía con la cabeza mientras sofocaba su risa.

—Me temo que el señor Everhard tiene razón —intervino mi padre—. Laissez faire, la política de que cada uno coja lo que pueda y que el diablo se lleve el resto. Como bien dijo el señor Everhard la otra noche, su función como hombres de Iglesia es la de mante- ner el orden establecido en la sociedad, y la sociedad está estable- cida sobre esas bases.

—¡Pero ésas no son las enseñanzas de Cristo! —replicó excitado el obispo.

—No es Cristo el objeto de las prédicas de hoy —saltó Ernest—. Ésa es la razón por la que los trabajadores no quieren saber nada de su Iglesia. De esa Iglesia tan tolerante con la terrible brutalidad y el salvajismo con que el capitalismo trata a la clase trabajadora.

—Mi Iglesia no aprueba esas cosas —objetó el obispo.

—Su Iglesia no protesta contra ello —replicó Ernest— y dado que no protesta, está tácitamente aceptando la situación, porque recuer- de una vez más que es el capitalismo el que mantiene a la Iglesia.

—Yo no lo contemplaría bajo ese prisma. Debe de estar usted equivocado. Reconozco que hay mucha tristeza y maldad en el mundo, y que la Iglesia ha perdido… a lo que usted llama el prole- tariado19.

—Ustedes nunca tuvieron al proletariado a su lado. El proletariado ha surgido fuera de su Iglesia y sin necesidad de ella.

—Ahora no le sigo —dijo débilmente el obispo.

—Déjeme, entonces, que se lo explique: con la introducción de la

maquinaria y el sistema fabril a finales del siglo XVIII, la mayor parte de los trabajadores fue arrancada del campo, destruyéndose así el antiguo sistema de trabajo. Se sacó a los trabajadores de sus pueblos y se los amontonó en zonas suburbiales próximas a las fábricas. También a las mujeres y a los niños los pusieron a traba- jar en las nuevas máquinas. Se rompió la vida familiar. Las condi- ciones eran horribles, todo un relato de terror.

—Lo sé, lo sé —interrumpió el obispo Morehouse con una expre- sión fúnebre en su rostro—. Fue algo terrible, pero eso sucedió hace ya un siglo y medio.

—Y entonces, hace siglo y medio, fue cuando surgió el proletaria- do —continuó Ernest—; y la Iglesia lo ignoró. Mientras los capita- listas creaban esos mataderos en el país, la Iglesia permanecía en silencio. No hizo la menor crítica, al igual que no la hace hoy. Co- mo dice Austin Lewis20, hablando de aquellos tiempos, los que recibieron el mandato de «Apacentad mis corderos» asistieron im- pasibles a su venta como esclavos y a su trabajo forzado hasta la muerte21. La Iglesia permaneció muda entonces, y antes de conti- nuar quisiera pedirle que me diga si está en franco acuerdo conmi- go o si disiente radicalmente. ¿Permaneció la Iglesia impasible entonces?

Pareció dudar el obispo Morehouse. Al igual que el doctor Hammerfield, no estaba acostumbrado a polémicas tan duras en su pro- pio campo, como las calificaba Ernest.

—La historia del siglo XVIII ya está escrita —lo apremió Ernest—

, si no hubiera existido esa impasibilidad, no figuraría en los libros.

—Me temo que la Iglesia no hizo nada —confesó el obispo.

—Y la Iglesia mantiene hoy día la misma postura.

—En eso no estoy de acuerdo —replicó el obispo.

Ernest hizo una pausa, miró fijamente a su interlocutor y aceptó el desafío.

—Muy bien. Veamos. En Chicago hay mujeres que trabajan dura- mente por sólo noventa centavos a la semana. ¿Ha protestado la Iglesia por esa explotación?

—Eso es algo nuevo para mí —fue la respuesta—. ¡Noventa centavos a la semana! ¡Eso es terrible!

—¿Ha protestado la Iglesia? —insistió Ernest.

—La Iglesia no lo sabe —pareció luchar el obispo contra sí mismo.

—Sin embargo, su mandamiento era «Apacentad mis corderos» —

ironizó Ernest, para inmediatamente añadir—: Perdone que me ría,

¿pero no llega usted a comprender por qué hemos perdido la pa- ciencia con su Iglesia? ¿Cuándo han protestado ante sus congrega- ciones capitalistas por el trabajo de los niños en las manufacturas del algodón en el Sur22?

—Niños de seis y siete años que trabajan cada noche en turnos de doce horas.

Niños que no ven nunca la bendita luz del sol y que mueren como moscas. Los dividendos se extraen de su sangre, y de esos dividen- dos se construyen también las suntuosas iglesias de Nueva Inglate- rra, desde cuyos púlpitos, sus colegas lanzan amables prédicas a los orondos receptores de esos dividendos.

—No lo sabía —musitó el obispo, mientras su cara aparecía cada vez más pálida, como si estuviera al borde la náusea.

—¿Así que usted no ha protestado? El obispo negó con la cabeza.

—Por lo tanto la Iglesia sigue sumida en su mutismo como en el siglo XVIII.

El obispo permaneció silencioso y Ernest decidió no insistir en su argumentación.

—Y no olvide que si un ministro de Dios se rebela, lo expulsan.

—No puedo creer que eso sea justo —objeto el obispo.

—¿Protestará usted? —lo requirió Ernest.

—Muéstreme esas perversiones dentro de nuestra comunidad y yo las denunciaré.

—Se las mostraré —respondió Ernest, más calmado—. Estoy a su disposición para conducirlo a un viaje a través del infierno.

—Y yo transmitiré mi protesta —el obispo se arrellanó en su sillón y su rostro comenzó a adquirir la firmeza del guerrero—. La Igle- sia no se mantendrá impasible.

—Si hace tal cosa, lo despedirán —fue la advertencia de Ernest.

—Ya verá cómo no. Yo le demostraré que si las cosas son como usted dice, la Iglesia no habrá cumplido su misión por simple igno- rancia de esos hechos. E incluso le diré que todo lo terrible que pueda suceder en la sociedad industrial se debe a la ignorancia por parte de la clase capitalista, y que remediará esas situaciones en cuanto reciba el mensaje; y será obligación de la Iglesia transmitir ese mensaje.

Ernest estalló en carcajadas hasta el punto de que me sentí obliga- da a acudir en defensa del obispo.

—Recuerde que usted ve sólo un lado de la pantalla —irrumpí en la disputa—. Aunque usted no lo crea, hay mucha bondad en nues- tra clase. El obispo Morehouse tiene razón; los males del sistema industrial, lo terrible en él, como usted señala, se debe a

simple ignorancia. La complejidad de la sociedad hace que se abran gran- des brechas dentro de ella.

—Los indios salvajes no son tan brutales y despiadados como la clase capitalista —respondió Ernest. Sentí que en ese momento lo odiaba.

—Usted no nos conoce. No somos brutales ni despiadados.

—Demuéstrelo —me retó.

—¿Cómo podría demostrárselo… a usted? —respondí cada vez más irritada. Negó con la cabeza.

—No estoy pidiéndole que me lo demuestre a mí, le pido que se lo demuestre a sí misma.

—Yo ya lo sé —respondí.

—Usted no sabe nada —fue su áspera respuesta.

—¡Vamos, vamos, chicos! —interrumpió, conciliador, mi padre.

—No me importa… —continué con el mismo tono indignado, pero Ernest me interrumpió.

—Sé que ustedes tienen mucho dinero, o al menos lo tiene su pa- dre, lo que viene a ser lo mismo. Dinero invertido en las Hilaturas Sierra.

—¿Y eso qué tiene que ver? —casi grité.

—No demasiado —habló lentamente—, excepto que el vestido que lleva puesto está manchado de sangre; que la comida que

se sirven está también mezclada con sangre. La sangre de niños muy peque- ños y de los que fueron hombres fornidos gotea desde las vigas de su mansión. Podría cerrar los ojos y ahora mismo oírla gotear: cloc, cloc, cloc, cerca de mí.

Y acto seguido, se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Estallé en lágrimas sintiendo mi vanidad herida; en toda mi vida me había tratado nadie de forma tan brutal. Tanto mi padre como el obispo parecían consternados, y trataron de conducir la conversación a otros derroteros menos conflictivos. Ernest abrió los ojos, los fijó en mí y apartó finalmente su mirada. Sus labios estaban apretados, su mirada seria, y había desaparecido la habitual chispa alegre de sus ojos. Lo que fuera a decirme, la dura réplica que preparara para mí, quedó para siempre en el aire porque, en aquel momento, un hombre que caminaba por la acera se plantó delante del porche, mirándonos. Era un hombre alto, pobremente vestido, que llevaba sobre su espalda una voluminosa carga de banquitos, sillas y biombos hechos con rafia y cañas de bambú. Parecía como si du- dase entre continuar su camino o acercarse más y tratar de vender- nos algo de su cargamento.

—Ese hombre se llama Jackson —dijo Ernest.

—Con esa fortaleza física debería de estar trabajando y no ven-

diendo esos trastos por las calles23 —dije ásperamente.

—Observe la manga de su brazo izquierdo —respondió Ernest en voz baja.

Miré y vi que la manga colgaba vacía.

—Era parte de la sangre que contuvo ese brazo la que antes oía caer desde las vigas de su techo —continuó Ernest, con el mismo tono amable—. Perdió su brazo en las Hilaturas Sierra, y como sucede con los caballos que se quiebran una pata, ustedes lo arroja- ron al arroyo para que muriera allí. Cuando digo «ustedes», me refiero a los capataces y a los encargados a los que ustedes y los otros accionistas pagan para que dirijan su factoría. Fue un acci- dente; se produjo cuando ese hombre trató de ahorrar unos pocos dólares a su compañía. La rueda dentada de una bobinadora atrapó su brazo; podía haber dejado que la piedrecita que vio entre los engranajes siguiera girando; lo más que hubiera sucedido es que se rompieran los dientes de un par de ruedas, pero él se lanzó a por la piedra y la máquina trituró su brazo desde la punta de los dedos hasta el hombro. Sucedió de noche, cuando las máquinas trabajan en turnos continuados; había una alta demanda y se esperaba ofre- cer altos dividendos ese trimestre. Jackson llevaba muchas horas trabajando y sus músculos estaban rígidos por el agotamiento, lo que contribuyó a restarle agilidad. Así es como la máquina lo atra- pó. Tiene esposa y tres hijos.

—¿Y qué hizo la compañía? —pregunté.

—Nada. Bueno sí, consiguieron que se rechazara la demanda que puso cuando salió del hospital. Ya saben, la compañía dispone de abogados muy eficientes.

—Quizá no nos ha contado usted toda la historia —dije convenci- da—. Puede que incluso no la conozca. Puede que el individuo se portara de forma insolente.

—¡Insolente! Ja, ja —rió sardónico—. ¡Por Dios! ¡Insolente con

un brazo hecho pulpa! Era un trabajador leal y servicial, nunca hubo la menor queja sobre su conducta.

—Pero ¿qué ocurrió en los tribunales? —insistí—. El caso no se hubiera cerrado en contra de sus intereses si no hubiera habido más circunstancias que las que ha mencionado.

—El coronel Ingram es el jefe de los servicios jurídicos de la com- pañía. Es un abogado muy hábil. —Ernest fijó su mirada en mí por un instante, y prosiguió—: Le diré lo que puede hacer, señorita Cunningham: investigue el asunto Jackson.

—Ya estaba decidida a hacerlo —respondí fríamente.

—De acuerdo —dijo, recuperando su sonrisa—, yo le ayudaré a encontrarlo, pero me pongo a temblar cuando pienso en lo que puede usted descubrir en el brazo de Jackson.

—Y así fue como el obispo Morehouse y yo aceptamos el reto de Ernest. Salieron juntos, dejando en mí el sentimiento de haber sido tratados injustamente, tanto yo como la clase a la

que pertenezco. Ese hombre era un bruto. Lo odié entonces, y me consolé pensando que su conducta era la que se podía esperar de un miembro de la clase trabajadora.

C A P Í T U L O III

El brazo de Jackson

No podía ni soñar entonces la importancia que el brazo de Jackson había de jugar en mi vida. El propio Jackson no me causó ninguna impresión cuando conseguí encontrarlo. Vivía cerca de la bahía, en un cochitril infame24 rodeado de charcos cenagosos que exhalaban un olor pestilente.

En mi primer encuentro, Jackson me pareció el hombre apacible que Ernest me había descrito. Se encontraba fabricando alguno de aquellos trastos de rafia y no cesó en su esforzado trabajo mientras yo le hablaba. Pero a pesar de su humildad y mansedumbre, pude apreciar el primer signo de amargura en él cuando me dijo:

—Me podían haber dado por lo menos un puesto de vigilante25.

No saqué gran cosa de él. Me parecía un tanto simple, quizá por su pobre lenguaje, aunque su habilidad para trabajar aquellos materia- les con una sola mano parecía desmentir esa opinión. Se me ocu- rrió preguntarle:

—¿Cómo pudo suceder que la máquina atrapara su brazo? — Me miró silencioso y reflexivo, y al final movió su cabeza, diciendo:

—No lo sé, pasó… y pasó.

—¿Por falta de atención? —pregunté.

—No —respondió—. No creo que fuera por eso. Me habían alargado la jornada y creo que estaba cansado. He trabajado diecisiete años en las hilaturas y he llegado a la conclusión de que la mayoría de los accidentes ocurren poco antes del toque de sirena26, en la última hora de los turnos. No se tienen los mismos reflejos después de trabajar muchas horas. He visto a demasiada gente mutilada o despedazada como para no saberlo.

—¿Ha visto muchos casos así?

—Cientos y cientos; también con niños.

A excepción de esos terribles detalles, la historia del brazo que me relató era básicamente la misma que ya conocía. Cuando le pregun- té si se había saltado alguna norma de seguridad del proceso mecá- nico, negó con la cabeza.

—Solté la correa con la mano derecha —prosiguió— y eché la izquierda a por la piedrecita, no me paré a mirar si la correa estaba suelta del todo. No lo estaba. A pesar de que lo hice deprisa, la correa siguió corriendo y me machacó el brazo.

—Debió de ser muy doloroso —dije conmiserativa.

—Triturarse los huesos no resulta muy divertido —fue toda su respuesta.

Sus recuerdos acerca del juicio eran bastante borrosos. Lo único que tenía claro es que no había recibido ninguna compensación por los daños sufridos. Tenía la sensación de que las declaraciones del encargado y del supervisor habían influido ante el tribunal para denegarle cualquier indemnización; de que lo que declararon no era lo que deberían haber dicho.

Así pues, decidí ir a verlos.

Una cosa estaba clara, y era la penosa situación de Jackson: su mu-

jer estaba enferma, y su trabajo de hacer cestos y venderlos por las calles no le proporcionaba suficiente dinero como para llevar la comida necesaria a la casa. Hacía meses que no pagaba el alquiler a pesar de que el hijo mayor, cumplidos ya los once años, había empezado a trabajar en la misma fábrica.

—Podían haberme dado un puesto de vigilante —fueron sus pala- bras antes de que me fuera.

Después del encuentro con Jackson, fui a ver al abogado que le había llevado el caso, así como a los dos capataces y al encargado de la planta que fueron a testificar. Tras las entrevistas comencé a entrever que había algo de cierto en las afirmaciones de Ernest.

El abogado me pareció un hombre insignificante, poco preparado para la abogacía, y no me extrañó que hubiera

perdido el caso de Jackson. Quizá le estuvo bien empleado a Jackson por haber elegi- do a ese abogado, pensé en un principio, pero inmediatamente me llegaron a la cabeza dos de las consideraciones que había hecho Ernest: «La compañía se sirve de abogados muy eficientes» y «El coronel Ingram es un abogado muy sagaz». Razonando, llegué enseguida a una conclusión: la capacidad de la compañía para plei- tear era muy superior a la que Jackson hubiera podido conseguir. Pero éste era un detalle menos importante; estaba segura de que hubo alguna otra razón que hizo que Jackson no consiguiera su indemnización.

—¿Qué pasó para que perdiera usted el caso? —le pregunté.

El abogado quedó por un momento cabizbajo y desconcertado. Comencé en el fondo de mi corazón a sentir lástima por ese pobre individuo. Empezó a hablarme en tono lastimero, y pensé que ese tono era congénito a su persona; era un hombre derrotado desde que nació. Me relató los detalles de la vista en su tono plañidero. Los testigos ofrecieron sólo las pruebas que favorecían a la empre- sa. Nada de lo que declararon hubiera servido en la causa de Jack- son. Sabían de qué lado untaban la mantequilla en su rodaja de pan. Jackson era muy simple, y se sintió confundido por los argu- mentos del honorable coronel Ingram, un brillante polemista que forzó a Jackson a aceptar declaraciones que le perjudicaban.

—¿Cómo podía llegar a perjudicarle cualquier cosa que dijera si la justicia estaba de su parte? —pregunté.

—¿Qué tiene que ver la justicia con todo eso? —me devolvió la pregunta—. Mire todos esos libros —dijo señalando una estantería de manuales de derecho que cubría una pared de su exiguo despa- cho—. Todos esos libros me han enseñado que la ley es una cosa y el derecho, otra. Pregúntele a cualquier abogado. Se va a la iglesia dominical a aprender lo que está bien y lo que está mal, pero es en esos libros donde se aprende lo que es… la ley.

—¿Intenta decirme que a pesar de tener razón, negaron a Jackson su indemnización? —me aventuré a preguntar, dubitativa—. ¿Pre- tende decirme que no se hace justicia en el tribunal del juez Caldwell?

El abogadito me miró sorprendido, luego continuó con aire resig- nado:

—No me dieron la menor oportunidad —volvió a hablar con su tono apesadumbrado—. Se burlaron de Jackson y se burlaron de mí. ¿Qué posibilidades tenía yo? El honorable Ingram es un noto- rio abogado. Si no fuera así, ¿sería acaso el jefe de los gabinetes jurídicos de las Hilaturas Sierra, de la Corporación Erston Land, del Consorcio Berkeley, o de las compañías eléctricas de Oakland, San Leandro y Pleasanton? Es el abogado de las grandes compa- ñías, y a los abogados de esas compañías no se les permite ninguna frivolidad27. ¿Por qué cree

que las Hilaturas Sierra le pagan veinte mil dólares al año? Simplemente, porque les devuelve cada año esa cantidad con su trabajo. Yo no valgo todo eso; si yo fuera así de capaz, no estaría aquí muriéndome de hambre y aceptando casos

como el de Jackson. ¿Qué cree usted que habría sacado si hubiera ganado el caso de Jackson?

—Probablemente, se hubiera llevado la mayor parte de la indemni- zación — respondí.

—Naturalmente —me gritó, furioso—. Yo también tengo que vivir, ¿o no28?

—Él también tiene mujer e hijos —le reproché.

—También yo tengo mujer e hijos —respondió—; y no hay nadie en este mundo excepto yo que se preocupe de si se mueren de hambre o sobreviven.

Súbitamente pareció más calmado, sacó su cartera y me mostró la foto de una mujer y de dos niñas pequeñas.

—Éstas son. Mírelas. Hemos tenido una vida muy dura, muy dura. Yo confiaba en haberlas enviado a vivir al campo si hubiera gana- do el caso de Jackson. Aquí no están bien, pero no tengo medios para enviarlas a otra parte.

Cuando me disponía a marcharme, comenzó otra vez con sus pla- ñidos.

—No tuve la menor oportunidad; el honorable coronel y el juez Caldwell son íntimos amigos. No quiero decir que, si las declaraciones de los testigos o las alegaciones cruzadas hubieran sido dis- tintas, la amistad entre los dos no hubiera influido en el veredicto; pero cierto es que el juez Caldwell hizo todo lo posible para inter- ferir mis alegaciones. ¿Por qué? Bueno, el juez Caldwell y el coro- nel Ingram pertenecen al mismo grupo social, son socios del mis- mo club. Viven en la misma área residencial, una que jamás podría llegar a pagarme; y sus esposas pasan sus días visitándose la una a la otra y organizando partidas de cartas.

—Entonces usted opina que Jackson tenía la razón de su parte.

—No opino, estoy seguro de ello —respondió—. Al principio, también pensé que tenía alguna posibilidad; no se lo dije a mi mu- jer, para no decepcionarla si no sucedía así. Ella estaba deseando irse al campo; la vida aquí es muy dura.

No pude dejar de sentir lástima por él cuando salí de su casa.

—¿Por qué no trató de defender que Jackson sólo intentaba evitar que la maquinaria se dañara? —pregunté a Peter Donnelly, uno de los encargados que habían declarado en el juicio.

Se mantuvo tenso durante un buen rato antes de responder; dejó errar su mirada alrededor de la habitación y dijo:

—Porque tengo una buena mujer y los tres niños más adorables que usted haya visto jamás —respondió con un dejo tan local como el de Jackson.

—No le comprendo —respondí.

—Porque eso no hubiera hecho ningún bien ni a mí ni a ellos —

respondió.

—Quiere decir que…

Me interrumpió bruscamente.

—Quiero decir lo que he dicho. He trabajado muchos años en las hilaturas. Empecé de muy niño en las bobinadoras y no he dejado de trabajar desde entonces. Ha sido un trabajo muy duro el que me ha llevado a este puesto de encargado, ¿sabe usted?; y dudo que haya un solo hombre en la fábrica que se tirara a rescatarme si me estuviera ahogando. Estuve afiliado al sindicato, pero acudí al tra- bajo en las dos huelgas que hubo. Me llamaron esquirol, y no hay ni uno que quisiera tomar un trago conmigo, aunque se lo pidiera.

¿Ve usted en mi cabeza las cicatrices de los ladrillazos que recibí en aquellas huelgas? No hay un solo aprendiz en las bobinadoras que no maldiga mi nombre. La compañía es mi única amiga. No estaría obligado a defenderla, pero ella es la que proporciona el pan y la mantequilla para mis hijos, y por eso le presto mi apoyo.

—¿Tuvo culpa Jackson en aquello? —pregunté.

—Deberían haberle indemnizado. Era un buen trabajador y nunca

causó ningún problema.

—¿Entonces usted no actuó libremente para decir la verdad que había jurado decir ante el juez?

Negó con la cabeza.

—La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —recité, solemne.

Se animó de nuevo su rostro y alzó su mirada no hacia mí sino hacia el cielo.

—Dejaría que mi cuerpo y mi alma ardieran para siempre en el infierno, antes que hacer algún mal a mis hijos.

Henry Dallas, el jefe de planta, era un tipo de rostro astuto que me miró de forma insolente y rehusó hablar conmigo. No conseguí sacarle ni una sola palabra sobre el asunto del juicio y su declara- ción en él. Tuve más suerte con el otro encargado. Jack Smith era un hombre de facciones duras y sentí un vuelco en mi corazón cuando me enfrenté a él. Me dio también la impresión de falta de libertad, pero en cuanto comenzamos a hablar vi que su nivel cul- tural era superior al de su entorno. Estuvo de acuerdo con Peter Donnelly en que Jackson debería haber recibido una indemniza- ción, e incluso fue más lejos al admitir que fue una acción despia- dada y sórdida la que

condujo al trabajador a la calle tras su muti- lación. También me explicó que había muchos accidentes en la fábrica y que la política de la compañía era reducir al mínimo las compensaciones que pudieran resultar de los procesos civiles.

—Eso representa cientos de miles al año para los accionistas —dijo—; y a medida que hablaba recordé el último dividendo que había recibido mi padre y el bonito vestido para mí y los libros que había comprado para él a cuenta de aquel pago a los accionistas. Recordé, entonces, el reproche de Ernest cuando dijo que mi vesti- do estaba manchado de sangre, y comencé a moverme incómoda dentro de mis ropas.

—Cuando usted testificó no le dijo al juez que Jackson había sufri- do el accidente cuando trataba de evitar que sufriera daños la ma- quinaria, ¿no es así?

—No. No dije nada de eso —respondió mordiendo sus labios—. Dije que Jackson se había accidentado por su negligencia y falta de atención, y que la compañía no tenía nada que ver ante eso.

—¿Fue falta de atención por parte de Jackson? —pregunté.

—Llámelo así o como usted quiera; el hecho es que cualquier hombre está cansado después de haber trabajado tantas horas.

Empecé a mostrarme interesada por ese hombre. Pertenecía a un estrato superior al de sus colegas.

—Parece usted más culto que la mayoría de los trabajadores —le dije.

—Acabé la enseñanza secundaria —respondió— a la vez que tra- bajaba de vigilante. Trataba de ir a la universidad, pero murió mi padre y tuve que ponerme a trabajar en las hilaturas. Me atraían las ciencias naturales —confesó tímidamente—, me gustan los anima- les; pero entré a trabajar en esa fábrica textil. Cuando me hicieron encargado, me casé, llegaron los niños y… bueno, dejé de ser el dueño de mi destino.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Trato de explicarle por qué declaré de aquella forma en el jui-

cio…, por qué me dejé guiar por aquella gente.

—¿Por qué gente?

—Por el coronel Ingram. Él me dictó lo que tenía que decirle al juez.

—Y el coronel consiguió que Jackson perdiera lo que le corres-pondía. Asintió, mientras vi cómo la sangre afluía a su rostro.

—Y Jackson tiene una esposa y dos hijos a su cargo.

—Lo sé —musitó, mientras la sangre seguía encendiendo su ros-tro.

—Dígame —continué—, ¿le resultó fácil a un hombre como usted, que había completado la enseñanza secundaria, portarse de aquella forma en el juicio?

La explosión de cólera que provocaron mis palabras en él me deja-

ron sorprendida e incluso asustada. Lanzó una horrible blasfemia29 y apretó su puño amenazando mi rostro.

—Le ruego me perdone —se disculpó enseguida—. No, no me resultó fácil. Y creo que debe marcharse ya. Ya le he dicho todo lo que quería saber de mí. Pero déjeme decirle algo antes de que se vaya: no sacará ningún provecho si cuenta algo de lo que le he di- cho; yo lo negaré todo, y no hay ningún testigo. Negaré hasta la última palabra, y si es preciso lo negaré bajo juramento delante del juez.

Tras el encuentro con Smith, me dirigí a la oficina de mi padre en el Pabellón de Química, y allí me encontré con Ernest. Fue algo inesperado. Me recibió con su viva mirada y apretó mi mano con firmeza, mostrando esa mezcla de timidez y serenidad que comen- zaba a resultarme familiar. Era como si hubiéramos olvidado nues- tro tormentoso encuentro anterior, pero yo no estaba de humor co- mo para olvidar aquello.

—He estado investigando el asunto de Jackson —dije de entrada.

Pareció concederme toda su atención, y mientras esperaba que si- guiera hablando, pude percibir en sus ojos que sabía que algo den- tro de mí había cambiado con respecto a lo hablado anteriormente.

—Parece ser que recibió un trato injusto —confesé—. Creo…, creo que parte de su sangre está goteando desde las vigas de nues- tro tejado.

—Naturalmente —respondió—. Si a Jackson y a todos sus compa- ñeros los hubieran tratado de forma considerada, los dividendos no habrían sido tan cuantiosos.

—Creo que no volveré a sentir ningún placer poniéndome vestidos tan elegantes —añadí.

Me sentí humilde y contrita, y tuve la dulce sensación de que Ernest se hubiera convertido en mi padre confesor. Entonces, como ya sucedió antes, me sentí atraída por su fortaleza, que irradiaba una promesa de paz y protección.

—Tampoco sacaría ningún placer si vistiera un traje de arpillera — dijo en tono serio—. Sepa que también hay hilaturas de yute, don- de suceden los mismos horrores. Es algo generalizado. Nuestra presuntuosa civilización está basada en la sangre, empapada en sangre, y ni usted ni yo, ni nadie puede evadirse de esa mancha roja.

¿Quiénes son los hombres con los que ha hablado? Le conté todo lo que había sucedido.

—Ninguno de ellos es un hombre libre; todos están sujetos al yugo inmisericorde de la compañía, y el fondo de la tragedia reside en que están ligados a ella por lazos de sangre: sus hijos, la sangre joven que hay que proteger por instinto, un instinto superior a cualquier principio ético. Mi propio padre mintió, robó, cometió todo tipo de hechos deshonrosos con tal de traer el pan a mi boca y a las de mis hermanos. Fue un esclavo de la maquinaria industrial, y esa maquinaria fue aplastando su vida hasta acabar con él.

—Pero usted —interrumpí—, usted es sin duda un hombre libre.

—No del todo —replicó—. No estoy atado por esos lazos de sangre. A veces me alegro de no tener hijos, y eso que adoro a los ni- ños; pero si me casara no me atrevería a tenerlos.

—No es ésa una buena filosofía —exclamé.

—Ya lo sé —dijo con tristeza—, pero es una filosofía muy conveniente. Yo soy un revolucionario, y ésa es una vocación muy peli- grosa.

Reí, incrédula.

—Si se me ocurriera entrar de noche en casa de su padre para robar los dividendos de Hilaturas Sierra, ¿qué haría él?

—Mi padre duerme con un revólver al alcance de su mano. Lo más probable es que le disparase con él.

—¿Y qué pasaría si yo y unos pocos más nos dirigiéramos, enca-

bezando a un millón y medio de hombres30, a las casas más pu- dientes?, habría un tremendo tiroteo, ¿verdad?

—Sí. Pero usted no va a hacer tal cosa —dije, negando con la ca- beza.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer, pero no sólo desvalijar las mansiones, sino arrebatarles, también, todas sus fuentes de ri- queza: sus minas, sus ferrocarriles, sus factorías, sus bancos y sus almacenes. Eso es la revolución. Y resultará muy peligrosa, y me temo que los tiroteos serán mucho más numerosos y sangrientos de lo que ahora puedo imaginar. Pero como le decía, hoy día no hay ningún hombre libre. Todos estamos atrapados entre las ruedas y los dientes de la maquinaria industrial. Sabe que usted lo está y que los hombres con los que ha hablado también lo están. Hable con otros. Vaya a ver al coronel Ingram. Vaya a ver a los periodistas que eludieron citar el caso Jackson, a los directores de esos perió- dicos. Se dará cuenta de que todos ellos están atrapados en esa ma- quinaria.

A lo largo de esa conversación, le hice una pregunta sencilla sobre la ocurrencia de accidentes laborales en las fábricas; me respondió con cifras estadísticas escalofriantes.

—Está todo registrado. Las cifras cantan, y se ha comprobado fehacientemente que la mayoría de los accidentes raramente ocu- rren en las primeras horas de los turnos de la mañana, pero crecen progresivamente a medida que avanza la jornada, cuando los traba- jadores, cansados, pierden reflejos físicos y mentales.

—¿Por qué? ¿Sabía usted que la esperanza de vida y de integridad física de su padre es tres veces superior a la de un trabajador? Pues así es; las compañías de seguros 31 lo saben bien.

—A su padre, un seguro de accidentes le cuesta cuatro dólares y veinte centavos al año, mientras que a un trabajador, por la misma póliza, le cargan quince dólares.

—¿Y a usted? —le pregunté, dándome cuenta inmediatamente del tono preocupado con que lo dije.

—¿A mí? Bueno, como cualquier revolucionario, tengo ocho veces más probabilidades de que me hieran o me maten que un trabaja- dor común —respondió impasible—. Las aseguradoras cobran a los químicos expertos que manejan explosivos ocho veces más que al resto de los trabajadores. Yo no creo que a mí me aseguraran;

¿por qué lo pregunta?

Mis párpados aletearon y sentí cómo el rubor invadía mi cara. No se trataba de que él hubiera captado mi preocupación, sino de que la había reconocido yo misma, y además en su presencia.

En aquel momento entró mi padre y comenzamos a prepararnos para volver juntos a casa. Ernest había devuelto algunos libros que le había prestado papá, y salió primero; pero justo cuando salía, se volvió hacia mí y me dijo:

—Por cierto, dado que está usted inquietando la paz de su espíritu, y yo la del obispo, podía usted acercarse a ver a la señora Wickson y a la señora Pertonwaithe. Ya sabe que sus maridos son los dos accionistas principales de las Hilaturas. Al igual que el resto de los humanos, esas dos mujeres están sujetas a la máquina, pero tan ligadas que están sentadas encima de ella.

C A P Í T U L O IV

Esclavos de la máquina

Cuanto más pensaba en la tragedia de Jackson, más agitada me sentía. Me enfrentaba a la realidad más tangible. Mi paso por la universidad, las materias que cursé, la cultura que adquirí, todo era ficticio, todo parecía estar lejos del mundo real. Sólo aprendí allí teorías sobre las sociedades humanas que quedaban muy bonitas impresas en los libros, pero ahora me había enfrentado a la reali- dad. El brazo de Jackson era parte de esa realidad. «El hecho, ami- gos, el hecho irrefutable», la expresión favorita de Ernest, resonaba ahora en mi conciencia.

Me parecía monstruoso, imposible, que toda nuestra sociedad des- cansara en la sangre de los trabajadores. Y, sin embargo, ahí estaba Jackson, y no podía sustraerme a su historia. Mi pensamiento vol- vía a él como la aguja magnetizada al polo. Lo habían tratado de la forma más inhumana. No lo habían compensado por la sangre que perdió simplemente para que los accionistas recibieran mayores dividendos. Y yo conocía a muchas familias, que muy satisfechas de sí mismas, habían recibido, complacidas, esos dividendos; aprovechándose, así, de la sangre de Jackson. ¿Acaso no resultaba lógico pensar que si un hombre fue tratado de forma tan abomina- ble, y la

sociedad no movió un dedo en su defensa, tendría que haber muchas más víctimas en condiciones similares?

Recuerdo el relato de Ernest sobre las mujeres de Chicago que tra- bajaban duramente por noventa centavos a la semana, y el de los niños esclavos en las hilaturas de algodón del Sur; y podía imagi- nar sus manos exangües mientras trabajaban el tejido del que sal- dría mi bonito vestido; y pensé en la factoría Sierra y en los divi- dendos que pagaba, y vi también la sangre de Jackson que cubría mi vestido. No podía librarme del recuerdo de Jackson, volvía una y otra vez a mí.

En lo más profundo de mi alma tenía el presentimiento de que me estaba acercando al borde de un precipicio. Era como si estuviera a punto de descubrir una súbita y horrible visión de la existencia. Y no sólo yo. Todo mi mundo parecía dramáticamente afectado. Mi padre, en quien podía reconocer el efecto que la influencia de Er- nest empezaba a ejercer. También el obispo, que parecía enfermo cuando lo volví a ver; sus ojos mostraban un indescriptible temor, como si padeciera una crisis nerviosa. Por lo poco que llegué a saber, parecía que Ernest había cumplido su promesa de acompa- ñarlo a un viaje por el infierno. Pero fueran cuales fueran las esce- nas dantescas que los ojos del obispo hubieran presenciado, creí adivinar una especie de desconcierto que lo incapacitaba para co- mentarlas.

Una vez, consciente de la dramática transformación sufrida en mí y en mi pequeño mundo, en el de los que me rodeaban, pensé en Er- nest como la causa de todo aquel desbarajuste: «¡Nos sentíamos tan tranquilos y felices antes de que él llegara!», pero inmediata- mente estaba segura de que ese pensamiento suponía una traición a la verdad, y veía ante mis ojos a Ernest, transfigurado en el apóstol de esa verdad, que mostraba el rostro majestuoso de un ángel de Dios, que luchaba contra la injusticia, combatiendo en ayuda de los pobres, de los oprimidos, de los desamparados. Tras esa aparición, surgía otra, más sagrada: ¡Cristo! También él había tomado partido por los desheredados de la sociedad frente al poder establecido de los sacerdotes y de los fariseos; y recordaba su final en la cruz, y sentía una punzada en el corazón como si se hubiera tratado de Ernest. ¿Estaría también él destinado a la cruz? Ernest, con su to- que de clarín, su voz tronante y toda la fuerza que emanaba de su cuerpo.

Y entonces descubrí que estaba enamorada de él y que moría de deseos de consolarlo. Pensé en cómo había sido su vida; una exis- tencia dura, sórdida, mísera. Y pensé en su padre, que había menti- do y robado por él, y cuya vida había consumido el trabajo. ¡Inclu- so el propio Ernest había trabajado en las hilaturas cuando sólo contaba diez años! Mi corazón parecía estallar de deseo por abra- zarlo y apoyar su cabeza en mi pecho; hacer que descansara esa cabeza tan cargada de pensamientos graves, simplemente que repo-

sara durante un rato, que se serenara y olvidara sus preocupacio- nes.

Encontré al coronel Ingram en una de las reuniones que se hacían en la iglesia. Hacía muchos años que nos conocíamos y nos tratá- bamos cordialmente. Lo empujé sutilmente hasta un cerco de plan- tas de bambú y de caucho sin que se diera cuenta de que lo había atrapado allí. Me recibió con su habitual buen humor y galantería. Siempre había sido un hombre cortés, muy diplomático en sus con- sideraciones. Y en cuanto a su personalidad, pasaba por ser uno los miembros más distinguidos de nuestra sociedad; a su lado, el vene- rable rector de la universidad parecería un patán insignificante.

A pesar de su imagen legendaria, comencé a ver al coronel Ingram a la altura de los mecánicos iletrados. Ingram no era un hombre libre, no era dueño de su destino. Era un engranaje más de aquella maquinaria. Nunca olvidaré el cambio de actitud que sufrió cuando le mencioné el caso Jackson. Su amable sonrisa habitual desapare- ció como por ensalmo y en su lugar apareció, en su bien cuidado rostro, una mueca desagradable. Sentí la misma aprensión que noté cuando el estallido de James Smith, sólo que el coronel no soltó ningún juramento. Era la única diferencia que mediaba entre aquel trabajador y él. Se le tenía por un hombre sagaz e ingenioso, pero no lo aparentaba en ese momento, y parecía buscar inconsciente-

mente una salida rápida; pero no la encontró fácilmente, atrapado en la maraña de palmeras y de ficus.

Parecía como si el nombre de Jackson lo sacara de quicio. ¿Por qué había tenido que sacar yo aquello a relucir? No parecía disfrutar de mi ocurrencia; era una falta de delicadeza por mi parte, algo de mal gusto. ¿Acaso no sabía yo que en su profesión los sentimientos no cuentan? Él los dejaba en casa cuando iba a la oficina; allí sólo contaban los sentimientos profesionales.

—¿Debería Jackson haber recibido una indemnización? —le pregunté.

—Efectivamente —respondió—. Personalmente creo que debería haber sido así, pero eso no tiene nada que ver con los aspectos le- gales del caso.

Parecía estar recuperando su sagacidad habitual.

—Y dígame, coronel, ¿tiene la justicia algo que ver con las leyes?

—Ha utilizado una combinación de términos contrapuestos —

respondió, sonriente.

—¿Usted cree? —pregunté, y él asintió con la cabeza—. Y, sin embargo, se supone que se administra la justicia a través de las leyes —planteé.

—Ésa es la paradoja —señaló—, así es como administramos la justicia.

—Habla usted ahora como un profesional, ¿verdad? —pregunté.

El coronel se ruborizó. Su cara acabó totalmente roja mientras tra- taba de buscar una salida de aquel encierro vegetal. Pero no se lo permití, seguí acosándolo.

—Dígame, ¿supeditar los sentimientos personales a los intereses profesionales no se puede considerar como un tipo de abyección moral?

No obtuve ninguna respuesta; el coronel se las ingenió para salir de allí, aplastando algunas hojas de palma en su huida.

Mi siguiente acción me llevó a los periódicos. Escribí una crónica aséptica y desapasionada sobre el caso Jackson. No cargué ninguna tinta sobre la actuación de los hombres con los que había hablado; ni siquiera los mencioné. Expuse los hechos tangibles del caso: los años que Jackson había trabajado en las hilaturas, su esfuerzo para evitar que se dañara la maquinaria y las consecuencias fatales de ello, así como su dramática situación actual de pobreza extrema. Tanto los tres periódicos locales como los dos semanarios rechaza- ron mi escrito.

Fui a ver a Percy Layton. Percy se había graduado en periodismo en mi universidad y hacía prácticas en uno de los tres periódicos más influyentes.

Sonrió cuando le pregunté la razón por la que los periódicos habían evitado mencionar en su sección de tribunales el caso de Jackson.

—Política editorial —respondió—; nosotros no tenemos nada que ver. Eso es cosa de los que dirigen los periódicos.

—Pero ¿por qué?

—Verás. Mantenemos buenas relaciones con las empresas —respondió—. Los anunciantes no esperan que los periódicos a los que pagan su publicidad publiquen noticias negativas como ésas. Si alguien se atreviera a hacerlo, perdería su empleo. No consegui- rías publicar algo así aunque pagases diez veces más de lo que pa- gan las corporaciones por su publicidad.

—¿Y dónde queda vuestra profesionalidad? —le pregunté—. Pare- ce que vuestra función es la de obedecer a los dueños de los perió- dicos, que a su vez obedecen a sus patrocinadores.

—Yo no tengo nada que ver con eso —pareció confuso por un momento, pero se animó enseguida como si hubiera encontrado una salida digna—, yo no escribo falsedades. Soy fiel a mis con- vicciones. Pero, claro, cada día suceden un montón de cosas indig- nantes y al final uno se acostumbra a que todo eso sea moneda co- mún en estos tiempos —lamentó en tono infantil.

—Sin embargo, esperas llegar algún día a dirigir un periódico y seguirás entonces una línea editorial, ¿o no?

—Para entonces ya me habrá endurecido el oficio —respondió.

—Puesto que no has adquirido aún esa coraza, dime qué piensas ahora, en general, sobre la línea editorial de la prensa de aquí.

—No pienso —respondió inmediatamente—. Simplemente, uno tiene que cuidarse si quiere salir adelante en el periodismo. Es algo que se aprende enseguida —concluyó, mientras movía jovialmente la cabeza.

—¿Y dónde queda la verdad? —insistí.

—Creo que no entiendes el juego; todo es correcto porque todo acaba como debe acabar.

—Me encanta esa ambigüedad —ironicé, pero en realidad me sen- tía a punto de gritar y de estallar en lágrimas por la tristeza que me producía mi antiguo compañero de estudios.

Empezaba a descubrir la tremenda realidad social en que vivía a pesar de las apariencias. Me pareció que había habido una conspi- ración tácita contra Jackson, y empecé a sentir cierta simpatía por el lacrimoso abogado que de forma tan desastrosa había dirigido su reclamación. Sentí que no se trataba sólo de una conspiración con- tra Jackson, sino contra todos los trabajadores de las hilaturas que hubieran sufrido

accidentes. ¿Y por qué no contra todos los traba- jadores que los hubieran sufrido en todas las fábricas a lo largo del país? ¿No era ése, acaso, el proceder general de toda la industria?

Y si todo era como imaginaba, ¿no vivíamos en una sociedad hipó- crita? Volví atrás en mis conclusiones; eran demasiado espantosas y terribles para ser ciertas. Pero ahí estaban Jackson y su brazo, y la sangre que goteaba de él manchaba mi vestido y nos salpicaba desde las vigas de la mansión en que vivíamos mi padre y yo. Y había muchos Jackson —miles de ellos sólo en las hilaturas, tal como él mismo me contó. No podía evadirme de Jackson.

Fui a visitar al señor Wickson y al señor Pertonwaithe, los accio- nistas principales de Hilaturas Sierra, pero no pude sacudir sus conciencias como había hecho con sus capataces. Descubrí que estaban protegidos por una coraza ética superior a la del resto de la sociedad. Lo que se podía considerar como la ética aristocrática o la ética de los poderosos32.

Los dos me hablaban de política en general, identificaban política y derecho y se dirigían a mí en un tono paternal, condescendientes ante mi juventud y mi inexperiencia. Me parecieron los tipos con menos conciencia que había encontrado en mi investigación. Esta- ban absolutamente convencidos de que su conducta era la correcta; no cabía la menor discusión sobre ella. Estaban seguros de ser los

salvadores de la humanidad, los benefactores de la mayoría. Me ofrecieron una imagen de lo que hubieran sido los sufrimientos de la clase trabajadora si no hubiera sido por los empleos que ellos, y sólo ellos, les habían proporcionado.

Aún sonaban en mis oídos las palabras de estos dos prohombres cuando me encontré con Ernest y le conté mi experiencia. Me miró satisfecho y dijo:

—Es magnífico, está empezando a descubrir la verdad por usted misma. Los resultados de sus descubrimientos empíricos son co- rrectos. No hay nadie realmente libre en el sistema industrial, salvo los grandes magnates —habló, empleando algunos giros celtas de su lengua natal.

»Verá que los poderosos están convencidos de la justeza de sus acciones. Esto es lo más grave y absurdo de toda la situación. Es algo tan íntimo a su naturaleza, que son incapaces de hacer algo que no consideren correcto. Han de justificar siempre sus actos.

»Cuando tratan de realizar algo, algún negocio, por supuesto, le dan vueltas en sus cabezas hasta que encuentran una justificación religiosa, ética, científica o filosófica que les asegura de lo correcto del proceder. No importa de qué se trate, la sanción moral acaba llegando. Se sirven de una casuística elemental, jesuítica; siempre ven en el mal que puedan hacer los beneficios que pueden resultar de él. Una de

las ocurrencias más axiomáticas a la que han llegado es la de que son superiores al resto de la humanidad en talento y eficiencia. De ahí proviene su idea de que proporcionan el pan y la mantequilla al resto de la humanidad. Han resucitado las antiguas teorías del derecho divino de los reyes, en su caso un derecho mer- cantil33.

»La debilidad de su postura es que se trata simplemente de hom- bres de negocios; no son filósofos. No son ni biólogos ni sociólo- gos. Si lo fueran, por supuesto que todo marcharía mejor. Un em- presario que fuera también biólogo o sociólogo estaría más próxi- mo a conocer las acciones más adecuadas para regir la humanidad. Pero fuera de su actividad lucrativa, son profundamente ignorantes. No tienen ni idea de en qué consiste la sociedad, y la humanidad

les es ajena, pero se consideran ellos mismos como los regidores del destino de millones de hambrientos y de todos los seres so- cialmente derrotados. Algún día, la historia se mofará de toda esa maraña.

La charla con las señoras Wickson y Pertonwaithe me resultó abso- lutamente anodina. Sólo eran unas damas de aquella sociedad34, que vivían en auténticos palacios, y tenían muchas otras casas re- partidas entre el campo, las montañas, los lagos o el mar. Tenían ejércitos de sirvientes y mantenían unas relaciones sociales frenéti- cas. Contribuían al sostenimiento de

la universidad y de las igle- sias, y los pastores, sobre todo, se inclinaban ante su poderío35. Tal como me mostró Ernest, el dinero confería poder a estas dos damas hasta el punto de que el pensamiento quedara subordinado a su riqueza.

Remedaban a sus maridos, hablando en los mismos términos sobre la política, en general, y sobre los deberes y responsabilidades de los ricos. Inmersas en la misma ética de sus esposos —su ética de clase—, repetían las frases huecas de éstos, sin saber exactamente su significado.

También ellas se irritaron cuando les conté la deplorable situación en que se encontraba la familia de Jackson y dejé caer lo sorpren- dida que estaba de que no hubieran prestado ninguna ayuda a aquel hombre. Me respondieron que nadie tenía que darles lecciones so- bre cómo cumplir sus deberes sociales. Cuando les pedí abierta- mente que ayudaran a Jackson, se negaron con la misma rotundi- dad.

Lo que más me llamó la atención fue que, a pesar de haberlas visi- tado por separado, sus respuestas coincidieron en el fondo y en la

forma, y eso que ninguna de las dos tenía constancia de que hubie- ra visitado o fuera a visitar a la otra. La respuesta común fue que agradecían la oportunidad de dejar absolutamente claro que no estaban dispuestas a premiar en ningún caso la negligencia de esa gente, porque si lo hicieran

estarían favoreciendo que se autolesio- naran con las máquinas36. Las dos mujeres eran absolutamente sinceras. Estaban plenamente convencidas de la superioridad de su clase social y de la de ellas mismas. Su ética de clase servía para sancionar cualquier acto que realizaran. Según me iba alejando de la mansión de la señora Pertonwaithe, miré hacia atrás y recordé las frases de Ernest: todos estaban sujetos a la misma maquinaria, pero esta gente, en particular, estaba sentada en su cúspide.

C A P Í T U L O V

Los filómatas

Ernest nos visitaba con frecuencia, pero no era sólo mi padre o las veladas polémicas lo que lo atraían; para entonces podía presumir un poco de ser yo la causa de los encuentros. No tardé mucho en confirmar esa presunción: nadie podía sentir un enamoramiento similar al de Ernest Everhard. Su apretón de manos era cada vez más firme, y yo intuía en su mirada el deseo de una respuesta por mi parte. Era algo que ya creí adivinar el primer día.

Reconozco que la primera impresión que me causó fue más bien desfavorable. Luego me sentí algo más atraída hacia él, para acabar sintiendo un claro rechazo cuando nos atacó de forma tan brutal a mi clase y a mí misma. Más tarde descubrí que no había tratado de calumniar a los de mi clase y que los ásperos y amargos comenta- rios que hizo sobre ella estaban plenamente justificados; lo que volvió a acercarme a él. Se convirtió en mi oráculo; había rasgado la máscara que cubría aquella sociedad y me hizo vislumbrar una realidad tan desagradable como cierta.

Como he dicho, no había un enamorado tan ardiente como él. En las ciudades que cuentan con una universidad, no es normal que las estudiantes no tengan experiencias amorosas antes de

los veintitrés años. Yo las había tenido con estudiantes barbilampiños de secun- daria y con profesores encanecidos y, también, con atletas y con gigantones del rugby. Pero ninguno de ellos me hizo sentir el amor como Ernest. Un día, en uno de nuestros encuentros, me rodeó con sus brazos y unió sus labios a los míos antes de que pudiera resis- tirme o protestar. Ante su empuje, cualquier remilgo de doncella hubiera sonado ridículo, así que me dejé llevar por su fuerza irre- sistible. No dudó ni un momento ante mí. Seguimos abrazados y dio por hecho que seríamos marido y mujer. No hubo la menor duda al respecto, excepto la de fijar la fecha de la boda.

Fue algo imprevisible, irreal; sin embargo, y de acuerdo con la prueba de la verdad de Ernest, funcionó. Confié mi vida a este nuevo destino y mi esperanza no sufrió ningún desmayo. No obs- tante, durante aquellos primeros días de dicha, en medio de esa impetuosidad amorosa, se cernía a veces sobre mí el temor al futu- ro. Eran temores infundados, ninguna mujer podía haberse sentido tan halagada con un hombre tan gentil y tierno como Ernest. La violencia y la ternura se unían en él en una maravillosa armonía, al igual que lo hacían su firmeza y su timidez. ¡Aquella casi imper- ceptible timidez que nunca llegó a superar por completo! Cuando andaba por nuestro salón me parecía como un toro que se movía en una tienda de porcelanas37. Puede que alguna vez surgiera en mí alguna duda subconsciente, pero sentí que se disipaban por com- pleto

la vez que acudimos al Club de los Filómatas. Fue una maravillosa noche de debates belicosos en la que Ernest desafió a los grandes

maestros en su propio fortín. El Club de los Filómatas era entonces el centro de reuniones culturales más célebre de la costa del Pacífi- co. Lo fundó la señorita Brentwood, una vieja solterona riquísima para la que el club significaba lo que un marido, una familia o una diversión. Sus miembros eran los más ricos de la comunidad y también los más activos, y aceptaban que entre ellos figurase un número reducido de profesores para dar un tono intelectual a las reuniones.

No era uno de esos tipos de club que disponen de una sede oficial. Una vez al mes sus miembros se reunían en la casa de alguno de ellos para escuchar a algún orador invitado. Los invitados eran generalmente, aunque no siempre, contratados para la charla. Si un químico de Nueva York hacía un nuevo descubrimiento sobre las propiedades del radio, es un decir, se le contrataba a lo largo y an- cho del país para que explicara sus investigaciones. Naturalmente, se le pagaban todos los gastos y recibía una remuneración generosa

37

por su lección magistral. Igual se invitaba a un explorador recién llegado de las regiones árticas que a un artista plástico,

o a un es- critor cuya obra hubiera resonado en aquel entorno social. La polí- tica del club era la de no permitir asistentes ajenos a él, ni que lo discutido en sus reuniones llegara hasta la prensa; esto permitía que acudieran algunos célebres estadistas y que pudieran expresar abiertamente sus ideas.

Tengo delante de mí una carta arrugada que me escribió Ernest hace veinte años. Consigo estirarla lo suficiente para poder copiar lo que sigue:

Dado que tu padre es miembro del Club de los Filómatas, estás plenamente legitimada para asistir a sus reuniones. Trata de acudir el próximo martes por la noche; te prometo que tendrás uno de los mejores momentos de tu vida. En tus encuentros más recientes no has tenido mucho éxito enfrentándote a los poderosos. Si vienes, yo los vapulearé por ti. Los haré gruñir como perros de presa. Tú simplemente cuestionas su moralidad, y eso les hace reafirmarse en sus convicciones; pero si amenazas la bolsa de su dinero, se revol- verán hasta descubrir las raíces de su primitiva naturaleza. Si vie- nes, podrás ver al hombre de las cavernas vestido de etiqueta, gru- ñendo y peleando en defensa de un hueso. Te prometo una visión reveladora sobre los instintos primarios de la bestia.

Cuando la señorita Brentwood cursó la invitación, su idea era la de despedazarme en su reunión. No hizo grandes esfuerzos para evitar que lo descubriera. Ya se había permitido antes afrentar con ese tipo de burlas a otros invitados. Gozaba llevando almas confiadas y reformadores ingenuos a sus

reuniones. La señorita Brentwood me considera tan inofensivo como un gato casero y tan simple y pací- fico como un rumiante. No puedo negar que durante algún tiempo puedo haber llegado a ofrecerle esa impresión; dudó bastante al principio, pero acabó convencida de mi inocuidad. Me ofrecieron una suma importante por mi actuación —doscientos cincuenta dó- lares—, lo que le habían dado a un político, que aunque radical, se había presentado una vez a gobernador. No tengo más remedio que llevar un traje de etiqueta. Nunca en mi vida me había vestido así. Lo alquilaré en alguna parte, pero no puedo desperdiciar la ocasión

de actuar ante los filómatas.

Esa noche el club eligió como escenario la casa de los Pertonwait- he. Hubo que llevar más sillas al gran salón, debía de haber casi doscientos socios para escuchar a Ernest; todos ellos, altos regido- res de nuestra sociedad. Me entretuve tratando de calcular a cuánto ascenderían sus fortunas; no bajarían de unos cuantos centenares de millones, y eso que no se trataba de los ricos ociosos, sino de los hombres de negocios que participaban activamente en la vida política e industrial.

Ya estábamos todos sentados cuando la señorita Brentwood pre- sentó a Ernest. Se levantaron todos y se acercaron al extremo del salón desde donde Ernest iba a hablar. Ernest vestía un traje de etiqueta que resaltaba la anchura de sus

hombros y su cabeza leo- nina: tenía un aspecto impresionante. Como contrapunto a esa pre- sencia, contaba el ligero e inevitable aire tímido de sus movimien- tos. Mirándolo, pensé que podía haberme enamorado de él sólo por su aspecto. Sentí un enorme placer al contemplarlo. Recordé nue- vamente la presión de su mano sobre la mía, el calor de sus labios al besar los míos; y sentí deseos de levantarme y gritarles a todos:

«Ese hombre maravilloso es mío. Él me estrecha entre sus brazos y yo he contribuido a que su mente se llene de los pensamientos más elevados».

La señorita Brentwood se acercó a la cabecera de la mesa para pre- sentar al coronel Van Gilbert, y presumí que sería él quien presi- diera la reunión. El coronel era inmensamente rico, pero aun así seguía trabajando como abogado para las grandes corporaciones. La minuta mínima que cobraba era de cien mil dólares. Se le con- sideraba un magnífico abogado. Las leyes se convertían en jugue- tes en sus manos; las moldeaba a su gusto como si fueran de arci- lla, las adaptaba a sus deseos y las hacía aparecer de acuerdo con sus intereses. Su aspecto y su retórica parecían pasados de moda, pero en cuanto a conocimientos y recursos, estaba a la orden del día. El caso que lo encumbró fue la anulación del testamento Shardwell38: su minuta fue de quinientos mil dólares. A partir de

ahí su fama ascendió vertiginosamente. Se le consideraba una de las estrellas de la abogacía del país —naturalmente al servicio de las grandes empresas, y en ninguna relación de los tres mejores abogados de los Estados Unidos podía faltar su nombre.

Se levantó y presentó a Ernest; lo hizo con frases altisonantes que escondían un ligero toque de ironía; una ironía sutil para definir a Ernest como un reformador social perteneciente a la clase trabaja- dora, que hizo sonreír a la audiencia. Me sentí un tanto frustrada y dirigí la mirada a Ernest; su expresión redobló mi furia; no parecía haber acusado las puyas del coronel Van Gilbert, peor aún, parecía como si no las hubiera oído. Permanecía en su asiento, impasible y somnoliento. Ofrecía cierto aire ingenuo, y por un momento, un temor asaltó mi pensamiento: «¿No se sentiría

intimidado por la presión de tanta riqueza y poderío?». Rápida- mente lo olvidé: Ernest no podía engañarme, pero sí conseguiría engañar a los demás, como ya había hecho con la señorita Brentwood. La señorita ocupaba una silla en primera fila y volvía de vez en cuando la cabeza hacia sus compañeros del club, que le sonreían cómplices ante las palabras del coronel.

Cuando Van Gilbert acabó su presentación, se levantó Ernest y comenzó a hablar. Empezó su discurso en un tono modesto y titu- beante, con un evidente aire indeciso. Habló de su nacimiento en el seno de la clase trabajadora y de la sordidez y miseria de su en- torno, miseria material y moral. Describió sus

ideales y sus ambi- ciones y su concepción del paraíso en el que vivían las gentes de las clases poseedoras. Fueron sus palabras:

«Supe que por encima de mí, reinaban espíritus generosos, gentes

de pensamiento limpio y noble, amantes de la vida intelectual. Lo supe porque había leído las novelas de la Seaside Library39, en las que, a excepción de algunos villanos y de algunas aventureras, todos los personajes, hombres y mujeres, compartían nobles pen- samientos, se expresaban con hermosas palabras y realizaban actos edificantes. En resumen, que al igual que aceptaba cada día la sali- da del sol, aceptaba que todo lo que había por encima de mi exis- tencia era noble, hermoso y amable; lo que contribuía a darle de- cencia y dignidad a la vida y ayudaba a sobreponerse al trabajo y la miseria».

Continuó exponiendo su vida en las hilaturas, cómo aprendió des- pués el oficio de herrador y su encuentro con los socialistas. En- contró entre éstos, mentes brillantes, individuos muy inteligentes: ministros del Evangelio, que habían roto con sus Iglesias por con- siderarlas congregaciones de adoradores del becerro de oro; profe- sores que abandonaron su universidad por considerarla subordina- da a la clase poseedora. Explicó que los socialistas eran revolucio- narios que luchaban por derribar la sociedad irracional del presente y

construir en su lugar la sociedad racional del futuro. Fue un largo discurso que no cabría en este escrito, pero no olvidaré nunca su descripción de la vida de aquellos revolucionarios. Desaparecida la inseguridad inicial, su voz comenzó a sonar firme y confiada, y así siguió con su discurso, cada vez más fluido y convincente:

«Encontré también entre los revolucionarios una fe ciega en la hu- manidad, un idealismo ardiente, la satisfacción de renunciar a todo egoísmo y llegar incluso al martirio en defensa de sus ideas. Su vida era noble, clara y plena de actividad. Estuve en contacto con almas generosas que consideraban la vida humana muy por encima del valor del dinero. Gentes para las que el llanto de un niño ham- briento de los arrabales miserables era mucho más importante que el auge de la expansión comercial y del imperio mundial. Todo a mi alrededor era noble, heroico y esforzado: días soleados y no- ches plagadas de estrellas; fuego y rocío; y brillante ante mis ojos, el Santo Grial, el auténtico Grial de Jesucristo, la humanidad mal-

tratada y sufriente, pero finalmente liberada de su infortunio».

Aparecía transfigurado, una imagen familiar para mí. La expresión brillante de su rostro y el fulgor de sus ojos envolvían el resto de su cuerpo como en un manto dorado. Pero yo miraba a los asistentes y vi que no lo miraban como yo; pensé que las lágrimas de alegría y amor me impedían apreciar sus

gestos. El señor Wickson, que es- taba detrás de mí, parecía apático, y en algún momento le oí mur- murar: «¡Bah, utopías40!».

Ernest continuó explicando su proceso de ascensión social y cómo llegó a relacionarse con miembros de las clases altas y a hablar de tú a tú a los individuos que ocupaban los puestos más elevados. Entonces sobrevino su desencanto, un desengaño que explicó en unos términos que no sirvieron precisamente para halagar al audi- torio. Le sorprendió el molde común que los había conformado. La vida no aparecía allí como algo amable y generoso. Se sentía abrumado por el egoísmo reinante entre ellos, y sobre todo le sor- prendió la vulgaridad de su pensamiento, la carencia de vida inte- lectual. Llegado del mundo de los revolucionarios, fue una sorpre- sa brutal enfrentarse a la estupidez intelectual de la clase dirigente, que, a pesar de sus espléndidas iglesias y de sus bien pagados pre- dicadores, era una muestra humana del materialismo más grosero. Cierto que en sus parloteos se proponían pequeños ideales y una moral corta de miras, pero fuera de esa palabrería, la clave domi- nante de su vida era el materialismo más burdo. Carecían de un auténtico código moral; como el que Cristo había predicado y que no se había vuelto a predicar.

«Encontré hombres —prosiguió— que invocaban el nombre del Príncipe de la Paz en sus diatribas contra la guerra y, sin embargo,

ponían rifles en las manos de los Pinkerton41 para que disparasen a los que osaran hacer huelga en sus fábricas. Encontré individuos que en su incoherencia abominaban de la brutalidad del boxeo pero que, a la vez, vendían comida infantil adulterada, propiciando así la muerte de más niños que los que había matado el sangriento Herodes a comienzos de la era cristiana.

»El caballero distinguido de aires aristocráticos era en realidad un muñeco que al servicio de las grandes empresas expoliaba a las viudas y a los huérfanos. El caballero que coleccionaba libros refi- nados y ejercía un mecenazgo literario se dejaba chantajear por un sórdido jefe del ayuntamiento. Al director de un periódico que pu- blicaba anuncios de determinados fármacos lo conminé a que pu- blicara en ese mismo periódico la verdad sobre esos falsos reme- dios42. Otro honrado ciudadano que hablaba sosegada y seriamente sobre los beneficios del idealismo y sobre la bondad de Dios, aca- baba de estafar a los socios de su empresa. Otro caballero, un sos- tenedor de su Iglesia y gran mecenas de las misiones evangelizado- ras en otros países, obligaba a las mujeres a trabajar diez horas diarias en sus tiendas, y al pagarles salarios de miseria, las impelía a la prostitución. Otro caballero distinguido, que hacía donaciones a la universidad y erigía magníficas capillas, incurría en perjurio ante el juez por unos pocos dólares. He conocido también a un magnate de los

ferrocarriles que incumplía su palabra de caballero, de ciudadano y de cristiano, al pagar comisiones ilegales por una concesión, ¡y pagó muchas comisiones a escondidas! También conocí a un senador que era un títere al servicio de un capo de la maquinaria electoral43, un tipo inculto y despiadado; la misma

cuerda ataba al gobernador y al juez que dirigía el Tribunal Supre- mo. Los tres viajaban gratis en los trenes porque ese capitalista era el dueño de esa maquinaria, dirigía a los jefes que la manejaban, y era el que emitía los pases de favor.

»Y así fue como, en lugar del paraíso, me encontré inmerso en el árido desierto del más feroz mercantilismo; donde no encontré más que estupidez, excepto para los negocios. No hallé nada limpio, noble o saludable, aunque muchos de ellos parecían gozar de una excelente salud dentro de la corrupción. Lo único que encontré fue un egoísmo feroz y despiadado y un materialismo grosero, glotón, aunque muy eficaz en sus prácticas abusivas».

Mucho más les contó Ernest acerca de ellos mismos y de la desilu- sión que sufrió cuando los conoció de cerca. Lo habían aburrido como falsos intelectuales, y desde un punto de vista moral y espiri- tual consiguieron asquearlo. Así pues, decidió volver con los revo- lucionarios, con sus ideales limpios, nobles y saludables, con todo aquello de lo que carecían los capitalistas.

«Y ahora —agregó—, déjenme hablarles de la revolución». Pero antes, debo decir que ninguno se había inmutado ante sus duras diatribas. Miré alrededor y vi en sus rostros que seguían sintiéndo- se muy superiores a pesar de lo que habían escuchado; y entonces recordé lo que una vez me dijo Ernest: «Son inmunes a cualquier invectiva moral». Pude observar, sin embargo, que su lenguaje audaz había afectado a la señorita Brentwood, en cuyo rostro apre- cié signos de preocupación.

Ernest comenzó describiendo el ejército revolucionario, dando unas cifras que denotaban su fortaleza (las adhesiones en varios países); ante esos datos, la audiencia comenzó a revolverse inquie- ta; les preocupaba la organización internacional de los socialistas, que unía el millón y medio de miembros norteamericanos con los veintitrés millones y medio del resto del mundo.

«Un ejército así al servicio de la revolución, un contingente de veinticinco millones de socialistas es algo que los magnates y la

clase dirigente tienen que empezar a considerar. El grito de este ejército es: ¡Sin cuartel! Queremos todo lo que poseéis. No nos contentamos con menos. Queremos que pase a nuestras manos vuestro reino de poder y tener en ellas el destino de la humanidad. Éstas son nuestras manos —dijo, mostrando sus palmas al audito- rio—. Son manos poderosas. Vamos a desalojaros del Gobierno, de vuestros palacios, de todo ese

bienestar ocioso; y a partir de ese momento, tendréis que ganar el pan con vuestro trabajo igual que lo gana el campesino en los surcos o vuestros pobres empleados en las ciudades. Éstas son nuestras manos, unas manos poderosas».

Mientras completaba su alocución, seguía extendiendo hacia el auditorio sus firmes brazos, y sus manos de herrador se agitaban en el aire como las garras de un águila. Representaba allí el espíritu poderoso de los trabajadores; sus manos se proyectaban como si trataran de aplastar entre ellas a toda la audiencia. Yo estaba segura de percibir cómo alguno de los presentes se encogía levemente delante de su presencia real, revolucionaria y amenazante. Era en el rostro de las mujeres donde más se percibía el temor, menos en el de los hombres, que al fin y al cabo eran unos millonarios acti- vos, los menos ociosos y más acostumbrados a luchar en la vida. Comenzó a oírse en la sala un rumor sordo, que aunque pareció cesar por un momento, era sólo el preludio del conjunto de gruñi- dos que llegó a continuación y que tuve que soportar más veces esa noche —era la expresión ancestral del animal en el hombre de hoy, la más ligada a su naturaleza—. Creo que ni siquiera eran cons- cientes de haber producido esos ruidos. Era el gruñido de la mana- da proferido por la horda de forma improvisada, inconsciente. Y en ese momento, al ver la dureza de sus rostros y la violencia en sus miradas, comprendí que no iba a resultar sencillo que esa gente renunciase a su dominio del mundo.

Ernest prosiguió su ataque. Justificó la existencia del millón y me- dio de revolucionarios en los Estados Unidos por la pésima gestión de la sociedad llevada a cabo por la clase capitalista. Hizo un bos- quejo sobre la economía en el hombre de las cavernas y en los pueblos salvajes de hoy, que carentes de herramientas y de máqui- nas poseían, no obstante, la capacidad natural para mantener una existencia racional. Continuó exponiendo el desarrollo industrial y

la organización social que había conducido a la civilización huma- na a multiplicar por mil la riqueza que producía el hombre salvaje.

«Sólo cinco hombres pueden hoy producir el pan suficiente como para alimentar a otros mil —continuó—. Un solo hombre es capaz de producir tejido de algodón para vestir a doscientos cincuenta individuos, prendas de lana para abrigar a trescientos y botas y zapatos para calzar a mil. Se podría, ante estos hechos, llegar a la conclusión de que bajo una gestión racional de la sociedad, el hombre civilizado de nuestros tiempos podría vivir infinitamente mejor que el hombre primitivo, ¿pero es así?; veamos: en los Esta- dos Unidos tenemos hoy quince millones44 de personas que viven por debajo de los límites de la pobreza. Se entiende por pobreza las condiciones de vida en las que la falta de comida y de abrigo hace que no puedan mantener la más simple eficiencia laboral. Hoy día en los Estados Unidos, a pesar de lo que ustedes

llaman legislación social, hay tres millones de niños obreros45. En doce años se ha doblado la cifra. Y aprovecho para preguntar a los regidores de la sociedad aquí presentes por qué no se han publicado las cifras del censo de 1910. No teman, responderé por ustedes: porque esas cifras de miseria precipitarían la revolución, que en cualquier caso ya está en ciernes.

»Pero volviendo a mi proposición anterior, si la capacidad del hombre de hoy para producir riqueza es mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué entonces hay quince millones de personas que ni comen lo necesario ni tienen el abrigo mínimo que los proteja de las inclemencias naturales?, o ¿por qué permitimos que haya tres millones de niños trabajando? Es una acusación di- recta a la clase capitalista: su gestión de la sociedad es un rotundo fracaso. A la vista del hecho de que la vida del hombre moderno sea más desdichada que la del hombre cavernario, a pesar de que su capacidad de crear riqueza sea mil veces superior, la única con- clusión es que la clase capitalista practica una mala administración

de la riqueza. Son ustedes unos pésimos administradores, ustedes, los rectores de la sociedad han administrado la sociedad de forma egoísta y criminal. Y sobre esta cuestión no pueden responderme cara a cara esta noche, de la misma forma que el conjunto de su clase no puede responder al millón y medio de revolucionarios de los Estados Unidos. Son

incapaces de responder; no tienen res- puestas, incluso me atrevo a decir que tampoco cuando haya aca- bado de hablar, responderán. Tienen la lengua bloqueada aunque sean capaces de hablar largamente sobre otros asuntos.

»Han fracasado en su gestión. Su civilización es un auténtico desastre. Se han portado como ciegos avariciosos. Han tenido, y siguen teniendo, la desvergüenza de tomar la palabra en los parla- mentos para sostener que sin el trabajo de niños y niñas sus empre- sas no serían rentables. No son palabras mías; todo está escrito para su escarnio. Han adormecido sus conciencias con sus parlo- teos sobre intrascendentes ideales y con su particular moralina. Están saciados de poder y riqueza y ebrios con sus éxitos, y en su lucha contra nosotros tienen las mismas posibilidades de victoria que los zánganos, que holgazanean alrededor de la colmena y sólo les espera la llegada de las obreras que acabarán con sus vidas ociosas. Han fracasado en su gestión de la sociedad y no tendrán ninguna otra oportunidad para gestionarla. Un millón y medio de miembros de la clase trabajadora esperan que el resto de esta clase se una con ellos para arrebatarles ese control de la sociedad. Esto es la revolución, señores míos. ¡Deténganla, si son capaces!».

La voz de Ernest siguió resonando en la sala durante un buen rato, al cabo de ese tiempo comenzó a sonar el murmullo ronco que ha- bía oído antes, y una docena de hombres se levantó para atraer con sus gritos la atención del coronel Van Gilbert. Pude ver cómo los hombros de la señorita Brentwood se movían

convulsos, lo que hizo que por un momento me sintiera irritada: pensé que se estaba riendo de Ernest; pero no, no eran risotadas, era un ataque de histe- ria. La señorita Brentwood estaba horrorizada por haber llevado un agitador tan peligroso a su querido Club de los Filómatas.

El coronel Van Gilbert no reparó en la docena de hombres que, con sus caras enrojecidas por la ira, reclamaban su permiso para tomar

la palabra. El coronel era presa de la misma ira. Se puso brusca- mente en pie, agitó los brazos, y durante algunos instantes sólo pudo proferir sonidos incoherentes; después pareció recuperarse y un tropel de palabras salió de su boca. No fueron las palabras de un abogado de ciento cincuenta mil dólares de minuta, ni su habitual retórica anticuada lo que se oyó en aquel salón.

«¡Eso son falacias, una detrás de otra! —gritó—. En toda mi vida había oído a nadie soltar tantas falacias en un tiempo tan corto; y escúcheme, jovencito, usted no ha dicho aquí nada nuevo. Todo eso lo aprendí en la universidad antes de que usted naciera. Juan Jacobo Rousseau había enunciado sus teorías socialistas hace por lo menos dos siglos. ¿Regreso a la naturaleza? ¡Tonterías! Es dar un paso atrás; la biología nos enseña lo absurdo de esa postura. Siempre se ha dicho que un conocimiento precario puede resultar peligroso; usted lo ha

confirmado esta noche con sus descabelladas teorías. ¡Falacia tras falacia! Nunca me había sentido tan asqueado por tanta falacia ni por tantas generalizaciones inmaduras y tantos razonamientos infantiles».

El coronel chasqueó sus dedos en un gesto despreciativo y volvió a su asiento. Hubo exclamaciones sordas por parte de algunas seño- ras y ahogados gritos afirmativos por el de los hombres. En cuanto a los doce hombres que espontáneamente se pusieron en pie, al menos la mitad comenzó a hablar a la vez, causando un indescrip- tible guirigay. Nunca habían soportado tal espectáculo los venera- bles muros del salón de la señorita Brentwood. Aquéllos eran los fríos capitanes de la industria y los grandes señores de la alta so- ciedad, gruñían y rugían de ira dentro de sus trajes de etiqueta. Sin duda, Ernest había conseguido soliviantarlos cuando extendió sus brazos para arrebatarles sus bolsas de dinero, unas manos que se mostraron ante sus ojos como las del millón y medio de revolucio- narios.

Pero Ernest no perdía los nervios en esas situaciones. Tan pronto el coronel Van Gilbert volvió a su asiento, Ernest se levantó brusca- mente y les dijo, imperioso:

«Caballeros, uno a uno».

El sonido potente que salió de su garganta consiguió aplacar aque-

lla tempestad de voces. Su fuerte personalidad impuso el silencio.

«De uno en uno —repitió con suavidad esta vez—, pero permítanme antes responder al coronel Van Gilbert. Luego, los demás podrán venir a por mí, pero recuerden, de uno en uno; esto no es un partido de rugby.

»Por lo que a usted respecta —dijo, dirigiéndose al coronel— no ha respondido a ninguna de las cuestiones que he planteado, sólo se ha limitado a hacer unas afirmaciones dogmáticas e histéricas sobre mi capacidad mental. Puede que eso le sirva a usted en sus negocios, pero no para responderme a mí. Yo no soy un trabajador, que con la gorra en la mano me acerque para pedirle un aumento de salario o a rogarle que me evite la peligrosidad de una máquina. Sus formas dogmáticas no le servirán conmigo. Guárdelas para cuando trate con sus asalariados- esclavos, que no se atreverán a contradecirlo porque sus medios de vida están en sus poderosas manos.

»En cuanto a esa vuelta a la naturaleza, que dice haber aprendido en su facultad antes de que yo naciera, permítame decirle que a la vista de lo que dice parece no haber aprendido nada más desde entonces. El socialismo tiene que ver con el estado de naturaleza tan poco como el cálculo diferencial con las lecciones de doctrina cristiana. He considerado que su clase es estúpida en cuanto la sa- can de sus negocios habituales, y usted me ha demostrado clara- mente la validez de este aserto».

El duro castigo infligido por Ernest al abogado, el de los cien mil dólares por minuta, fue demasiado para los nervios de la señorita Brentwood. Su ataque de histeria fue creciendo hasta el punto de que tuvieron que sacarla de la sala, sacudida por una crisis violenta de risa y de llanto. Quizá fue lo mejor para ella porque el ataque más duro llegó a continuación.

«No es que lo diga yo —prosiguió Ernest, una vez superado el in- cidente—; pregunten a quienes consideran como autoridades en estas materias, ellos corroborarán con voz unánime ese sinsentido. Los mismos hombres doctos a los que sostienen con su dinero les confirmarán su error. Acudan a cualquier profesor ayudante de sociología y pregúntenle cuál es la diferencia entre las teorías rou-

sonianas del retorno a la naturaleza y las teorías socialistas; pre- gunten a sus más apreciados expertos en economía política y en sociología; busquen en las páginas de los volúmenes que sobre esa materia abarrotan los estantes de las bibliotecas que sufragan con sus fondos. No encontrarán en ninguno de ellos una sola página que establezca esa correspondencia entre el retorno a la naturaleza y el socialismo. Por el contrario, sí encontrarán una respuesta afir- mativa unánime de que ambas teorías son diametralmente opues- tas. Insisto en que no tienen por qué creer en lo ahora les digo, la confirmación de su ignorancia está en esos libros que sufragan

pero nunca leen. Y ustedes, en su supina ignorancia, son un claro exponente de su clase.

»Usted, coronel Van Gilbert, es un experto en leyes y en formas de hacer negocios. Usted sabe cómo, retorciendo las leyes, conseguir que las grandes corporaciones aumenten sus dividendos; estupen- do, no salga de ese terreno en el que tan bien se maneja; es usted un magnífico abogado, pero no tiene ni idea de historia, ni de so- ciología, y sus conocimientos de biología con equiparables a los de Plinio».

El coronel Van Gilbert se revolvió en su asiento. En la sala reinaba un profundo silencio. Todos parecían fascinados en sus sillas — mejor diría, paralizados— ante las terribles diatribas de Ernest con- tra el coronel; algo antes inimaginable, imposible de creer: el gran abogado, ante el cual temblaban los jueces cuando se levantaba de su estrado para soltar su discurso. Pero Ernest nunca daba cuartel a sus enemigos.

«Esto, naturalmente, no implica negar sus habilidades — continuó Ernest—, sigamos cada uno en su oficio. Usted es un gran especia- lista en el suyo, conoce las leyes a la perfección, cómo burlarlas o cómo crear leyes nuevas que incrementen los beneficios de esas compañías depredadoras. En esa actividad no llego ni a la altura de sus zapatos, pero cuando se trata de la sociología, mi negocio, ahí no llega usted a la altura de los míos. Recuérdelo, y recuerde tam- bién que sus leyes son materia de un día, y que usted, fuera de ellas, es incapaz de cualquier otra

actividad. Por lo tanto, sus aser- tos dogmáticos y sus irreflexivas generalizaciones sobre cuestiones

históricas o sociológicas no valen el aliento que gasta en proferir- las».

Ernest hizo una pausa momentánea y fijó su mirada en el rostro rojo y contraído del coronel, en su pecho jadeante y en sus manos, que abría y cerraba de forma nerviosa.

«Pero parece, coronel, que aún le quedan recursos dialécticos; lo invito a que los utilice. He denostado a su clase; muéstreme lo erróneo de mi censura. Le he mostrado la postración del hombre moderno: tres millones de niños-esclavos en los Estados Unidos, sin cuyo trabajo las compañías no obtendrían beneficios; así como quince millones de trabajadores mal vestidos, mal alimentados y sin un cobijo digno. Le he mostrado que la capacidad productiva del hombre moderno, a través de la organización social y del uso extensivo de la nueva maquinaria, es mil veces superior a la del hombre de las cavernas. Y así considerado, la conclusión es que la clase capitalista ha fracasado rotundamente en su gestión. Ésa ha sido mi acusación, y lo he retado varias veces a rebatirla; mejor dicho, he aventurado que sería usted incapaz de responder. ¡Utilice sus últimos recursos para aplastar mis argumentos! Usted ha con- siderado que mi discurso era falaz. Diga, coronel, dónde radica la falacia. Responda a la acusación que yo y el

millón y medio de mis camaradas hemos lanzado contra usted y contra su clase».

El coronel, en su agitación, olvidó que presidía la reunión y que debía conceder el turno de palabra a los asistentes que ansiaban responder a Ernest. Saltó de su asiento y olvidando su habitual retórica y sus buenas maneras, comenzó a insultar a Ernest, ta- chándolo de jovencito demagogo; insultos que alternaba con otros más feroces dirigidos a la clase trabajadora, a la que acusaba de incompetente e ineficaz.

—Se ve que es usted un abogado eficaz. No he encontrado en mi vida a un hombre a quien resulte más difícil ceñir a un tema — comenzó a responder Ernest a la diatriba del coronel—. Mi juven- tud no tiene nada que ver con lo que he expuesto; ni tampoco la supuesta incompetencia de la clase trabajadora. Yo he acusado a la clase capitalista de su mala gestión de la sociedad; y usted no ha respondido a esa acusación; ha sido incapaz de rebatirla. ¿Por qué?

¿Acaso no encuentra ninguna respuesta? Usted es el héroe de toda esta audiencia. Todos aquí, excepto yo, están pendientes de sus labios, de su respuesta, porque para ellos es usted el más indicado para darla. Por lo que a mí respecta, estoy convencido no ya de que no puede responder, sino de que ni siquiera va a intentarlo.

—¡Esto es intolerable! ¡Esto es un insulto! —gritó el coronel Van Gilbert.

—Lo intolerable sería la incapacidad de respuesta —respondió seriamente Ernest —. Ningún hombre se puede sentir insultado en una polémica intelectual. El insulto es, por naturaleza, emocional. Serénese y trate de darle una respuesta intelectual a mi condena intelectual sobre el fracaso absoluto de la clase capitalista como regidora de la sociedad.

El coronel Van Gilbert permaneció silencioso mientras aparecía en su rostro una expresión sombría, de hosca suficiencia, como la de alguien que no está dispuesto a disputar con ningún rufián.

—No se deprima, coronel. Consuélese pensando que ningún miembro de su clase ha sido nunca capaz de responder a ese cargo.

—A continuación se volvió hacia los otros miembros que habían pedido la palabra—. Ahora tienen su oportunidad, caballeros. Ade- lante, y no olviden que los he retado a dar respuesta a las cuestio- nes que el coronel no ha sabido responder.

Me resultaría imposible escribir todo lo que siguió en aquella dis- cusión. Nunca pude imaginar que en el limitado plazo de tres horas hubieran podido pronunciarse tantas palabras. Resultó impresio- nante. Cuanto más crecía la excitación de sus oponentes, más los excitaba deliberadamente Ernest. Manejaba con precisión enciclo- pédica cada concepto, y conseguía

desarmarlos mediante una frase o una palabra precisa. Descubría inmediatamente los fallos de sus razonamientos: eso es un falso silogismo; esa conclusión no tiene nada que ver con las premisas; esa premisa es falsa porque estaba incluida en la conclusión a la que se intentaba llegar. Eso es inexacto; aquello, una presunción; o ésa es una afirmación opuesta a la verdad que ha quedado definitivamente plasmada en todos los manuales.

Continuó así, respondiéndoles a todos. A veces cambiaba el sable por el bastón, pero continuaba con sus mandobles a derecha e iz- quierda. Requería siempre hechos y rechazaba discutir teorías. Y los hechos eran el Waterloo de sus contrincantes. Cuando atacaban a la clase trabajadora, les respondía: «¡Apártate, que me tiznas!, dijo la sartén al cazo». Y les repetía: «¿Por qué no ha respondido nadie a mi acusación sobre el fracaso de la clase capitalista como rectora de la sociedad? Han hablado y hablado sobre asuntos que no tenían nada que ver con esto, pero no han sido capaces de res- ponder sobre ese fracaso. ¿Es que acaso no tienen una respuesta?».

Fue al final de la reunión cuando habló el señor Wickson. Fue el único que se mostró sereno, y Ernest lo trató con el respeto que no había concedido al resto.

—No se precisa ninguna respuesta —habló el señor Wickson con estudiada calma —. He seguido toda la discusión con asombro y cierto disgusto. Sí, me siento disgustado con vosotros, caballeros miembros de mi clase. Os habéis comportado como inocentes co- legiales. Os habéis dejado llevar por cuestiones morales y por la palabrería de los políticos más vulgares. Habéis sido superados tanto en vuestra forma de exponer como en vuestros argumentos. Habéis hablado y hablado, pero vuestras palabras sonaban como un zumbido. Sí, habéis estado zumbando como los mosquitos alrede- dor de un oso. Caballeros, ahí tenéis al oso —dijo señalando a Er- nest— y vuestro zumbido sólo ha conseguido cosquillear sus ore- jas.

»Creedme, la situación es muy seria. El oso ha extendido hoy sus patas para aplastarnos. Él ha dicho que hay un millón y medio de revolucionarios en los Estados Unidos. Es un hecho. Ha dicho que su intención es apartarnos de nuestros Gobiernos, de nuestros pala- cios y de toda nuestra vida suntuosa. Eso también es un hecho. Un cambio, un gran cambio, se avecina en nuestra sociedad; pero, afortunadamente, puede que no sea el cambio que él preconiza. El oso ha dicho que nos va a aplastar.

¿Qué pasaría si fuéramos nosotros los que aplastáramos al oso?

Un ruido sordo retumbó por toda la sala y los hombres comenzaron a mirarse entre sí asintiendo con sus cabezas a la vez que endure-

cían sus facciones. Iban a luchar, no cabía duda.

—Pero no vais a aplastar al oso zumbando a su alrededor —prosiguió el señor Wickson en tono frío e impersonal—. Cazaremos al oso, no vamos a combatirlo con palabras. Le respondere- mos con plomo. Nadie puede negar que el poder es nuestro; y en virtud de ello, no vamos a dejar que nos lo arrebaten.

Se volvió bruscamente hacia Ernest, y los momentos siguientes fueron muy tensos.

—Ésta es nuestra respuesta. No vamos a perder más tiempo ha- blando. Cuando alarguéis vuestras poderosas manos para arreba- tarnos nuestros palacios y nuestras riquezas, os mostraremos nues- tra fuerza. La expresión de nuestro poder será la metralla que surja del estallido de los obuses y el traqueteo de las ametralladoras46. Aplastaremos a esos revolucionarios con el talón de nuestras botas, pisando sobre sus rostros. Éste es nuestro mundo, somos sus due- ños y seguiremos siéndolo. Yo sí conozco la historia y por eso sé que las legiones de trabajadores han vivido en el fango desde tiempo inmemorial, y en él seguirán mientras yo, los míos y los que nos sucedan conserven el poder. Ésta es la palabra, la reina de las pala- bras: poder. Ni Dios, ni el becerro de oro: el poder. Mueva la pala- bra en su boca hasta que la lengua encuentre su áspero sabor. ¡El poder!

—Ya me han respondido —contestó tranquilo Ernest—. Era la única respuesta que se podía esperar. El poder es justamente lo que la clase trabajadora busca. Sabemos perfectamente, por amarga experiencia, que ninguna apelación al derecho, a la justicia o a la humanidad los haría cambiar. Sus corazones son tan duros como los talones con los que pisotean los rostros de los pobres. Por ello reivindicamos el poder. Con el poder de nuestros votos, el día de las elecciones os arrebataremos el gobierno de la sociedad.

—¿Qué pasará si el día de las elecciones obtienen una mayoría

aplastante? — interrumpió el señor Wickson—. ¿Imagine que nos negamos a cederles el gobierno aunque lo hayan ganado en las urnas?

—También hemos considerado esa posibilidad —replicó Ernest—. Y en ese caso les responderíamos con el plomo del que ha hablado. El poder, lo ha proclamado como el rey de los términos. Él será el dominante. Y si el día en que consigamos esa gran mayoría en las urnas, rehúsan ceder el poder al Gobierno que pacífica y constitu- cionalmente haya ganado, les diré qué haremos: responderemos con el estallido de los obuses, el fragor de la metralla y el traqueteo de las ametralladoras; ésa será nuestra respuesta.

—No tienen escapatoria; veo que efectivamente conoce la historia, y que desde sus orígenes el mundo del trabajo ha

estado sumergido en el fango; e igualmente estoy seguro de que en él permanecerá en tanto que usted, los suyos y los que los sucedan conserven el po- der. Estoy absolutamente de acuerdo con todo lo que ha dicho. El poder será el árbitro, tal como ha sucedido siempre. Es una lucha de clases. De igual modo que su clase acabó con la nobleza feudal, así acabará la clase trabajadora con la suya. Si es usted capaz de estudiar la biología y la sociología con la atención con la que ha leído la historia, comprenderá que ese final es inevitable. Poco importa que tardemos uno, diez o mil años, nuestra clase desalojará del poder a la suya. ¡El poder! Nuestros ejércitos de trabajadores han masticado esa palabra hasta sentir su más profundo sabor. ¡El poder!, la palabra suprema.

Y así acabó la noche en el Club de los Filómatas.

C A P Í T U L O VI

Premoniciones

Y fue entonces cuando los presagios más pesimistas comenzaron a cernirse, ásperos y veloces, sobre nuestra existencia.

Ernest ya había puesto en duda la conveniencia de que mi padre recibiera en su casa a líderes socialistas y obreros, y de que acudie- ra a sus reuniones. Mi padre se rió de sus temores. En cuanto a mí, cada día aprendía más y más en mis relaciones con los líderes obreros y con otros intelectuales. Comenzaba a ver el otro lado de la pantalla. Me encantaba su generosidad y su idealismo, aunque sentía cierto pavor al comprobar la vastedad de la literatura filosó- fica y científica que se abría ante mí. Aprendía muy deprisa, pero no lo suficiente como para llegar a comprender el peligro que se cernía sobre nosotros.

Hubo avisos a los que no presté atención. Uno de ellos fue no ad- vertir que la señora Pertonwaithe y su amiga, la señora Wickson, ejercían un considerable poder social en los círculos universitarios de la ciudad. Ellas transmitieron la idea de que yo era una mucha- cha demasiado atrevida que se creía muy segura de sí misma, con cierto interés malicioso por inmiscuirme en los asuntos ajenos. Me pareció normal dado el interés que puse en investigar el caso del brazo de Jackson,

pero no estimé adecuadamente el efecto de las opiniones difundidas por esas dos señoras, cuyo poder social las convertía en árbitros decisivos en el medio en que vivíamos.

De hecho, noté cierto alejamiento por parte de mis amigos de siempre, pero lo achaqué a los comentarios que se hacían en su círculo sobre mi intención de casarme con Ernest. No pasó mucho tiempo antes de que Ernest me advirtiera claramente de que no se trataba de un sentimiento espontáneo del grupo, sino de algo indu- cido por otros agentes. «Has dado cobijo en tu casa a un enemigo de tu clase —me dijo—; y no sólo cobijo, le has dado tu amor, te

has entregado a él. Eso significa una traición a tu clase. No pienses que vas a escapar sin castigo».

Pero fue antes de eso cuando una tarde en la que estaba con Ernest, llegó mi padre muy enfadado, filosóficamente enfadado. Mi padre no se enfadaba casi nunca, aunque a veces se permitía una pequeña porción de ira —él lo llamaba su tónico—. Esa tarde pudimos ver que entraba con su ración de enfado-tónico.

—¿A ver qué os parece? He comido con Wilcox.

Wilcox era rector emérito y presidente de la universidad. Había construido su ideario con las generalizaciones que abundaban en el año 1870, y desde entonces no las había refrescado con ninguna otra.

—Me invitó. Me llamó para que comiéramos juntos —dijo, y luego quedó callado

—. Reconozco que se mostró muy cortés, pero tuve que aguantar que ese viejo fósil me reprendiera —continuó.

—Apostaría a que conozco el motivo de esa reprimenda —

intervino Ernest.

—Te concedo tres intentos —rió mi padre.

—Me basta con uno, y no es una suposición; es una deducción. Lo invitó para reprenderlo por su vida privada.

—¡Cierto! —exclamó mi padre—, ¿cómo lo adivinaste?

—Siempre imaginé que eso llegaría a pasar. Ya se lo advertí.

—Sí. Lo dijiste —dijo pensativo mi padre—, pero no podía creerlo; ¡pero en fin! Es otra evidencia importante para el libro que es- cribo.

—Eso no es nada para lo que se avecina —prosiguió Ernest— si persiste usted en traer a su casa a todos esos socialistas y radicales, incluyéndome a mí.

—Eso es justamente lo que dijo Wilcox, entre otras insensateces; que era algo de mal gusto, que no proporcionaba ningún beneficio, o que estaba lejos de las tradiciones y políticas de la universidad.

Se extendió en muchas más vaguedades y no conseguí en ningún momento que se centrara en algún punto concreto. Lo que sí logré fue que se sintiera un tanto incómodo. Repetía una y otra vez los mismos tópicos, intercalados por sus declaraciones de aprecio ha- cia mí y por la admiración que el mundo académico sentía por mis trabajos científicos. Tuve la sensación de que no le estaba resul- tando nada agradable decirme todo aquello, y que las palabras sa- lían de su boca sin que él estuviera, personalmente, muy de acuer- do con ellas.

—No es un hombre libre —dijo Ernest—, pero el prisionero no siempre se siente feliz con sus grilletes.

—Sí, ésa es la impresión que me dio. Me dijo que la universidad necesitaba este año muchos más fondos que los que el Estado pro- metía; y que tendrían que recurrir al mecenazgo de los poderosos; a esos ricachones que no podían menos que sentirse ofendidos por el brusco giro que había sufrido la universidad, al haber abandona- do sus actividades tradicionales de búsqueda desapasionada de un pensamiento teórico desapasionado. Cuando traté de presionarlo para que me aclarara qué tenía que ver mi vida privada con el des- vío de la universidad de sus altos ideales, simplemente me ofreció dos años sabáticos pagados para que, en Europa, investigara o hi- ciera lo que más me apeteciera. Naturalmente, no pude aceptarlo en esas condiciones.

—Hubiera sido mucho mejor que aceptara su ofrecimiento — dijo Ernest en tono serio.

—¡Pero eso era un soborno! —protestó mi padre. Ernest asintió con la cabeza.

—También me dijo ese individuo que había murmuraciones y coti- lleos en las reuniones sociales sobre mi hija, a quien habían visto en público con un personaje tan singular como tú; algo que no cua- draba con la tradición y los ideales de la universidad. No es que él estuviera de acuerdo con esos comentarios, ¡no!, simplemente lo decía para mi conocimiento.

Ernest pensó durante unos instantes en lo que decía mi padre, y a continuación se dirigió a él sin abandonar su seriedad, aunque se

podía apreciar un leve tono de ira en su voz:

—Hay algo más que el cambio en los ideales de la universidad. Alguien está presionando al rector Wilcox.

—¿Tú crees? —preguntó mi padre, con una expresión que parecía más interesada que asustada.

—Me gustaría transmitirle los pensamientos que me empiezan a rondar por la cabeza —le respondió Ernest—. Nunca en la historia de la humanidad ha sufrido la sociedad un flujo de cambios tan poderoso como el que está soportando ahora. Los cambios vertigi- nosos de nuestro sistema industrial están causando cambios igual de vertiginosos en nuestras estructuras religiosas, políticas y socia- les. Una invisible y temible

revolución se está produciendo en las estructuras básicas de la sociedad. Sólo se puede percibir levemen- te, pero está en el aire, hoy, ahora mismo. Se puede presagiar la amenaza, general e imprecisa, pero terrible. Mi cabeza se siente agobiada tratando de imaginar en qué puede cristalizar ese torbe- llino. Usted oyó lo que dijo Wickson la otra noche. Detrás de sus palabras se escondían las mismas sombras informes, innominadas, que acuden ahora a mi mente. Wickson expresó claramente esa amenaza subyacente.

—Quiere usted decir… —mi padre se interrumpió, pensativo.

—Quiero decir que la sombra de algo tremendo y amenazador se cierne a lo largo de nuestro país. Llámelo la sombra de una oligar- quía, si lo prefiere, es lo más aproximado que se me ocurre. No me atrevo a definir su naturaleza47. Pero lo que trato de decir es que

usted se encuentra en una situación peligrosa. Un peligro que mi propio temor acrecienta porque ni siquiera estoy seguro de su magnitud. Siga mi consejo y acepte esas vacaciones.

—Pero sería una cobardía —respondió.

—En absoluto. Usted es un hombre mayor que ha cumplido su trabajo en este mundo, y lo ha hecho muy bien. Ceda esta batalla a los más jóvenes y a los más fuertes. Somos ahora nosotros los que tenemos que hacer ese trabajo. Avis estará a

mi lado en lo que se avecina. Ella será su representante en el frente de batalla.

—Pero ellos no pueden hacerme ningún daño —objetó mi padre—. Gracias a Dios soy un hombre independiente. Soy consciente de los graves perjuicios que pueden causar a un profesor que dependa económicamente de esa universidad. Pero no es mi caso. Nunca he practicado la docencia sólo por un sueldo. Puedo vivir de forma muy holgada por mis propios medios, y ese sueldo es lo único que me pueden negar.

—No se da cuenta, profesor —respondió Ernest—, de que mis temores no surgen de que le nieguen sus ingresos como profesor, sino de que puedan arrebatarle todo lo que posee.

Mi padre quedó en silencio durante algunos minutos. Sentí que meditaba profundamente y que al final de esa pausa había llegado a alguna conclusión. Por fin, dijo:

—No aceptaré esas vacaciones —calló otra vez—. Continuaré es- cribiendo mi libro48. Puede que tenga usted razón o que exagere, pero yo seguiré en mi puesto.

—Está bien —dijo Ernest—. Está usted siguiendo el mismo ca- mino que el obispo Morehouse y se dirige hacia el mismo abismo, en cuyo fondo aparecerán como simples proletarios.

La conversación giró hacia el obispo, y le pedimos a Ernest que nos contara lo que sabía de él.

—Está profundamente afectado después del viaje al infierno al que lo invité. Fuimos a visitar los hogares de algunos de los trabajado- res de nuestras fábricas. Le mostré las ruinas humanas que se for- jaban en esa maquinaria industrial, y él prestó toda su atención a los relatos de los trabajadores. Lo llevé a visitar los arrabales de San Francisco y pudo comprobar que el alcoholismo, la prostitu- ción y el crimen tenían causas más profundas que las que se consi- deran innatas en el hombre. Se encuentra fuera de sí, ha perdido todo control. Es un hombre profundamente ético, y lo que ha visto le ha afectado en lo más profundo de su ser. Y como siempre, ca- rece del menor sentido práctico: se empeña en llevar a cabo una misión evangelizadora ante los poderosos para tratar de solucionar la miseria de los trabajadores. Cree que su obligación es la de con- vencerlos para que vuelvan a la Iglesia de Jesucristo. Su exaltación lo llevará tarde o temprano a un estallido violento, a sufrir algún contratiempo serio. No puedo prever cuál. Es un hombre apasiona- do en su pensamiento, pero muy poco práctico en sus acciones. Me supera; no soy capaz de hacer que vuelva a poner los pies en la tierra. Ha emprendido un vuelo directo hacia su Getsemaní, previo a su crucifixión. Estas almas elevadas están destinadas a la crucifi- xión.

—¿Y tú? —pregunté con una sonrisa que escondía toda la ansiedad de la enamorada.

—A mí no —rió—. Me pueden ejecutar o asesinar, pero nunca me crucificarán. Mantengo mis pies firmes sobre la tierra.

—Pero entonces —pregunté—, por qué aventuras la crucifixión del obispo. No me vas a negar que seas el causante de esa tragedia.

—¿Por qué habría de dejar a un alma serena vivir en su confortable ambiente cuando hay millones de trabajadores viviendo en la más absoluta miseria? — respondió.

—Entonces, ¿por qué has aconsejado a mi padre que acepte esas vacaciones?

—Porque no soy un alma elevada y pura. Porque soy un individuo firme, sólido y egoísta. Porque te amo y porque, como dijo Rut, la moabita, «Tu pueblo será mi pueblo». Por lo que al obispo respec- ta, él no tiene ninguna hija. Además, no importa lo poco que pueda aportar a la causa; todo cuenta, incluso sus quejumbrosos lamen- tos.

Me negaba a aceptar los juicios de Ernest. Yo conocía bien la natu- raleza noble del obispo Morehouse y no podía concebir que su voz alzada en favor de la justicia significara únicamente un insignifi- cante y baldío lamento. Pero, a diferencia de Ernest, yo no domi- naba aún todos los hilos de la circunstancia en que nos encontrá- bamos. Él veía claramente la futilidad de los esfuerzos espirituales del obispo, y no tardamos mucho en comprobar la certeza de sus juicios.

Apenas unos días después, Ernest me dijo, sonriente, que había recibido una oferta para convertirse en el jefe del

Departamento Federal de Trabajo. No pude disimular mi alegría. El sueldo era tan elevado que facilitaría considerablemente nuestro matrimonio. Por otra parte, el cargo cuadraba plenamente con las actividades de Ernest; sentía además un tremendo orgullo por lo que consideraba como un reconocimiento a su esfuerzo y su talento.

Entonces percibí sus ojos chispeantes. Se estaba burlando de mí.

—¿No irás a rechazar… la oferta? —pregunté temblorosa.

—Es un soborno —replicó—. Detrás de él está la mano sutil de Wickson; y detrás de ella las manos de otros, más poderosos que él. Se trata de un viejo truco, tan viejo como la lucha de clases: despojar de sus capitanes al ejército de los trabajadores.

¡Pobre mundo del trabajo, siempre traicionado! ¡Si supieras la can- tidad de líderes obreros que han sido comprados a lo largo de esta lucha! Resulta muy barato, mucho más barato, comprar a un gene- ral que luchar contra él y todo su ejército. Te contaría, pero no quiero citar ningún nombre; me resulta demasiado amargo recor- darlo. Mi amor, soy un capitán del ejército de los trabajadores. No

me puedo vender. Si no tuviera más razones para rechazar ese car- go, bastaría con el recuerdo de mi pobre padre y el esfuerzo que tuvo que hacer hasta que el trabajo acabó con su vida.

Las lágrimas llenaron sus ojos, los ojos de mi fiero luchador, de mi héroe; el que nunca podría olvidar las terribles circunstancias que obligaron a su padre a incurrir en sórdidas mentiras y en hurtos insignificantes para poder llevar un poco de pan a las bocas de sus hijos.

«Mi padre fue un hombre bueno —me dijo Ernest en una ocasión—. Su alma era generosa, y sin embargo, fue torcida, trastor- nada, impelida a buscar nuestro sustento por cualquier medio; y todo ello por el sistema salvaje que los poderosos imponían a los trabajadores. Murió postrado por el trabajo. Debería vivir aún, co- mo tu padre. Tenía una fuerte constitución. Pero lo atrapó la má- quina y tuvo que trabajar hasta su muerte por un salario mezquino para que otros obtuvieran sus beneficios. Date cuenta, su sangre transmutada en unos vinos exquisitos con los que acompañar cenas opíparas, o por unas falsas pedrerías; por cualquiera de esas cosas que tanto aprecian los ricos ociosos y quienes los dirigen: ese con- junto de brutos».

C A P Í T U L O VII

La visión del obispo

«El obispo está absolutamente fuera de sí —me escribió Ernest—. Se le ve flotar en el aire. Hoy pretende corregir los pecados de este mundo miserable lanzando su propio mensaje. Me lo ha contado y no he sido capaz de disuadirlo. Esta noche va a presidir la IPH49, y quiere incluir su mensaje en la presentación inicial.

»¿Puedes acompañarme a la reunión? Naturalmente creo que no servirá para nada. Te sentirás descorazonada y supongo que tam- bién él, pero te puede servir como una lección práctica. Ya sabes, mi vida, lo orgulloso que me siento porque me quieras así. Y pre- tendo por ello que llegues a conocer el valor de mis acciones; quie- ro recompensar ante tus ojos, en alguna pequeña medida, mi inme- recimiento de tu amor. Así, mi deseo más ferviente es persuadirte de que mi postura es justa y correcta. Mis convicciones son muy estrictas, pero la futilidad de los esfuerzos del alma cándida y bon- dadosa del obispo te hará ver clara la obligación de esa rigidez.

¡Ven esta noche! Por deprimente que pueda resultar la reunión, presiento que te hará sentirte más cerca de mí».

La IPH celebró su asamblea esa noche en San Francisco50. Se ha- bía convocado la reunión para considerar la ola de inmoralidad pública actual y para tratar de remediarla. Presidía el obispo Mo- rehouse, al que noté muy nervioso cuando subió a la tarima; se le veía presa de una gran tensión. Sentados a ambos lados se encon- traban el obispo Dickinson; H. H. Jones, jefe del departamento de ética de la Universidad de California; la señora W. W. Hurd, orga- nizadora de importantes campañas de caridad; Philip Ward, otro

gran filántropo; y algunas otras personas notables en los campos de la moralidad pública y de la beneficencia. El obispo Morehouse se puso en pie y abrió la sesión bruscamente con el siguiente exordio:

«Recorría la ciudad por la noche y observaba las calles a través de las ventanillas del coche. Súbitamente, pareció que se levantaba un velo de mis ojos y comencé a ver las cosas tal como son en reali- dad. Al principio volví a cubrir mis ojos, esta vez con mis manos, para evitar la terrible visión que descubrían; en esa oscuridad me asaltó una pregunta: ¿qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer? A continuación cambió el enunciado de la pregunta: ¿qué haría Nues- tro Señor? Y la segunda cuestión me llevó a abrir de nuevo los ojos, y vi cuál había de ser mi deber con la misma claridad con la que Saulo vio el suyo tras su caída en el camino a Damasco.

»Paré el coche, baje y persuadí a dos de las mujeres que esperaban a sus clientes en la calle para que subieran conmigo al auto. Si Je- sús dijo la verdad, esas desgraciadas eran mis hermanas, y la única esperanza de salvación para ellas era mi afecto y mis cuidados.

»Vivo en uno de los mejores barrios de San Francisco, en una casa que me costó cien mil dólares; los muebles, los libros y los objetos artísticos costaron otro tanto. La casa es una gran mansión; bueno, es algo más: un palacio atendido por muchos criados. Nunca supe muy bien para qué servían los palacios, quizá para vivir en ellos. Ahora he descubierto su utilidad. Llevé a las dos mujeres callejeras a mi palacio, donde vivirán conmigo. Confío en llenar las habita- ciones de mi palacio con sus hermanas, con mujeres como ellas».

A medida que hablaba el obispo, parecía aumentar el estupor y la consternación de la audiencia; las caras de los que ocupaban el estrado devolvían con sus gestos preocupados su turbación a los que tenían enfrente más abajo. En ese momento se levantó el obis- po Dickinson y con una tremenda expresión de disgusto en su cara bajó del estrado y abandonó la sala; pero el obispo Morehouse, ajeno a las reacciones de su discurso, siguió hablando con los ojos iluminados:

«Hermanos y hermanas, con esta forma de obrar he encontrado la solución a mis dudas y mis cuitas. No sabía para qué podían servir los coches, y ahora lo sé; sirven para transportar a los débiles, a los

enfermos y a los ancianos; sirven para devolver el honor a aquellos que perdieron incluso el sentido de la dignidad.

»Yo no sabía para qué servían los palacios, pero ahora he encon- trado su utilidad. Los grandes palacios de la Iglesia deberían servir como hospitales y guarderías para aquellos que peligran al haber errado el camino».

Hizo una larga pausa, en la que me pareció que las ideas que llena- ban su cabeza sobrepasaban su capacidad para expresarlas.

«No soy el más indicado, hermanos y hermanas, para hablaros de moralidad. He vivido demasiado en la vergüenza y la hipocresía como para poder ayudar a los demás; pero mi acción con esas mu- jeres, esas hermanas, me ha mostrado que el mejor camino es el más sencillo. Para los que creemos en Jesús y en su Evangelio, no puede existir ninguna otra relación entre los humanos que la rela- ción del afecto mutuo. El amor más sencillo es mucho más fuerte que el pecado, más fuerte que la muerte. Os digo, por lo tanto, a vosotros, los ricos, que vuestro deber es hacer lo que he hecho y seguiré haciendo. Que cada uno de vosotros, dado que vuestra ri- queza os lo permite, acoja en su casa a un ladrón y lo trate como a su hermano; a alguna desgraciada y la trate como a su hermana; de esa forma, San Francisco no tendrá ya más necesidad de mantener un cuerpo de policía ni de magistrados; las cárceles se

convertirán en hospitales y los delincuentes desaparecerán junto con sus deli- tos.

»Debemos entregar no sólo nuestro dinero, sino entregarnos noso- tros mismos. Debemos hacer lo que hizo Jesucristo; éste es, hoy, el mensaje de la Iglesia. Nos hemos alejado mucho de las enseñanzas del Señor. Nos hemos disuelto en el confort y los placeres. Hemos sustituido a Jesucristo por el becerro de oro. Tengo aquí un poema que es un compendio de lo que os digo. Lo escribió un alma desca- rriada que consiguió reencontrar su rumbo51. Me gustaría leerlo ahora para vosotros. No debéis considerarlo como un ataque a la Iglesia católica, es un ataque a todas las Iglesias, a la pompa y es-

plendor de todas ellas, a todos los que se han apartado de los cami- nos del Señor y han abandonado a sus corderos. Oídlo, hermanos:

Las trompetas de plata resonaron en la cúpula; se arrodilló el pue- blo reverente sobre la tierra, y vi, transportado a hombros de unos hombres, a alguien que semejaba un gran dios, al Santo Señor de Roma.

Como un sacerdote, llevaba una vestidura más blanca que la espu- ma, y, como un rey, iba cubierto de púrpura real; tres coronas de oro se elevaban sobre su cabeza, entre el esplendor y la luz, el papa volvió a su morada.

Mi corazón volvió furtivamente a través de los remotos años mal- gastados hacia el Único que vagaba por un solitario mar y que bus- caba en vano un lugar para descansar:

“Los zorros tienen madrigueras, y los pájaros sus nidos, únicamen- te yo tengo que errar fatigoso, lacerando mis pies, y tengo que be- ber con el vino, el sabor de las lágrimas.

La audiencia estaba agitada, aunque sus miradas eran frías. El obispo no parecía darse cuenta de ello y prosiguió firme su ser- món:

«Por eso os digo a vosotros, los ricos, y a todos los ricos, que ha- béis maltratado y oprimido a los corderos del Señor. Se han endu- recido vuestros corazones. Habéis cerrado los oídos ante las voces que clamaban sobre la tierra, las voces tristes y atemorizadas que no habéis querido escuchar, pero que algún día resonarán ante vo- sotros; y por ello os digo que…».

Pero al llegar a este punto, H. H. Jones y Philip Ward se levantaron de sus asientos y bajaron al obispo del estrado; mientras, la audien- cia trataba de recuperarse del estupor y la conmoción que le produ- jeron sus palabras.

Ernest estalló en carcajadas en cuanto salimos a la calle. Su risa cayó sobre mí como un jarro de agua fría; yo había salido con el corazón destrozado y con las lágrimas a punto de saltar en mis ojos.

—Les ha enviado su mensaje —exclamó Ernest—. Ha salido a la

superficie toda la bondadosa humanidad que se escondía dentro de él; pero ¿y sus fieles? ¿La cristiana audiencia que tanto lo quería?

¡Ahora dirán que ha perdido el juicio! ¿Viste con qué prisas lo ba- jaron del estrado? Seguro que en el infierno se estaban muriendo de risa con el espectáculo.

—Sin embargo, causará sensación cuando se sepa fuera de este círculo lo que el obispo ha hecho y lo que ha comunicado hoy.

—¿Tú crees? —respondió Ernest, burlón.

—Por supuesto, ¿acaso no viste a los periodistas llenar sus cuader- nos de notas?

—No aparecerá ni una sola línea en los periódicos de mañana —

replicó Ernest.

—No lo puedo creer —exclamé.

—Espera y verás —respondió Ernest—. No aparecerá ni una sola línea, ni una mención al ideario del obispo. Prensa que cuenta, prensa que oculta; depende del tema.

—Pero ahí estaban los periodistas, los pude ver —insistí.

—Sí, sí, pero no aparecerá en sus periódicos ni una palabra de lo que dijo; te olvidas de los directores. Sus intereses dependen de la política que mantienen en sus periódicos, y su política es

ocultar cualquier amenaza que ponga en peligro el orden establecido. Con- siderarán las palabras del obispo como diatribas contra la moral establecida; pura herejía. Lo bajaron del estrado para evitar que siguiera incurriendo en su herejía. Los periódicos redimirán sus errores mediante el más absoluto silencio.

¿Qué es la prensa en nuestro país? Pues, simplemente, un organis- mo parásito que sirve para sustentar a la clase capitalista. Su fun- ción es servir al orden establecido moldeando a la opinión pública y ¡bien que lo hace!

»Déjame que te adelante lo que va a suceder: los periódicos dirán que últimamente el obispo no goza de buena salud, que su trabajo lo ha agotado, y que la otra noche sufrió una crisis por el estrés. Pocos días después, aparecerá otro comentario diciendo que sufre

una seria crisis nerviosa y que sus feligreses han rogado a sus supe- riores que le concedan un merecido descanso. Después de su vuelta de vacaciones, pueden ocurrir dos cosas: una, que el obispo haya recapacitado y que, reconociendo sus errores, vuelva a la senda de los biempensantes; la otra, que persista en su delirio; y entonces podrás leer en los periódicos un patético comunicado en el que lamentan el profundo grado de insania que sufre el obispo y la ne- cesidad de que sea internado en

una casa de salud. Allí sólo podrá contar su visión a las paredes acolchadas.

—Creo que estás yendo demasiado lejos —exclamé.

—A los ojos de la sociedad, aparecerá como un loco. ¿Quién en su sano juicio llenaría su casa de prostitutas y de ladrones para convi- vir con ellos en santa hermandad? Cierto es que Jesucristo murió entre dos ladrones, pero ésa es otra historia. ¿Locura? Siempre nos parecen equivocados los procesos mentales de aquéllos con los que estamos en desacuerdo; ergo sus mentes están desquiciadas; ¿dón- de está la línea que separa la mente equivocada de la mente enaje- nada? Les resulta inconcebible que un hombre en su sano juicio pueda oponerse radicalmente al noble pensamiento de la mayoría.

»Tenemos un buen ejemplo en el periódico de hoy: Mary M‟Kenna reside al sur de la calle Market; vive en la pobreza. Es una buena mujer y muy patriota, pero tiene una idea equivocada de la bandera norteamericana y de lo que simboliza como protectora de los ciu- dadanos. Mira lo que le sucedió: su marido tuvo un accidente y pasó tres meses en el hospital, ella se puso a trabajar de lavandera, pero no ganaba lo suficiente y la desahuciaron ayer por falta de pago de su vivienda. ¿Qué hizo? Alzó una bandera norteamericana y se envolvió en ella, proclamando que amparada por ese símbolo protector nadie podría arrojarla a la calle. ¿Qué siguió? Pues que la arrestaron por demente. Hoy la han examinado los

forenses y la han declarado loca. Ahora está en el manicomio Napa.

—Pero ese ejemplo lo has traído por los pelos —objeté—. Imagina que estoy en desacuerdo con alguien acerca del estilo literario de un libro, ¿no me van a meter en un manicomio por eso?

—Naturalmente que no —replicó Ernest—, porque esa discrepan- cia de juicio no supone ninguna amenaza para la sociedad. Ahí

radica la diferencia. Sin embargo las discrepancias en las opiniones del obispo y de Mary M‟Kenna sí amenazan el orden social, ¿qué crees que pasaría si todos los pobres rehusaran pagar el alquiler envolviéndose en la bandera americana? Los caseros se arruina- rían. Los juicios del obispo resultan peligrosos para la sociedad, así pues ¡al manicomio con él!

—Todavía me niego a creerlo.

—Espera y verás —dijo Ernest, y yo esperé.

A la mañana siguiente me llegaron los periódicos. Ernest tenía ra- zón. No había ni una palabra sobre lo que dijo el obispo en la reunión. Sólo un par de ellos mencionaron que parecía que el obis- po se había mostrado muy exaltado en su alocución; sin embargo, escribieron ampliamente sobre los discursos de los demás orado- res.

Algunos días más tarde publicaron una breve nota anunciando que el obispo Morehouse había partido de vacaciones para recuperarse del estrés. Hasta el momento no se había hablado de locura ni de crisis nerviosa; pero no imaginaba yo entonces el duro calvario que esperaba al obispo hasta llegar a la crucifixión que Ernest le había profetizado.

C A P Í T U L O VIII

Los destructores de máquinas

Poco antes de que Ernest se presentara a las elecciones al Congreso por el Partido Socialista, papá ofreció una cena a la que dio el nombre coloquial de «Pérdidas y ganancias». Ernest por su parte la llamó la cena de los «Saboteadores de máquinas». En realidad se trataba de una cena para hombres de negocios, para los menos im- portantes, naturalmente. Dudo de que ninguno de ellos estuviera involucrado en ningún asunto que supusiera un monto superior a unos pocos cientos de miles de dólares; digamos que se trataba del estrato medio de los hombres de negocios.

Allí estaba Owen, de Silverberg, Owen & Co., una amplia cadena de comercio alimentario, de una de cuyas tiendas éramos clientes. También acudieron a la cena los socios de una cadena de drogue- rías, Kowalt & Wasburn; y el señor Asmunsen, propietario de una importante cantera de granito en el condado de Contra Costa. Junto a ellos se reunieron otros pequeños empresarios de la industria y del comercio. En suma, todos ellos representantes del pequeño capital.

Eran individuos serios, perspicaces, que hablaban un lenguaje sen- cillo y directo. Su queja unánime iba dirigida hacia las grandes corporaciones y los monopolios. Su grito era ¡acabemos con los trust!, una queja que repetían al unísono. Proponían que el Go- bierno nacionalizara monopolios como los de los ferrocarriles y el del telégrafo y que aplicara un impuesto elevado y progresivo que impidiera las grandes acumulaciones de capital. Igualmente preco- nizaban la municipalización de servicios públicos locales, como la distribución de agua y de gas, el teléfono y los tranvías.

Resultó muy instructivo el relato del señor Asmunsen, propietario de una cantera. Confesó que nunca había obtenido beneficios im- portantes de su cantera a pesar del volumen de negocio que le pro-

porcionó el terremoto de San Francisco. Durante los seis años que duró la reconstrucción de la ciudad, ese volumen de negocio se multiplicó por cuatro y finalmente por ocho; pero eso no supuso ninguna mejora para su empresa.

—La compañía de ferrocarriles conoce mi negocio bastante mejor que yo — comentó—. Conoce al céntimo los costes de explotación de mi empresa y los términos de mis contratos. Sobre cómo han llegado a saberlo, sólo puedo hacer conjeturas; debe de tener espías entre mis empleados y también entre los otros competidores. Les puedo decir que cuando consigo un

contrato importante, que podría darme un buen beneficio, los precios del transporte de la piedra suben inopinadamente, sin que medie ninguna explicación. La compañía de ferrocarriles se lleva la ganancia que me corresponde- ría. Casi nunca he conseguido que la compañía de transportes me rebajara sus tarifas; sin embargo, cuando ha habido algún accidente o alguna otra circunstancia que haya aumentado los gastos de ex- plotación o disminuido los beneficios previsibles, entonces sí he conseguido que la compañía rebaje sus tarifas. ¿Qué se deduce de todo esto? Que mucho o poco, la compañía de ferrocarriles se que- da con el grueso de los beneficios.

—Entonces lo que le queda a usted —interrumpió Ernest— es más o menos lo que ganaría si trabajara como gerente y la cantera fuera propiedad de los ferrocarriles.

—Exacto —replicó Asmunsen—. Hace poco anduve revisando los libros de cuentas y el balance de los diez últimos años me dice que he ganado más o menos lo que hubiera ganado trabajando como director del negocio. O sea, que la compañía del ferrocarril podía haberme comprado la cantera y haberme nombrado gerente.

—Pero con la diferencia —rió Ernest— de que los ferrocarriles hubieran tenido que asumir los riesgos que actualmente asume us- ted.

—Muy cierto —asintió sombrío el señor Asmunsen.

Después de que cada uno de ellos contara su historia, empezó el turno de preguntas por parte de Ernest. Comenzó con el señor Owen:

—Usted abrió una sucursal aquí en Berkeley hará seis meses,

¿verdad?

—Así es —respondió el señor Owen.

—Y desde entonces han cerrado tres pequeñas tiendas del barrio,

¿cree usted que su negocio ha tenido que ver con esos cierres?

—Pues sí. Nuestra inversión ha sido más importante y los negocios mayores tienen menos gastos proporcionales de explotación y son más eficientes.

—Así pues, su sucursal ha absorbido los beneficios de las otras tiendas, más pequeñas. Pero, dígame, ¿qué ha sido de los dueños de los otros tres almacenes?

—Uno conduce nuestro coche de reparto. De los otros dos no he vuelto a saber nada.

Ernest se dirigió de repente al señor Kowalt:

—Usted vende en su farmacia-droguería artículos a precio de sal- do52, ¿qué ha sido de los propietarios de las pequeñas tiendas a las que sus precios, más bajos, han obligado al cierre?

—Pues uno de ellos, el señor Haasfurther está ahora a cargo de nuestra sección de farmacia —fue la respuesta.

—Y usted naturalmente, ha absorbido los beneficios que antes ob- tenía él.

—Así son los negocios —respondió el droguero.

—¿Y usted? —se volvió rápido Ernest hacia el señor Asmunsen. Está usted irritado porque la compañía de ferrocarriles se apodera de sus beneficios.

Asmunsen asintió con la cabeza.

—Así que lo que desea es obtener todos los beneficios del negocio,

¿verdad? El señor Asmunsen volvió a asentir.

—¿A costa de los demás? Asmunsen guardó silencio.

—¿A costa de los demás? —insistió Ernest.

—Es la forma en que se hacen los negocios —respondió airado Asmunsen.

—Entonces el juego de los negocios consiste en sacar provecho de los demás y evitar que los otros saquen provecho de ti. ¿No es así?

Ernest tuvo que repetir la pregunta antes de que el señor Asmunsen le respondiera. Al final éste dijo:

—Así es, excepto que nosotros no objetamos que alguien obtenga beneficios mientras no resulten exorbitantes.

—Supongo que entiende por exorbitantes, beneficios elevados; sin embargo, seguro que usted no tendría remilgos en obtener grandes beneficios de su negocio.

El señor Asmunsen confesó su debilidad a Ernest en tono más afa- ble.

Ernest se dirigió a continuación al señor Calvin, que en algún tiempo fue propietario de una importe central lechera.

—Hace algún tiempo usted combatía contra el monopolio lechero

—dijo Ernest — y ahora milita en el Partido de los Granjeros.

¿Qué pasó?

—Bueno, dejé de pelear —respondió Calvin, airado—; ahora com- bato al trust en el único campo posible, en el campo de la política. Deje que le diga una cosa: hace algunos años, los lecheros nos bas- tábamos para manejar nuestro negocio.

—Sin embargo, competían entre ustedes —dijo Ernest.

—Sí, pero esa competencia hizo que bajaran los precios. Tratamos de organizarnos, pero los lecheros independientes rompieron los acuerdos; y entonces apareció de repente el Trust Lechero.

—Financiado por los excedentes financieros de la Standard Oil53

—agregó Ernest.

—Justamente —reconoció el señor Calvin—. Pero entonces no lo sabíamos; se acercaron a nosotros con un palo y una zanahoria:

«Venid con nosotros y engordaréis, o quedaos al margen y os mo- riréis de hambre», dijeron. La mayoría nos fuimos con ellos. Los que se quedaron, se arruinaron. Al principio nos pagaron…, el pre- cio de la leche subió un centavo por cuarto de galón; nos corres- pondió la cuarta parte de ese centavo, y los tres cuartos fueron para el trust. La leche subió luego otro centavo y de esa subida no nos dieron nada. Nos quejamos pero fue inútil, el trust lo controlaba todo. Éramos simples peones en ese juego. Al final, incluso nos quitaron el cuarto de centavo inicial; el trust nos exprimía más y más. ¿Qué podíamos hacer? Ya no quedaron lecheros, sólo el Trust Lechero.

—Pero con la leche dos centavos más cara, ustedes hubieran podi- do competir — sugirió Ernest.

—Es lo que pensamos al principio; y lo intentamos, pero —el se- ñor Calvin calló un momento— aquello nos arruinó. El trust podía ofrecer la leche en el mercado bastante más barata que nosotros; podía venderla a precios marginales, mientras que nosotros con esos precios perdíamos dinero. Yo perdí cincuenta

mil dólares en esa aventura. La mayoría nos declaramos en bancarrota54. Los le- cheros autónomos desaparecieron.

—Así que cuando el trust se apoderó de sus beneficios —planteó Ernest—,

ustedes decidieron lanzarse a la política para tratar de conseguir una legislación que acabara con el trust y les permitiera recuperar esas ganancias.

Se iluminó la cara del señor Calvin.

—Eso es precisamente la consigna que lanzo en mis discursos a los

granjeros. Ha resumido usted en una frase todo lo que reivindica- mos en nuestra lucha.

—Pero, sin embargo, el trust sigue produciendo la leche a precios mucho más competitivos que los granjeros autónomos —afirmó Ernest.

—No podría ser de otra forma; tienen capital suficiente para man- tener una organización más eficiente y la maquinaria más avanza- da.

—No cabe duda —concluyó Ernest—, pueden hacerlo y lo hacen.

A continuación, el señor Calvin lanzó una diatriba política en con- tra de los monopolios, propugnando su desaparición, que fue co- reada con entusiasmo por la mayoría de los reunidos.

—Pobre gente —me comentó Ernest en un susurro—. Saben lo que quieren, pero no ven más allá de sus narices.

Tras la exposición de los pequeños empresarios, Ernest tomó la palabra y condujo hasta el final el resto de la reunión.

—He escuchado atentamente todo lo que se ha dicho aquí —comenzó—, y he visto claramente que tienen todos un concepto tradicional del mundo de los negocios; que vienen al mundo exclu- sivamente para hacer negocios y obtener beneficios. Pero surge un inconveniente, en realidad, un grave problema; en medio de su actividad surgen los monopolios y les arrebatan los beneficios. Es una aparición extraña al orden natural y la única forma que se les ocurre para acabar con ella es destruirla, acabar con lo que ha inter- ferido en sus beneficios.

»Insisto en que los he escuchado con toda mi atención, y podrían resumirse sus discursos en un epítome: son ustedes unos luditas, unos saboteadores de las máquinas. ¿Saben lo que eso significa? Se lo explicaré. En el siglo XVIII, en Inglaterra, hombres y muje- res tejían los paños en telares manuales en sus propias casas. Era un sistema casero de hilado lento, tosco y fatigoso. Apareció poco después la máquina de vapor y otros inventos que hacían ese traba- jo mejor y en mucho menos tiempo. Un millar de telares reunidos en una gran factoría y manejados por un potente motor central eran

capaces de tejer el mismo paño a un precio mucho menor que el de los tejedores manuales. Las fábricas aglutinaron la producción y cualquier competencia artesana desapareció. Los hombres y muje- res, trabajadores autónomos en sus propias casas, tuvieron que ir a las fábricas a trabajar en los telares mecánicos, y el fruto de su tra- bajo ya no les pertenecía, era de los dueños del capital. Pronto des- cubrieron que los niños también podían hacer ese trabajo, lo que rebajó los salarios; así que los hombres adultos fueron desplazados por sus hijos. Fueron tiempos muy duros para los trabajadores. El nivel de vida cayó en picado, se generalizó el hambre, y llegaron a la conclusión de que las culpables de su desgracia eran las máqui- nas. Entonces decidieron destrozarlas. Naturalmente no consiguie- ron nada, su ingenuidad no bastaba.

»Pero parece que no se ha aprendido aquella lección y, ahora, siglo y medio después, están tramando otra vez destruir las máquinas. Me han confesado que la maquinaria del trust es capaz de realizar el mismo trabajo que ustedes de modo más eficiente y más barato; que ésa es precisamente la razón por la que no pueden competir con ellos; y, sin embargo serían ustedes capaces de destrozar esa maquinaria. Son más ingenuos que aquellos trabajadores ingleses. Le dan vueltas y vueltas a la idea de restaurar la antigua competen- cia mientras los trust no dejan de arrinconarlos.

»Todos han expresado la misma queja, todo se debe a la desapari- ción de la competencia y a la acumulación de

recursos. Pero usted, Owen, acabó con la competencia aquí, en Berkeley, cuando su su- cursal barrió a las tres tiendas de comestibles del barrio. Sus recur- sos eran mayores y más eficientes. Sin embargo, pone el grito en el cielo cuando siente la presión de quienes tienen recursos más pode- rosos, la de los trust. Será porque no forma parte de un trust; si perteneciera a un trust que vendiera comestibles a lo largo y ancho del país, entonaría usted otro cántico, posiblemente uno que dijera: "Benditos sean los trust". Y repito, no es que su pequeño negocio no sea un trust, es que se siente usted indefenso ante los más gran- des. Empieza a adivinar su propio final. Empieza a considerarse a sí mismo y a su pequeña cadena de comercios como simples peo- nes en una partida que no controla. Puede ver cómo surgen y cre- cen día a día intereses más poderosos; cómo unas manos ansiosas

se posan sobre sus beneficios y los van pellizcando por todas par- tes: el trust ferroviario, el trust petrolífero, el del acero y el del car- bón; y usted sabe que entre todos ellos acabarán con su negocio, se llevarán hasta el último centavo de sus ya escuálidos beneficios.

»Señor Owen, es usted un perdedor en ese juego. Cuando su supe- rioridad en recursos acabó con las tres tiendecitas que había en este barrio de Berkeley, usted infló el pecho, jactándose de eficiencia y de espíritu de empresa y mandó a su esposa de vacaciones a Euro- pa a costa de los beneficios que

había obtenido devorando a esos tres tenderos. Un pez se come a otro pez y usted se comió a los tres. Pero ahora, un pez mucho más grande va a devorarlo a usted, de ahí sus alaridos. Y lo que digo se aplica a todos ustedes. Están expresando sus últimos lamentos. Tener perdida la partida los hace proferir esos gritos de espanto.

»Pero sus gritos no los vuelven más ecuánimes. Ya se lo he dicho; a ustedes no les importa exprimir los beneficios de los demás, lo único que no soportan es que otros expriman los suyos. No, uste- des son demasiado astutos; ustedes van más lejos. Elaboran discur- sos políticos anticapitalistas como el que nos ha soltado el señor Calvin. ¿Qué nos ha dicho?, aquí tengo escritas algunas de sus fra- ses: "Nuestros principios originarios eran correctos"; "Lo que este país necesita es una vuelta a los principios fundamentales america- nos: oportunidades para todos"; "El espíritu de libertad en el que ha nacido esta nación"; "Volvamos a los principios de nuestros antepasados".

»Cuando él dice "igualdad de oportunidades para todos", quiere decir libertad para exprimir los beneficios, esa libertad de oportu- nidades que ahora le niegan los grandes trust. Y lo más curioso es que han repetido esas frases una y otra vez hasta que se las han llegado a creer. Quieren libertad para saquear a sus competidores en su pequeño mundo, pero se autosugestionan pidiendo libertad. Son glotones y codiciosos, pero el encanto de sus palabras los lleva a creerse patriotas. Su ansia de beneficios, que es puro egoísmo, la transforman en

deseos altruistas para confortar a la humanidad doliente. ¡Vamos señores! Aquí, entre nosotros, seamos honestos por una vez, y miremos los hechos cara a cara.

Los rostros de los invitados mostraban desconcierto e irritación, e incluso había cierto temor en alguno de ellos. Parecían un poco asustados de ese joven barbilampiño y de su lenguaje agudo y fus- tigante, así como de su afán por llamar a las cosas por su nombre. El señor Calvin soltó su réplica:

—¿Y por qué no? —planteó—. ¿Por qué no podemos volver al espíritu de los Padres Fundadores de la República? Usted ha expre- sado muchas certezas en esta mesa, aunque algunas nos hayan pa- recido hirientes y difíciles de aceptar. Pero como usted dice, ha- blemos claro entre nosotros. Dejémonos de excusas y aceptemos las verdades que el señor Everhard ha expresado de forma tan cru- da. Es cierto que somos un grupo de capitalistas en busca de bene- ficios, unos beneficios que los trust nos están escamoteando. Es cierto, también, que deseamos destruir los trust para recuperar nuestros beneficios. Mi pregunta es, ¿por qué no?, ¿por qué no podemos hacerlo?

—Acabamos de llegar a la esencia del problema —replicó Ernest, complacido—. Trataré de explicarles por qué no es posible, aunque no va a resultar nada fácil. Veamos, señores: ustedes tienen algu- nos estudios mercantiles, más bien modestos, pero no han recibido ninguna clase sobre la

evolución social. Se encuentran en medio de un periodo crucial, en medio de una brusca evolución económica que no comprenden, y que por tanto los llena de confusión. ¿Por qué no podemos volver adonde pretenden? Muy sencillo, porque es imposible. No pueden hacer que las olas del desarrollo económico refluyan, al igual que no pueden hacer que las aguas del torrente vuelvan a ascender a la montaña. Josué detuvo el sol en Gabaón y ustedes querrían ser más que Josué, querrían que el sol retrocediera en el cielo y que el tiempo retrocediera del mediodía a la aurora.

»Frente a la maquinaria que ahorra muchísimo trabajo, frente a la organización industrial, a la creciente eficiencia de los recursos, pretenden que el sol retroceda una generación o más, hasta los tiempos en los que no había un capitalismo desarrollado, una ma- quinaria eficiente, que no hubiera ferrocarriles; en suma, un tiempo en el que los pequeños capitalistas pelearan entre sí en un clima de economía anárquica, donde la producción era primitiva, desorgani-

zada, dilapidadora y, por tanto, poco eficiente. Créanme, Josué lo tuvo fácil porque recibió la ayuda de Yahvé; pero Dios se ha olvidado de ustedes, pequeños capitalistas. El sol de los pequeños capitalistas se está poniendo y no volverá a salir. No tienen ningún poder para detenerlo. Están abocados a la ruina, a la desaparición del espectro social.

»Éste es el mandato de la evolución. Es la palabra de Dios. La acumulación es superior a la competencia. El hombre primitivo era una criatura raquítica que vivía escondido en las hendiduras de las rocas. Se agrupó y pudo así combatir a sus enemigos carnívoros. Eran bestias que competían por la supervivencia. El hombre primi- tivo era una bestia asociativa y por ello prevaleció sobre los otros animales. Y desde entonces, el hombre ha sido cada vez más cooperativo. Se trata de la acumulación frente a la competencia, una larga lucha de miles de años en la que la competencia siempre ha salido perdedora. El que se apunte a esa competencia entre los débiles, perecerá.

—Pero los trust surgen de la competencia —interrumpió el señor Calvin.

—Cierto —replicó Ernest—, pero esos mismos trust acaban con la competencia. Ésa es, según usted mismo ha dicho, la razón por la que tuvo que abandonar los negocios lecheros.

El comentario de Ernest levantó las primeras risas de la noche, incluso el señor Calvin avino a reírse de su propio infortunio.

—Y ahora —prosiguió Ernest—, para no abandonar el tema de los trust, dejemos sentadas algunas conclusiones que expondré; y si alguno no está de acuerdo, que las rebata; si permanecen callados, asumiré que les parecen acertadas: ¿no es cierto que un telar meca- nizado es mucho más productivo y eficiente que un telar artesanal?

— Silencio total de los asistentes—. ¿No resultaría, por tanto, irra- cional volver al telar manual para confeccionar nuestros tejidos? — Todas las cabezas asintieron—. ¿Acaso no es cierto que la produc- ción de los grandes trust es mucho más eficiente y económica que la de un millar de pequeñas empresas en mutua competencia? — No hubo ninguna objeción—. La conclusión es que no resultaría

racional destruir esa acumulación productiva tan eficiente y eco- nómica, ¿no es así?

Quedaron todos en silencio hasta que el señor Kowalt habló:

—¿Qué es lo que podemos hacer, entonces? Destruir los trust es la única opción que tenemos para acabar con su dominio.

Ernest saltó como un rayo:

—Les mostraré otro medio —exclamó—. No destruyamos esas maravillosas máquinas que producen bienes asequibles de forma tan eficiente. ¡Controlémoslas! Aprovechémonos de su eficiencia gestionándolas nosotros mismos. Expulsemos a los dueños actuales de esas maravillas y tomemos el control. Eso es, caballeros, el so- cialismo, una acumulación superior a la de los trust, una agrupa- ción económica y social como nunca haya habido sobre la tierra, y una combinación en acuerdo con la evolución humana. La gran empresa solidaria que triunfará. Únanse al campo vencedor del socialismo.

Fue en ese momento cuando desapareció el consenso. Hubo mo- vimientos de cabeza negativos y se levantaron algunos murmullos.

—De acuerdo, así que prefieren vivir en sus anacronismos —rió Ernest—. Prefieren jugar sus papeles atávicos y perecer en ese jue- go. ¿Se han preguntado alguna vez qué sucederá cuando aparezcan concentraciones muy superiores a las de los actuales trust? ¿Han considerado dónde irán a parar cuando se fusionen los grandes trust en uno solo, cuando se concentre lo económico, lo social y lo político?

Se volvió hacia el señor Calvin y le dijo en tono impersonal:

—Dígame si no han decidido formar un partido político porque los actuales partidos están dominados por los trust. El principal obs- táculo para difundir su programa granjero es el de los trust. Detrás de cada obstáculo con el que tropieza, de cada golpe que le asestan, de cada derrota que sufre está la mano de los trust, ¿o no?

El señor Calvin guardó un silencio incómodo.

—¡Adelante! —los animó Ernest.

—Es cierto —confesó Calvin—. Conseguimos ganar las elecciones en el estado de Oregón, conseguimos aprobar unas leyes protec- cionistas, pero al final las vetó el gobernador, una marioneta de los trust. En Colorado salió elegido el gobernador

de nuestra candida- tura, pero la Cámara le impidió ocupar su cargo. En dos ocasiones hemos conseguido que saliera una ley general del impuesto sobre la renta, en las dos ocasiones el Tribunal Supremo las ha declarado anticonstitucionales. Los tribunales están controlados por los trust. La gente de a pie como nosotros no paga lo suficiente a los jueces, pero llegará un día en que…

—En que el conjunto de los trust controle todos los Parlamentos, en que ese conjunto se proclame como el Gobierno universal — interrumpió Ernest.

—Eso nunca, nunca —gritaron al unísono, excitados y belicosos.

—Díganme, ¿qué harán cuando eso suceda?

—Recurriremos a la violencia —gritó Asmunsen, asumiendo el apoyo de los demás.

—Eso significaría la guerra civil —respondió Ernest preocupado.

—Pues será la guerra civil —respondió Asmunsen. Los otros asin- tieron—. No hemos olvidado aún las hazañas de nuestros antepa- sados. Estamos dispuestos a luchar y morir por nuestras libertades.

Ernest sonrió y dijo:

—No olviden que tácitamente han admitido que su libertad implica exprimir los beneficios de los demás.

La mesa estaba muy alborotada por la ira, pero Ernest consiguió calmarlos y hacerse oír de nuevo.

—Una pregunta más. Cuando salgan a la calle a luchar, recuerden que la razón de su rebelión es que el Gobierno está en manos de los trust, razón por la cual el Gobierno opondrá a su rebelión el ejérci- to regular, la armada, las milicias, la policía…, en suma, toda la maquinaria de guerra de los Estados Unidos; ¿dónde radicará en- tonces su fuerza?

La desilusión comenzó a aparecer en sus rostros y antes de que

pudieran recuperarse, Ernest golpeó otra vez.

—¿Recuerdan que no hace mucho tiempo nuestro ejército profe- sional contaba con tan sólo quince mil hombres, y que día a día ha ido creciendo hasta sumar hoy trescientos mil?

Ernest siguió golpeándolos.

—No es eso todo. Mientras se muestran tan diligentes en busca de su fantasma favorito, el beneficio, y propugnan la vuelta de otro fetiche, la libre competencia, la acumulación monopolista habrá conseguido aprobar logros más poderosos; ahí tienen a las milicias, a la Guardia Nacional.

—¡Ésa es nuestra fuerza! Con ella conseguiremos repeler los ata- ques del ejército regular.

—También ustedes van a engrosar esas milicias —respondió cáus- tico Ernest—, y dentro de ellas los enviarán a Maine, o a Florida, a las Filipinas, o a cualquier otra parte para ahogar en

sangre a sus propios camaradas guerracivilistas que luchen por sus libertades.

Quedaron momentáneamente mudos hasta que el señor Owen murmuró:

—No iríamos a formar parte de esas milicias, no somos tan inge- nuos. Ernest rió abiertamente.

—No comprenden hasta dónde llega la acumulación de poder ac- tual. No podrían hacer nada. Los enrolarían a la fuerza en esas mi- licias.

—Olvida que hay una cosa que se llama derechos civiles —le re- batió Owen.

—Deja de haberlos cuando el Gobierno decide suspender esos de- rechos. Y en ese momento, cuando decidan rebelarse violentamen- te, su fuerza se volverá contra ustedes. Dentro de las milicias ten- drán que hacer lo que les ordenen lo quieran o no… Creo haber oído en sus murmullos algo que sonaba como habeas corpus. En lugar de habeas corpus, sólo obtendrán un post mortem. Si se nie- gan a ir a las milicias o, una vez dentro, rehúsan cumplir las órde- nes, los juzgarán en un consejo de guerra sumarísimo y los fusila-

rán como a perros. Ésa es la ley.

—¡Ésa no es la ley! —gritó Calvin—. No existe tal ley, jovencito, todo eso lo ha soñado; ¿por qué ha hablado de enviar las

milicias a Filipinas si todos sabemos que eso sería anticonstitucional?, la Constitución dice explícitamente que no se puede enviar a las mili- cias fuera del país.

—Qué tendrá que ver la Constitución con eso —le contestó Ernest—. Los tribunales son los intérpretes de la Constitución, y los tribunales, como bien ha dicho el señor Asmunsen, son las mario- netas de los trust. Además, hace por lo menos nueve años que está vigente esa ley que he mencionado.

—¿Que puedan forzarnos a ingresar en las milicias? —preguntó incrédulo el señor Calvin—. ¿Que nos pueda fusilar un consejo de guerra si lo decide así?

—Efectivamente —respondió Ernest—, eso es precisamente lo que puede suceder.

—¿Cómo es posible que no hayamos oído nada de esa ley? —preguntó mi padre, y aprecié por su cara de sorpresa que efectiva- mente era algo nuevo para él.

—Por dos razones —comenzó a aclarar Ernest—: la primera, porque no ha habido todavía ocasión de recurrir a ella. La segunda, porque la ley se tramitó en el Congreso y en el Senado de forma cuasi secreta, sin discusiones abiertas. Por supuesto que los perió- dicos ni la mencionaron; únicamente lo publicaron nuestros perió- dicos, los socialistas, pero ustedes no leen nunca nuestros periódi- cos.

—Yo insisto en que usted sueña —se reafirmó el señor Calvin—, el país nunca lo hubiera permitido.

—Pero el país lo permitió —aseguró Ernest—. Y en cuanto a mis sueños, ahora verán — prosiguió, metiendo una mano en su bolsi- llo para sacar un pequeño folleto

—. Díganme ahora si esto es una parte de la materia de los sueños. Ernest abrió el folleto y comenzó a leer:

Sección I. Se decreta… que las milicias se formarán con todos los hombres hábiles para el servicio de todos los estados, territorios y del distrito de Columbia, con edades comprendidas entre los dieci- ocho y los cuarenta y cinco años de edad.

Sección VII. Que cualquier oficial o miliciano —recuerden que según la sección I todos forman parte de la milicia— que rehúse u olvide su obligatoria presentación a las oficinas de reclutamiento, tras el requerimiento a hacerlo, será juzgado por un consejo de guerra y condenado de acuerdo con lo que ese consejo determine.

Sección VIII. Los consejos de guerra formados para juzgar a los oficiales o soldados de las milicias estarán compuestos exclusiva- mente por oficiales de las milicias.

Sección IX. Las milicias en servicio activo estarán sujetas a las mismas normas y artículos de guerra que el ejército regular de los Estados Unidos.

»Caballeros, ciudadanos norteamericanos, se han convertido en simples milicianos. Hace nueve años que los socialistas consideramos que ésta era una ley dirigida contra los trabajadores, pero parece que también va contra ustedes. El congresista Wiley, en los breves trámites parlamentarios que se permitieron, dijo que ese proyecto de ley "proveía un ejército de reserva para agarrar al po- pulacho por el cuello —ustedes forman ahora parte de ese popula- cho— y proteger de cualquier peligro la vida, la libertad y la pro- piedad". Y cuando en los tiempos que se avecinan se rebelen y muestren su fuerza, recuerden que se estarán sublevando contra la propiedad de los trust, contra la libertad de los trust y contra los que de forma legal los exprimen.

»Caballeros, les han extraído los colmillos, les han cortado las ga- rras. El día en que se subleven y presenten batalla no tendrán ni colmillos ni garras, estarán tan indefensos como un ejército de al- mejas.

—No puedo creerlo —dijo Kowalt—. No existe esa ley. Es sólo un

infundio de los socialistas.

—Ese proyecto de ley se presentó en el Congreso el 30 de julio de 1902 — respondió Ernest—. Lo presentó el representante Dick, por Ohio. Tuvo una tramitación de urgencia. El Senado lo aprobó el 14 de enero 1903. Siete días después lo sancionó el presidente de los Estados Unidos 55.

C A P Í T U L O IX

Las matemáticas de un sueño

En medio de la consternación del auditorio, Ernest recobró su dis- curso.

—Han asegurado mayoritariamente la imposibilidad del advenimiento del socialismo. Déjenme mostrarles que no sólo es posible sino inevitable. No sólo es inevitable que desaparezcan ustedes, los pequeños capitalistas, sino que también los grandes capitalistas y los trust desaparecerán. Recuerden, la corriente de la evolución nunca retrocede, fluye y avanza sin cesar, y lo hace desde la pelea infructuosa del pequeño negocio frente a las pequeñas cadenas, desde la pequeña empresa a la más grande, y desde las grandes empresas a los colosales imperios corporativos. El final de esos flujos conduce al socialismo, la más colosal combinación de todos ellos.

»Me llamarán soñador. Muy bien. Les explicaré el razonamiento matemático de mi sueño; y de nuevo los emplazo a que denuncien cualquier error en mi formulación. Mi objetivo es desarrollar una teoría matemática que demuestre cómo el sistema capitalista está abocado a su fin. Les pido paciencia

por si los comienzos de mi exposición les parecen irrelevantes o aburridos.

»Examinemos, lo primero, el desarrollo de un proceso industrial común —y les ruego que en cuanto descubran algo con lo que no estén de acuerdo, me interrumpan —. Imaginemos una fábrica de zapatos. La factoría compra pieles y las transforma en zapatos. Partimos de unas pieles que costaron cien dólares y que una vez convertidas en zapatos adquieren un valor de doscientos dólares.

¿Qué pasó? Que el valor agregado a las pieles ha doblado el valor del producto inicial. ¿Cómo se llegó a eso? Veamos:

»El valor añadido proviene del capital y del trabajo. El capital

aporta la fábrica, las máquinas y paga todos los gastos. El trabajo aporta lo que su nombre indica: el trabajo humano. El esfuerzo conjunto de trabajo y capital ha conseguido un valor añadido de cien dólares, ¿están todos de acuerdo?

La mesa entera asiente.

—Ahora se trata de dividir los cien dólares de valor añadido entre los dos factores de la producción: el capital y el trabajo. Las cifras que vamos a manejar son porcentuales, y para no complicar dema- siado la sesión, usaremos valores aproximados: el capital obtiene cincuenta dólares y el trabajo

los otros cincuenta. No vamos a em- pezar a discutir por este reparto56.

»Sea cual sea el reparto porcentual, lo aceptamos en nuestro mode- lo. Y que quede claro que lo que aceptamos en este proceso indus- trial particular es generalizable para todos los procesos industria- les, ¿de acuerdo?

La mesa volvió a asentir.

—Ahora supongamos que los trabajadores que han recibido sus cincuenta dólares necesitan comprar zapatos. Lo máximo que po- drán pagar por los zapatos será cincuenta dólares, ¿de acuerdo?

»Y dejemos este proceso tan particular para adentrarnos en el total de los procesos industriales que se desarrollan en los Estados Uni- dos: las propias pieles, las materias primas, los transportes, los ca- nales de venta y todo lo demás. Calculemos, redondeando, que la producción total de riqueza en los Estados Unidos es de cuatro millardos de dólares anuales. El trabajo habrá recibido en salarios durante ese periodo dos millardos de dólares de los cuatro que se han producido, ¿alguna duda? Quedamos pues en que de ese pro-

ducto total, el trabajo sólo puede recuperar la mitad, dos millardos, y mis cálculos son bastante optimistas para el trabajo, puesto que hay miles de empresas capitalistas que no le conceden esa mitad del producto final.

»Pero bueno, sigamos considerando que el trabajo recupera esos dos millardos, lo que quiere decir que no puede gastar más de esa cantidad, mientras quedan otros dos millardos a los que el trabajo no tiene acceso.

—El trabajo no puede gastar esos dos millardos —interrumpió el señor Kowalt—, porque si así fuera, no ingresaría ningún dinero en las cuentas de ahorro de los bancos.

—Los depósitos de los trabajadores en los bancos son simplemente unos fondos de reserva de breve temporalidad; se gastan tan depri- sa como se imponen. Son ahorros para la vejez, para cubrir los gastos de enfermedades, de accidentes y para pagar los entierros. Las cuentas de ahorro en los bancos son sencillamente rebanadas de pan que se dejan en la alacena para comerlas al día siguiente. En suma, el trabajo consume todo lo que saca del proceso productivo.

»Así pues, al capital le quedan dos millardos después de pagar los gastos, ¿consume el capital esos dos millardos?

Ésa fue la pregunta que Ernest planteó a los asistentes y a la que respondieron negando con sus cabezas.

—Yo en realidad no lo sé —respondió uno de ellos.

—Naturalmente que lo sabe —respondió Ernest—. Piénselo un momento. Si el capital consumiera su parte, el monto total de capi- tal no se incrementaría, pero si mira usted la historia de la econo- mía en los Estados Unidos, verá que el monto de capital crece constantemente, lo que significa que el capital no

consume toda su ganancia. ¿Recuerda usted cuando Inglaterra poseía la mayoría de los bonos de nuestros ferrocarriles, bonos que paulatinamente fui- mos rescatando? ¿Qué significa eso?, pues simplemente, que de la parte que correspondió al capital en nuestro reparto, hubo un exce- dente que le permitió el rescate de esos bonos. ¿Cuál es la razón de que hoy día los capitalistas de Estados Unidos posean cientos y cientos de millones de dólares de los bonos emitidos por el go-

bierno mexicano?, ¿o bonos de Rusia, de Italia, de Grecia, etc.? La razón es que esos cientos y cientos de millones de dólares salieron de lo que el capital obtuvo en el reparto con el trabajo y que no consumió.

»Y esto nos lleva al punto más importante: en los Estados Unidos se produce una riqueza de cuatro millardos anuales, de los que el trabajo obtiene y consume dos millardos. El capital no consume los dos millardos que obtuvo en el reparto, lo que significa un rema- nente importante. ¿Qué pasa con él? El trabajo no puede consumir nada de él porque de acuerdo con su naturaleza ya ha gastado todo lo que pudo gastar. Entonces, ¿qué se puede hacer con todo ese producto sobrante?, ¿qué hacemos con él?

—Se vende a otros países —aventuró el señor Kowalt.

—Exacto —corroboró Ernest—, porque de ese balance favorable surge nuestra necesidad de buscar mercados exteriores. Ese

exce- dente se vende en el extranjero; no hay otra forma de deshacerse de él. Y ese producto sobrante, vendido en el extranjero, proporciona un importante superávit a nuestra balanza de pagos. ¿De acuerdo hasta aquí?

—Bueno, todo eso es bastante elemental, hasta ahí llegamos todos

—dijo desdeñoso el señor Calvin.

—Precisamente he utilizado este abecé de la economía para llevar- los a ustedes a la encerrona que les tengo preparada. Veamos:

»Los Estados Unidos son un país que ha desarrollado eficiente- mente sus recursos. De acuerdo con el sistema industrial capitalis- ta, obtiene unos importantes excedentes de los que se tiene que librar, y los invierte en el extranjero57.

»Y lo que es cierto para los Estados Unidos también lo es para ca- da uno de los países capitalistas de economía desarrollada. Cada uno de esos países tiene también un excedente que no puede con- sumir. No olviden que comercian entre ellos y a pesar de eso si- guen teniendo excedentes. Los trabajadores de esos países han ago- tado sus ingresos y no pueden consumir esos excedentes, y los ca- pitalistas han agotado también su capacidad de consumo de acuer- do con sus formas de vida. O sea, que una vez agotada la posibili- dad del intercambio de excedentes, se plantea cómo librarse de ellos.

—Venderlos a los países subdesarrollados —sugirió el señor Kowalt.

—Magnífico. Como verán, mi argumentación es tan clara y simple que pueden seguirla y complementarla perfectamente. Ahora su- pongamos que los Estados Unidos colocan sus excedentes en un país con recursos poco desarrollados; Brasil, por ejemplo. Recuer- den que estos excedentes están ya fuera del mercado normal, que son bienes totalmente suplementarios. ¿Qué es lo que los Estados Unidos pueden obtener de Brasil a cambio?

—Oro —dijo el señor Kowalt.

—Pero el oro es un elemento escaso en el mundo —objetó Ernest.

—Oro en forma de bonos o títulos del Estado o algo por el estilo

—enmendó Kowalt.

—Ha dado en el clavo. Estados Unidos recibirá de Brasil bonos o títulos del Estado como compensación a los excedentes y, ¿qué significa eso?, significa ni más ni menos que los Estados Unidos van a adueñarse de los ferrocarriles, de las fábricas, de las minas y de las tierras de Brasil. ¿Y cuál será el resultado de todo ello?

El señor Kowalt pareció reflexionar un momento y movió la cabe- za negativamente.

—Se lo diré, significa que se desarrollarán los recursos de Brasil; y el siguiente estadio llegará cuando Brasil, bajo el sistema capitalis-

ta, haya alcanzado cierto grado de desarrollo y disponga también de unos excedentes. ¿Puede librarse de ellos enviándolos a los Es- tados Unidos? No, los Estados Unidos también tienen excedentes.

¿Pueden los Estados Unidos hacer con sus excedentes lo que hicie- ron tiempo atrás: enviarlos a Brasil? Obviamente no, Brasil tam- bién excede lo que consume.

—¿Y qué sucederá entonces? Que tanto Estados Unidos como Brasil tienen que buscar otros países con menor grado de desarro- llo a los que vender sus productos sobrantes; el resultado será que estos países alcanzarán también grados de desarrollo que les gene- ren excedentes, con lo cual llegará un momento en que sea imposi- ble ese comercio del excedente de cada país. Caballeros, el planeta no es tan grande y tampoco el número de países que se lo reparten;

¿qué pasará entonces cuando se dé esa situación?

Ernest hizo una pausa para observar a su auditorio. Las expresio- nes de sus caras mostraban perplejidad y cierta inquietud. Las abs- tracciones de Ernest habían acabado construyendo una realidad que ahora todos comprendían y empezaba a resultarles inquietante.

—Hemos empezado con el abecé, señor Calvin —sonrió Ernest—, y ahora les he ofrecido el resto del alfabeto. Es muy sencillo, ahí radica la gracia. Imagino que tienen ya preparada su pregunta: ¿qué pasará entonces, cuando todos los países alcancen esos grados de desarrollo y no se puedan absorber esos excedentes? ¿Qué será entonces del sistema capitalista?

Pero el señor Calvin movía la cabeza, poco convencido; estaba, sin duda, buscando alguna pifia en el razonamiento de Ernest.

—Permítanme hacer un breve repaso de lo expuesto —dijo Ernest—. Hemos comenzado tomando como ejemplo un proceso industrial muy particular: una fábrica de zapatos. Hemos aceptado que el proceso productivo de esa fábrica es similar a la de otras industrias por lo que al reparto del producto final se refiere. Hemos dicho que los trabajadores consumen totalmente su parte mientras que los capitalistas no pueden consumir la suya, creándose, así, un excedente. Otra de las conclusiones ha sido que la única forma de deshacerse de esos excedentes es vender a países extranjeros; pero que una vez que esos países, merced a la llegada de esos bienes

sobrantes, alcanzan un grado de desarrollo que les permite crear a su vez otros excedentes, los venden a otros países, hasta que en todos ellos, siguiendo el mismo razonamiento, se produzcan exce- dentes. Y la pregunta final era: ¿qué hacer ahora con toda esa su- perproducción?

Todos permanecieron silenciosos.

—¿Se le ocurre algo, señor Calvin?

—No, me supera el asunto.

—Nunca imaginé que pudiera llegar a suceder algo así —dijo el señor Asmunsen —, pero está más claro que el agua.

Era la primera vez que oía las teorías de Karl Marx58 sobre el ex- cedente, sobre la plusvalía. Ernest lo explicó de una forma tan sen- cilla que me quedé muda de asombro.

—Les diré una forma de deshacerse del excedente —dijo Ernest—. Arrojarlo al mar. Arrojar cada año al mar el equivalente a cientos de millones de dólares en zapatos, vestidos, trigo y todas las mer- cancías que el comercio no pueda absorber.

¿Servirá eso?

—Serviría, sin duda —respondió el señor Calvin—, pero es una proposición absurda por su parte.

Ernest saltó como un rayo para responder a Calvin:

—¿No era acaso mucho más absurdo lo que usted proponía, des- trozar las máquinas, volver a los métodos antediluvianos de sus antepasados? ¿Cuál es su propuesta para deshacernos del exceden- te? La única forma de librarnos de él es no producirlo, y, ¿cómo propone usted evitar su producción? Volviendo a métodos primiti-

vos de producción, tan irracionales y desordenados, tan costosos y dilapidadores que resultaría imposible crear un excedente.

El señor Calvin tragó saliva; Ernest había dado en el blanco. Volvió a tragar saliva y decidió responder a Ernest:

—Tiene razón. Estoy convencido de que eso es absurdo, pero algo tenemos que hacer. Es una situación de vida o muerte para nuestra clase. No queremos desaparecer, así que nos quedamos con el ab- surdo y volveremos a los métodos rupestres y antieconómicos de nuestros antepasados. Devolveremos la industria al estadio anterior al de los trust. Destrozaremos las máquinas. ¿Y qué piensa usted hacer al respecto?

—Pero ustedes no pueden destrozar las máquinas —replicó Ernest—; no pueden hacer que retroceda la corriente evolutiva. Se enfrentan a dos fuerzas poderosas, cada una de ellas mucho más fuerte que las suyas, que las de la clase media. Una, los grandes capitalistas, los trust, en suma, que no les van a permitir ese retro- ceso. Pero más vasta que los trust y más poderosa es la fuerza del trabajo, que no les va a permitir destrozar las máquinas. Junto con las máquinas, el mundo se compone de los trust y de los trabajado- res. Ésa es la línea de la batalla. Ninguno de esos dos bandos quie- re la destrucción de las máquinas, simplemente los dos quieren ser sus dueños. Y

en esa batalla, la clase media no tiene cabida, es sólo un pigmeo entre dos gigantes. Su pobre clase media, a punto de perecer, está atrapada entre dos enormes piedras molares, que in- cluso ya han empezado la molienda.

»Les he demostrado matemáticamente la inevitable desaparición del sistema capitalista. Sobrevendrá cuando todos los países hayan alcanzado un excedente que no puedan ni consumir ni vender y se venga abajo la tremenda estructura de beneficios que él mismo ha engendrado.

»Y ese día no habrá ninguna destrucción de máquinas, la lucha se librará por la posesión de esas máquinas. Si ganan los trabajadores, lo tendrían más fácil. Los Estados Unidos y el resto del mundo entrarán en una nueva y fabulosa era; en lugar de ser aplastada por las máquinas, la vida humana será más alegre, más optimista y más noble; y todo gracias a esas máquinas.

»Y ustedes, restos de la aplastada clase media, junto con los traba- jadores —para entonces sólo habrá trabajadores—, participarán en un justo y equitativo reparto de los bienes que esas maravillosas máquinas produzcan. Y nosotros, todos juntos, seguiremos cons- truyendo máquinas tan maravillosas como ésas. Y no habrá un ex- cedente superfluo, porque no habrá beneficios.

—Pero suponga que los trust ganan esa batalla sobre la propiedad de las máquinas y siguen dominando el mundo —preguntó el señor Kowalt.

—Entones a ustedes, a los trabajadores y a todos nosotros nos aplastará un talón de hierro tan despótico, tan despiadado y terrible como no lo hayan conocido las páginas más negras de las historia. Y ése sería un nombre adecuado para ese despotismo: el Talón de Hierro59.

Hubo una larga pausa durante la cual los hombres parecían meditar sobre algo hasta entonces desconocido en sus mentes.

—Pero ese socialismo suyo es un sueño —dijo y repitió el señor Calvin—, un sueño.

—Entonces les mostraré algo que no es un sueño —respondió Er- nest—. Lo voy a llamar la oligarquía. Ustedes lo llaman la pluto- cracia, pero los dos términos significan lo mismo, el gran capita- lismo o los trust. Veamos dónde radica el poder hoy día, y para ello procedamos a dividir la sociedad en las clases que la compo- nen.

»Hay tres grandes clases en la sociedad. La primera es la plutocra- cia, que está compuesta por los grandes banqueros, los magnates de los ferrocarriles, los directores de las corporaciones y los due- ños de los trust. La segunda es la clase media, la clase a la que per- tenecen ustedes, compuesta por los granjeros, los comerciantes, los pequeños fabricantes y los

profesionales liberales. La tercera es a la que yo pertenezco, el proletariado, que se compone de todos los asalariados60.

»No se me puede negar que actualmente la esencia del poder en los Estados Unidos radica en la posesión de la riqueza. ¿Cómo se re- parte esa riqueza entre las tres clases? Aquí están las cifras: la plu- tocracia posee sesenta y siete millardos de patrimonio. Del total de personas que tienen una ocupación en los Estados Unidos, sólo el 0,9 por ciento pertenecen a la plutocracia, pero sin embargo esa clase minoritaria disfruta del 70 por ciento de la riqueza total. El patrimonio de la clase media es de veinticuatro millardos, con una población activa del 29 por ciento. Y por último, el proletariado que sólo dispone de cuatro millardos, o sea, el 4 por ciento, a estar de constituir el 70 por ciento de la población activa. ¿Dónde reside el poder, pues, caballeros?

—Según sus cifras, nuestra clase media es mucho más poderosa que el proletariado —apuntó el señor Asmunsen.

—Tacharnos de débiles no los hace más fuertes frente al poder de la plutocracia —les respondió Ernest—, pero en cualquier caso no estoy de acuerdo con ustedes. Hay una fuerza superior a la de la riqueza, y su superioridad radica en que no se nos puede arrebatar porque es intrínseca a nuestra naturaleza. Nuestra fuerza, la fuerza del proletariado radica en nuestros músculos, en nuestras manos para introducir los votos en las

urnas, en nuestros dedos para apre- tar un gatillo. Es una fuerza de la que no nos pueden despojar. Es la fuerza primitiva del hombre, la fuerza vital, una fuerza que la riqueza no nos puede arrebatar.

»Sin embargo, su fuerza es endeble. Se la pueden arrebatar, incluso ya se la está arrebatando la plutocracia; lo que los llevará a desapa- recer como clase media; se hundirán en el proletariado, y lo mejor de todo es que con su caída reforzarán nuestra fuerza. Los recibi- remos con júbilo y lucharemos hombro con hombro por la causa de la humanidad.

»Como ven, el proletariado no tiene nada sólido de lo que puedan despojarlo. Toda su riqueza consiste en alguna ropa, unos muebles

y, en algunos casos, una vivienda modesta. Pero ustedes poseen bienes más enraizados y la plutocracia se los arrebatará. Natural- mente existe la posibilidad de que el proletariado se los quite antes.

¿Comprenden su posición, caballeros? La clase media es un corde- rito indefenso amenazado a cada lado por un león y un tigre. Si no los devora uno, lo hará el otro; y si la plutocracia los atrapa prime- ro, es sólo cuestión de tiempo que el proletariado acabe con ella.

»Incluso su riqueza actual no es prueba significativa de poder. La fuerza que les da su patrimonio es ya una cáscara vacía; ésa

es la razón de que hayan ya proferido su grito de guerra: “Volvamos a la senda de nuestros padres”. Están convencidos de su impotencia. Saben que su poder es sólo una cáscara vacía. Y les mostraré ese vacío.

»¿Cuál es el poder de los granjeros? Más de la mitad vive bajo el yugo, bien de los propietarios de las tierras, bien de las hipotecas de los bancos; y su precario medio de vida depende o va a depen- der de los trust, que o poseen o controlan todos los medios de co- mercialización de las cosechas, ya sea el almacenamiento refrige- rado, los ferrocarriles, las carretillas elevadoras o los transportes fluviales y marítimos. Y además, los trust controlan los mercados, de forma que ante ellos los granjeros están inermes. Por lo que respecta a su fuerza política o ante los poderes públicos, lo dejo para más adelante, para cuando trate ese aspecto dentro de la clase media.

»Día tras día los trust exprimen a los granjeros de la misma forma que lo hacen con el señor Calvin y con el resto de los lecheros. Día a día exprimen igualmente al pequeño comercio. ¿Recuerdan cómo en sólo seis meses el Trust del Tabaco acabó con cuatrocientas tiendas de ese negocio sólo en la ciudad de Nueva York? ¿Dónde están los viejos propietarios de las minas de carbón? Saben, sin que tenga que decírselo, que el Trust de los Ferrocarriles controla todas las minas de carbón y de asfalto. ¿Acaso no posee el trust Standard Oil61 una veintena de líneas marítimas?

¿Y no controla el mercado del cobre, por no hablar de los negocios de fundición que gobiernan como un grupo monopolista secunda- rio? Esta noche hay cien mil ciudades en los Estados Unidos ilu- minadas por las compañías que controla la Standard Oil, y en esas ciudades todos los transportes eléctricos urbanos, suburbanos e interurbanos están en manos de la Standard Oil; los pequeños capi- talistas que poseían esos negocios, los perdieron. Lo mismo que los perderán ustedes.

»Los pequeños industriales son como los granjeros, y ambos están hoy reducidos a efectos prácticos al sistema feudal, de la misma forma que los profesionales y los artistas son siervos del sistema, y los políticos son secuaces de ese sistema. ¿Por qué trabaja el señor Calvin día y noche para organizar a los granjeros junto con otros sectores de la clase media en un nuevo partido político? Pues por- que los políticos de los viejos partidos no quieren saber nada de sus ideas atávicas, y ¿por qué?, porque no les interesa en absoluto; como les he dicho, son secuaces, sirvientes de la plutocracia.

»He dicho que los artistas y los profesionales son siervos, ¿por qué lo son? Porque todos ellos, los profesores, los predicadores, los editores, conservan sus trabajos por servir a la plutocracia, y sus servicios consisten en propagar únicamente las ideas que resulten inofensivas o elogiosas para la plutocracia. En cuanto propagaran alguna idea que amenazara a esa clase minoritaria, perderían sus empleos, y entonces, si no se han buscado un buen resguardo, se hundirán en el proletariado,

donde perecerán o se convertirán en agitadores obreristas. Y no olviden que son la prensa, los púlpitos y las universidades los que moldean la opinión pública, los que configuran el pensamiento dominante de la nación. En cuanto a los artistas, se limitan simplemente a satisfacer los gustos innobles de la plutocracia.

»Pero realmente, la riqueza en sí no es el poder auténtico, es sólo un cauce hacia el poder. El poder por excelencia es el poder políti- co, que radica en el Gobierno.

¿Quién controla ahora el Gobierno? ¿El proletariado con sus veinte millones de asalariados? Chocante idea. ¿Lo hace la clase media, con sus ocho millones de población activa? En absoluto. ¿Quién

controla entonces el Gobierno? La plutocracia, que apenas cuenta con un cuarto de millón de miembros activos. Pero este cuarto de millón no controla en realidad el Gobierno, aunque le sirva con esmero. Es el cerebro de la plutocracia el que dirige el Gobierno, y este cerebro consiste en siete62 pequeños pero poderosos grupos de hombres. Y no olviden que estos grupos trabajan hoy prácticamen- te al unísono.

»Permítanme hacer hincapié en uno de ellos: el grupo de los ferro- carriles. Emplea cuarenta mil abogados para vencer en cualquier querella ante los tribunales. Emite miles de pases de favor a los jueces, banqueros, directores de prensa, ministros,

profesores uni- versitarios, miembros de las cámaras estatales y del Congreso. Sos- tiene poderosos lobbies63 en cada estado y en los centros del go- bierno federal, y en todas las ciudades grandes y menores del país emplean a un montón de politicastros y de abogadillos sin escrúpu- los, cuya misión es la de acudir a las elecciones primarias, a las convenciones de los partidos, elegir jurados a su medida, sobornar a los jueces y trabajar siempre por sus intereses64.

»Caballeros, he expuesto simplemente el poder de uno de los siete

grupos que componen la plutocracia65.

65 Rockefeller comenzó siendo un simple trabajador que, a fuerza de ahorro y de astucia, logró organizar el primer trust perfecto, el conocido bajo el nombre de Standard Oil. No podemos menos de citar una página notable de la historia de ese tiempo, que nos muestra cómo la Standard Oil, en la necesidad de volver a colocar sus fondos excedentes, aplastó a los pequeños capitalistas y precipitó el derrumbe del sistema económico anterior a los trust. Un escritor liberal de esta época, David Graham Phillips, publicó en el Saturday Evening Post del

4 de octubre de 1902 el artículo que a continuación se transcribe. Es el único ejemplar de este periódico que ha llegado hasta nosotros, pero por su forma y contenido debemos concluir que era una de las publicaciones populares de mayor tirada:

«Hace más o menos diez años, una autoridad competente calculaba la renta de Rockefeller en treinta millones de dólares. Había alcanzado el límite de las inversiones provechosas en la industria del petróleo. En adelante, enormes sumas de distinto origen, más de dos millones de dólares por mes, se volcaban en la caja de John Davidson Rockefeller. El problema de la recolocación de ese caudal se tornaba muy serio. Se convirtió en una pesadilla. La renta del petró- leo crecía, se hinchaba constantemente, y el número de inversiones seguras era limitado, más limitado aún que en la hora presente. No fue precisamente la avidez de nuevas ganancias lo que impulsó a los Rockefeller hacia otras ramas de negocios distintos al petróleo; fueron arrastrados por esa corriente de rique- zas que el imán monopolista atraía irresistiblemente. Crearon un grupo con personal especializado en inversiones e investigación de mercados. Se dice que el jefe de esos especialistas recibía un sueldo anual de 125 000 dólares.

»La primera excursión o incursión notable de los Rockefeller se produjo en el campo de los ferrocarriles. En 1895 controlaban la quinta parte de las vías férreas del país.

¿Cuánto poseen o controlan hoy? Su dominio incluye el de todos los ferrocarri- les de Nueva York: norte, este y oeste, salvo en uno; en el que no tienen más que una participación de unos pocos millones. Dominan la mayoría de las líneas que parten de Chicago, así como varias redes que se extienden hasta el Pacífico. Son sus votos los que confieren poder al señor Morgan; aunque debemos precisar que ellos necesitan más su cerebro que él necesita sus votos —en el presente, la combinación de ambos forjan en gran medida una "comunidad de intereses".

»Pero los ferrocarriles no podían por sí mismos absorber estos poderosos flujos de dinero. Actualmente los beneficios de 2 200 000 dólares mensuales de John

D. Rockefeller se habían incrementado hasta cuatro, cinco o seis millones al mes, lo que suponía 75 millones de dólares anuales. El revelador petróleo con- vertía todo en oro. Sólo la reinversión de los beneficios añadía la minucia de unos pocos millones de dólares al año.

»Sus veinticuatro millardos de riqueza no les proporcionan ni vein- ticinco centavos de poder político. Es sólo una nuez vacía que in- cluso muy pronto les van a arrebatar. La plutocracia acapara hoy día todo el poder: hace las leyes, porque tiene bajo su férula al Se- nado, al Congreso, los tribunales y las cámaras de los estados. Y no sólo eso, para que se cumplan las leyes

hace falta un poder de- trás, y la plutocracia lo tiene: la policía, el ejército, la armada y, por último, las milicias, que como les expliqué las componen ustedes, yo y todos los demás ciudadanos.

Después de esto, no les quedaron muchas ganas de discutir y se dirigieron a la puerta de la casa. Parecían abatidos, y en la despedi- da sólo se escucharon voces tenues. Era como si los hubiera asus- tado la visión de Ernest.

—La situación es sin duda, seria —dijo el señor Calvin a Ernest—. No tengo mucho que objetar a su exposición, solamente estoy en desacuerdo con su premonición sobre la desaparición de la clase media. Sobreviviremos y acabaremos con los trust.

—Y volverán al estadio de sus padres —completó Ernest su co- mentario.

—Puede que sí —respondió el señor Calvin con gesto serio—. Ya sé que es una forma de destruir las máquinas, y que es absurda, pero también la vida parece hoy un tanto absurda con esas maqui- naciones de la plutocracia; y en todo caso, nuestra decisión de des- truir las máquinas nos parece práctica y factible, mientras que sus sueños no lo son. Sus sueños socialistas son… eso, sueños. No podemos acompañarlo en ellos.

—Sólo les desearía que aprendieran un poco más sobre la evolu- ción económico- social y sobre sociología en general —

dijo Ernest mientras con aire triste estrechaba sus manos—. Nos ahorraríamos muchos problemas si lo hicieran.

C A P Í T U L O X

El torbellino

Después de la cena de los hombres de negocios, los acontecimien- tos se precipitaron como los truenos en una tormenta intensa, y yo, pobre de mí, que había vivido una plácida existencia en la tranquila ciudad universitaria de Berkeley, encontré mi mundo personal sú- bitamente inmerso en el vértigo de los grandes asuntos mundiales. No sé si fue mi amor por Ernest o la clara visión que me infundió él sobre la sociedad en la que vivíamos, pero el caso es que me convertí en una revolucionaria y me sumergí en un torbellino de acontecimientos que hubiera sido impensable tan sólo tres meses atrás.

La crisis en mi existencia coincidió con una gran conmoción en nuestra sociedad. En primer lugar, a papá lo expulsaron de la uni- versidad. Bueno, no fue expulsado formalmente; le pidieron el cese voluntario, eso fue todo. En realidad no fue nada preocupante, pa- pá estaba encantado, sobre todo porque su expulsión la precipitó la publicación de su libro Economía y educación. «¿Qué mejor prue- ba de mi argumentación —comentó él— para demostrar el domi- nio que la clase capitalista ejerce sobre la educación de los ciuda- danos?».

Pero esa prueba no llegó a ninguna parte. Nadie supo que lo habían forzado a abandonar la universidad. Era un científico tan renom- brado que tal anuncio, junto con las razones que forzaron su renun- cia, hubiera supuesto un escándalo mundial. Los periódicos lo des- pidieron cubriéndolo de elogios y agradeciéndole que abandonara las clases para dedicarse por completo a la investigación.

En un principio mi padre se rió; luego lo asaltó su enfado-tónico. Al final llegó la prohibición de su libro. La prohibición se hizo en secreto, tan en secreto que al principio no lo entendimos muy bien. Su publicación había supuesto un pequeño acontecimiento en nues-

tro entorno. Papá sufrió un vapuleo cortés por parte de la prensa capitalista; decían que era una pena que un científico tan brillante hubiera sustituido el campo de la investigación por el de la socio- logía, de la cual no tenía ni idea y se encontraba perdido. Estas críticas duraron una semana, durante la cual mi padre se reía de ellas, afirmando que había metido el dedo en la llaga del capitalis- mo. Bruscamente, los periódicos y las revistas críticas dejaron de hablar del libro, a la vez que desaparecía de los estantes de las li- brerías. No se podía conseguir ni un solo ejemplar. Papá escribió a los editores; su respuesta fue que las planchas se habían destruido por accidente. Mantuvieron con él una correspondencia banal, has- ta que finalmente admitieron que no podían permitirse volver a

imprimir el libro, pero que estaban dispuestos a renunciar a sus derechos sobre él.

—Y le resultará imposible encontrar en el país ninguna editorial que se haga cargo de la edición —comentó Ernest—, y si yo fuera usted, trataría de protegerme rápidamente, esto no es más que un aviso del Talón de Hierro.

Pero papá era sólo un científico. Nunca llegaba a una conclusión si no había comprobado satisfactoriamente todas las fases de sus ex- perimentos. Así que recorrió todas las editoriales y recibió todo tipo de excusas, pero ninguna aceptó la publicación del libro.

Cuando papá se convenció de que habían prohibido su libro, acu- dió a los periódicos, pero éstos ignoraron sus peticiones de denun- cia. Papá encontró su oportunidad en un mitin de los socialistas al que habían acudido muchos periodistas. Tomó la palabra y expuso el caso de su libro prohibido. No pudo evitar las risas cuando leyó los periódicos del día siguiente, aunque al final montó en cólera, y esta vez no era su cólera-tónica. Los periódicos no mencionaron su libro en absoluto, pero sí tergiversaron sus declaraciones, sacando las frases de contexto y convirtiendo un discurso sobrio y mesura- do en una proclama anarquista. Fue un ejercicio artero. Recuerdo especialmente uno de esos artículos: mi padre había utilizado la frase «revolución social» y el periodista obvió el calificativo «so- cial» y envió la crónica a todo el país a través de la Associated Press, levantando un clamor alarmista. A papá lo tacharon de nihi-

lista y de anarquista y apareció en una viñeta, ampliamente difun- dida, portando una bandera roja a la cabeza de una manifestación de hombres de cabellos largos y ojos salvajes, que llevaban en sus manos antorchas, cuchillos y cartuchos de dinamita.

Sufrió agresiones terribles de la prensa en largos e insultantes edi- toriales. Lo tacharon de anarquista y empezaron a sembrar dudas sobre su salud mental. «Esta conducta de la prensa capitalista no es nada nuevo», nos dijo Ernest. «Es lo habitual, envían periodistas a las reuniones de los socialistas con el único propósito de tergiver- sar y malinterpretar lo que allí se dice, el fin es amedrentar a las clases medias y evitar cualquier posible acercamiento de ellas al proletariado». Ernest volvió a prevenir a mi padre para que cesara en su lucha por el libro y a aconsejarle que se pusiera a cubierto.

Sin embargo, la prensa socialista del país recogió la antorcha, y a través de los lectores de la clase trabajadora se conoció la prohibi- ción del libro. Pero no pasó de ahí. Poco después, una editorial socialista importante, Llamada a la Razón, llegó a un acuerdo con mi padre para publicar el libro. Papá estaba exultante y Ernest, alarmado.

—Le dije que nos encontramos al borde de algo desconocido — insistió Ernest—. Cosas importantes están sucediendo a nuestro alrededor sin que podamos percibirlas. Puedo sentirlas. No

sabe- mos de qué se trata, pero están ahí. La estructura social tiembla, sobreexcitada. No me pregunten, ni siquiera yo sé qué está ocu- rriendo, pero de este magma hay algo a punto de cristalizar en nuestra sociedad; ya está cristalizando, de hecho. La prohibición del libro es una muestra de ello. ¿Cuántos libros no se habrán prohibido sin que lo sepamos? No tenemos ni idea; estamos en la penumbra. No tenemos ya ninguna oportunidad de saber qué está pasando. Atención a la supresión de la prensa y las editoriales so- cialistas. Me temo que esté al caer. Nos van a asfixiar.

Ernest controlaba el pulso de los acontecimientos incluso con más atención que el resto de los socialistas. Al cabo de dos días estalló el primer conflicto. Llamada a la Razón era un semanario con una distribución regular entre el proletariado que alcanzaba 750 000 ejemplares, aunque con frecuencia publicaba ediciones extras y

llegaba a lanzar entre dos y cinco millones de ejemplares. Estas grandes tiradas eran sufragadas y llevadas al correo por un peque- ño ejército de trabajadores voluntarios agrupados alrededor de la Llamada. Asestaron el primer golpe a estas ediciones especiales, y fue un golpe devastador. Una norma arbitraria de la Oficina de Correos decidió que estas ediciones no suponían una circulación regular de prensa, y que por ello no serían admitidas en las oficinas postales.

Una semana después, el Departamento Central de Correos decidió que la revista era subversiva y prohibió terminantemente su distri- bución postal en todo el país. Fue un golpe fatal para la propagan- da socialista. La situación de la Llamada era desesperada. Se trazó un plan para llevarlas hasta sus suscriptores a través de los servi- cios de correos alternativos, pero éstos no aceptaron su distribu- ción. Éste fue el fin del semanario, aunque eso no fue todo. Veinte mil copias del libro de mi padre estaban en la sección de encuader- nación y había muchos más en prensa. De repente, sin que nadie pudiera preverlo, una chusma multitudinaria, encabezada por la bandera norteamericana y que cantaba himnos patrióticos, asaltó la editorial y le prendió fuego destruyéndola por completo. Fue el fin definitivo de la Llamada a la Razón.

Girard era una pequeña y tranquila ciudad de Kansas en la que nunca había habido conflictos laborales. La editorial pagaba suel- dos de acuerdo con las directrices sindicales y era, de hecho, la espina dorsal de la ciudad, ya que daba empleo a algunos centena- res de mujeres y de hombres. No fueron ciudadanos de Girard los participantes de esa chusma. Más bien parecía como si los incen- diarios hubieran salido de debajo de la tierra y, una vez cumplida su siniestra misión, hubieran regresado a sus agujeros. Ernest vio claramente el significado de esa catástrofe.

—Parece que pronto aparecerán «los Cien Negros66» en los Esta-

dos Unidos. Esto es sólo el principio de algo que irá mucho más lejos. El Talón de Hierro es cada vez más osado.

Y así feneció el libro de mi padre. En adelante llegaríamos a saber mucho más de los Cien Negros. Semana tras semana a muchos más periódicos socialistas se les prohibió la distribución postal, y en algunos casos los Cien Negros destruyeron imprentas socialistas. Naturalmente, la prensa del país respaldaba la política reaccionaria de la clase dominante, y en cuanto a la destrucción de la prensa socialista, tergiversaba los hechos y vilipendiaba esas publicacio- nes. Por otra parte consideraba a los Cien Negros como auténticos patriotas, salvadores de la sociedad. Tan convincentes resultaban esas campañas de intoxicación que hasta pastores sinceros lanza- ban desde sus púlpitos proclamas bendiciendo a los Cien Negros, a la vez que lamentaban que hubiera necesidad de recurrir a la vio- lencia.

La historia corría muy deprisa. Las elecciones del otoño estaban muy próximas y Ernest se presentaba al Congreso en las listas del Partido Socialista. Tenía muchas probabilidades de salir elegido. La reacción había conseguido quebrar la huelga de tranviarios de San Francisco y a continuación también la de transportistas. Estas dos derrotas resultaron desastrosas para el movimiento obrero. To- da la organización sindical de los muelles, junto con otros sindica- tos, había respaldado plenamente la huelga de los transportistas, pero todo acabó en

un absoluto fracaso. Fue una huelga sangrienta. La policía abrió la cabeza de muchos huelguistas con sus garrotes antidisturbios, y la lista de muertos aumentó cuando se permitió que una ametralladora disparase sobre los huelguistas desde el ga- raje de una empresa de distribución.

Como consecuencia de esos sucesos, creció el malestar y los de- seos de revancha de los hombres. Querían sangre y venganza. Gol- peados en su propio terreno, el sindical, buscaban ahora el desquite en la acción política. Mantenían la estructura de sus organizaciones sindicales, lo que les proporcionaba la fuerza suficiente para la lucha política que estaba en marcha. Las probabilidades de Ernest eran cada vez mayores. Día a día, más y más sindicatos ofrecían sus votos a los socialistas. Ernest no pudo menos que sonreír cuan-

do también se ofrecieron los auxiliares de los servicios funerarios y los desplumadores de aves. Los hombres se mostraban cada vez más convencidos; mientras que abarrotaban los mítines socialistas gritando de entusiasmo, se mostraban impermeables a las añagazas de los políticos de los viejos partidos; cuando éstos acudían a dar algún mitin electoral solían encontrar las salas vacías, aunque al- gunas veces podían llenarlas si convocaban a todos los policías francos de servicio.

La historia corría cada vez más deprisa. El aire vibraba con los acontecimientos del momento y con los que se adivinaban inminentes. El país se encontraba al borde de una crisis67 económica profunda, consecuencia de una época de gran desarrollo que había abarrotado los mercados exteriores con el excedente hasta el punto de que ya no podían comprar más. Las industrias acortaron sus jornadas; las grandes fábricas pararon la producción esperando a que los mercados fueran capaces de absorber las mercancías en depósito; y los salarios sufrieron bruscas reducciones.

También consiguió la reacción romper la huelga de los operarios de maquinaria, que junto con el medio millón de aliados del sindi- cato metalúrgico había peleado en una huelga tan sangrienta como nunca había conocido el país. Hubo batallas campales contra los pequeños ejércitos armados de los rompehuelgas68 contratados por

las asociaciones de empresarios69. Las acciones provocadoras de los Cien Negros, que en acciones aisladas y dispersas destrozaban las propiedades privadas, causaron la intervención de cien mil sol- dados del ejército regular para terminar drásticamente con el con- flicto. Algunos líderes sindicales fueron ejecutados y muchos más sentenciados a prisión, y miles de huelguistas fueron encerrados en rediles70 y tratados de forma abominable por los soldados.

Había que pagar ahora por aquellos años de prosperidad. Todos los mercados estaban saturados, todos se desmoronaban; y en la caída de los precios, fueron los salarios los que más sufrieron esa bajada. El país estaba trastornado por los conflictos en la industria. Se pro- ducían huelgas por doquier, y donde no había huelgas podía haber cierres patronales. Los periódicos se llenaban con relatos de vio- lencia y de sangre, donde sin duda los Cien Negros71 habían jugado un papel importante: disturbios, incendios, destrozos sin sentido de la propiedad privada; ése era su trabajo y sabían hacerlo, hasta el punto de que con sus estragos provocadores consiguieron la inter- vención del ejército regular en los conflictos obreros. Todos los pueblos y ciudades se convirtieron en campos de batalla, en los que a los trabajadores se les disparaba como a perros. Se reclutaba a los rompehuelgas en el vasto ejército de desempleados, y cuando los

sindicalistas conseguían hacerlos retroceder, era cuando intervenía el ejército para aplastar a los trabajadores. También estaban allí las milicias, aunque todavía no habían tenido necesidad de recurrir a su represiva ley secreta. Sólo habían intervenido las milicias regu- lares, pero estaban por todas partes. En ese terrible periodo, el Go- bierno aumentó el contingente del ejército regular en cien mil hombres.

Nunca los trabajadores habían sufrido una derrota tan severa. Los grandes capitanes de la industria, los oligarcas,

aprovecharon la experiencia de las luchas menores de las asociaciones de pequeños empresarios para ahondar en esa brecha y agrandarla merced a su enorme peso. Esas asociaciones las constituían empresarios de cla- se media, que ahora, empujados por la crisis de los mercados y ayudados por los grandes capitanes de la industria, habían comba- tido y derrotado a las organizaciones obreras. Fue una alianza to- dopoderosa, pero como la clase media pudo pronto comprobar, fue la alianza del león y del cordero.

Los trabajadores estaban maltrechos, resentidos y aplastados en su lucha sindical. Los bancos, que constituían una de las fuerzas más importantes de la oligarquía, continuaban exigiendo el pago de los préstamos. Los grupos de Wall Street72 habían convertido el mer- cado de valores en un vórtice en el que los títulos del país se desli- zaban a la inanidad. Y en medio de aquellas ruinas y escombros se levantaba, imperturbable, indiferente y segura de sí misma, la oli- garquía. No sólo utilizaba para sus planes su vasto poder, sino también el Tesoro de los Estados Unidos.

Los capitanes de la industria se habían revuelto contra la clase me- dia. Las asociaciones de pequeños y medianos empresarios, que los habían ayudado a someter a los trabajadores, se encontraban ahora ninguneados y explotados por sus antiguos aliados. Los trust se mostraron inflexibles ante los pequeños y medianos empresarios. En realidad fueron más allá; sembraron los vientos más potentes

para recoger tras la calma lo que más deseaban: los mayores bene- ficios. ¡Y qué beneficios! Seguros de su poder, tras la tormenta que ellos mismos habían desencadenado, se liberaron de sus socios y recuperaron para sí mismos los restos del naufragio. Los títulos de valor se devaluaron de forma inconcebible y los trust los adquirie- ron a precio de saldo, acaparando así nuevos campos de negocio, y todo ello a costa de las clases medias.

De esa forma, el verano de 1912 fue testigo del entierro virtual de la clase media. Incluso Ernest estaba sorprendido de la rapidez del proceso. Sacudía su cabeza, abatido, y no expresaba grandes espe- ranzas sobre las elecciones del otoño.

—Es inútil —decía consternado—. No tenemos ninguna posibili- dad. El Talón de Hierro ya ha llegado. Yo había confiado en una tranquila victoria en las urnas. Me equivoqué. Wickson tenía ra- zón. Nos hurtarán hasta la última de nuestras libertades. El Talón de Hierro pisoteará nuestras caras, lo único que resta es una revo- lución sangrienta de la clase trabajadora. Venceremos, sin duda, pero me estremezco sólo de pensar en lo que se avecina.

Y a partir de esos sucesos, Ernest, adelantándose a su partido, puso todas sus esperanzas en la revolución. Sus correligionarios no pen- saban como él, seguían creyendo que la victoria se conseguiría en las próximas elecciones. No es que estuvieran

desconcertados, te- nían la suficiente confianza en su causa como para mantener su lucha, pero sí mostraban cierta incredulidad ante esos ominosos presagios. Ernest no conseguía convencerlos de hasta dónde podía llegar el poder de la oligarquía. Les inquietaban sus palabras, pero estaban seguros de su propia fortaleza. En sus teorías sobre el desa- rrollo social de la humanidad no cabía el advenimiento de una oli- garquía, fuera la que fuera.

—Conseguiremos que llegues al Congreso y ¡ya está! —lo tranqui- lizaban en sus reuniones secretas.

—Y cuando me saquen del Congreso —respondía fríamente Er- nest— y me pongan contra un paredón y me fusilen, ¿entonces qué?

—Entonces les mostraremos nuestro poder —le respondió una

docena de voces.

—Y os ahogaréis en vuestra propia sangre. Ya habíais oído esa canción en la boca de la clase media, y ¿dónde está ahora su po- der?

C A P Í T U L O XI

La gran aventura

El señor Wickson no llamó a mi padre. Se encontraron por casuali- dad en el ferry que iba a San Francisco, por tanto, la advertencia que le hizo a papá no era premeditada. Si no se hubieran encontra- do accidentalmente no habría habido tal advertencia; sin embargo el resultado no hubiera sido diferente. Papá era descendiente de los pioneros del Mayflower 73 y ese linaje le imprimía carácter.

—Tenía razón Ernest —me dijo papá en cuanto llegó a casa—. Ernest es un joven muy interesante, y yo prefiero que seas su espo- sa a que lo seas de Rockefeller o del rey de Inglaterra.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada.

—La oligarquía está a punto de pisotear nuestras cabezas, la tuya y la mía, Wickson me lo ha dicho claramente. Ha sido muy amable, para tratarse de un oligarca. Me ha ofrecido reingresar en la uni- versidad. ¿Qué te parece? Wickson, ese agiotista sórdido, tiene capacidad para decidir si puedo o no puedo dar clases en la univer- sidad del estado. Pero, incluso, ha ido más allá en su oferta, me ha propuesto hacerme presidente de una facultad importante de cien- cias físicas que se está formando;

parece como si la oligarquía tu- viera prisa por deshacerse de su excedente.

»“¿Recuerdas aquello que le dije al novio de tu hija?”, me espetó. “Le dije que pisotearíamos la cabeza de la clase trabajadora. Así haremos. Y por lo que a ti respecta, te respeto mucho como científi- fico, pero si decides que tu suerte está junto a la clase trabajadora,

73 Uno de los primeros barcos que transportó inmigrantes a los Estados Unidos después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Los descendientes de esos colonizadores sentían un orgullo exagerado de su genealogía, pero con el paso del tiempo se mezcló y difundió de tal manera esa sangre que hoy día forma parte de todos los norteamericanos.

entonces ¡cuida de tu cabeza! Eso es todo”. Se dio la vuelta y des- apareció.

—Eso quiere decir que tendremos que casarnos antes de lo que teníamos pensado —fue la respuesta de Ernest cuando se lo conté.

No supe muy bien en aquel momento por qué había llegado a esa conclusión, pero enseguida tuve oportunidad de saberlo. Se cum- plía el trimestre en el que las Hilaturas Sierra repartían los divi- dendos trimestrales; o mejor dicho, cuando deberían

pagarse, por- que papá no recibió los suyos. Al cabo de unos días, escribió al secretario. Pronto llegó la respuesta diciendo que no constaba en sus archivos que papá poseyera ninguna acción de esas hilaturas, y pedía cortésmente datos más explícitos.

—Se los daré más explícitos, ¡maldita sea! —dijo mi padre irritado, y se fue al banco a sacar los títulos depositados en su caja fuer- te personal.

—Ernest es un hombre extraordinario —me empezó a contar cuando volvió del banco y yo le ayudaba a quitarse el abrigo—. En serio, hija, ese jovencito tuyo es un hombre extraordinario.

Yo ya había aprendido que cuando papá alababa a Ernest de esa forma era que había ocurrido algún desastre.

—Ya me han pisoteado la cara —explicó papá—. No había ningu- na acción; la caja estaba vacía. Ernest y tú tendréis que casaros lo antes posible.

Mi padre siguió la misma metodología que empleaba en sus inves- tigaciones. Primero fue a denunciar el robo a los juzgados, pero no pudo conseguir que llevaran allí los libros de los registros de Hila- turas Sierra. Él no controlaba la justicia, pero las hilaturas, sí. Eso lo explicaba todo. Fue totalmente burlado por la ley y se dio por bueno ese robo tan descarado.

Me parece casi de risa cuando recuerdo ahora la forma en que va- pulearon a mi padre. Poco después de aquello se encontró a Wick- son en la calle por casualidad y le dijo que era un maldito

canalla. El resultado fue que arrestaron a mi padre por intento de agresión, lo multó la policía y fue conminado a no romper la paz social. Fue

todo tan ridículo que hasta él se rió cuando llegó a casa. ¡Pero qué furor se desató en los periódicos locales! Se escribieron páginas en las que se denunciaba la violencia que infectaba a los hombres cuando abrazaban la causa del socialismo; y a papá, a pesar de su largamente demostrada vida pacífica, lo pusieron de ejemplo de cómo actúa el bacilo de la violencia. También aseguraron otros periódicos que la mente de papá se había debilitado a consecuencia de sus estudios científicos y sugerían que se lo encerrara en una institución psiquiátrica del estado. El peligro era claro e inminente, pero mi padre era lo suficientemente avezado como para darse cuenta, y más teniendo tan próxima la experiencia del obispo, una lección como para no olvidarla. Decidió permanecer tranquilo fue- ra cual fuera la injusticia que perpetraran contra él, y creo que con- siguió así desconcertar a sus enemigos.

Luego vino lo de la casa; nuestra casa. Inventaron que pesaba so- bre ella una hipoteca que había sido ejecutada por haber vencido los pagos y que, por tanto, habíamos perdido el derecho de redi- mirla; así que nos vimos obligados a abandonar la casa. Natural- mente no había ninguna hipoteca ni nunca la había habido. Tanto el terreno que se compró como la casa que se edificó sobre él fue- ron totalmente pagados en

el momento de la compra y de la cons- trucción. Nunca hubo la menor carga sobre ellos. A pesar de eso, aparecieron las escrituras que mostraban la existencia de una hipo- teca, con todos los visos de legalidad, e incluso con los pagos de intereses a lo largo de muchos años. Papá no protestó. De la misma forma en que habían robado su dinero, robaron también su casa; y no tenía posibilidades para recurrir. Toda la maquinaria de la so- ciedad estaba en manos de los que habían decidido acabar con él.

Mi padre siempre fue un filósofo, y se tomó las afrentas sin volver a encolerizarse.

—Estoy condenado. Están dispuestos a acabar conmigo —me di- jo—, pero no hay ninguna razón por la que no pueda tratar de evi- tar en lo posible sus vapuleos. Mis huesos son ya frágiles y he aprendido mi lección. Bien sabe Dios que no quiero acabar mis días en un manicomio.

Su comentario me recordó al obispo Morehouse, a quien he des-

atendido en esta parte del escrito. Pero antes de hablar del obispo, hablaré de mi matrimonio. En ese torbellino de acontecimientos, mi matrimonio pasó casi desapercibido, por lo que no voy a exten- derme sobre él.

—Ahora nos hemos convertido en auténticos proletarios —dijo papá, cuando abandonamos la casa—. He envidiado a menudo

a tu joven prometido por su claro conocimiento del proletariado; ahora lo conoceré por mí mismo.

Mi padre siempre llevó en la sangre un fuerte espíritu aventurero. Ahora miraba nuestra catástrofe como si fuera una aventura. No sentía ni rabia ni amargura. Era demasiado filosófico y sencillo para clamar venganza, y tenía la suficiente vida interior como para no echar de menos las comodidades a las que nos vimos obligados a renunciar. Así que cuando nos fuimos a vivir a San Francisco, a una casa desconchada de cuatro habitaciones en un arrabal al sur de la calle Market, se embarcó en la aventura con la alegría entu- siasta de un niño, todo combinado, claro, con la lúcida visión y la comprensión mental de su enorme inteligencia. Nunca se bloquea- ba mentalmente. No tenía una idea equivocada de los valores. Las normas corrientes más convencionales no tenían nada que ver con él. Los únicos valores que reconocía eran los de la matemática y los logros científicos. Mi padre era un gran hombre. Tenía la inte- ligencia y el alma de los grandes hombres. En algunos casos era incluso más importante que Ernest, el más grande que yo había conocido hasta entonces.

Incluso yo encontré cierto alivio en nuestro cambio de vida al es- capar del ostracismo organizado en que se habían convertido nues- tras vidas en esa ciudad universitaria, sobre todo a partir de que la oligarquía hubiera aumentado sus inamistosos controles sobre to- dos. El cambio también supuso una aventura para mí; lo más im- portante es que fue una

aventura de amor. Nuestro cambio de for- tuna había acelerado mi matrimonio y, así, me fui a vivir como una esposa a las cuatro habitaciones de la calle Pell, en un arrabal de San Francisco.

Aparte de esto diré que hice feliz a Ernest. Entré en su agitada vi- da, no como una fuerza perturbadora, sino como un factor de paz y

descanso. Le di tranquilidad, ésa fue la recompensa de mi amor hacia él. Era el sujeto infalible de mi confianza y de mi lealtad. Llevar alegría y hacer olvidar tantos sinsabores a aquellos pobres ojos cansados, ¿qué mayor satisfacción podría haber tenido que ésa?

A esos ojos cansados tan adorados por mí. Trabajó tan duramente por los demás como pocos hombres nunca lo hicieron. Ése es el mejor elogio a su bonhomía, a su amor por la humanidad y a su innato espíritu batallador. A ese gladiador con espíritu de águila, que a la vez fue para mí tan tierno y gentil como un poeta. Era un poeta. Revestía de poesía todas sus acciones, y durante toda su vida cantó la canción de los hombres, y por ese amor hacia la hu- manidad entregó su vida y fue crucificado.

Y lo hizo todo sin ninguna esperanza de recompensa futura. En sus creencias no figuraba ninguna otra vida tras la muerte. Él, que ar- día en deseos de inmortalidad, se la negaba a sí mismo;

ésa era su paradoja. Pese a su espíritu ardiente, estaba dominado por la fría e imponente filosofía del monismo materialista. Solía llevarle la con- traria cuando le decía que para mí su inmortalidad se medía por la anchura de sus alas, y que yo tendría que vivir eternidades infinitas para llegar a calcular todo su despliegue. Era entonces cuando Er- nest se reía y echaba sus brazos sobre mí, llamándome su dulce metafísica; en aquellos ratos desaparecía el cansancio de sus ojos y fluía en ellos la luz del amor y la felicidad como un nuevo y sufi- ciente anuncio de su inmortalidad.

También solía llamarme su alter ego, su complemento dualista; y me explicaba cómo Kant, a través de la simple razón, había aboli- do ésta para adorar a Dios; y utilizando un paralelismo, me consi- deraba culpable de una acción similar. Y cuando me declaraba cul- pable, pero con la atenuante de defender esa acción como algo pro- fundamente racional, me estrechaba entre sus brazos con más fuer- za y se reía como sólo podía reír un elegido de los dioses. Yo solía negar que la genética y el entorno pudieran llegar a explicar su originalidad y su genio, por mucho que los avances de la ciencia pudieran llegar a analizar y clasificar la fugitiva esencia que se esconde en la propia naturaleza de la vida.

Yo sostenía que el espacio era una representación de Dios y que el alma era una proyección de su naturaleza; y cuando él me llamaba su dulce metafísica, yo lo llamaba mi materialista

inmortal. Nos amábamos y éramos felices, y yo disculpaba su materialismo por el tremendo y abnegado esfuerzo que desarrollaba por el bien de la humanidad sin esperar ninguna recompensa ultraterrenal, y sin que su modestia lo llevara a considerarse un genio orgulloso de su ta- lento.

Pero tenía su orgullo, ¿cómo, si no, se puede ser un águila y no tener orgullo? Su opinión era que resultaba mucho más noble para un hombre, una partícula mortal de vida, asemejarse a los dioses, que para un dios querer ponerse a la altura de otros dioses. Y así era como consideraba, orgulloso, su propia inmortalidad. Le gusta- ba citar un fragmento de un poema que nunca había leído completo y del que ni siquiera consiguió saber el autor. Añado a continua- ción esos versos, no sólo porque a él le gustaran, sino porque son un epítome del espíritu paradójico de Ernest y de su ideario. ¿Aca- so no podía un hombre, entusiasta de la vida, exaltado, recitar estos versos y seguir siendo carne mortal, una brizna de fuerza fugitiva, una forma evanescente? Aquí están:

Todos los bienes y placeres del mundo me están destinados por haber nacido, y clamo alabando mis días eternos hasta los confines de la Tierra.

Aunque sufra la muerte de los humanos, hasta el fin de los tiempos

habré apurado la copa del placer, en todo tiempo, en cada estación.

El orgullo, su espuma; el sabor del poder.

¡La dulzura de la mujer!

Vacío los posos sobre mis rodillas porque ¡ah! el trago era bueno.

Bebo por la vida, bebo por la muerte y chasqueo mis labios,

porque cuando yo muera, a otro «yo» le pasaré la copa.

El hombre a quien arrojaste del jardín del edén

era yo, Señor, era yo.

Y estaré allí cuando la tierra y el aire se abran desde el cielo hasta el mar,

porque éste es mi mundo, mi mundo maravilloso, el mundo de mis desgracias más queridas, desde el llanto más débil en mi nacimiento

hasta los suaves chales en el armario de una mujer.

Junto a los latidos de una raza aún por llegar, desgarrado por los deseos del mundo,

la oleada de sangre joven y salvaje que surja de mí apagará el fuego del juicio final.

Yo soy un hombre, un hombre, desde mi carne estremecida

hasta las cenizas en el fin terrenal, desde el oscuro ovillo en la matriz fecundada hasta el brillo luminoso de mi alma desnuda.

Hueso de mi hueso y carne de mi carne, el mundo entero saltará cuando se lo ordene

y la sed insatisfecha del maldito edén abrirá surcos en toda la tierra.

Dios todopoderoso, cuando desaparezcan todos los destellos, todos los colores del cristal de mi vida,

la desgracia, el infortunio de la noche eterna no será demasiado largo para mis sueños.

El hombre al que arrojaste del jardín del edén era yo, Señor, era yo.

Y estaré allí cuando la tierra y el aire se abran desde el cielo hasta el mar,

porque éste es mi mundo, mi mundo maravilloso, el mundo de mis mayores delicias,

desde el destello más brillante de la corriente ártica hasta el crepúsculo de mis noches de amor74.

Ernest siempre estaba trabajando. Su fuerte constitución le permi-

tía estar siempre ocupado, pero a pesar de esa fortaleza física no podía disimular el cansancio en sus ojos. ¡Esos maravillosos ojos cansados!

Nunca dormía más de cuatro horas y media cada noche, pero a pesar de eso nunca conseguía acabar el trabajo que se proponía. No paraba nunca en su papel de propagandista, y se lo requería siem- pre con mucha antelación para ir a dar charlas en las organizacio- nes de trabajadores. Además estaban las campañas electorales, en las que cada día le suponía un trabajo agotador. La prohibición de las editoriales socialistas supuso una merma en sus ingresos, lo que lo obligó a buscarse otros medios de vida, y a todo ello había que sumar sus trabajos propagandísticos. Conseguía bastantes contratos para traducir artículos científicos o de filosofía para varias revistas, así que cuando llegaba tarde por las noches, agotado por la tensión de las campañas, se sumergía en las traducciones hasta altas horas de la madrugada. Aparte estaban sus horas para estudiar; hasta el día de su muerte no dejó de estudiar, y tenía una capacidad prodi- giosa para ello.

Además de todo ese esfuerzo, aún le quedaba tiempo para dedi- carme su amor y hacerme feliz. Logré fundir su vida con la mía incluso en el trabajo. Aprendí mecanografía y taquigrafía y me convertí en su secretaria. Decía que le había ahorrado la mitad del trabajo; así que tuve que estudiar muchas materias para conseguir comprender ese trabajo. Nuestros intereses

convergieron hasta el punto de poder colaborar y disfrutar juntos.

Y así conseguíamos disfrutar dulces momentos robados al trabajo; bastaba una palabra, una caricia, un gesto de amor, para que esos momentos robados fueran deliciosos, más quizá por haber sido robados. Vivíamos en las alturas, donde el aire era más puro y lu- minoso, donde ese duro trabajo estaba destinado a toda la humani- dad y donde nunca surgía ni lo sórdido ni lo egoísta. Amábamos el amor, y nuestro amor nunca fue tocado por nada que no fuera lo mejor. Y así siguió: yo nunca fallé, siempre se lo di todo a quien tan duramente trabajaba para los demás, a mi querido ser humano de los ojos cansados.

C A P Í T U L O XII

El obispo

Fue después de mi boda cuando me encontré por casualidad con el obispo Morehouse. Pero voy a tratar de guardar un orden temporal al explicar los hechos. Después del desastre de su intervención en la convención de IPH, el obispo, un alma obediente, hizo caso de las presiones amistosas de su entorno y decidió tomar unas vaca- ciones. Pero a su vuelta mantenía con más firmeza si cabe su de- terminación de predicar el mensaje de la Iglesia. Su primer sermón ante su consternada congregación fue similar al que había predica- do en la convención. Volvió a decirles en toda su extensión y con todo detalle que la Iglesia se había desviado de las enseñanzas del Maestro y que el becerro de oro se había instalado en el lugar de Cristo. El resultado fue que sin pedir su opinión lo internaron en un sanatorio privado para enfermos mentales. Los periódicos por su parte hablaban de la terrible desgracia que había sacudido la mente de tan santo varón. Se convirtió en un prisionero dentro del sanato- rio. Lo llamé en repetidas ocasiones, pero no estaba permitido ac- ceder a él. Yo estaba terriblemente impresionada por la tragedia que había sufrido una persona en su sano juicio, un alma tan gene- rosa aplastada por el brutal deseo de la sociedad. Porque el obispo

estaba cuerdo y era un alma pura y noble. Ernest resumió la situa- ción diciendo que el problema del obispo era que tenía unas nocio- nes equivocadas sobre la biología y la sociología, y que debido a esos conceptos erróneos no había sido capaz de devolver la situa- ción a unos cauces menos traumáticos para él.

Lo que más me aterraba era la indefensión del obispo. Si persistía en lo que consideraba sus certezas, lo condenarían a estar encerra- do en un manicomio; y no podría hacer nada por librarse de ello. Ni su dinero, ni su posición, ni su cultura podían salvarlo. Sus creencias eran peligrosas para la sociedad, y la sociedad no conce- bía que esas ideas tan peligrosas pudieran ser el producto de una

mente cuerda. O al menos, eso era lo que daba a entender la actitud de la mayoría dirigente.

Pero el obispo, a pesar de su bondad y de la pureza de su alma, también tenía sus recursos para escapar de situaciones críticas. Vio claramente el peligro que lo acechaba. Se vio atrapado en una tela de araña y trató de escapar de ella. Privado de la ayuda que amigos tales como mi padre, Ernest o yo pudieran ofrecerle, se quedó solo en su lucha; pero en la soledad obligada del sanatorio se recuperó. Se volvió otra vez cuerdo. Cesaron las visiones en sus ojos y su cerebro se libró de las

fantasías que lo llevaban a decir que la so- ciedad debería alimentar a los corderos de Dios.

Como digo, el obispo se recuperó, y los periódicos y todos sus fe- ligreses celebraron su regreso con gran alegría. Yo acudí un día a su iglesia. Su sermón se correspondía con los que había predicado tiempos atrás, antes de que sus ojos hubieran tenido aquellas visio- nes. Aquello me molestó, me sacudió negativamente.

¿Había conseguido la sociedad derrotarlo y someterlo? ¿Era un cobarde? ¿Le habían hecho humillar la cabeza y renunciar a sus nuevas creencias? ¿O quizás había sufrido unas tensiones tan supe- riores a sus fuerzas que lo habían amansado y sometido a las nor- mas inexorables del orden establecido?

Fui a visitarlo a su elegante casa. Ofrecía un aspecto lamentable. Estaba más delgado y tenía unas arrugas en la cara que nunca le había apreciado. Pareció bastante incómodo ante mi visita. Nervio- so, estiraba las mangas de su chaqueta mientras hablaba y movía constantemente los ojos, como si buscara algo en alguna parte, aunque creo que trataba de evitar mirar a los míos. Parecía tener la cabeza en otra parte, hacía extrañas pausas en su conversación, cambiaba bruscamente de tópico y no había ninguna ilación en su charla. ¿Se trataba del mismo hombre piadoso, seguro de sí mismo, con aquella mirada limpia y directa y tan resuelta como su propia alma? No; lo habían maltratado, lo habían atemorizado hasta la sumisión. Su espíritu era demasiado delicado. No había

tenido la suficiente fuerza como para enfrentarse a la jauría organizada de la sociedad. Me sentí triste, profundamente apenada. Hablaba de una forma tan ambigua que me sentí cohibida para expresarle lo que

sentía y no tuve valor para preguntarle por lo sucedido. Hablaba de una forma vaga sobre su enfermedad así como de los asuntos de su iglesia, los cambios en el órgano, las pequeñas colectas caritativas; y cuando me fui, apareció en su rostro tal sensación de alivio que me hubiera reído a no ser porque tenía el corazón tan apenado que se me saltaban las lágrimas.

El pobre pequeño héroe. ¡Si yo hubiera sabido! Estaba batallando como un gigante, pero no me di cuenta. Luchaba solo, totalmente solo, en medio de esa sociedad sometida. Desgarrado entre el ho- rror del manicomio y su fiel amor por la verdad y la justicia, se aferraba firmemente a éstas, pero se sentía tan solo que ni siquiera se atrevió a confiarse a mí. Había aprendido muy bien la lección.

Pero pronto lo iba yo a saber. Un buen día, el obispo desapareció. Se fue sin decir nada a nadie, y a medida que pasaban los días y no volvía, comenzaron los comentarios de los maledicentes, que su- ponían que en alguno de sus trastornos pasajeros hubiera decidido suicidarse. Pero no, esa idea desapareció cuando me enteré de que había vendido

todas sus posesiones: sus dos casas, la de la ciudad y la del campo, en Menlo Park; y también sus cuadros y los objetos de sus colecciones, así como su querida biblioteca. Quedaba claro que había liquidado en secreto todos sus bienes antes de desapare- cer.

Todo eso sucedió mientras estábamos inmersos en nuestro propio traslado, de manera que hasta que no estuvimos medianamente asentados en nuestra nueva vivienda no tuvimos tiempo para inten- tar averiguar algo sobre el obispo. Y de repente todo se presentó ante mí con una claridad meridiana. Una mañana, muy temprano, casi al amanecer, crucé la calle para ir a la carnicería a comprar algunas chuletas para la cena de Ernest —en nuestro nuevo domi- cilio llamábamos «cena» a la última comida del día—. Justo cuando volvía yo a casa, tras comprar en la carnicería, vi salir a un hombre del almacén de comestibles de la esquina. Una extraña sensación de familiaridad me hizo mirarlo con más detenimiento, pero el hombre torció en la esquina caminando a buen paso. Había algo en sus hombros cargados y en el borde de pelo blanco entre las solapas del abrigo y su sombrero que me traía vagos recuerdos.

En lugar de cruzar la calle, corrí tras él. Aceleré el paso, mientras trataba de no aferrarme a los pensamientos que me habían asaltado repentinamente. No era posible; no podía ser él,

vestido con aquel guardapolvo descolorido, demasiado largo y con los bordes deshi- lachados.

Me calmé, me reí de mi ocurrencia y estuve a punto de abandonar mi intento de alcanzarlo, pero lo impidió la evocadora e inquietan- te familiaridad de aquellos hombros y de aquel cabello plateado. Volví a correr tras él. Llegué hasta su altura, lo sobrepasé, lancé una mirada de refilón hacia su rostro, y entonces me di la vuelta y me paré frente a él, frente al obispo.

Él también se paró bruscamente, sofocando un grito. La gran bolsa de papel que llevaba en su mano derecha cayó sobre la acera, se rompió, y comenzaron a rodar por el suelo las patatas que contenía. Me miró con sorpresa y cierta alarma, pero enseguida pareció re- signado ante el encuentro y dejó caer sus hombros mientras daba un profundo suspiro.

Le tendí mi mano y él la estrechó; me pareció una mano lánguida. Comenzó a balbucear algo y pude observar cómo el sudor comen- zaba a perlar su frente; evidentemente estaba muy asustado.

—Las patatas —musitó— son muy importantes.

Recogimos las patatas entre los dos y las volvimos a poner en la bolsa rota, que ahora abrazó cuidadosamente. Traté de decirle có- mo me alegraba de haberlo encontrado y de invitarlo a nuestra ca- sa.

—Papá se alegrará mucho de verlo —dije—, vivimos sólo a un paso de aquí.

—No puedo —respondió—, tengo que irme ya. Adiós.

Miró inquieto a su alrededor, como si temiera alguna aparición peligrosa, e hizo un intento de continuar su marcha.

—Dígame dónde viven, y los visitaré más adelante —dijo cuando vio que yo caminaba a su lado y era mi intención no dejarlo ahora que había conseguido encontrarlo.

—No —respondí con firmeza—, tiene que venir ahora.

Miró las patatas que desbordaban la bolsa y los pequeños paquetes que llevaba en la otra mano.

—¡Si usted supiera!

Parecía como si de un momento a otro fuera a perder el control, pero reaccionó enseguida y pareció más calmado.

—Además, tengo que llevar esta comida. Es un caso tristísimo, terrible. Se trata de una mujer mayor a la que tengo que socorrer enseguida, tiene una gran necesidad. Debo de ir ya, ¿comprende? Después volveré, se lo prometo.

—Déjeme acompañarlo —le ofrecí—, ¿está muy lejos? Suspiró nuevamente, ya rendido.

—Son sólo dos bloques más para allá —respondió resignado—. Vayamos deprisa. Al acompañar al obispo pude observar con

más detalle el vecindario del barrio. Nunca hubiera imaginado la pro- funda miseria que nos rodeaba. Esto se debía a que no me había dedicado a los actos de caridad. Estaba convencida de la razón de Ernest cuando consideraba que la caridad era como aplicar cata- plasmas a una úlcera, cuando el remedio era operar la úlcera: dar a los trabajadores su parte del producto, dar pensiones a los viejos soldados que tan duro habían trabajado; entonces no habría ningu- na necesidad de ejercer la caridad. Convencida de esto, trabajé duramente junto a él por la revolución, y no gasté mis energías en aliviar las miserias sociales que continuamente creaba la injusticia del sistema.

Entré con el obispo en una habitación minúscula en la parte trasera de un edificio de viviendas de alquiler. Dentro encontramos a una pequeña mujer alemana de sesenta y cuatro años; según me dijo el obispo. Parecía sorprendida al verme, pero hizo un gesto amable con la cabeza y siguió cosiendo los pantalones de hombre que tenía sobre el regazo. A su lado, en el suelo, había un montón de panta- lones semejantes. El obispo descubrió que no había carbón ni asti- llas y salió a comprarlo.

Cogí un par de pantalones y examiné su trabajo.

—Seis centavos, señora —me dijo, moviendo lentamente la cabeza sin dejar de dar puntadas. Cosía despacio, pero no

dejaba de hacer- lo ni un momento. Parecía como hechizada por el verbo «coser».

—¿Por todo ese trabajo? —pregunté—. ¿Es eso todo lo que pagan?

¿Cuánto tiempo tarda en cada uno?

—Sí —respondió—, eso es lo que pagan, seis centavos por cada par. Dos horas me lleva coserlo; pero el encargado no lo sabe —añadió con voz temerosa, como si fuera a meterlo en algún lío—. Soy lenta, tengo reuma en las manos. Las jóvenes trabajan mucho más deprisa, cosen cada pantalón en la mitad de tiempo. El jefe es muy amable dejándome traer el trabajo a casa ahora que soy vieja y mi cabeza no soporta el ruido de las máquinas. Si no fuera por su bondad, me moriría de hambre.

»Sí, las que trabajan en el taller ganan ocho centavos, dos más que yo, pero ¿qué vamos a hacer?, ni siquiera hay trabajo suficiente para los jóvenes, así que a los viejos no nos queda otra que resig- narnos. A veces, sólo me dan un par, sin embargo, hoy me han dado ocho pares que tengo que acabar antes de la noche.

Le pregunté cuántas horas trabajaba, y me dijo que dependía de la estación.

—En verano, cuando hay pedidos urgentes, trabajo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche; pero en invierno hace demasiado frío, los dedos tardan mucho en

desentumecerse; enton- ces hay que empezar a trabajar más tarde y, a veces, estar hasta las doce de la noche.

»Sí, ha sido un verano muy malo. Malos tiempos éstos. Dios debe de estar muy enfadado. Éste es el primer trabajo que el jefe me ha dado desde hace una semana, y

no se puede comer mucho cuando no hay trabajo; pero ya estoy acostumbrada. Me he pasado la vida cosiendo, en mi país y aquí, en San Francisco, treinta y tres años.

»Si uno puede pagar el alquiler, todo va bien. El casero es un buen hombre, pero tiene que cobrar el alquiler cada mes, es lo justo. Me cobra tres dólares al mes por este cuarto, me parece barato, pero a

veces no resulta fácil llegar a conseguir esos tres dólares. Dejó de hablar y siguió cosiendo mientras movía su cabeza.

—Tendrá usted que ser muy cuidadosa con sus gastos, ¿verdad? Afirmó con la cabeza.

—Pagado el alquiler, la cosa no va tan mal. Naturalmente no se puede comprar comida y no hay leche para el café. Pero siempre hay para una comida al día, y algunas veces para dos.

Dijo esto último con cierto orgullo, como si fuera un triunfo ocasional, pero en cuanto se sumergió en el silencio, pude observar la tristeza de sus ojos amables y la caída de la comisura de su

boca. Sus ojos parecieron mirar al vacío hasta que se los restregó brus- camente; las lágrimas interferían con su costura.

—No, no es el hambre lo que me apena, una se acostumbra a pasar hambre, es el recuerdo de mi niña el que me parte el corazón. La mató una máquina. Ella trabajaba mucho, pero no llego a com- prender qué pasó. Era joven y fuerte, sólo tenía cuarenta años, y había empezado a trabajar desde niña porque mi marido murió cuando estalló una caldera de vapor donde trabajaba. ¿Y qué íba- mos a hacer? Ella tenía sólo diez años, pero era muy fuerte. La máquina la mató, sí, eso pasó; era la trabajadora más rápida del taller. Lo tengo siempre presente, por eso no puedo trabajar en el taller. Cuando oigo el ruido de la máquina me da vueltas la cabeza, me parece como si las correas dijeran: «fuimos nosotras», «fuimos nosotras»; y así pienso en mi hija todo el tiempo y no puedo traba- jar.

Sus ojos volvieron a humedecerse y tuvo que restregarlos otra vez para poder seguir cosiendo.

Oí al obispo dando traspiés por las escaleras y fui a abrir la puerta. Ofrecía un aspecto inenarrable, llevaba a la espalda medio saco de carbón con un montón de astillas encima de él. El polvo del carbón había cubierto su cara y el sudor había formado surcos sobre ella. Dejó caer el saco al lado de la estufa y se secó la cara con un áspe- ro pañuelo de dril. Apenas podía creer lo que veían mis ojos; el obispo negro como un descargador de carbón, vestido con una ca- misa de algodón barata —a la que faltaba un botón— y un mono

de trabajo. Lo más llamativo era el mono, con los bajos deshilachados arrastrando por el suelo y sujeto por un delgado cinturón de cuero como el que usan los jornaleros del campo.

El obispo venía acalorado, pero las manos de la pobre vieja estaban todavía ateridas de frío, y antes de irnos el obispo había encendido la estufa y yo había pelado unas patatas y las había puesto a hervir. Iba a saber a medida que pasaban los días que había muchos casos parecidos al de la vieja alemana, incluso peores, todos ellos escon- didos en los horribles agujeros de los cuartuchos de alquiler en mi vecindad.

Cuando llegamos a casa, Ernest estaba alarmado por mi tardanza. Pasados los primeros momentos de sorpresa, el obispo se reclinó en su asiento, se despojó del guardapolvo y reapareció ante noso- tros con su aspecto más familiar. Según nos contó, éramos los pri- meros amigos con los que se había encontrado desde su desapari- ción, y durante todo ese tiempo tuvo que haber sufrido serias crisis de soledad. Nos habló de muchas cosas, pero para él la mayor ale- gría que había experimentado era la de haber podido cumplir el mandato del Maestro.

—Ahora sí que estoy apacentando a mis corderos; y he aprendido una gran lección. No se puede apelar a las almas mientras los es- tómagos no están bien alimentados. Hay que nutrir a los corderos con pan y mantequilla y carne y patatas; y

después, y solamente entonces, estarán listas sus almas para recibir alimentos más espiri- tuales.

Comió con gusto la sopa que yo había preparado. Nunca lo había visto comer con tanto apetito en nuestra antigua casa. Hablamos de los viejos tiempos y nos dijo que nunca se había sentido mejor de salud.

—Ahora voy siempre caminando a todas partes —dijo mientras aparecía cierto rubor en sus mejillas, quizá como si recordara los tiempos en los que viajaba siempre en coche, y le pareciera aquello un pecado difícil de perdonar.

»Mi salud ha mejorado muchísimo —añadió apresurado—, y me siento muy feliz, muy feliz, sin ninguna duda. Al fin vivo como un

ministro del Señor.

Pero a pesar de lo que nos decía, yo podía apreciar en su rostro ciertos rasgos de inquietud, quizá por el malestar que ahora com- partía con los demás desgraciados. Había visto la vida en toda su crudeza, y comprendido que no tenía nada que ver con la que había conocido a través de sus bien encuadernados libros.

—Y usted es el responsable de todo esto, joven —dijo dirigiéndose directamente a Ernest.

Ernest pareció un tanto turbado e incómodo.

—Yo..., yo lo previne a usted.

—No me malinterprete —respondió el obispo—. No le estoy reprochando nada, sino mostrándole mi gratitud. Le estoy muy agra- decido por haberme mostrado el camino. Usted me hizo abandonar mis equivocadas teorías sobre la vida y me condujo a la vida mis- ma. Usted arrancó los velos que cubrían la impostura y la mentira de la sociedad. Usted trajo la luz a mi oscuridad y ahora que soy capaz de ver toda esa luz me siento muy feliz, sólo que… —su mirada se llenó de duda y temor—. Me aterra la persecución que sufro. No puedo soportarla. ¿Por qué no me dejan en paz? Pero no sólo es eso, es la naturaleza de esa persecución. No me importaría que me hicieran trizas, o que me quemaran en una pira, o me cruci- ficaran cabeza abajo; lo que me asusta es el manicomio. ¡Dese cuenta! Yo en un sanatorio de alienados. Es repulsivo. Vi a algu- nos internos. Eran muy violentos. Siento escalofríos cuando lo re- cuerdo. Pasar el resto de mi vida prisionero en medio de esas esce- nas de alaridos de terror. ¡No! ¡No! ¡Jamás! ¡Jamás!

Era patético. Temblaban sus manos y parecía que todo su cuerpo se retorcía ante el horror de esos recuerdos. Pero enseguida consiguió calmarse.

—Perdónenme —dijo, ya más tranquilo—, a veces no puedo controlar mis nervios. Si la voluntad del Maestro es que vaya allí, allí iré, ¿quién soy yo para quejarme?

Según lo miraba, me daban ganas de gritar: ¡oh, gran obispo! ¡Hé- roe! ¡Héroe de Dios!

A medida que avanzaba la tarde, supimos más cosas de él.

—Vendí mi casa —mis casas, mejor dicho— y el resto de mis bienes. Me di cuenta de que tenía que hacerlo en secreto, si no lo llego a hacer así se hubieran apoderado de todo, y eso habría sido terri- ble. A veces me maravillo de la inmensa cantidad de patatas que se pueden comprar hoy día con doscientos o trescientos dólares; o pan, o mantequilla o carbón y astillas —se volvió a dirigir a Er- nest—. Tenía razón, joven; el trabajo está muy mal pagado. Yo no había trabajado en mi vida, sólo había lanzado filípicas a los fari- seos. Creía estar lanzando un mensaje evangélico, y gané, así, me- dio millón de dólares. No supe lo que podía significar medio mi- llón hasta que no vi su equivalente en patatas, pan, mantequilla y carne. Y enseguida comprendí que con mi dinero podía comprar todos esos víveres. Yo nunca había trabajado para ganármelos, y pensé que si yo no los había ganado, alguien había trabajado por mí, y que yo se los había robado. Y cuando descendí a las simas de la pobreza, descubrí a quiénes habían robado y cómo se debatían en el hambre y la miseria, simplemente porque les habían robado.

Le hicimos recuperar su discurso.

—¿El dinero? Lo he depositado en muchos bancos distintos, con nombres también diferentes. Ahora no me lo pueden quitar, porque no lo encontrarán. Y ¡es tan bueno, tener ese dinero!

Sirve para comprar muchísima comida. Nunca había conocido el valor del dinero.

—Ya me gustaría conseguir algo para la propaganda —le dijo Er- nest.

—¿Usted cree? —le respondió el obispo—. Yo no confío demasia- do en los políticos. De hecho, no creo saber nada de política.

Ernest era muy discreto en esos asuntos y no insistió en su petición, aunque conocía bien la acuciante necesidad de dinero del Partido Socialista.

—Duermo en pensiones baratas —continuó el obispo—, pero me temo que no me quedaré mucho tiempo en un solo lugar. Tengo también dos habitaciones alquiladas en unas casas de trabajadores, en dos barrios distintos de la ciudad. Ya sé que puede parecer ex-

travagante, pero es totalmente necesario. Me sirve, en parte, para guisar mis comidas, aunque algunas veces como en algún cafetín barato; y he descubierto algo: los tamales75; son muy buenos cuan- do sopla el aire frío por la noche. El único problema es que son caros, pero conozco un sitio donde te ponen tres por sólo diez cen- tavos. No son tan buenos como los de otros lados, pero sirven para calentarte.

—Y así es como he encontrado mi función en el mundo; y gracias a usted, joven. Aunque es la obra del Señor… —me miró, y con un gesto de complicidad en sus ojos, me dijo—: Me ha pillado ali- mentando a mis corderos y sé que, naturalmente, guardará el secre- to.

Hablaba con tono despreocupado, aunque en el fondo de sus pala- bras se adivinaba un auténtico temor. Prometió volver a visitarnos, pero una semana más tarde nos enteramos por el periódico de lo que llamaron «el triste caso del obispo Morehouse, al que hubo que recluir en el manicomio Napa». No conseguimos verlo, ni que su caso fuera investigado o reconsiderado; tampoco supimos nada de él a excepción de algunos comunicados que decían que aún se mantenían las esperanzas sobre su recuperación.

—Cristo dijo al joven rico que vendiera todas sus posesiones —comentó Ernest con amargura—. El obispo obedeció el mandato de Cristo y lo encerraron en un manicomio. Mucho ha cambiado todo desde aquellos tiempos de Cristo. Hoy día, si un hombre rico en- trega todos sus bienes a los pobres, lo tachan de loco. No hay dis- cusión posible: la sociedad ha hablado.

C A P Í T U L O XIII

La huelga general

Como era de esperar, Ernest fue elegido para el Congreso en la abrumadora victoria de los socialistas en el otoño de 1912. Uno de los factores que más contribuyó a que los socialistas arrasaran en las urnas fue la ruina de Hearst76, una tarea fácil para la plutocra- cia. A Hearst le costaba dieciocho millones de dólares anuales la edición de sus periódicos, pero recuperaba ese dinero, incluso más, con los anunciantes de la pequeña burguesía77. Para deshacerse de Hearst, lo único que tuvieron que hacer fue que ésta retirara sus anuncios.

Todavía quedaban restos de la clase media. Su resistente esqueleto aguantaba, aunque apenas tenía poder. El destino de los pequeños fabricantes y comerciantes que aún sobrevivían estaba en manos de la plutocracia. No tenían ninguna base económica o política en la que sustentarse, así que cuando la plutocracia dio otro paso adelan- te y dijo ¡se acabó!, tuvieron que retirar sus anuncios de la prensa de Hearst.

El californiano hizo una apuesta valiente. Siguió sacando sus pe- riódicos a la calle con un costo en pérdidas de millón y medio al

mes, y continuó publicando los anuncios a pesar de que ya no se los pagaban. La plutocracia volvió a dar otro paso adelante y los pequeños comerciantes y fabricantes lo inundaron con cartas en las que le pedían que cesara de publicar esos anuncios. A pesar de eso, Hearst continuó publicándolos hasta que le impusieron seis meses de prisión por desacato al tribunal por haber desobedecido el man- dato de cesar en los anuncios. La serie de procesos por daños que tuvo que afrontar lo llevaron a la bancarrota. No tuvo ninguna oportunidad; la plutocracia lo había sentenciado; los tribunales estaban en manos de la plutocracia, que era quien les dictaba las sentencias. Y la caída de Hearst llevó consigo la del Partido Demócrata, al que no hacía mucho había absorbido.

Con el fin de Hearst y del Partido Demócrata, sólo quedaban dos caminos que seguir: votar al Partido Socialista o al Partido Repu- blicano. Así fue como los socialistas recogieron el fruto maduro de las prédicas pseudosocialistas de Hearst, ya que la mayoría de sus seguidores se pasó a nuestro lado.

La expropiación de los granjeros, que tuvo lugar por entonces, hu- biera servido también para engrosar con ellos nuestras filas de no haber sido por la irrupción, tan breve como fútil, del Partido de los Granjeros. Ernest y los otros líderes socialistas lucharon encarni- zadamente para conseguir el voto del campo, pero la destrucción de la prensa y de las editoriales socialistas supuso un gran obstácu- lo para la difusión de la información: la comunicación boca a boca aún no estaba muy

perfeccionada. Por ello, fueron políticos como el señor Calvin y otros granjeros expropiados los que captaron el voto del campo y se lanzaron a una campaña política tan ilusoria como vana.

—¡Pobres granjeros! —dijo, sardónico, Ernest—. Los trust los han desquiciado, y andan de acá para allá.

Y ésa era la situación real de los granjeros, los siete grandes trust, que trabajaban al unísono, habían juntado sus enormes excedentes, y constituido un gran trust agrícola-ganadero. Los ferrocarriles, con su control tarifario, y los banqueros y los agentes de bolsa, que controlaban los precios, habían conseguido ya bastante antes su- mergir a los granjeros en un profundo endeudamiento. Los banque-

ros y, lo que viene a ser lo mismo, los trust, habían prestado gran- des sumas de dinero a los granjeros, de forma que los tenían atra- pados en su red y ya sólo tenían que tirar de ella. Y es lo que el trust de los granjeros hizo.

La crisis de 1912 había causado también una fuerte depresión en los mercados de la alimentación. Los precios fueron forzados a la baja, lo que llevó a muchos granjeros a la bancarrota; a la vez, los ferrocarriles remataban la faena con sus tarifas arbitrarias. De esa forma, los granjeros se vieron obligados a solicitar más y más prés- tamos, a la vez que se les impedía la extinción de los que habían obtenido tiempo atrás. La consecuencia fue que la imposibilidad de redimir las hipotecas

y la exigencia del pago en efectivo de los pagarés los llevaron a la bancarrota. Los granjeros simplemente entregaron sus tierras al nuevo trust, con lo cual se quedaron sin nada que hacer y tuvieron que ponerse a trabajar para el trust, bien como gerentes, como encargados, como capataces o como simples peones; todos asalariados. En suma, se convirtieron en siervos de la tierra a cambio de un salario. No podían abandonar a sus amos, porque sus amos componían la plutocracia. No podían marcharse a las ciudades porque también allí todo lo controlaba la plutocracia; su única alternativa era abandonar el campo y convertirse en vaga- bundos, lo que significaba morirse de hambre. Incluso esa posibili- dad les estaba vedada, porque enseguida se aprobó y se puso en vigor una ley rigurosa para perseguir a los vagabundos.

Naturalmente hubo algunos casos de granjeros, e incluso de pe- queñas comunidades, que debido a alguna circunstancia muy espe- cial escaparon a ese saqueo; pero no se pueden tener en cuenta por su escaso número y porque en los años siguientes también fueron expropiados por la plutocracia78.

Y así fue como en el otoño de 1912, los líderes socialistas, a ex- cepción de Ernest, decidieron que había llegado la hora de acabar con el capitalismo.

La tremenda crisis, el vasto ejército de desempleados, la destruc- ción de los granjeros y de las clases medias y la

derrota decisiva de los sindicatos hicieron que los socialistas encontraran más que jus- tificado el fin del capitalismo, y llevaron a los socialistas a la con- clusión de que había llegado la hora decisiva de batirse con la plu- tocracia.

¡Y cómo infravaloramos la fuerza del enemigo! Los socialistas proclamaron por todas partes su inminente victoria en las urnas. La plutocracia aceptó el desafío, y fue ella la que calculando y contra- pesando sus fuerzas nos derrotó al conseguir dividir las nuestras. Fue la plutocracia a través de sus agentes secretos la que difundió el grito de que los socialistas eran ateos y sacrílegos; fue la pluto- cracia la que atacó los templos, especialmente los de la Iglesia ca- tólica, arrebatándonos una porción del voto obrero. Y fue la pluto- cracia, a través, también, de sus agentes secretos, la que reforzó el Partido de los Granjeros, fomentándolo incluso en las ciudades para atraer los votos de la yacente clase media.

A pesar de todo eso, los socialistas barrieron en las urnas. Pero, sin embargo, con esa clara victoria, no conseguimos dominar la mayo- ría en los cuerpos legislativos ni en otros órganos de poder, lo cual nos situó en minoría en ellos. Cierto es que conseguimos cincuenta asientos en la Cámara de Representantes, pero los que los ocupa- ron en la primavera de 1913 se encontraron absolutamente impo- tentes para imponer sus criterios. Menos suerte tuvieron los del Partido de los Granjeros, que sacaron gobernadores en doce esta- dos, pero a

los que en la primavera no les permitieron ocupar los puestos legítimamente obtenidos. Los gobernadores en activo se

negaron a dejar sus puestos, y recordemos que los tribunales que dirimían esas querellas estaban en manos de la oligarquía. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos y prefiero explicar prime- ro los borrascosos sucesos del invierno de 1912.

La crisis había causado un tremendo descenso del consumo en los hogares. Los desempleados no tenían con qué pagar nada de lo que necesitaban, lo que hizo que la plutocracia se encontrara con unos excedentes colosales en sus manos. La única solución era colocar- los en el extranjero: el sistema capitalista necesitaba grandes sumas de dinero para seguir con sus planes expansivos. Debido a las pre- siones para colocar los excedentes en el mercado mundial, la plu- tocracia chocó frontalmente con Alemania. Estos choques econó- micos iban seguidos, habitualmente, por guerras entre países; y este caso no fue una excepción. El Gran Señor de la guerra alemán se preparó y los Estados Unidos también.

La nube bélica colgaba oscura y ominosa. Estaba montado el esce- nario para una gran catástrofe mundial porque en todo el mundo había crisis, conflictos laborales, clases medias amenazadas de desaparición, ejércitos de desempleados, choques de intereses eco- nómicos en los mercados mundiales

y sordos y crecientes murmu- llos sobre una revolución socialista79.

La oligarquía deseaba la guerra con Alemania, y la deseaba por muchísimas razones. En la maraña de acontecimientos que esa guerra traería consigo, destacaba la de barajar de nuevo las cartas internacionales, con los consiguientes nuevos tratados y nuevas alianzas; la oligarquía tenía mucho que ganar. Y por encima de todo, la guerra consumiría muchos excedentes nacionales, reduci- ría el ejército de desempleados que amenazaban a todos los países y daría un respiro a la oligarquía para que pudiera reorganizarse, perfeccionar sus planes y llevarlos a su mejor fin. Esa guerra en- tregaría virtualmente a la oligarquía los mercados mundiales y, por otra parte, haría que se crease un amplio ejército permanente al que no habría necesidad de desmovilizar; mientras en el espíritu de los ciudadanos se introduciría el mensaje «América contra Alemania» en lugar de «El socialismo contra la oligarquía».

Y no cabe duda de que la guerra hubiera conseguido todas esas cosas de no haber sido por los socialistas. Mantuvimos una reunión secreta con los líderes del oeste en Pell Street, en la que se planteó la cuestión de cuál sería nuestra actitud ante la guerra. No era la primera vez que los socialistas se planteaban ese tema80, pero sí era la primera vez que sucedía en los Estados Unidos. Después de esta reunión secreta nos pusimos en contacto con la organización na- cional, y enseguida, los

telegramas codificados se transmitieron a través del océano hasta llegar a los centros de la Internacional So- cialista.

Los socialistas alemanes estaban listos para colaborar con noso- tros. Eran más de cinco millones, muchos de ellos en el ejército

regular, y todos ellos mantenían buenas relaciones con los sindica- tos. En los dos países, los socialistas llegaron a una firme declara- ción conjunta en contra de la guerra y amenazaron con convocar la huelga general; huelga, cuyos preparativos ya estaban en marcha. Por otra parte, los partidos revolucionarios de todos los países le- vantaban un grito unánime a favor del principio socialista de la paz internacional, principio que debía mantenerse a toda costa fueran cuales fueran las revueltas y revoluciones dentro de un país.

La huelga general fue la gran victoria que conseguimos los socia- listas norteamericanos. El cuatro de diciembre, el embajador norte- americano abandonó la capital de Alemania. Esa misma noche la flota alemana se lanzó sobre la nuestra en Honolulu y hundió tres cruceros y un guardacostas, a la vez que bombardeaba la ciudad. Al día siguiente Estados Unidos y Alemania se declararon mutua- mente la guerra. Una hora después los socialistas convocaron la huelga general en los dos países.

Por primera vez, el Señor de la Guerra alemán se enfrentó cara a cara con los ciudadanos de su imperio, con los que lo habían lleva- do a su alto trono. Sin ellos se mostraba incapaz de regir ese impe- rio. La novedad consistió en que la revuelta fue pasiva. Nadie se lanzó a la lucha, y fue esa pasividad la que ataba las manos del Gran Señor alemán. Y ya hubiera deseado tener una excusa para soltar a sus dogos guerreros contra la rebelión proletaria. Pero se le negó esa oportunidad. No pudo soltar a sus dogos. Tampoco pudo movilizar su ejército y conducirlo a la guerra, ni castigar a los suje- tos más combatientes. Ni una mosca se movió en su imperio. No circuló ningún tren, ningún telegrama corrió por los cables; los ferroviarios y los telegrafistas habían abandonado el trabajo junto con el resto de la población.

Y lo que sucedió en Alemania, sucedió también en los Estados Unidos. Finalmente, los trabajadores organizados habían aprendido la lección. Derrotados en su propio campo, lo habían abandonado y se habían unido al campo político de los socialistas; porque la huelga general fue una huelga política.

Porque, además, la derrota de las organizaciones de trabajadores había sido tan brutal que no esperaban conseguir nada más de sus

luchas obreras. Se unieron al campo socialista por pura impotencia. Millones de trabajadores dejaron descansar sus

herramientas y abandonaron sus tareas. Especialmente significativo fue el paro de los operarios de máquinas que, con sus cabezas descalabradas y sus organizaciones aparentemente desarticuladas, se unieron a la huelga junto con sus aliados del sindicato del metal.

Incluso los trabajadores sin cualificación profesional y todos los que no pertenecían a ningún sindicato secundaron el paro. La huel- ga había afectado al sistema de forma tan global que nadie hubiera podido trabajar. Las mujeres, por su parte, demostraron ser las principales promotoras de la huelga; pusieron todo su interés en impedir la guerra porque no querían que sus hombres fueran a mo- rir a un frente bélico. La idea de la huelga general alteró incluso el talante de la gente, avivando su sentido del humor. La sensación se generalizó; los niños se saltaron la escuela, y los profesores que acudieron se volvieron a casa al encontrarse las clases vacías. La huelga general se convirtió en un gran picnic, y la certeza de la solidaridad obrera se instaló en las cabezas de todos. Y por último, añadir que no hubo ningún peligro de represalias por el gran jolgo- rio, ¿a quién castigar cuando todo el mundo es culpable?

Los Estados Unidos se paralizaron; nadie sabía qué estaba pasan- do; no había periódicos, ni correo ni noticias. Cada comunidad estaba tan aislada como si la separasen diez mil millas del resto del mundo; de un mundo que había dejado de existir. Y la situación se prolongó durante una semana.

En San Francisco no sabíamos lo que sucedía, ni siquiera, al otro lado de la bahía, en Oakland o en Berkeley; era una sensación ex- traña la que sentíamos, como si una fuerza cósmica lo hubiera cu- bierto todo y el pulso del país hubiera dejado de latir. De hecho, la nación yacía inmóvil. Ningún tipo de vehículo recorría las calles, no sonaban las sirenas de las fábricas ni el zumbido de las conduc- ciones eléctricas, ni tampoco las voces de los vendedores de perió- dicos — solamente algunas personas se movían como fantasmas furtivos en aquel silencio irreal.

Y a lo largo de esa semana de silencio, la oligarquía aprendió su lección. La huelga general fue un aviso. No volvería a suceder. La

oligarquía se ocuparía de ello.

Al final de la semana, tal como se había concertado, los telegrafis- tas de Alemania y de los Estados Unidos volvieron a sus puestos. Fue a través de ellos como los líderes socialistas de los dos países presentaron su ultimátum a los altos dirigentes: o detenían la gue- rra o la huelga general continuaría. No les llevó mucho tiempo llegar a un acuerdo, se acabó la guerra y los trabajadores volvieron a sus ocupaciones. En realidad fue una alianza entre el káiser y la oligarquía con el fin de combatir a su enemigo común, el proleta- riado revolucionario de los dos países. Y fue esa alianza la que de forma tan pérfida rompió la

oligarquía cuando los socialistas ale- manes se levantaron y arrojaron al Señor de la Guerra de su trono. Era el verdadero objetivo de la oligarquía: el final de su gran rival en el mercado mundial. Desaparecido el káiser, Alemania no gene- raría excedentes para la exportación, puesto que el sistema socialis- ta, por su naturaleza, haría que la población alemana consumiera todo lo que produjera. Naturalmente habría un comercio entre aquellos bienes que uno produjera y otro no, pero esto no tendría nada que ver con los excedentes de los bienes forzosamente no consumidos.

—Apuesto algo a que la oligarquía encuentra alguna justificación

—dijo Ernest cuando se conoció la traición al káiser—. Como siempre, dirá que ha obrado correctamente.

Y efectivamente, la oligarquía defendió su traición aduciendo que todo lo hacía por el bien del pueblo norteamericano, cuidando por sus intereses. Había arrojado a los alemanes del mercado mundial y eso nos permitía colocar nuestros excedentes en ese mercado.

—Y lo más delirante es que estamos tan indefensos que esos idio- tas intentan hacernos creer que realmente están defendiendo nues- tros intereses —comentó Ernest

—. Nos han permitido vender mucho más en el exterior, lo cual significa que estamos obligados a consumir menos aquí.

C A P Í T U L O XIV

El principio del fin

Ya en enero de 1913 percibió Ernest lo que se avecinaba, pero no fue capaz de llevar a los líderes hermanos del socialismo a compar- tir la visión del Talón de Hierro que había forjado en su cabeza. Estaban demasiado confiados aunque los sucesos corrieran desbo- cados hacia su culminación. El mundo de los negocios estaba su- mido en una crisis severa. La oligarquía norteamericana tenía en sus manos prácticamente todo el mercado mundial, lo que signifi- caba que había expulsado de él a muchos países, que se habían quedado con excedentes sin posibilidad de consumo interno ni de exportación. A esos países no les quedaba otra posibilidad que re- organizar su producción. No podían seguir generando excedentes. Por lo que a ellos concernía, el sistema capitalista se había derrum- bado sin esperanzas de recuperación.

La reorganización en estos países se produjo a través de la revolu- ción. Fueron tiempos de confusión y violencia. Los Gobiernos y las instituciones cayeron por doquier. En todos los países, excepto dos o tres, se produjeron serias luchas cuando los, hasta entonces, dueños de todo trataron de conservar sus posesiones. Pero el prole- tariado militante acabó con sus

Gobiernos. Al fin se había cumpli- do el aserto clásico de Karl Marx: «Suena en las campanas el toque fúnebre para la propiedad privada de los capitalistas. Los expro- piadores son expropiados». Y tan pronto como se desplomaban los Gobiernos capitalistas, surgían en su lugar las cooperativas para el bienestar común.

«"¡Poneos a trabajar, revolucionarios americanos! ¿Qué pasa en los Estados Unidos?" eran los mensajes que nos enviaban los com- pañeros victoriosos de otros países. Pero no podíamos seguirlos; la oligarquía se interpuso en el camino. Su enorme potencial se le- vantó como un monstruo gigantesco y bloqueó todos los caminos.

»Esperad a que tomemos posesión de nuestros escaños en la pri- mavera, entonces veréis».

Guardábamos el secreto, pero el hecho era que habíamos conven- cido al Partido de los Granjeros para que se uniera a nosotros; sa- bíamos que dados los resultados de las elecciones del otoño, en la primavera pasaría a sus manos la gobernación de doce estados. Eso significaba que en esos doce estados se instaurarían cooperativas para el bienestar común. Y a partir de ahí todo resultaría más sen- cillo.

—¿Pero y si los granjeros no pudieran tomar posesión de sus car- gos? — preguntaba Ernest. Sus compañeros lo tachaban de pesi- mista y agorero.

Pero no era ése el principal peligro que Ernest presentía; su mayor preocupación era la desafiliación en los grandes sindicatos y la formación de castas entre los trabajadores.

—Ghent enseñó a los oligarcas cómo hacerlo —decía Ernest—. Apuesto a que han editado un manual a partir de su Benevolent Feudalism81.

Nunca olvidaré la noche en que, tras una ardua discusión con una docena de líderes sindicales, Ernest se volvió hacia mí diciendo:

«Esto lo decide todo. El Talón de Hierro ha vencido. El fin está a la vista».

Esta pequeña reunión en nuestra casa no era oficial, pero Ernest, como el resto de sus camaradas, trabajaba para asegurar que los líderes obreros convocaran a sus hombres para la siguiente huelga general. El presidente del sindicato de operadores de maquinaria fue el más reacio de los seis líderes presentes a asegurar su partici- pación en la huelga general.

—Ya visteis la sonora paliza que recibisteis con vuestros viejos métodos de huelga y boicot —trató de convencerlo Ernest.

O‟Connor y los demás asintieron con la cabeza.

—Y sabéis ya lo que puede conseguir una huelga general —continuó Ernest—. Logró parar la guerra con Alemania. Nunca se había presenciado una muestra de la solidaridad y el poder

del mundo del trabajo. Los trabajadores pueden y van a gobernar el mundo. Si seguís a nuestro lado, acabaremos juntos con el reino del capitalismo. Es vuestra única esperanza, y lo sabéis. No hay otra salida. No importa lo que hagáis con vuestras viejas tácticas, estáis condenados al fracaso, y por si no hubiera muchas más razo- nes para esa derrota, considerad que los capitalistas controlan los tribunales de justicia82.

—Vas demasiado deprisa —objetó O‟Connor—. No conoces todas las salidas.

Hay otras formas de librarnos, y nosotros las conocemos. Estamos hartos de huelgas; cierto es que nos han sacudido bien, que nos han hecho trizas, pero no creo que vayamos a convocar otra vez a los hombres para ir a esa huelga.

—¿Cuál es vuestra salida? —preguntó Ernest con brusquedad.

O‟Connor sacudió la cabeza y replicó socarrón:

—Te lo voy a decir. No hemos estado dormidos, y ahora no esta- mos soñando.

—Confío en que no se trate de algo que nos pueda producir temor o vergüenza.

—Estoy seguro de conocer bien nuestros asuntos —fue la respues-

ta de O‟Connor.

—Debe de tratarse de algún asunto poco claro por la forma en que lo ocultas — respondió Ernest, cada vez más irritado.

—Hemos contribuido con sangre y sudor, y hemos sacado conse- cuencias de ese sufrimiento. La caridad empieza por uno mismo.

—Si no te atreves a decirme cuál es vuestro camino, te lo diré yo

—la sangre subía a la cara de Ernest—. Queréis contentaros con las migajas del gran pastel. Habéis pactado con el enemigo, eso es lo que habéis hecho. Habéis vendido la causa de los trabajadores, de todos los trabajadores. Abandonáis el campo de batalla como cobardes.

—No voy a decir nada más —respondió O‟Connor, malhumora- do—. Sólo que estoy convencido de que sabemos mucho mejor que tú qué es lo que nos conviene.

—Y te importa un comino lo que sea del resto de los trabajadores. Los abandonas a su suerte.

—No estoy diciendo nada de eso. Lo que te digo es que como pre- sidente de la Asociación de Operarios de Maquinaria es mi obliga- ción considerar lo mejor para los intereses de los trabajadores a los que represento. Eso es todo.

Cuando se marcharon los líderes sindicales, Ernest se sintió derro- tado y resumió así la situación:

—Los socialistas solían predecir alegres la llegada del día en que las organizaciones obreras, derrotadas en su propio campo, se re- fugiarían en el nuestro, en el campo político. Sin embargo, el Talón de Hierro ha derrotado a los sindicatos obreros en su propio terreno

y los ha lanzado al campo político, pero esto, en lugar de ser una bendición para nosotros, será una fuente de conflictos. El Talón de Hierro aprendió la lección. Le mostramos nuestro poder con la huelga general y ha tomado medidas para que no se repita.

—¿Pero cómo? —pregunté.

—Simplemente, subvencionando a los principales sindicatos. No se van a unir a la próxima huelga general, por lo tanto no va a ha- berla.

—Pero el Talón de Hierro no podrá mantener eternamente ese pro- grama de subsidios —objeté.

—Bueno, no está pagando a todos los sindicatos; no necesita ha- cerlo. Verás lo que va a pasar. Están acortando los horarios y su- biendo los salarios en el sindicato de ferroviarios, en el de maqui- nistas, en el de los operadores de maquinaria y en el de la metalur- gia del acero. En esas organizaciones se conservarán esas mejoras, de manera que pertenecer a uno de esos sindicatos será como tener un sillón en el paraíso.

—Sigo sin verlo claro —respondí—, ¿qué va a pasar con los demás sindicatos?, son muchos más de los que has nombrado.

—Los demás quedarán fuera del juego, todos ellos. Considera que los ferroviarios, los maquinistas de las locomotoras y los metalúr- gicos son la espina dorsal del sistema industrial; que su labor es esencial para el funcionamiento de ese sistema. Una vez asegurada la lealtad de estas organizaciones vitales, el Talón de Hierro que- brará los dedos al resto de los trabajadores. El hierro y el acero, el carbón, la maquinaria y el transporte son la base de sustentación de toda la producción industrial.

—Pero ¿y el carbón? —pregunté—. Hoy tenemos al menos un millón de mineros.

—Son en su mayoría trabajadores no cualificados. No cuentan. Les rebajarán los salarios y les aumentarán la jornada. Se convertirán en esclavos como el resto de nosotros y sufrirán un creciente pro- ceso de embrutecimiento. Los forzarán a ese trabajo esclavo al igual que hicieron con los granjeros a los que habían arrebatado

sus tierras. Y lo mismo sucederá con todas las otras organizaciones obreras que no entran en ese cómputo. Las verás tambalearse hasta desaparecer, y sus afiliados se convertirán en esclavos que trabaja- rán en condiciones

infrahumanas obligados por las leyes del país, y sólo para poder llenar sus estómagos.

—¿Sabes qué pasará con Farley y sus rompehuelgas83? Te lo diré. Cesará esa actividad porque ya no habrá más huelgas, sólo restarán algunas rebeliones de esclavos. Farley y sus sicarios se convertirán en capataces de esclavos. Por supuesto que no los llamarán así; dirán, simplemente, que ejecutan las leyes que obligan a los hom- bres a trabajar. La traición de los grandes sindicatos hará que la lucha sea más prolongada; sólo el cielo sabe cuándo y dónde triun- fará la revolución.

—Pero con esa alianza entre la oligarquía y los principales sindica- tos, ¿nos queda alguna razón para creer que la revolución llegará a triunfar? —pregunté—. ¿Acaso no pueden eternizarse en el poder?

Negó con la cabeza.

—Dentro de nuestras teorías más generales, consideramos que to- do sistema basado en las clases y en las castas contiene en sí mis- mo los gérmenes de su propia desaparición. Cuando un sistema se funda en la separación de las clases, ¿cómo puede evitar que se formen castas? El Talón de Hierro será incapaz de evitarlo, y al final serán las castas las que destruyan el Talón de Hierro. Ya han desarrollado los oligarcas un sistema de castas entre ellos mismos, pero espera a que los sindicatos privilegiados empiecen a desarro- llarlas también. El Talón de

Hierro usará toda su fuerza para evitar- lo, pero no lo conseguirá.

»En los sindicatos privilegiados se afilia la aristocracia obrera. Son individuos eficientes, seguros de sus habilidades. Han luchado con fiereza hasta conseguir llegar a pertenecer a esos sindicatos. Cada

trabajador norteamericano que se sienta capacitado ambicionará convertirse en un miembro de esas organizaciones privilegiadas. La oligarquía favorece esas ambiciones y la consecuente competi- tividad. Y así será como esos individuos tan fuertes y preparados, que hubieran podido convertirse en revolucionarios, se convertirán en un refuerzo para la oligarquía.

»Por otra parte, las castas de trabajadores privilegiados se esforza- rán para convertir sus organizaciones en cotos cerrados; y lo con- seguirán. La pertenencia a las castas obreras será hereditaria; los hijos ocuparán los puestos de sus padres y no habrá ninguna llega- da de nuevas fuerzas de trabajo desde el eterno ejército de reserva de trabajadores, el de la gente más común. El resultado será el de- terioro de esas castas obreras, que se volverán cada vez más débi- les. Pero a la vez, y durante un tiempo, serán instituciones todopo- derosas; algo así como la antigua guardia pretoriana de los roma- nos, y habrá revoluciones palaciegas con las que las castas se harán con los resortes del poder. Y también habrá

contrarrevoluciones de los oligarcas, y unas veces uno, otras veces, otro, estarán en el po- der. Y a través de todo este proceso, el inevitable debilitamiento de las castas traerá consigo que la gente común llegue a ocupar sus puestos.

Fue en la primera caída de ánimo de Ernest, tras el desafecto de los grandes sindicatos, cuando construyó la profecía sobre la lenta evolución social que sobrevendría. Nunca estuve de acuerdo con él y sigo sin estarlo cuando escribo estas líneas, quizás ahora menos que nunca; porque incluso hoy, cuando Ernest ya no está, nos en- contramos en la víspera de una rebelión que se llevará por delante todas las oligarquías. He escrito aquí, sin embargo, la profecía de Ernest porque fue suya. A pesar de su falta de convicción en una solución drástica, siguió luchando hasta el fin; y él, más que nadie, hizo posible la rebelión que ahora mismo está esperando la señal para estallar84.

—Pero ¿y si la oligarquía se mantiene? —le pregunté esa noche—,

¿qué pasará con ese gran excedente que se genera año tras año?

—Tendrán que consumirlo de alguna forma; y los oligarcas la en- contrarán. Construirán importantes carreteras, y habrá grandes ha- llazgos científicos y se desarrollarán las artes. Cuando la oligarquía haya conseguido domesticar a la gente,

tendrá tiempo para dedicar- lo a otros asuntos; se convertirán en adoradores del arte. Y bajo su dirección, y generosamente retribuidos, se convertirán los artistas en sus esclavos. El resultado será un arte faraónico. Nunca más, como hasta ahora, tratarán de complacer los gustos burgueses de las clases medias. Será un arte espléndido y suntuoso, y se levanta- rán ciudades fabulosas, a cuyo lado las viejas ciudades aparecerán sórdidas y decrépitas. Y será en esas nuevas ciudades donde los oligarcas celebren sus cultos a la belleza85.

»Y así se gastará continuamente ese excedente mientras los traba- jadores lo seguirán creando. La construcción de esos monumentos y ciudades grandiosas seguirá proporcionando salarios de miseria a los millones de trabajadores menos cualificados, porque el tremen- do monto del excedente llevará consigo enormes gastos, y los oli- garcas construirán durante un milenio; quizá diez milenios. Eleva- rán ciudades y monumentos que nunca hubieran soñado ni egipcios ni babilonios; y cuando los oligarcas desaparezcan, sus amplias carreteras y sus maravillosas ciudades pertenecerán a los trabajado- res para que, en fraternal unión, recorran las unas y moren en las otras86.

»Harán los oligarcas todas esas obras suntuosas porque no tienen otra opción.

Han de deshacerse del excedente como sea, de forma similar a la de las aristocracias pretéritas, que invertían el dinero que robaban a la gente construyendo templos y pirámides. Bajo la oligarquía no florecerá una casta de sacerdotes, sino de artistas. Y en lugar de una clase de mercaderes burgueses, aparecerán castas de trabajado- res. Y debajo de todo eso, estará el abismo donde viva y se repro- duzca en situaciones de hambre, miseria y podredumbre el grueso de la población. Y algún día, quién sabe cuándo, esa gente común se alzará y saldrá del abismo, las castas obreras y la oligarquía se desintegrarán, y será entonces cuando por fin, después de una lu- cha secular, llegue el día del hombre común. Siempre había creído ver llegar ese día, pero ahora estoy seguro de que nunca lo veré.

Hizo una pausa, me miró, y añadió.

—La evolución social es exasperadamente lenta, ¿verdad, mi amor?

Lo abracé, y él apoyo su cabeza en mi pecho.

—Cántame una nana —murmuró tiernamente—, he tenido una visión que quiero olvidar.

C A P Í T U L O XV

Los últimos días

Fue a finales de enero de 1913 cuando se hizo público el cambio de actitud de la oligarquía con respecto a los sindicatos más favo- recidos. Los periódicos dieron amplia información sobre las mejo- ras laborales: subidas sin precedentes en los salarios y reducción de jornada para los empleados del ferrocarril, los trabajadores de la industria del hierro y del acero, los operadores de maquinaria y los conductores de locomotoras. Pero no dijeron toda la verdad; la oligarquía censuró la información para que no aparecieran cuanti- ficados los nuevos salarios ni otros beneficios, muy superiores a los que mostró la prensa. Todo se hizo en secreto, pero los secretos acaban desvelándose. Los miembros de esa aristocracia obrera se lo dijeron a sus esposas, y éstas lo transmitieron a otras mujeres, por lo cual todos los trabajadores supieron lo que había sucedido.

Se trató simplemente del desarrollo lógico de lo que en el siglo XIX se llamó «reparto de beneficios». En aquellos tiempos de lu- cha entre obreros y empresarios, los capitalistas intentaron aplacar las iras de los trabajadores tratando de involucrarlos financiera- mente en la producción. Pero ese reparto de beneficios, como sis- tema, era ridículo e impracticable. Sólo

hubiera podido funcionar en casos muy aislados dentro de la gran contienda industrial, por- que si todos los trabajadores y todos los capitalistas se repartieran los beneficios, la situación se mantendría igual que antes de ese sistema de reparto.

Así, de la teoría impracticable del «reparto de beneficios» surgió la idea, más factible, del reparto discriminado de un trozo del pastel.

«¡Subirnos los salarios y bajárselos a los demás!» fue el eslogan de los sindicatos privilegiados. Y esa política egoísta se extendió exi- tosa por todas partes. Rebajárselo a los demás significaba hacerlo a la gran masa de trabajadores, menos o nulamente organizados. Fue

esta gran masa de trabajadores la que pagó las generosas subidas de salarios a los miembros de los grandes sindicatos que funciona- ban como monopolios de trabajadores. La idea, tal como he dicho, llegó a su conclusión lógica mediante la combinación de los oli- garcas y de los sindicatos privilegiados87.

Tan pronto como empezó a conocerse el trato privilegiado a esos sindicatos, surgió un significativo ruido de fondo en el mundo la- boral. La acción más inmediata de los sindicatos más favorecidos fue romper sus compromisos con otras asociaciones, así como sus lazos con las organizaciones internacionales. Entonces llegó la violencia y el caos. Los

sindicalistas aristócratas fueron tachados de traidores. En los bares y en los burdeles; en las calles y en el trabajo, y de hecho en todas partes sufrieron los ataques de los de- más trabajadores, a los que habían traicionado y abandonado a su suerte.

A muchos les abrieron la cabeza a golpes y a algunos los mataron. Ningún miembro de esos sindicatos podía sentirse a salvo. Se jun- taban en grandes grupos para llegar al trabajo y volver a sus casas. Andaban siempre por el centro de las calles para que no los alcan- zasen los ladrillos o los adoquines que les podían lanzar desde las ventanas o las azoteas. A sus atacantes se los condenaba a largas penas de prisión en un régimen carcelario especialmente riguroso. Las autoridades los protegieron de todas las formas posibles, y se les permitió llevar armas, mientras que se prohibía al resto de los trabajadores, con penas muy severas para estos últimos en caso de

violación de esa ley.

A pesar de todas esas medidas, los indignados trabajadores comu- nes seguían vengándose de los traidores. Las distintas castas se formaron automáticamente. A los hijos de los traidores los perse- guían los hijos de los trabajadores traicionados, hasta el punto de que les resultaba imposible jugar en las calles o acudir a los cole- gios públicos. También las

esposas de los traidores y sus familias fueron condenadas al ostracismo, llegando incluso a ver cómo los tenderos de comestibles se negaban a atenderlas por temor al boi- cot de la mayoría.

El resultado de ese acoso fue que los traidores y sus familias for- maron cotos cerrados. Convencidos de la imposibilidad de sentirse seguros entre el proletariado traicionado, se mudaron a nuevos barrios construidos ex profeso para ellos. Los oligarcas les propor- cionaron casas modernas y confortables, rodeadas de amplios es- pacios verdes y salpicadas de parques infantiles. Los niños iban a las escuelas construidas exclusivamente para ellos, y en ellas se los especializaba en formación profesional y en ciencias aplicadas. Y así, inevitablemente, surgieron las castas, convirtiéndose los miembros de los sindicatos privilegiados en la aristocracia obrera. Con mejores casas, bien comidos, bien vestidos y mejor tratados formaron un mundo aparte del resto de los trabajadores. Considera- ron el disfrute de ese trozo de pastel como una venganza sobre los que los acosaban.

A la vez, al resto de la clase trabajadora se le endurecieron las con- diciones de vida. Se les quitaron algunas de las escasas ayudas sociales a la vez que paulatinamente se rebajaban sus salarios. Las escuelas públicas se deterioraban más cada día, y poco a poco la educación elemental dejó de ser obligatoria. La consecuencia fue el dramático aumento del analfabetismo entre las generaciones más jóvenes.

La apropiación del mercado mundial por parte de los Estados Uni- dos supuso un serio trastorno para el resto del mundo. Gobiernos e instituciones se desplomaban o sufrían grandes transformaciones. Alemania, Italia, Francia, Australia y Nueva Zelanda se afanaron en construir sistemas cooperativistas en busca del bienestar común.

El Imperio británico se desmoronaba. A Inglaterra la desbordaban sus excedentes. Se sucedían las revueltas en India. Por toda Asia resonaba el grito de «¡Asia para los asiáticos!»; detrás de ese grito estaba Japón, apelando a la raza amarilla y a otras más oscuras para que se rebelasen contra los blancos. A la vez que Japón luchaba por convertirse en la potencia hegemónica de Asia, ahogaba su propia revolución proletaria. Se trataba, simplemente, de una lucha entre castas: culis frente a samuráis. Y a los culis socialistas los asesinaron a decenas de millares. Cuarenta mil de ellos murieron en las luchas callejeras de Tokio y en el asalto frustrado al palacio de Mikado. En Kobe hubo una represión sangrienta, las ametralla- doras barrieron a los operarios del algodón, en una operación tan despiadada que ha quedado en los anales como la matanza más terrible ejecutada con armas modernas de guerra. Lo peor de todo fue la oligarquía salvaje que surgió tras esos acontecimientos. Ja- pón dominaba el Oriente y acaparó todo el mercado asiático a ex- cepción de India.

Los ingleses consiguieron aplastar su revolución proletaria y man- tuvieron sus posesiones en India, aunque la metrópoli quedó ex- hausta. Inglaterra fue obligada a abandonar sus mayores colonias. Así consiguieron los socialistas de Australia y de Nueva Zelanda instaurar cooperativas comunales. Por las mismas razones se sepa- ró Canadá de su metrópoli, pero en ese país americano fracasó la revolución socialista, quizá por el apoyo del Talón de Hierro a los contrarrevolucionarios. Igual sucedió en México y en Cuba. El resultado fue que el Talón de Hierro se afianzó en todo el Nuevo Mundo; una unión política compacta para la mitad del continente americano, desde el canal de Panamá hasta el océano Ártico.

Inglaterra perdió sus colonias pero pudo conservar India, bien que temporalmente. Su lucha por el control de India frente a Japón y el resto de Asia sólo quedó pospuesta. Inglaterra estaba condenada a perder a corto plazo el dominio de India, lo que significaba la amenaza de una feroz lucha entre el Asia unida y el resto del mun- do.

Y si el mundo estaba sumergido en esos conflictos, tampoco en los Estados Unidos gozábamos ni de paz ni de tranquilidad. La defec-

ción de los grandes sindicatos había abortado nuestra revolución proletaria, pero la violencia reinaba por todas partes. Además de los conflictos obreros, y el descontento de los

granjeros y el de los residuos de la clase media, había resurgido el fervor religioso. Una rama de los Adventistas del Séptimo Día irrumpió anunciando vehementemente el fin del mundo.

—¡Maldita sea! —gritó Ernest—. ¿Cómo podemos llamar a la solidaridad en medio de este tumulto, de tantos intereses cruzados?

Y cierto es que el resurgimiento religioso adquirió proporciones formidables. La gente, sumida en su desgracia y en su frustración por las cosas terrenales, se mostraba anhelante por alcanzar un puesto en un cielo donde no cupieran los industriales tiránicos, de la misma forma en que no entraría un camello por el ojo de una aguja. Predicadores civiles de ojos enloquecidos se extendían co- mo un enjambre por todo el país; y a pesar de las prohibiciones de las autoridades, y de las amenazas de castigos por desobediencia, las llamas del frenesí religioso se extendían por doquier en grandes reuniones a campo abierto.

«Son los últimos días —clamaban—, el principio del fin del mundo. Los cuatro vientos del cielo han desatado su fuerza, Dios ha incitado a las naciones a la lucha».

Fue un tiempo de visiones y de milagros, en el que los visionarios y milagreros constituían legión. Las gentes abandonaban sus traba- jos y se iban a las montañas a esperar la inminente llegada de Dios y el ascenso de los ciento cuarenta y cuatro mil a los cielos. Pero entretanto Dios no llegaba y eran

muchos los que morían de ham- bre. En su desesperación asaltaban las granjas para conseguir ali- mentos, y los consiguientes tumultos y la anarquía en los condados agrarios aumentaron los lamentos de los míseros granjeros expro- piados.

También el Talón de Hierro poseía muchas granjas y almacenes, lo que los llevó a movilizar a su ejército y a devolver, a punta de ba- yoneta, a las hordas de lunáticos a sus puestos de trabajo en las ciudades. Una vez allí, no se conformaron y promovieron rebelio- nes callejeras tumultuosas. A sus líderes los ejecutaron o los reclu- yeron en manicomios. Los condenados a muerte acudieron al patí-

bulo con el aura de los mártires. Fueron tiempos de locura en los que el descontento se extendió por doquier. En los pantanos, en los desiertos y en las tierras baldías, de Alaska hasta Florida, los pe- queños grupos de indios que sobrevivían entonaban cánticos me- siánicos esperando la llegada de sus propios dioses.

Y en medio de ese maremágnum, con una continuidad y certeza aterradoras, continuaba creciendo aquel monstruo: la oligarquía; que con mano y bota de hierro consiguió dominar aquel terremoto humano e hizo que de la confusión surgiera el orden, y del caos, sus propias bases estructurales.

«Esperad a que ocupemos nuestros escaños», decían los granjeros

—entre ellos Calvin, que vino a nuestra casa de Pell Street—. «Re- cordad los estados en los que hemos vencido, si los socialistas nos apoyáis, ya les haremos entonar otros cánticos cuando estemos allí».

«Los millones de descontentos y de empobrecidos están a nuestro lado», decían los socialistas, «también los granjeros, las clases me- dias y los trabajadores comunes. El sistema capitalista saltará he- cho pedazos. Dentro de un mes enviaremos cincuenta hombres al Congreso, y dentro de dos años toda la Administración será nues- tra, desde el presidente hasta el último polizonte».

Ernest movía la cabeza y les replicaba: «¿Con cuántos rifles con- táis? ¿Sabéis dónde abasteceros de balas? Y por lo que a la pólvora se refiere son mucho más prácticas las mezclas químicas que las mecánicas, ¡creedme!».

C A P Í T U L O XVI

El final

Cuando llegó el momento de que Ernest y yo nos trasladáramos a Washington, papá decidió no acompañarnos. Se había enamorado de su vida de proletario. Consideraba el vecindario de nuestro arrabal como un gran laboratorio sociológico, y se había involu- crado a fondo en una orgía investigadora absorbente. Compadreaba con los trabajadores y conocía al detalle montones de hogares. También hacía algún que otro trabajo, y sacaba consecuencias de cualquier cosa que hiciera; disfrutaba con ello y solía volver a casa con su cuaderno de notas abarrotado de material para sus posterio- res investigaciones. Era el científico perfecto.

No hubiera tenido ninguna necesidad de trabajar porque Ernest ganaba con sus traducciones lo suficiente como para mantenernos a los tres; pero papá insistía en perseguir a su fantasma proletario, y era sin duda un fantasma proteico a juzgar por los trabajos que ejercía. Nunca olvidaré una tarde en la que trajo a casa su carrito ambulante lleno de tirantes y de cordones para zapatos; ni la vez que fui a comprar comida a la tienda de la esquina y fue él quien me atendió. A partir de aquello no me extrañó verlo servir bebidas en el bar de enfrente de casa. Trabajó también como vigilante noc- turno, como

portero de noche; poniendo etiquetas en el almacén de una fábrica de conservas; fue peón en una fábrica de cajas de cartón, y aguador para un grupo de constructores del tranvía; incluso llegó a militar en el Sindicato de Lavaplatos antes de que lo disol- vieran.

Pienso que se sintió fascinado con la vestimenta del obispo, porque lo imitó poniéndose una camisa barata de franela y un mono de trabajo de dril con una estrecha correa de cuero en la cintura. Con- servaba sin embargo uno de sus viejos hábitos, siempre se vestía para comer, mejor dicho, para cenar.

Yo podía vivir feliz en cualquier parte con Ernest; y la felicidad de mi padre en nuestras alteradas circunstancias completaba mi felici- dad.

—Cuando yo era un muchacho —dijo papá—, era muy curioso. Quería saber de dónde vienen las cosas y por qué se transforman. Ésa fue la razón para hacerme físico. Ahora, en este lugar, siento la misma curiosidad que entonces, y es esa curiosidad la que hace que merezca la pena vivir.

Algunas veces se aventuraba hasta el norte de Market Street, en el distrito de los comercios y de los teatros. Hacía recados o abría la puerta de los taxis. Un día allí, cuando acudió a cerrar la puerta de un taxi, se topó con el señor Wickson. Aquella tarde nos describió con gran regocijo los detalles del encuentro.

—Wickson fijó su mirada en mi rostro, mientras yo le cerraba la puerta, y murmuró entre dientes «¡Los diablos me lleven!». Justo así lo dijo, «los diablos me lleven». Se puso rojo y estaba tan con- fuso que olvidó darme la propina. Pero debió de recuperarse ense- guida, porque apenas había recorrido el coche unos metros, ordenó al conductor que volviera hacia donde me encontraba.

»"Profesor", me llamó. "Esto es demasiado, ¿qué puedo hacer por usted?".

»"Le he cerrado la puerta del taxi", respondí. La costumbre es

darme diez centavos.

»"¡Eso no importa!", gruñó. "Quiero decir algo más substancial".

»Me pareció que había adoptado una postura grave… como si hu- biera habido un pinchazo en su osificada conciencia, así que medi- té durante unos instantes mi respuesta.

»Parecía muy atento cuando empecé mi petición, pero teníais que haber visto su cara cuando acabé.

»"Debería devolverme mi casa y mis acciones de las Hilaturas Sie-

rra". Papá hizo una pausa.

—¿Qué te contestó? —pregunté impaciente.

—Qué iba a decir. Nada. Entonces lo despedí diciendo: «Espero

que sea usted feliz». Me miró entre curioso y sorprendido y añadí:

«Dígame, ¿es usted feliz?».

—Le ordenó al cochero que continuara y se fue lanzando horribles juramentos. No me dio los diez centavos y, claro está, mucho me- nos me devolvió la casa y las acciones; así que aquí tenéis, hijos, a vuestro padre convertido en un zagal que vaga por el zoco y que sufre estos contratiempos.

Y así fue cómo mi padre se quedó en el barrio de Pell Street mien- tras Ernest y yo nos íbamos a Washington. Excepto por el final de los acontecimientos, el viejo orden había prácticamente desapare- cido, y ese final estaba más próximo de lo que yo suponía. En con- tra de nuestros temores, no hubo obstáculos para que los represen- tantes socialistas ocuparan sus escaños. Todo transcurría con nor- malidad y yo me reía de Ernest cuando a él le parecía que había algo ominoso detrás de esa calma. Encontramos a los compañeros optimistas y muy confiados en sus fuerzas para cumplir los objeti- vos que se habían propuesto. Incrementaban esa fuerza el grupo de granjeros también elegidos para el Congreso; y juntos elaborába- mos un programa y un plan de acción. Ernest participaba activa- mente en todos esos trabajos, aunque no podía evitar repetir de vez en cuando, sin causa aparente, aquello de «por lo que a la pólvora se refiere, son mucho mejores las mezclas químicas que las mecá- nicas, ¡creedme!».

Los primeros problemas surgieron cuando a los granjeros, que ha- bían salido elegidos como gobernadores en una docena de estados, no les permitieron ocupar sus puestos. Los perdedores se negaron a abandonar sus cargos. Les resultó muy fácil: simplemente, aduje- ron irregularidades en las elecciones y envolvieron toda la situa- ción en la gran cinta roja de la ley. Los granjeros se mostraron inermes. Los tribunales eran el último recurso, pero toda la justicia estaba en manos de sus enemigos.

Ése fue un momento peligroso. Si los estafados granjeros reaccio- naban con violencia, todo estaría perdido. ¡Los socialistas hicimos todo lo posible por contenerlos! Fueron días y noches en los que Ernest apenas pudo conciliar el sueño. Los principales líderes de los granjeros vieron el peligro y se unieron a nuestra postura. La

oligarquía necesitaba que se desatara la violencia y puso en acción a sus agentes provocadores. Fueron, sin discusión, los agentes pro- vocadores los que promovieron la revuelta del campo.

Estalló la rebelión en una docena de estados. Los granjeros expro- piados tomaron posesión por la fuerza del Gobierno de los estados. Naturalmente, eso se consideró anticonstitucional y, como era pre- visible, los Estados Unidos sacaron a los soldados de sus cuarteles. Por todas partes los agentes

provocadores azuzaban a la gente. Es- tos emisarios del Talón de Hierro iban disfrazados de artesanos, granjeros o peones agrícolas. A Sacramento, la capital de Califor- nia, donde los granjeros habían conseguido mantener el orden, lle- garon agentes secretos a miles, que en grupos estrictamente com- puestos por ellos mismos comenzaron a incendiar edificios y fábri- cas. Animaron a las gentes a que participaran en el pillaje y repar- tieron grandes cantidades de alcohol entre la chusma de los arraba- les para calentar sus cabezas. Fue entonces, cuando en el momento preciso, aparecieron en escena los soldados de los Estados Unidos. Que eran, claro está, los soldados del Talón de Hierro. Once mil hombres, mujeres y niños murieron acribillados en las calles de Sacramento o en sus propias casas. El Gobierno federal tomó pose- sión del Gobierno del estado, y allí se acabó todo en California.

Y lo que sucedió en California, se repitió por doquier. La violencia se desató en los estados donde había ganado el Partido de los Gran- jeros, y a la devastación le siguió un baño de sangre. Primero crea- ron el desorden los agentes provocadores y la banda de los Cien Negros, luego movilizaron al ejército. Hubo tumultos y estragos por todos los distritos rurales. Día y noche el cielo estaba cubierto por el humo de los incendios en las granjas, en los almacenes; en los pueblos y en las ciudades. Apareció la dinamita. Volaron puen- tes y túneles del ferrocarril y quemaron los vagones. Fueron mu- chos los granjeros fusilados o ahorcados. Hubo amargas represalias que

llevaron a la muerte a cierto número de plutócratas y oficiales del ejército. La sangre y la venganza se apoderaron del corazón de los hombres. Las tropas regulares disparaban contra los agriculto- res con la misma saña que si hubieran sido indios. Y es que esas tropas habían encontrado una razón. Dos mil ochocientos soldados murieron en una serie de terribles explosiones de dinamita en Ore-

gón. También en diferentes días y en distintos lugares se destruye- ron muchos vagones de tren; así que los soldados llegaron a pensar que disparaban en defensa propia, lo mismo que pensaban los granjeros.

Pusieron en vigor la ley de la Milicia de 1903, y los trabajadores de algún estado fueron llamados a filas, bajo la amenaza de pena de muerte, para que fueran a disparar a sus camaradas de otro estado. Naturalmente no les resultó fácil al principio imponer esa ley. Mu- chos mandos de esa milicia fueron asesinados y muchos milicianos ejecutados en juicios sumarísimos. La profecía de Ernest se cum- plió fielmente en los casos de Kowalt y Asmunsen. A los dos los llamaron para acudir a la milicia, y a los dos los enviaron desde California, en un expedición de castigo, a reprimir a los granjeros de Misuri. Ambos rehusaron ir. No les dieron muchas oportunida- des para reconsiderar su actitud. Todo se desarrolló con gran rapi- dez: primero el juicio sumarísimo, y enseguida la ejecución. El pelotón los fusiló con sus caras frente al paredón.

Muchos jóvenes se refugiaron en las montañas para evitar servir en la milicia. Se convirtieron en forajidos, y cuando llegaron tiempos más pacíficos, recibieron su castigo, un drástico castigo. El Go- bierno dictó una proclama concediendo tres meses a todos los ciu- dadanos respetuosos de la ley para que regresaran de las montañas. Cuando acabó la moratoria enviaron medio millón de soldados a los lugares más recónditos. No hubo juicios ni investigaciones. Cuando encontraban a un fugitivo, lo fusilaban in situ. Las tropas actuaban bajo el principio de que ningún forajido debería quedar vivo en las montañas. Algunos grupos organizados lucharon fiera- mente contra los soldados, pero al final no quedó ni un solo deser- tor de la milicia.

La lección más reciente y que más impresionó a las gentes fue sin duda el castigo inflingido a la milicia de Kansas. El gran motín de Kansas ocurrió muy al principio de las operaciones contra los gran- jeros. Se amotinaron seis mil miembros de la milicia. Ya habían mostrado hacía algunas semanas su enojo y rebeldía, y por esa ra- zón los habían dejado acuartelados. El estallido del motín se debió sin duda a los agentes provocadores.

La noche del 22 de abril se alzaron en armas y mataron a sus ofi- ciales, de los cuales sólo unos pocos consiguieron escapar. Esto se salía del guión del Talón de Hierro porque sus agentes habían he- cho bien su trabajo, pero la oligarquía mostró una

vez más su ca- pacidad para sacar provecho de cualquier situación por adversa que hubiera resultado. Estaban preparados para ese estallido, y la muer- te de tantos oficiales les dio alas para lo que vendría a continua- ción. Como por arte de magia, aparecieron cuarenta mil soldados del ejército regular, que cercaron a los amotinados. Fue todo una trampa. Los desgraciados milicianos pronto descubrieron que sus ametralladoras habían sido inutilizadas y que la munición de los depósitos no servía para sus rifles. Alzaron la bandera blanca de la rendición, pero los soldados la ignoraron. No hubo supervivientes, aniquilaron a los seis mil milicianos sublevados. Alejados del cer- co, los soldados les dispararon con sus fusiles y les lanzaron gra- nadas, y cuando desesperados intentaron salir del cerco, los sega- ron con sus ametralladoras. Pude hablar con un testigo presencial y me dijo que lo más próximo que llegó a estar un miliciano de la línea de ametralladoras fue a ciento cincuenta metros. La tierra se alfombró de cadáveres, y en cuanto a los heridos, la caballería car- gó contra ellos y los remató con los cascos de los caballos y con sus revólveres y sus sables.

A la vez que sucedía el desgraciado final de los granjeros, llegó la revuelta de los mineros del carbón. Fue la última gesta de los tra- bajadores organizados. Del millón de mineros, tres cuartos fueron a la huelga, pero estaban tan diseminados a lo largo del país que no pudieron aprovechar su fuerza numérica; de forma que, segregados en sus distritos, los forzaron a la sumisión. Ésta

fue la primera gran forma de la nueva esclavitud. Pocock88 se ganó en esa lucha sus

medallas como capataz de esclavos y también, naturalmente, el odio eterno del proletariado. Hubo numerosos intentos para acabar con su vida, pero eso no pareció afectarle. Fue el responsable de introducir el sistema del «pasaporte ruso» entre los mineros, que consistía en prohibir la movilidad geográfica dentro del país.

Entretanto, los socialistas se mantenían firmes. Mientras los gran- jeros desaparecían envueltos en fuego y sangre, y se desmantela- ban los sindicatos, los socialistas se mantenían tranquilos y seguían reforzando su organización clandestina. Los granjeros suplicaron nuestra ayuda, pero fue un intento vano. Estábamos convencidos de que cualquier conato de rebelión por nuestra parte sería virtual- mente suicida para toda la revolución. El Talón de Hierro, dudoso al principio sobre si tenía que llegar a un acuerdo con el conjunto de los trabajadores al unísono, se encontró con que todo le había resultado mucho más sencillo de lo que esperaba, y nada le hubiera venido mejor que un levantamiento por nuestra parte. Consegui- mos evitarlo a pesar de que los agentes provocadores zumbaban entre nosotros. En aquellos primeros días, esos agentes se movían con notoria torpeza en sus actuaciones; les quedaba mucho que aprender, y entretanto nuestros Grupos de Combate no los dejaban tranquilos. Era un

trabajo amargo, maldito, pero luchábamos por la vida y por la revolución y teníamos que combatir al enemigo con nuestras propias armas. Actuamos, sin embargo, según nuestros principios de legalidad, a ningún agente del Talón de Hierro se lo ejecutó sin un juicio previo. Podemos haber cometido algún error, pero serían casos contados. Los más combativos, más valientes y más sacrificados de nuestros camaradas formaron los Grupos de Combate. Una vez, tras diez años de lucha, Ernest hizo un cálculo con las cifras que le suministraban los jefes de los grupos, y llegó a la conclusión de que la esperanza media de vida que les restaba a las mujeres o a los hombres tras convertirse en un combatiente activo era de cinco años. Los camaradas de los Grupos de Combate

eran héroes que paradójicamente se oponían a quitar la vida a nin- gún semejante; sin embargo, amaban tanto la libertad que estaban convencidos de que ningún sacrificio era suficiente para nuestra causa89.

Nos impusimos una triple tarea. La primera fue la de eliminar de nuestro círculo a los agentes secretos de la oligarquía; la segunda, organizar los Grupos de Combate fuera de la organización general clandestina de la revolución; y tercera, introducir a nuestros espías dentro de cada rama de la oligarquía —entre las castas laborales y principalmente entre

los telegrafistas y los secretarios y administra- tivos del ejército, de los agentes provocadores y los capataces de esclavos—. Fue una labor lenta y peligrosa, y a menudo nuestros esfuerzos fracasaron lamentablemente.

El Talón de Hierro había triunfado en la guerra abierta, pero noso- tros manteníamos nuestra propia guerra, una guerra subterránea, extraña y terrible. Muchas acciones eran invisibles, otras disfraza- das; los ciegos luchaban contra los ciegos, y sin embargo mante- níamos el orden, el control y nuestros firmes propósitos. Nuestros agentes penetraron en todas las redes del Talón de Hierro, pero también los suyos entraron en las nuestras. Era una guerra oscura y tortuosa, llena de intrigas y conspiraciones, de complots y de con- tracomplots. Y detrás de ello, la muerte violenta siempre amena- zante y terrible. Hombres y mujeres desaparecían de nuestras filas, los más próximos y los más queridos. Los veíamos hoy, y mañana ya no estaban con nosotros. No los volvíamos a ver y sabíamos que estaban muertos.

No había ninguna confianza. El hombre que conspiraba a nuestro lado podía ser un agente del Talón de Hierro. Habíamos minado el Talón de Hierro con nuestros espías y ellos habían minado nuestra organización con los suyos. Pero a pesar de extremar las precau- ciones, estábamos obligados a basar nuestros esfuerzos en la con- fianza. A menudo fuimos traicionados. El hombre es débil. El Ta- lón de Hierro podía ofrecer dinero, ocio, las alegrías y los placeres que puede

ofrecer una gran ciudad. Nosotros, por el contrario, sólo podíamos ofrecer la satisfacción de mantenerse leal a un ideal no- ble, con la única remuneración del peligro constante y el riesgo de

la tortura y la muerte.

Los hombres eran débiles, digo, y debido a esa flaqueza estábamos obligados a castigarlos con los únicos medios que estaban a nues- tro alcance. Su recompensa era la muerte. Era preciso castigar a los que nos traicionaban; podían ser uno o doce los vengadores que rastrearan sus huellas. Podíamos no tener éxito en la ejecución de nuestras sentencias contra los enemigos, como sucedió, por ejem- plo, en el caso de los Pocock, pero en algo en lo que no podíamos fallar era en el de nuestros propios traidores. Permitíamos a algu- nos camaradas que se fingieran también traidores para que fueran a disfrutar de la gran ciudad y encontraran allí a los verdaderos des- leales, ¡y los ejecutaran! Suponíamos tal peligro para los traidores que era mucho más razonable permanecer fieles a nuestro lado.

La revolución adquirió a la larga las características de una religión. Adorábamos el santuario de la revolución, que era el santuario de la libertad. Era como recibir una luz divina. Hombres y mujeres entregaron sus vidas a la causa, y también se entregaba a los recién nacidos a ella como en otros tiempos

se los entregaba al servicio de Dios. Éramos los adoradores de la humanidad.

C A P Í T U L O XVII

La librea escarlata

Tras la devastación de sus estados, los granjeros desaparecieron del Congreso. Los habían acusado de alta traición. Los hombres del Talón de Hierro ocuparon sus puestos. Los socialistas constituían una minoría intrascendente y sabían que su fin estaba próximo. El Congreso y el Senado eran simplemente los escenarios de una far- sa. A pesar de que aparentemente se debatían las cuestiones públi- cas de acuerdo con los viejos procedimientos, el hecho era que la oligarquía ya había decidido de antemano cuáles serían las leyes que se iban a aprobar y la forma de conseguirlo.

Ernest estaba en el meollo de las acciones cuando llegó el final. Estaban debatiendo una ley de ayuda a los desempleados. Los tiempos difíciles de los años anteriores habían sumergido a grandes masas de trabajadores por debajo de la línea de la depauperación por falta de alimentos, y los desórdenes constantes y generalizados habían agravado esa situación. Millones de personas morían de hambre mientras los oligarcas y sus cortesanos nadaban en la abundancia aprovechando el excedente90. A esa gente la llamába- mos la gente del abismo91, y fue ese horrible estado de necesidad y

sufrimiento el que hizo que los socialistas plantearan en la Cámara una ley de cobertura del desempleo. La ley no era del agrado del Talón de Hierro, que tenía sus propios planes para ocupar a esos millones de trabajadores, y naturalmente tampoco a nosotros nos satisfacían esos planes. El Talón de Hierro dictó sus consignas y la Cámara rechazó nuestro proyecto. Ernest y los suyos sabían que su proposición estaba condenada al fracaso, pero se sentían cansados del punto muerto en que se encontraban. Necesitaban que algo ocurriera. No conseguían hacer nada allí y lo que deseaban todos ellos era acabar con aquella farsa legislativa en la que eran actores indeseados. No sabían cómo acabaría la cosa, pero no se les ocu- rrió imaginar un final tan desastroso como el que sobrevino.

Aquel día me encontraba entre los espectadores de la Cámara. To- dos adivinábamos la inminencia de algún suceso terrible. Se palpa- ba en el ambiente, y la sensación se materializó con la entrada por los pasillos de la Cámara de soldados armados y del agrupamiento de sus oficiales en las puertas de la gran sala. La oligarquía se dis- ponía a golpear. En esos momentos era Ernest quien tenía la pala- bra. Describía los sufrimientos de los desempleados como si de alguna forma pudiera llegar a sacudir el corazón y la conciencia de la mayoría de oligarcas. A la vez, los republicanos y los demócra- tas lanzaban abucheos y

risotadas creando un gran alboroto. Ernest cambió bruscamente su discurso:

—Ya sé que nada de lo que yo pueda decir aquí va a cambiar su actitud —dijo—. No tienen ustedes un alma capaz de conmoverse. Son ustedes unos seres flácidos, sin ninguna estructura firme. Se denominan pomposamente a sí mismos demócratas o republicanos, pero no existe ni un partido demócrata ni un partido republicano. No hay ningún republicano ni ningún demócrata en esta casa. Son ustedes simplemente unos babosos serviles de la plutocracia. Ha- blan en términos trasnochados de su amor a la libertad y todo lo que muestran es la librea escarlata del Talón de Hierro.

Entonces surgieron los gritos de "¡Orden!, ¡orden!", para tratar de acallar su voz, y Ernest mantuvo un silencio desdeñoso hasta que disminuyó el estruendo. Movió su mano en un gesto para incluir a todos ellos y después la volvió hacia las bancadas de sus compañe- ros, diciendo:

—Escuchad los berridos de estas bestias bien alimentadas.

Otra vez surgió el pandemónium. El presidente llamó al orden mientras miraba de soslayo a los oficiales que cubrían las puertas. Hubo algunos gritos de ¡sedición! Y un congresista gordo por Nueva York comenzó a gritarle ¡anarquista!, mientras Ernest ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo. Se notaba la tensión en cada fibra de Ernest, y su cara parecía la de un

animal en plena lucha, aunque en su interior permanecía frío y concentrado.

—Recordad —dijo con una voz que consiguió sobreponer a la de los alborotadores— que a vuestra despiadada conducta con el pro- letariado, éste le responderá algún día».

Redoblaron los gritos de ¡sedición! y ¡anarquía!

—Ya sé que no vais a aprobar esta ley —continuó Ernest—. Habéis recibido la orden de vuestros amos para votar en contra, y a pesar de eso me llamáis anarquista. Vosotros, que habéis destruido el gobierno del pueblo y que lucís vuestra vergonzosa librea en público, me llamáis anarquista. Yo no creo en el azufre ni en el fuego del infierno, pero en momentos como éste ¡ya me gustaría que existiera! Sí, en situaciones así estoy dispuesto a creer en el fuego eterno. Porque sería el único lugar en el podríais recibir el castigo que vuestros crímenes merecen. En tanto que existáis, será una necesidad vital que haya un fuego infernal en el mundo.

Hubo cierto movimiento en las entradas a la sala y tanto Ernest como el presidente volvieron su mirada hacia allá.

—Señor presidente, ¿por qué no les dice a sus soldados que entren y que hagan su trabajo? —dijo Ernest—. Seguro que lo harán a la perfección.

—Son otras las razones, otros los planes, por las que los soldados están aquí —le respondió el presidente.

—¡Ya!, planes que tienen que ver con nosotros —rió sarcástico Ernest—, asesinato o algo por el estilo.

Al oír la palabra asesinato volvió a levantarse el fragor de las vo- ces; Ernest no consiguió hacerse oír, pero permaneció en pie espe- rando que remitiese el ruido. Fue entonces cuando sucedió todo. Desde mi sitio en la galería pude ver el resplandor de una explo- sión y oír el estruendo que la acompañó. Entonces vi a Ernest en- vuelto en una espiral de humo y a los soldados que corrían por los pasillos. Los camaradas socialistas estaban en pie, la rabia en sus ojos, y parecían dispuestos a cualquier violencia.

Entonces fue cuando Ernest se irguió y moviendo sus brazos llamó a la calma.

—¡Atentos, es un complot, lo tenían preparado. No os mováis o acabarán con vosotros! —gritó a sus compañeros.

A continuación volvió a agacharse lentamente y los soldados llega- ron hasta él. Enseguida comenzó el resto de soldados a desalojar a los espectadores de las galerías y ya no pude ver nada más.

Aunque era mi marido, no me permitieron verlo. En cuanto dije quién era, me detuvieron, al igual que sucedió con todos los demás congresistas socialistas de la Cámara, incluido el pobre Simpson, que se encontraba postrado en la cama de su hotel, enfermo de ti- fus.

El juicio se celebró muy pronto y fue muy rápido. Los hombres estaban sentenciados de antemano. La sorpresa fue que no ejecuta- ran a Ernest. La oligarquía cometió un error garrafal, un fallo que le resultaría muy costoso. Pero la oligarquía se sentía muy segura de sí misma en aquellos días. Estaba inmersa en una borrachera de éxitos y no podía ni de lejos llegar a imaginar que un puñado de héroes llegara a sacudir sus cimientos. Mañana, cuando estalle la gran revolución, y resuenen por todas partes los pasos firmes de millones de hombres y mujeres, la oligarquía se dará cuenta, dema- siado tarde para ella, de cómo había crecido aquella banda de hé-

roes92.

Como revolucionaria, como una de las que conoció íntimamente los deseos y las precauciones de los revolucionarios, puedo asegu- rar mejor que nadie lo que sucedió en el Congreso aquel día. Y no me cabe ninguna duda de que los socialistas, tanto los que estaban en la Cámara como el resto de ellos, no tuvieron nada que ver con la explosión de aquella bomba. No sabemos quién la puso, pero desde luego no fueron los socialistas. Todo apunta, aunque no ten- gamos ninguna prueba, a que se trató de una provocación del Talón de Hierro. Sabemos, eso sí, que los agentes secretos habían preve- nido al presidente de que los congresistas socialistas estaban ejerci- tando tácticas terroristas y de que aquel día —el día de la explo- sión— iban a cometer un atentado, y que ésa era la razón de haber apostado

tropas en los aledaños. Puesto que no sabíamos nada so- bre la bomba, pero la bomba explotó; y puesto que las autoridades sabían de antemano que iba a explotar, la conclusión es que el Ta- lón de Hierro estaba al corriente; que fueron sus hombres los que planearon y llevaron a cabo el atentado, con el propósito de cargar- lo sobre nuestras espaldas y precipitar, así, nuestra destrucción.

La noticia se transmitió desde el presidente hasta el último de los servidores de la librea escarlata. Ya sabían todos ellos, mientras Ernest hablaba, que un acto violento iba a suceder en la Cámara. Y

sinceramente, consideramos que todos creyeron que había sido obra de los socialistas. En el juicio, y todavía plenamente conven- cidos, testificaron haber visto cómo Ernest preparaba la bomba, que por alguna razón explotó antes de tiempo. Naturalmente no habían visto nada de eso, pero sus mentes enfebrecidas lo imagina- ron todo.

Como Ernest argumentó en el juicio:

—En qué cabeza humana cabe que yo fuera a arrojar una bomba. Si lo hubiera planeado no habría utilizado un cohete de feria como ése. Apenas contenía pólvora. Provocó mucho humo, pero no hirió a nadie excepto a mí. Explotó justo a mis pies, pero no me mató. Créanme, cuando decida tirar bombas,

causaré más daños. Habrá algo más que humo en mis petardos.

La respuesta de los acusadores fue que la debilidad del artefacto se debió a la torpeza de los socialistas, y que la causa de su explosión prematura fue el estado nervioso de Ernest, que hizo que cayera la bomba al suelo. Para reforzar ese argumento, algunos congresistas aseguraron haber visto a Ernest con la bomba entre sus manos y cómo se le escurrió y cayó.

Ninguno de nosotros sabe cómo se lanzó la bomba. Ernest me dijo que en el instante anterior a la explosión oyó y vio cómo caía a sus pies. Fue su testimonio ante el tribunal, pero nadie lo creyó. Todo estaba, tal como se dice vulgarmente, «totalmente cocinado». El Talón de Hierro había decido eliminarnos y no iba a cejar en su empeño.

Dice la sabiduría popular que la verdad siempre acaba saliendo a flote, pero comienzo a dudar de ese dicho. Han transcurrido dieci- nueve años y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos con- seguido averiguar quién arrojó la bomba. Fue, sin duda, un esbirro del Talón de Hierro, pero nadie pudo advertir su acción. No hemos tenido nunca la menor pista sobre su identidad, y ya hoy no queda más de aquel suceso que incluirlo entre uno de los misterios de la

Historia93.

93 Hubiera tenido que vivir Avis Everhard muchos años para ver cómo se aclaraba ese misterio. Hizo falta que transcurriera algo menos de un siglo y poco más de seiscientos años, tras la muerte de Avis, para que se descubriera la confesión de Pervaise en los archivos secretos vaticanos. Quizá convenga decir algo sobre ese oscuro documento, que de otra manera sólo serviría al interés de algún histo- riador.

Pervaise fue un norteamericano de ascendencia francesa que en 1913 se en- contraba en la prisión de Tombs, en la ciudad de Nueva York, esperando a que lo juzgaran por asesinato. A través de su confesión sabemos que no era un cri- minal. Era un individuo de sangre caliente, apasionado y emocional, que en un ataque de celos mató a su esposa —algo muy común en aquellos tiem- pos—. A través de su confesión sabemos que a Pervaise le aterraba morir y que hubiera hecho cualquier cosa con tal de librarse de la última pena. La trama de los agentes secretos incluía asegurarle que no podría escapar del veredicto de culpabilidad por asesinato en primer grado, condena que en aquellos tiempos suponía la pena capital. La sentencia se ejecutaba al sentar al culpable, hombre o mujer, en una silla construida al efecto, en la que bajo la supervisión de mé- dicos competentes se ejecutaba al condenado mediante una corriente eléctrica. A este procedimiento de muerte se le llamaba electrocución, y su aplicación era muy común en

aquellos tiempos. La anestesia como muerte obligada no se introdujo hasta años después.

Fue a este hombre, de buen corazón pero con instintos animales a flor de piel, a quien los agentes secretos del Talón de Hierro convencieron para que arrojara la bomba en la Cámara de Representantes. En su confesión explica que le dijeron que se trataba de un petardo muy simple que no mataría a nadie, lo que se co- rresponde con el hecho de que la bomba tuviera una carga mínima y que su explosión a los pies de Everhard no le causara la muerte.

A Pervaise lo escondieron en una galería, que de forma ostensible permanecía cerrada por obras. Tenía que elegir el momento para arrojar el artefacto, pero ingenuamente confiesa en su escrito que interesado por el discurso de Everhard y por el alboroto de la Cámara casi olvida su misión.

No solamente salvó la vida, sino que salió de la prisión y recibió una recom- pensa y una pensión para el resto de su vida. No pudo disfrutarlo mucho tiem- po, ya que en septiembre de 1914 sufrió un ataque de reumatismo que le afectó al corazón, y murió tres días después. Fue entonces cuando mandó a buscar un sacerdote católico, el padre Peter Durban, al que hizo su confesión. Al cura le pareció tan importante lo confesado que decidió escribirlo y firmarlo como testigo único. Lo que sucediera con ese documento después es pura conjetura, pero era, sin duda, suficientemente importante como

para que llegara hasta Roma. Debió de haber grandes presiones exigiendo su destrucción, y durante

varios siglos nadie tuvo noción de su existencia. No fue hasta el siglo pasado cuando Lorbia, un brillante profesor italiano, se topó con él por casualidad cuan- do investigaba en las bibliotecas vaticanas.

Hoy ya no cabe ninguna duda de que el Talón de Hierro fuera el responsable de la explosión de la bomba en la Cámara de Representantes en 1913. Aún cuan- do la confesión de Pervaise no hubiera salido a la luz, no habría cabido ninguna duda sobre la autoría del hecho, una acción que sirvió para que el Talón de Hie- rro enviase a la cárcel a cincuenta y dos congresistas, y que estaba en conso- nancia con otras barbaridades perpetradas por los oligarcas e incluso, antes, por los capitalistas.

Hay un ejemplo claro de la brutalidad y de la arbitrariedad judicial en el caso de los llamados «anarquistas de Haymarket», que sucedió en Chicago en la penúltima década del siglo XIX: unos inocentes a los que se juzgo y condenó. En aquellos tiempos existía una práctica consistente en el incendio y la destrucción de propiedades capitalistas por los propios capitalistas Se cargaba esa destrucción sobre los hombros de hombres inocentes a los que se castigaba por ello. Se decía en la jerga de la época que esos hombres eran

railroaded („cargados con un marrón"). También en los conflictos laborales de la primera década del siglo XX entre los capitalistas y la Federación de Mineros del Oeste se dieron episodios de este tipo, incluso más sangrientos; como cuando los agentes de los capitalistas volaron la estación de Independence. En la explosión murieron treinta hombres, y muchos más resultaron heridos. Entonces los capi- talistas, que controlaban la maquinaria legislativa y judicial del estado de Colo- rado, acusaron a los mineros del atentado, que estuvieron a punto de que los declararan culpables. Romaines, uno de los protagonistas del suceso, como lo fuera Pervaise en el de Washington, estaba preso en la cárcel de otro estado, de Kansas, esperando a que lo juzgaran. Fue entonces cuando lo abordaron los agentes de los capitalistas. La única diferencia con respecto a Pervaise fue que el asunto salió a luz en aquella misma época.

También durante ese mismo periodo tuvo lugar el caso de Moyer y Haywood, dos líderes sindicalistas fortachones y valientes. Uno era el presidente y el otro el secretario de la Federación de Mineros del Oeste. Al ex gobernador de Idaho lo asesinaron misteriosamente. Los socialistas y los mineros atribuyeron clara- mente el crimen a los dueños de las minas. Sin embargo, violando todas las leyes federales y del estado, una conspiración urdida entre los gobernadores de Idaho y de Colorado consiguió que esos dos líderes sindicales fueran secuestra- dos, encerrados en prisión y acusados del crimen. Un

hecho que provocó que Eugene V. Debs, líder nacional en aquella época de los socialistas norteameri- canos, pronunciara las siguientes palabras:

«A los líderes obreros a los que no pueden ni sobornar ni intimidar los involu- cran en una conjura o los asesinan. El único crimen de Moyer y Haywood es el de haber servido con lealtad a la clase trabajadora. Los capitalistas se han apoderado de nuestro país, han corrompido nuestro sistema político y

C A P Í T U L O XVIII

A la sombra de Sonoma

Poco hay que decir sobre mi vida en ese periodo. Pasé seis meses en prisión aunque no llegaran a acusarme de nada. Yo era una sos- pechosa, un término que infundía temor, tal como los compañeros llegaron pronto a conocer. Lo más importante fue que nuestro inci- piente movimiento secreto comenzó a actuar. Al cabo de mi se- gundo mes en la cárcel, uno de los guardianes se mostró ante mí como un revolucionario captado por la organización. Semanas más tarde, Joseph Parkhurst, el recién nombrado médico de la prisión, también se acercó a mí como miembro de uno de los grupos de combate.

Fue así como, penetrando en la organización de la oligarquía, con- seguimos comenzar a tejer nuestra propia tela de araña. Y lo más importante fue conseguir que los valientes compañeros enmascara- dos con la librea del Talón de Hierro estuvieran en contacto con los camaradas encarcelados. Una muestra de ello es que aunque Ernest estaba preso a tres mil millas de mí, manteníamos una comunica- ción constante; nuestras cartas iban y venían con regularidad.

Los líderes encarcelados y los que se movían fuera podían coordi- nar las campañas sin grandes problemas. Hubiera sido incluso po- sible que, al cabo de un par de meses, algunos de ellos hubieran podido escapar, pero dado que la prisión no suponía un cese de las actividades, se decidió que el acto podía resultar demasiado prema- turo. Estaban presos cincuenta y dos congresistas y varios cientos de otros líderes obreros. El plan era que todos pudieran liberarse a

la vez, porque si sólo lo hiciera una parte, la oligarquía podía endu- recer las condiciones de los que permanecieran encerrados. Por otra parte no se nos escapaba que el impacto psicológico que deri- varía de una huida de presos simultánea a lo largo del país, mostra- ría nuestra fuerza y aumentaría la confianza de la gente.

Cuando al cabo de seis meses salí de la cárcel, acordamos que yo pasaría a la clandestinidad para preparar un escondite seguro para Ernest. No me resultó fácil librarme de los sabuesos del Talón de Hierro, cuyos pasos oía constantemente detrás de mí. Conseguimos que perdieran mi pista, y una vez libre de movimientos, pude llegar a California. Fue muy cómico el procedimiento que empleamos. Se estaba imponiendo ya en todo el país el modelo ruso del pasaporte, y no me atrevía a atravesar el continente por si me reconocían. No podía arriesgarme porque si no me movía de absoluto incógnito y me localizaban no podría juntarme otra vez con Ernest, ya que si-

guiendo mi rastro, enseguida lo volverían a detener. Por lo tanto, no podía viajar de costa a costa disfrazada de proletaria. Sólo que- daba hacerlo disfrazada de miembro de la oligarquía. La crema de la oligarquía la componían unos pocos, pero eran miríadas los que la secundaban y muchos más los que le servían. Digamos que entre los segundos se encontraba gente como el señor Wickson, que sólo poseía algunos millones. Las esposas y las hijas de estos oligarcas menores eran legión, así que decidí viajar caracterizada como una de ellas. Pocos años después, esto hubiera resultado imposible por- que perfeccionaron el sistema del pasaporte hasta el punto de que ningún hombre, mujer o niño del país quedó sin registrar y sin que el Talón pudiera conocer en todo momento sus movimientos.

Cuando llegó el momento, consiguieron librarme de mis espías. Una hora más tarde, Avis Everhard se convirtió en Felice van Ver- dighan, que acompañada por dos sirvientas y una tercera para cui- dar del perrito faldero94, subió a un vagón Pullman95, que minutos

después rodaba hacia el Oeste.

De las tres sirvientas que me acompañaban, dos eran miembros de los Grupos de Combate; la tercera, Grace Holbrook, la que cuidaba al perrito, entró en él al año siguiente. El Talón de Hierro la ejecu- tó seis meses más tarde. De las

otras dos, una, Bertha Stole, desa- pareció doce años después, mientras que Anna Roylston vive toda- vía y juega un papel importante dentro de la revolución96.

Así pudimos cruzar los Estados Unidos sin ningún percance hasta llegar a California. Nada más parar el tren en la estación de la calle Sesenta y seis, desapareció de mi vida para siempre Felice van Verdighan junto con las dos sirvientas y el perrito faldero y su cui- dadora. Las tres mujeres, ayudadas por camaradas de confianza, consiguieron evaporarse. Otros compañeros se hicieron cargo de mí. Al cabo de media hora de haber bajado del tren, me encontraba a bordo de una barquita pesquera en las aguas de la bahía de San Francisco. Soplaban vientos racheados y navegamos con un rumbo constantemente corregido gran parte de la noche. En cuanto pude ver las luces de Alcatraz, donde tenían preso a Ernest, mi alma se animó pensando en lo cerca que me sentía ahora de él. Al alba, los remos de los pescadores me llevaron hasta las islas Marin. Allí permanecimos escondidos todo el día. Al llegar la noche, llevados mansamente por la corriente y por un viento fresco, conseguimos cruzar en dos horas la bahía de San Pablo y partir enseguida hacia Petaluma Creek.

Allí nos esperaba un camarada con los caballos preparados, e in-

mediatamente nos pusimos a cabalgar bajo la luz de las estrellas. Al norte aparecían vagamente las montañas de Sonoma, hacia don- de nos dirigíamos. Dejamos a la derecha el viejo pueblo de Sono- ma y atravesamos un cañón bordeado por dos grandes masas roco- sas. El camino rural para el tránsito de carros se convirtió en ca- mino forestal, y éste acabó siendo una vereda para animales que conducía montaña arriba hasta los pastizales. Seguimos subiendo hasta la cima de Sonoma. Era el camino más seguro; no encontra- mos a nadie a lo largo del mismo.

Llegó la aurora cuando coronábamos la cima norte y comenzamos a descender bajo la luz gris del amanecer entre los chaparrales97 hasta llegar a los profundos cañones cubiertos de secuoyas, que conservaban todavía el calor y el aliento en el fin del verano. Era el viejo paisaje que yo tan bien conocía y amaba, así que me convertí

en la guía de la expedición. El escondite era mío, lo había elegido yo. Abrimos una verja de troncos y cruzamos una de las praderas de las tierras altas. Una pequeña subida por un terreno cubierto de robles nos llevó a bajar nuevamente hasta una praderita y a volver a ascender, ahora entre madroños y manzanitas98 de un rojo pro- fundo. A medida que ascendíamos, comenzamos a recibir los pri- meros rayos de sol en la espalda. Una bandada de codornices sur- gió volando de entre los matorrales y una liebre se cruzó en nuestro camino saltando suave y silenciosamente como un corzo. Y tam- bién

un ciervo, un macho de gran cornamenta, en cuyo cuello y espalda el sol ponía destellos rojos y dorados, que saltó delante de nosotros, subió la cuesta y desapareció detrás. Seguimos un poco por donde había huido el ciervo y luego bajamos por una senda en zigzag que el animal había desdeñado. Llegamos hasta un bosque- cillo de secuoyas que rodeaban un estanque oscurecido por los minerales que el agua arrastraba por la ladera de la montaña. Yo conocía cada pulgada del camino. El rancho perteneció a un escri- tor amigo mío que también se unió a la revolución y tuvo peor suerte que yo. Desapareció y nunca supo nadie cómo ni dónde lo mataron. Sólo él, cuando vivía, conocía el secreto del escondite

adonde ahora me dirigía. Compró la hacienda porque le pareció un lugar encantador, y pagó un precio alto por ella, para escándalo de los agricultores de la zona. Solía contarme cómo meneaban la ca- beza con pesar cuando recordaban el precio y hacían un rápido cálculo aritmético para acabar diciéndole: «No vas a sacar aquí ni el seis por ciento de lo que has pagado».

Pero ahora había muerto y sus hijos no pudieron heredar el rancho. Podía pertenecer a cualquiera, pero héteme aquí que el propietario ahora era el señor Wickson. Cierto es que este oligarca menor se había adueñado de todas las laderas del este y del norte de las mon- tañas Tacoma, desde los Spreckels hasta la divisoria de Bennet Valley. Lo había convertido en un inmenso parque de ciervos, donde a lo largo de hectáreas y

hectáreas, cubiertas de hierba y salpicadas de lomas y cañones, los animales vivían en total liber- tad. Había expulsado a los antiguos moradores, e incluso había demolido un antiguo asilo estatal para minusválidos mentales con el fin de ampliar el espacio para los ciervos.

Para colmo, el pabellón de caza de Wickson se encontraba apenas a medio kilómetro de mi escondite; pero esto, en lugar de suponer un peligro, contribuía a hacerlo más seguro. Viviríamos bajo la protección de uno de los oligarcas menores. No cabían sospechas en ese lugar; el último lugar en donde a los espías del Talón de Hierro se les ocurriría buscarnos a mí y a Ernest, cuando se reunie- ra conmigo, sería el parque de los ciervos de Wickson.

Atamos los caballos entre las secuoyas, cerca del estanque. Mi compañero fue hasta el tronco hueco de un gigantesco árbol muer- to y extrajo gran cantidad de víveres y pertrechos: un saco de vein- te kilos de harina, latas de comida de todo tipo, utensilios de coci- na, mantas, una tienda de lona impermeable, libros y material de escritura, un gran paquete de cartas, bidones de cinco galones de queroseno y lo último, pero más importante, un rollo grande de cuerda resistente. Era tan grande el cargamento que tuvimos que hacer varios viajes hasta llevarlo todo al refugio.

Pero afortunadamente el escondite estaba cerca. Cogí la cuerda y marché delante de mi compañero. Cruzamos entre

una maraña de zarzas y arbustos en un llano flanqueado por dos pequeños mon-

tículos; el llano acababa bruscamente en la elevada orilla de un río. Era un riachuelo que bajaba crecido en primavera, pero que no se secaba ni en el verano más caluroso. El pequeño valle que formó el río estaba flanqueado por dos altos contrafuertes cubiertos de árbo- les; parecía como si lo hubiera arrojado allí un poderoso titán no demasiado cuidadoso con respecto a dónde los ponía. No los sus- tentaba una base rocosa, pero se erguían centenares de pies, y esta- ban formados por arena volcánica, la famosa tierra vinícola de So- noma. Sobre esos montículos había montado el riachuelo el pro- fundo canal.

No fue demasiado fácil bajar hasta el lecho del río; una vez allí recorrimos unos veinte metros siguiendo su curso, y así llegamos a la gran hoya. No había la menor señal que advirtiera de esa cavi- dad, ni cabía, en propiedad, llamarla así. Tras haberse zambullido uno en la maraña de zarzas y enramadas, acababa sacando la cabe- za en el mismo borde y admirando arriba y abajo el escenario. Cin- cuenta metros de ancho, otros tantos de largo y la mitad de esa medida de profundidad. Debió de ocurrir posiblemente algún fallo geológico cuando se formaron los montículos a lo largo del río, y lo más probable es que la erosión a lo largo de los siglos hubiera hecho el resto. La tierra no aparecía por ninguna parte, todo era una vegetación lujuriosa, desde los minúsculos culantrillos hasta los helechos de

envés dorado; desde las imponentes secuoyas hasta los abetos de Douglas. Estos árboles enormes brotaban de las pare- des de la gran hoya; algunos tenían una inclinación de cuarenta y cinco grados, aunque la mayoría crecían erectos, paralelos a las superficies de esos taludes.

Era un escondite perfecto. Nunca llegó nadie hasta ese sitio, ni siquiera los muchachos de Glen Ellen. Si la hoya hubiera estado en el lecho del río, una milla o varias más allá, hubiera sido bien co- nocido, pero esto no era un cañón. Desde su comienzo hasta el final, la longitud del arroyo era sólo de unos quinientos metros. El arroyo nacía trescientos metros más arriba de la hoya, de una fuen- te en el borde de una pradera plana.

Cien metros más allá de la hoya, el arroyo desembocaba en campo abierto, y se juntaba con el río principal que discurría a través de

las llanuras cubiertas de hierba.

Mi compañero anudó la cuerda alrededor de un árbol, y con el otro extremo alrededor de mí, bajé en un momento hasta el lecho del río. Enseguida consiguió hacerme llegar todos los alimentos y utensilios que había sacado del escondite del árbol. Por último re- cogió la cuerda y la escondió antes de desearme suerte y partir.

Antes de continuar, quiero decir algo sobre mi compañero, John Carlson, una figura sencilla de la revolución, uno más

entre los miembros leales en sus filas. Trabajaba para Wickson en los esta- blos, cerca del pabellón de caza. De hecho fue en uno de los caba- llos de Wickson en el que cabalgué por la montaña de Sonoma. John

Carlson ha estado custodiando el refugio durante casi veinte años. Estoy segura de que en ningún momento en todo ese tiempo ha pasado por su cabeza el menor pensamiento desleal. La idea de la traición hubiera sido un sueño indeseable para su imaginación. Era un individuo flemático de gesto impasible, y yo me preguntaba qué significado podía tener para él la revolución. Era el amor a la liber- tad lo que animaba y fortalecía su espíritu sombrío; incluso era bueno que no fuera imaginativo o fantasioso. Nunca lo abandonaba el sentido común. No era curioso ni charlatán. Una vez le pregunté por qué se había unido a la revolución.

—Cuando yo era joven, fui soldado —me respondió—. Fue en Alemania. Allí todos los hombres jóvenes tenían que servir al ejér- cito; así que fui a parar al ejército. En el cuartel me encontré con otro soldado, también muy joven. Su padre era lo que podíamos llamar un agitador, y lo encarcelaron acusándolo de un crimen de lesa majestad, o sea, por decir las verdades en contra del káiser. Y el joven soldado habló mucho conmigo acerca de las gentes, del trabajo y de la explotación de los trabajadores por parte de los ca- pitalistas. Me hizo ver las cosas de forma distinta, y me hice socia- lista. Su discurso era serio y veraz y nunca lo he olvidado. Cuando llegué a este país

me uní a los socialistas y me encuadré dentro de una sección — eso fue en los días del SLP 99; cuando se produjo la

escisión me uní al SP. Antes del terremoto, trabajaba en una caba- lleriza en San Francisco. He pagado mis cuotas al partido durante veinte años. Todavía estoy afiliado y sigo pagándolas, aunque aho- ra en secreto, y seguiré pagándolas hasta que llegue la Cooperativa del Bienestar; y entonces me sentiré muy feliz.

Abandonada a mi destino, comencé a prepararme una comida en la cocinilla de petróleo y a acondicionar mi nuevo hogar. A menudo, al amanecer y después de anochecer, Carlson se deslizaba hasta el refugio y trabajaba en él durante un par de horas. Al principio vivía yo bajo la lona impermeable, después levantamos la tienda, y ya, cuando estuvimos totalmente convencidos de la seguridad del lu- gar, levantamos una pequeña casamata, totalmente resguardada de la mirada de cualquiera que hubiera podido asomarse al borde la hoya. La exuberante vegetación del lugar constituía una pantalla impenetrable para la vista. Por otra parte diré que habíamos levan- tado la casita horadando el muro de tierra y, reforzándola con sóli- dos maderos, excavamos hasta construir dos habitaciones secas y ventiladas. Podéis creerme que aquello resultaba incluso conforta- ble. Cuando el terrorista alemán Biedenbach vino a esconderse allí, construyó un

artilugio tragahúmos que nos permitió sentarnos alre- dedor de un fuego crepitante en las noches de invierno.

Y debo aquí señalar algo en defensa de ese terrorista de alma in- mensa que ha sido el menos comprendido entre todos los camara- das de la revolución. El camarada Biedenbach jamás traicionó la causa. No lo ejecutaron los camaradas como se ha venido diciendo en algunos de nuestros círculos. Fue la oligarquía la que difundió esa falsedad. Lo que sucedió es que Biedenbach era un individuo despistado, olvidadizo y le disparó uno de nuestros centinelas en el refugio subterráneo de Carmel cuando olvidó el santo y seña que debía darle al guardián. Fue un trágico error, y todo acerca de su traición a los grupos es absolutamente falso. No hay un camarada que haya luchado de forma más leal que él en favor de la causa100.

Hace ya diecinueve años que unos u otros camaradas han ocupado

el refugio, y a pesar de que se encuentra sólo a cuatrocientos me- tros del pabellón de caza de Wickson, y a poco más de un kilóme- tro del pueblo de Glen Ellen, en todo ese tiempo sólo una vez fue descubierto por un extraño. Yo era capaz de oír cada mañana y cada tarde la llegada y la partida de los trenes, y solía poner mi reloj en hora con el sonido de la sirena de la fábrica de ladrillos101.

C A P Í T U L O XIX

Transformación

«Tienes que transformarte —me escribió Ernest—. Tienes que convertirte en otra persona; en otra mujer; y no simplemente cam- biar tu vestimenta, sino toda tú. Tienes que transformarte hasta el punto de que ni yo pueda reconocer tu voz ni tus gestos, ni ninguna otra peculiaridad de tu personalidad, de tus modales, de tu forma de andar; tienes que cambiar toda tú».

Obedecí la orden. Practicaba cada día tratando de enterrar para siempre a la vieja Avis Everhard en la piel de otra mujer, a la que pudiera llamar mi otro yo. Sólo al cabo de mucho practicar empecé a ver los frutos del esfuerzo. Simplemente conseguir un cambio de entonación supuso muchas horas de entrenamiento; pero conseguí hablar con una voz poco modulada, automática. Era la asunción ciega de un papel imperativo, el esfuerzo para manejar la nueva personalidad hasta conseguir el autoengaño. Era como aprender otro idioma, el francés por ejemplo. Al principio, uno tiene con- ciencia de estar hablando algo artificial en un esfuerzo de la volun- tad. El estudiante piensa primero en inglés y luego traduce la idea al francés; o bien lee en francés y la traduce mentalmente al inglés para llegar a comprenderla. Todo ello hasta que habiendo

adquiri- do una base firme consigue leer, escribir y pensar en francés, sin tener que recurrir para nada al inglés.

Así ocurría con nuestros disfraces. Fue necesaria una dura práctica, un gran esfuerzo de la voluntad, hasta que conseguimos asumir plenamente los nuevos papeles; hasta que nos sentimos plenamente integrados en ellos. Naturalmente, al principio ensayábamos y co- rregíamos; descubríamos nuestros fallos sobre la marcha y los en- mendábamos. Estábamos descubriendo una nueva arte. Todos co- laborábamos en su creación hasta conseguir un gran bagaje de ex- periencia y recursos. Forjamos así una especie de manual, que

transmitíamos a los compañeros para que aprendieran bien esa asignatura de la escuela de la revolución102.

Fue por entonces cuando mi padre desapareció. Nos carteábamos regularmente y bruscamente dejaron de llegarme sus cartas. Nunca más volvieron a verlo en nuestro barrio de Pell Street. Los camara- das lo buscaron por todas partes; nuestros servicios secretos ras- trearon las prisiones del país, pero parecía como si se lo hubiera tragado la tierra, y aún hoy no ha habido la menor pista sobre su desaparición103.

Permanecí seis meses aislada en mi refugio, pero no fue un tiempo improductivo.

Nuestra organización no cesaba ni un momento en sus actividades y siempre había un montón de trabajo esperando.

Ernest y sus compañeros decidían desde sus prisiones lo que había que hacer, y nosotros desde el exterior teníamos que cumplir esas tareas. Esta- ba, por un lado, la transmisión de propaganda boca a boca; la orga- nización, con toda la complejidad del sistema de espionaje; el esta- blecimiento de nuestro sistema de imprenta; y, muy importante, el sistema subterráneo de comunicaciones, que significaba controlar nuestra vasta red de refugios, así como la creación de otros a lo largo del país.

Tal como digo, resultaba arduo acabar el trabajo de cada día. Al

cabo de esos seis meses se quebró mi soledad con la llegada de dos camaradas; dos muchachas combativas y apasionadas amantes de la libertad. Una era Lora Peterson, que desapareció al cabo de un tiempo, justo en 1922; la otra, Kate Bierce, que se casó después con Du Bois104, y que permanece aún en nuestra memoria con sus ojos alzados hacia el sol como anunciando la llegada de la nueva era.

Las dos muchachas llegaron envueltas en el frenesí del peligro y de una muerte acechante. Entre la tripulación de la barca de pescado- res que las conducía a través de la bahía de San Pablo había un espía, un sicario del Talón de Hierro que había conseguido intro- ducirse en la organización como un revolucionario y que había penetrado profundamente en los

entresijos de nuestra red. Sin duda venía buscando mi rastro; sabíamos desde hacía tiempo que mi desaparición había causado mucha preocupación a los servicios secretos de la oligarquía. Afortunadamente, como pudo compro- barse después, no pudo contarle a nadie sus descubrimientos. Evi- dentemente había postergado comunicarlos hasta concluir su ac- ción, es decir, descubrir mi escondite y llevarme presa. La infor- mación que consiguiera se la llevó a la tumba. Poniendo algún pre- texto, y una vez que las chicas habían desembarcado en Petaluma Creek y llegado hasta los caballos, saltó a tierra y se alejó de la barca.

Rumbo a las montañas de Sonoma, John Carlson dejó ir delante a los caballos de las dos muchachas mientras él las seguía a pie. Sus sospechas lo llevaron a capturar al espía. Sobre su destino, Carlson sólo nos dijo alguna vaguedad.

«Acabé con él» fue la lacónica expresión que empleó Carlson.

«Acabé con él», repitió, mientras una ligera chispa aparecía en sus ojos y abría y cerraba sus endurecidas manazas en un gesto elo- cuente. «No hizo ningún ruido, volveré esta noche y lo enterraré donde nadie lo descubra».

Durante ese periodo me maravillaba a veces mi metamorfosis; que hubiera vivido tantos años la placidez de una estudiante universita-

ria y que ahora viviese como una revolucionaria en medio de ese clima de violencia y de muerte. Una de las dos Avis no es real, pensaba, una de ellas es simplemente un sueño, ¿pero cuál de las dos? ¿Era esta vida, la de una revolucionaria encerrada en un agu- jero, simplemente una pesadilla?, ¿o acaso era yo una revoluciona- ria que de alguna forma y en algún lugar hubiera soñado haber vivido otra existencia en Berkeley, sin conocer nada más violento que las reuniones, las fiestas, las conferencias y los debates que les seguían, y aquellas clases magistrales? Pero mi conclusión era que lo mismo deberían imaginar todos los que habían decido marchar bajo la bandera de la Hermandad del Hombre.

A menudo recordaba a gentes de la otra existencia, que curiosa- mente aparecían y desaparecían de vez en cuando en mi nueva vi- da. Me acordaba del obispo Morehouse. Tratamos en vano de que la organización llegara hasta él. Lo transferían de manicomio en manicomio. Supimos que desde el asilo de Napa lo habían llevado al de Stockton, y desde allí a otro en el valle de Santa Clara, a un lugar llamado Agnews. Allí perdimos la pista, sin que hubiera ha- bido ninguna noticia de su muerte. Probablemente habría escapado de alguna forma. No podía imaginar entonces el horrible estado en que volvimos a encontrarlo, su mirada fugaz en el torbellino de la matanza de la Comuna de Chicago.

Tampoco volví a ver a Jackson, el hombre que perdió el brazo en Hilaturas Sierra y que fue causa primordial en mi conversión

revo- lucionaria. Sólo supe algo de lo que hizo antes de morir, nunca se unió a los revolucionarios; en lugar de eso, amargado por sus des- gracias y por las injusticias sufridas, se convirtió en un anarquista; no en un convencido de las teorías anarquistas, sino simplemente en un animal lleno de odio y sediento de venganza; ¡y bien que se vengó!; burlando a los vigilantes, se deslizó por la noche, cuando todos los demás dormían, y voló el palacio de Pertonwaithe, redu- ciéndolo a escombros. No escapó ni un alma, ni siquiera los vigi- lantes. Ya en la prisión, mientras aguardaba el juicio, se asfixió él mismo utilizando unas mantas.

El doctor Hammerfield y el doctor Billingford tuvieron un destino muy diferente al de Jackson. Por haberse mantenido consecuentes

con sus creencias y actuar como apologistas de la oligarquía, los recompensaron con sendos palacios episcopales, donde moraron en la paz y gracia de Dios. Los dos se pusieron tremendamente gor- dos, y como una vez dijo Ernest: «No sólo ha conseguido el doctor Hammerfield retorcer su metafísica para que alcance a santificar al Talón de Hierro, sino que también, en un acto de adoración de su estética, ha reducido a un espectro invisible el vertebrado gaseoso que describió Haeckel; la diferencia entre el doctor Hammerfield y el doctor Ballingford reside únicamente en que el último ha con- vertido

al dios de los oligarcas en algo un poco más gaseoso y un poco menos vertebrado».

Lo sucedido con Peter Donnelly, el capataz esquirol de Hilaturas Sierra al que encontré cuando investigaba el caso de Jackson, fue una sorpresa para todos. En 1918 asistí a una reunión de los «Rojos de San Francisco», y pude observar con satisfacción que se había convertido en uno de los miembros más ardoroso, combativo y despiadado de los Grupos de Combate. Su grupo no formaba parte de nuestra organización; lo componía un conjunto de fanáticos enloquecidos. No queríamos fomentar ese espíritu, pero aunque no pertenecían a nuestro grupo, manteníamos buenas relaciones con ellos. Fue un asunto vital lo que me llevó a acudir a esa reunión aquella noche. Sola, en medio de un montón de hombres, era yo la única persona sin disfraz. Cuando acabé con el asunto que me ha- bía llevado allí, me dejé conducir por uno de los asistentes. En la oscuridad de uno de aquellos pasadizos, mi guía encendió una ceri- lla y la arrimó a su cara, y al quitarse la máscara me encontré con las duras facciones de Peter Donnelly. Enseguida apagó la cerilla.

—Sólo quería que supieras que era yo —dijo en la oscuridad, y reconocí inmediatamente aquella forma de hablar tan peculiar, cor- tando las palabras—. ¿Te acuerdas de Dallas, el jefe de la planta?

Asentí con la cabeza recordando la cara de zorro de aquel jefe de Hilaturas Sierra.

—Me lo cargué —dijo con orgullo—. Fue después de unirme a los Rojos.

—Pero ¿qué pasó para que estés aquí? —pregunté—. ¿Tenías mu- jer e hijos?

—Murieron todos —respondió—. Ésa es la razón. No estoy aquí para vengar su muerte. Murieron en sus camas de alguna enferme- dad, uno detrás de otro. Eran ellos los que me impedían actuar co- mo hubiera debido, pero ahora están muertos y puedo hacerlo. Es- toy haciéndome perdonar mi pasado. Una vez fui Peter Donnelly, el capataz esquirol, esta noche soy el número veintisiete de los Rojos de San Francisco. Ahora, vamos, que te voy a sacar de aquí.

Al cabo de un tiempo volví a saber de él. Era cierto que pensaba que todos sus hijos habían muerto, pero quedaba uno vivo, Ti- mothy, al que su padre consideraba muerto por haberse encuadrado en los Mercenarios 105 del Talón de Hierro. Los miembros de los Rojos de San Francisco se comprometían a ejecutar a doce enemi- gos al año. El incumplimiento de esa promesa suponía condena de muerte para el miembro que fallara, que quedaba obligado al suici- dio. Las ejecuciones no eran arbitrarias. Este grupo de hombres enloquecidos se reunían con asiduidad y celebraban una serie de juicios contra los miembros que traicionaran la causa y contra los servidores

de la oligarquía. Se echaba a suertes quién ejecutaba las sentencias.

De hecho, el motivo que me había llevado allí aquella noche fue uno de esos juicios. A uno de nuestros camaradas, que había traba- jado durante algunos años para la causa infiltrado en la oficina lo- cal de los servicios secretos del Talón de Hierro, lo habían denun- ciado los Rojos de San Francisco, e iban a juzgarlo. Naturalmente, ni él estaba presente en el juicio ni sus juzgadores sabían que se trataba de uno de nuestros hombres. Mi misión consistía en testifi- car sobre su identidad y su grado de lealtad. Nos enteramos del asunto porque uno de nuestros agentes secretos era un miembro de los Rojos de San Francisco, y para nosotros era vital no perder nunca de vista ni a los amigos ni a los enemigos, y este grupo de exaltados era demasiado importante como para no vigilarlos de

cerca.

Pero volviendo a lo de Peter Donnelly y su hijo, diré que todo mar- chaba bien con Donnelly hasta que al año siguiente de mi encuen- tro, un día, al entregarle la lista de sentenciados que había de ejecu- tar, encontró el nombre de Timothy Donnelly. Fue entonces cuan- do se reavivaron sus antiguos sentimientos sobre los lazos familia- res, se impusieron con firmeza en su conciencia y acabó traicio- nando a sus camaradas. Aunque se consiguieron contrarrestar en parte los efectos de su traición,

doce hombres del grupo de los Ro- jos fueron ejecutados, y el grupo quedo casi desarticulado. Como represalia, los supervivientes acabaron con él.

Tampoco Timothy consiguió sobrevivir mucho más tiempo. Los Rojos de San Francisco se conjuraron para ejecutarlo. A pesar de los esfuerzos de la oligarquía para ponerlo a buen recaudo, trasla- dándolo de un lado a otro del país, los Rojos consiguieron encon- trarlo. Tres miembros de los Rojos perdieron la vida en el empeño, y a pesar de que el grupo sólo lo componían hombres, fue una mu- jer quien lo encontró, una de nuestras camaradas, que no era otra que Anna Roylston. Nuestro comité directivo trató de impedir su actuación en el caso, pero ella tenía sus propios criterios y desde- ñaba la disciplina. Sucedía que todos apreciábamos su carácter y sus genialidades y no había forma de someterla a ningún control. Pertenecía a una clase de individuos que no coincidía con los es- tándares de la mayoría de los revolucionarios.

A pesar de nuestra oposición a que llevara a cabo la misión, ella hizo caso omiso. Anna Roylston era una mujer fascinante, capaz de atraer a cualquier hombre. Partió el corazón de muchos de nuestros camaradas jóvenes, y también el de otros hombres, a los que su encanto acabó captando para la causa. Sin embargo, se negaba fir- memente a casarse. Amaba apasionadamente a los niños, pero sos- tenía que un niño propio la apartaría de la causa, misión a la que había dedicado su vida.

Fue tarea fácil para Anna hacerse con Timothy Donnelly. No tuvo el menor cargo de conciencia porque su acción coincidió con la masacre de Nashville, donde los mercenarios, comandados por Donnelly, acabaron literalmente con ochocientos trabajadores de la

industria textil. Pero no fue ella quien mató a Donnelly, sino que lo entregó prisionero a los Rojos de San Francisco. Esto sucedió el año pasado, y ahora la llaman la «Virgen Roja 106».

El coronel Ingram y el coronel Van Gilbert son dos personajes fa- miliares con los que me volví a encontrar. El coronel Ingram me- dró mucho dentro de la oligarquía y lo nombraron embajador en Alemania. Lo odiaban tanto los trabajadores de nuestro país como los de la nación germana. Fue en Berlín donde lo encontré cuando, asignada como una acreditada espía del Talón de Hierro, me reci- bió y me proporcionó toda su asistencia. Debo decir que en mi do- ble papel de espía manejaba importantes asuntos para la revolu- ción.

Al coronel Van Gilbert se lo conocía como Van Gilbert, el Gruñi- dos; una de sus principales funciones fue la redacción previa de un nuevo código después de lo de la Comuna de Chicago, pero antes de eso celebramos un juicio en el que se lo sentenció a muerte por su malicia y crueldad. Yo asistí personalmente a ese juicio y estuve de acuerdo con la sentencia. Anna Roylston se ocupó de ejecutarlo.

Hay otro personaje que me surge en el recuerdo de la otra vida, el abogado que llevó el caso de Jackson. Lo menos que esperaba era volver a verlo, tropezarme otra vez con Joseph Hurd. Fue un extra- ño encuentro. Una noche, después de la Comuna de Chicago, Er- nest y yo, tras haber cruzado el lago desde Chicago, llegamos al refugio de Benton Harbour, en Míchigan. Fue justo al final de un juicio contra un espía. Se dictó sentencia de muerte y se llevaron al reo. Fue una escena terrible. Consiguió librarse por un momento de sus captores y se arrojó a mis pies rodeando mis piernas en un abrazo frenético mientras imploraba clemencia. Lo reconocí en cuanto alzó su rostro desencajado hacia mí; era Joseph Hurd. De

todas las situaciones que yo había vivido en los últimos tiempos, creo que nunca me había sentido tan afectada como por la explo- sión frenética de ese individuo que suplicaba por su vida. Resulta- ba patético su miedo a perderla. Seguía aferrado a mis piernas a pesar de los esfuerzos de unos cuantos camaradas presentes, y cuando al final consiguieron llevárselo a rastras, caí al suelo des- vanecida. Es mucho más fácil ver a un valiente enfrentarse a la muerte que a un cobarde implorar por su vida 107.

C A P Í T U L O XX

El oligarca perdido

Recordando mi antigua vida he anticipado otros sucesos de la nue- va. La liberación masiva de los prisioneros no ocurrió hasta 1915. A pesar de las dificultades que implicaba una operación tan vasta y compleja, no hubo el menor fallo. El júbilo fue general y subió extraordinariamente la moral de los combatientes. En una sola no- che, en todas las cárceles, prisiones militares, y fortalezas desde Cuba hasta California, conseguimos liberal a cincuenta y un con- gresistas y a más de trescientos líderes de los distintos grupos. No se cometió ni un error; no sólo consiguieron escapar, sino llegar todos a los refugios que ya estaban preparados. El único compañe- ro congresista al que no pudimos salvar fue a Arthur Simpson, que había muerto torturado en la prisión de Cubañas.

Los dieciocho meses siguientes fueron quizá el periodo más feliz de mi vida con Ernest. No nos separamos ni un momento en ese tiempo. Más tarde, cuando nos reintegramos al mundo, permane- cíamos más tiempo lejos el uno del otro. La impaciencia que sentía la noche en que iba a llegar Ernest sólo es comparable con la que siento ahora esperando el estallido de la rebelión de mañana. Hacía ya mucho tiempo que no lo

veía, y el pensamiento de un posible fallo que imposibilitara su salida de la cárcel de la isla me hacía perder la cabeza. Las horas me parecían siglos en la soledad del refugio. Biedenbach y los otros tres jóvenes habían salido del refu- gio hacia la montaña fuertemente armados para cualquier contin- gencia. Imagino que todos los refugios de los camaradas se vacia- ron esa noche para proteger la llegada de los fugitivos.

Apenas había aparecido la primera claridad del día cuando oí la señal convenida y respondí lo acordado. Casi abracé a Biedenbach, que fue el primero en bajar, pero inmediatamente detrás venía Er- nest, que me estrechó entre sus brazos. Y en aquel momento des-

cubrí que tan completa había sido mi transformación que sólo tras un esfuerzo de mi voluntad podía volver a ser la vieja Avis Ever- hard, con sus tics, su sonrisa, su tono de voz y su forma de expre- sarse. Sólo gracias a ese esfuerzo conseguí mostrar mi antigua identidad, pero un imperativo fuertemente interiorizado impedía que me permitiera olvidar por un momento mi nueva personalidad.

Una vez dentro de nuestro cuartito, vi la cara de Ernest bajo la luz. A excepción de la palidez por su encierro, no había cambiado casi nada. Era el mismo marido, el mismo amante, el mismo héroe. Sólo me pareció observar ciertos surcos ascéticos en su cara. Pero no le sentaban mal; al contrario, porque

parecían dar cierto aire noble y refinado a su casi siempre rostro tenso; la consecuencia de la vida que llevaba. Me pareció un poco más serio, pero sus ojos conservaban el chispeo alegre de siempre. Había adelgazado diez kilos, pero conservaba la forma física porque había hecho ejercicio durante todo el periodo de la cárcel; seguía teniendo músculos de acero. A decir verdad, estaba en mejor forma que cuando entró en Alcatraz. Pasaron horas antes de que pusiera la cabeza en la al- mohada y lo arrullara hasta que se durmió. Yo en cambio no pude pegar ojo; estaba demasiado feliz y no había sufrido la fatiga de la evasión y del viaje a caballo.

Mientras Ernest dormía me cambié de vestido y volví a peinarme de forma distinta para recuperar mi personalidad adquirida. Des- pués, cuando Biedenbach y los otros dos camaradas despertaron, se me ocurrió prepararle a Ernest una sorpresa. Se levantó Ernest, y ya estaba todo listo en el cuartito de la cueva que hacía de cocina y de sala de estar. Entró, y Biedenbach me presentó como Mary; yo respondí a su saludo. Entonces miré a Ernest con gran curiosidad, como miraría arrobada una camarada joven a un héroe de la revo- lución. Ernest me lanzó otra mirada y enseguida empezó a exami- nar el resto de la habitación, como buscando a alguien: a mí. Me habían presentado a él como Mary Holmes.

Para mayor decepción de Ernest, había un plato de más en la mesa y una de las sillas estaba vacía. No podía contener mi

alegría cuan- do sentí el desasosiego y la impaciencia de Ernest. Al final no aguantó más.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó bruscamente.

—Duerme todavía —le respondí.

Fue un momento crucial, pero noté enseguida que mi voz le sonaba extraña, nada familiar. Comenzamos a comer. Me mostré tan lo- cuaz y entusiasmada como suelen comportarse las mujeres delante de sus héroes, y era evidente que Ernest me parecía un héroe. Au- menté mi entusiasmo y mi adoración por el héroe y antes de que Ernest pudiera evitarlo le abracé el cuello y lo besé en los labios. Me separó alargando sus brazos y se quedó mirándome con perple- jidad y cierto fastidio. Los cuatro hombres prorrumpieron en carca- jadas y todo empezó a aclararse. Al principio pareció no creerlos. Me miró fijamente y pareció que iba medio convenciéndose, pero al final sacudió la cabeza y dijo que no lo creía. No fue hasta que la vieja Avis Everhard comenzara a susurrarle viejos secretos en la oreja que me aceptara como su verdadera esposa.

Fue al final del día cuando, todavía azorado, me tomó en sus bra- zos y comenzó a manifestar sus intenciones polígamas.

—Eres mi Avis, pero eres también otra distinta. Hay dos mujeres en ti, y por lo tanto disfrutaré de un harén. Ahora parece que esta- mos a salvo, pero si un día los Estados Unidos se vuelven

dema- siado hostiles, tengo derechos que me permiten adquirir la naciona- lidad turca 108.

Me sentía muy feliz en el refugio. Bien es verdad que trabajábamos mucho, durante muchas horas, pero estábamos juntos. Seguimos así durante dieciocho meses deliciosos, y nunca estuvimos solos, siempre había algún camarada que llegaba y se iba; voces extrañas del mundo clandestino de las intrigas y la revolución que nos traían historias que no conocíamos de la lucha que manteníamos en todos los frentes.

Lo pasábamos bien, no éramos unos conspiradores lúgubres ence- rrados en una cueva. Trabajábamos duro y sufríamos contratiem- pos, como el de cubrir las bajas que se producían en nuestras filas y poder, así, continuar la lucha. A pesar de toda la complejidad de

esa vida, mientras afrontábamos tantas situaciones inesperadas, teníamos tiempo para reír y para amar.

Entre los revolucionarios había artistas, científicos, profesores, músicos y poetas; y en aquella cueva se podía encontrar más cultu- ra que en los más altos y refinados palacios de los oligarcas. De hecho muchos de nuestros camaradas habían contribuido con su trabajo a la creación de esos palacios en las zonas más nobles de cada ciudad 109.

No siempre estábamos metidos en el refugio. A menudo salíamos de noche a dar paseos por la montaña y a hacer

ejercicio. También montábamos en los caballos de Wickson. ¡Si él supiera la cantidad de revolucionarios que han montado en sus caballos! Hacíamos incluso meriendas campestres en lugares recónditos que conocía- mos; salíamos antes del alba y volvíamos de noche. También dis- frutábamos la crema de leche 110 de las vacas de Wickson, y Ernest era muy hábil disparando a los conejos y las codornices de Wick- son, e incluso a los ciervos más pequeños.

Se trataba, sin duda, de un refugio seguro. He dicho antes que sólo una vez tuvimos la visita de un extraño, y esto me lleva a aclarar el misterio de la desaparición del joven Wickson. Ahora que está muerto, puedo hablar con libertad. Había un rincón en el fondo de la gran hoya donde llegaba a dar el sol durante varias horas al día y que no podía verse desde arriba. Habíamos acarreado mucha arena desde el lecho del río para hacer allí una playita soleada muy agra- dable para echarse a descansar. Una tarde estaba yo allí tumbada tratando de leer, ya medio dormida, un libro de Mendenhall 111. Me

sentía tan cómoda y segura que ni siquiera los versos encendidos del libro conseguían conmoverme.

De repente me despertó un terrón de arena que cayó a mis pies, oí a la vez una agitación en los matorrales y a continuación un joven, resbalando por la pared del refugio, apareció a mis pies. Era Philip Wickson, a quien no había

conocido hasta entonces. No pareció inmutarse; me miró perplejo y lanzó un leve silbido de sorpresa.

—Bueno —dijo quitándose el sombrero—. Lo siento, no esperaba encontrar a nadie aquí.

Yo no compartía su tranquilidad. En aquellos tiempos aún no había adquirido la suficiente experiencia como para afrontar situaciones graves. Más tarde, cuando me convertí en una espía internacional, seguro que no hubiera reaccionado de una forma tan precipitada. Me puse en pie de un salto y lancé el silbido de alerta.

—¿Por qué hace eso? —preguntó, mirándome con detenimiento.

Pensé con alivio que era evidente que no tenía ni idea de nuestra existencia cuando se deslizó hasta allí.

—¿Por qué cree que lo he hecho? —respondí con el desconcierto que todavía me dominaba en aquellos tiempos.

—No lo sé —respondió, moviendo la cabeza—. A no ser que tenga algún amigo por aquí. En cualquier caso creo que necesito una explicación; no me gusta la pinta que tiene esto. No tiene ningún derecho a estar aquí; todos estos terrenos son de mi padre y…

Lo interrumpió Biedenbach, que con su habitual tono educado y gentil, musitó a sus espaldas: «Arriba esas manos, caballerete».

El joven Wickson levantó las manos, pero hasta que no se volvió hacia Biedenbach no pudo ver el rifle automático 30.30 frente a él. El joven no parecía inquieto.

—Oh, no —dijo—, un nido de revolucionarios, aunque más bien parece un nido de abejorros. Lo que sí os puedo decir es que no os vais a quedar aquí mucho tiempo.

—Quizá seas tú el que se quede aquí el tiempo suficiente para re- considerar lo que acabas de decir —le respondió, tranquilo, Biedenbach—. De momento tengo que pedirte que entres ahí con- migo.

—¿Ahí dentro? —dijo el joven, con cierto asombro—. ¿Qué es lo que tienen ahí?, ¿unas catacumbas? Ya he oído hablar de eso.

—Entra y lo verás —respondió Biedenbach, siempre con su adora- ble tono.

—Pero esto es ilegal —protestó el joven.

—Sí, de acuerdo con tus leyes lo es —dijo enfático Biedenbach—, pero según las nuestras te aseguro que es perfectamente legal. Tie- nes que empezar a acostumbrarte al hecho de que estás en un mun- do distinto al de opresión y brutalidad en el que has vivido hasta ahora.

—Todo eso es discutible —murmuró Wickson.

—Entonces quédate con nosotros y lo discutiremos.

El joven rió y entró en la casa acompañado de su guardián, que lo condujo a la habitación del fondo de la casa, donde quedó bajo la vigilancia de uno de los camaradas más jóvenes mientras nosotros discutíamos la situación en la cocina.

Biedenbach sostenía, con lágrimas en los ojos, que el joven tenía que morir, y se mostró muy aliviado cuando todos votamos en con- tra de esa horrible propuesta. Pero, por otra parte, no podíamos ni considerar la idea de liberar al joven oligarca.

—Diré lo que vamos a hacer —dijo Ernest—. Se quedará aquí y lo reeducaremos.

—Entonces tendré el privilegio de ilustrarlo en Derecho —dijo exultante Biedenbach.

Todos celebramos satisfechos la decisión. Mantendríamos prisio- nero a Philip Wickson y lo educaríamos de acuerdo con nuestra ética y nuestra filosofía. Pero, mientras, quedaba mucho trabajo por hacer. Debían borrarse todas las huellas del joven, sobre todo las marcas que hizo en la pared de la hoya cuando se deslizó hasta

el fondo. La tarea le correspondió a Biedenbach, que colgado de una cuerda sujeta desde arriba pasó todo el día borrando los ras- tros. Igualmente se borraron a lo largo de todo el cañón, hasta el borde de la hoya. Al anochecer llegó John Carlson que le pidió a Wickson sus zapatos.

Al principio, el joven se negó a quitárselos, parecía dispuesto a pelear por ellos. Finalmente acabó cediendo ante la fuerza de las manos de herrador de Ernest. Nos contó Carlson, después, que te- nía los pies llenos de ampollas y rozaduras porque los zapatos le estaban pequeños, pero a pesar de eso hizo un buen trabajo con ellos. A partir del borde desde el que el joven Wickson se deslizó hasta el fondo de la hoya, Carlson se puso los zapatos y marchó hacia la izquierda. Caminó millas y millas alrededor de los cerros y entre los riscos y los cañones hasta borrar finalmente el rastro den- tro del agua del torrentillo. A partir de ese punto cambió los zapa- tos por los propios. Una semana después le devolvieron a Wickson sus zapatos.

Aquella noche, los criados de Wickson soltaron los perros y no se pudo dormir mucho en el refugio. Al día siguiente, se oían sin pa- rar los aullidos a lo largo del cañón, seguían el rastro falso que Carlson había preparado para ellos. Más tarde dejaron de oírse los ladridos al dirigir la jauría a otros cañones más altos de la montaña. Todo ese tiempo estuvieron nuestros hombres esperando con las armas preparadas, revólveres automáticos y rifles, además de la docena de armas infernales que había fabricado Biedenbach. Ha- bría que haber visto la sorpresa del equipo de rescate si se hubieran aventurado a bajar hasta nuestro escondite.

He dado a conocer ahora la verdad sobre la desaparición de Philip Wickson, antes oligarca y más tarde camarada de la revolución. Acabamos convirtiéndolo. Tenía una mente fresca y

moldeable y unos firmes principios éticos. Algunos meses después, lo traslada- mos a lomos de uno de los caballos de su padre desde la montaña de Sonoma hasta Petaluma Creek, donde embarcó en una lancha pesquera. Desde allí, y en varias etapas, conseguimos llevarlo ca- muflado a través de nuestros correos secretos hasta el refugio de Carmel.

Permaneció allí ocho meses, a cuyo final se le permitió marchar a pesar de que se mostraba reacio a dejarnos. Había dos razones para esa reticencia a abandonarnos: una, que se había enamorado de Anna Roylston; la otra, que se había convertido en uno de los nuestros. No fue hasta que se convenció de la imposibilidad de su romance con Anna que accediera a volver con su padre. Mostrán- dose ostensiblemente como un oligarca de toda la vida, fue hasta su muerte uno de nuestros más valiosos agentes. Montones de ve- ces quedaron atónitos los agentes del Talón de Hierro ante el fraca- so de las operaciones y los planes urdidos contra nosotros. No se habrían sorprendido tanto si hubieran llegado a saber la cantidad de miembros del Talón de Hierro que trabajaban como agentes nues- tros. Nunca flaqueó la lealtad de Philip Wickson por la causa, hasta el punto de que su muerte —la segunda— le sobrevino por su ex- tremado celo. Murió de la neumonía que contrajo durante la gran tormenta de 1927, cuando asistió a una reunión de nuestros líderes

112.

C A P Í T U L O XXI

El rugido de la bestia del abismo

Durante nuestra larga estancia en el refugio pudimos mantener un estrecho contacto con la realidad del mundo exterior y darnos per- fecta cuenta de la fuerza de la oligarquía contra la que peleábamos. Prácticamente completada la transición al nuevo régimen, las nue- vas instituciones se definían más claramente y empezaban a adqui- rir caracteres de permanencia. Los oligarcas habían conseguido diseñar una máquina de gobierno, tan vasta como intrincada, que funcionaba a pesar de nuestros empeños para sabotearla.

El funcionamiento del nuevo Gobierno supuso una sorpresa para los revolucionarios, que no habíamos imaginado que aquello llega- ra a funcionar, que pudiera restablecerse el ritmo normal de la so- ciedad. Los hombres trabajan duramente en las minas y en el cam- po, bien que como simples esclavos; mientras, aumentaba la pro- ducción en las industrias más importantes. Los miembros de las castas obreras trabajaban satisfechos, pues por primera vez en sus vidas habían conocido la paz industrial. Ya no tenían que preocu- parse por las crisis, las huelgas, los cierres patronales ni por la pre- sión de los sindicatos. Vivían en casas confortables, en ciudades modélicas

que acogían a toda su casta; unas ciudades espléndidas en comparación con los arrabales y guetos en los que habían vivido anteriormente. Disfrutaban de mejor comida, de un horario laboral más corto, de más días festivos y de una oferta superior de cultura y ocio. Desde luego no sentían la menor preocupación por sus me- nos afortunados hermanos y hermanas, los trabajadores desfavore- cidos, los arrojados al abismo. La humanidad empezaba a conocer una nueva era de egoísmo; aunque a decir verdad, esto no era del todo así. Nuestros agentes penetraban en el tejido social de las cas- tas, y descubrían a los hombres que veían más allá de las necesida- des de sus estómagos, que percibían la imagen radiante de la liber- tad y de la solidaridad.

Otra importante institución creada por la oligarquía fue la de los Mercenarios, que funcionaba totalmente a su satisfacción. Este cuerpo de soldados se creó a partir del viejo ejército regular, y al- canzó pronto la cifra de un millón de hombres, sin contar a las fuerzas coloniales. Los mercenarios constituían una raza aparte. Vivían en ciudades levantadas sólo para ellos, que prácticamente autogobernaban, y tenían garantizados muchísimos privilegios, consumiendo por sí mismos una parte importante de los enojosos excedentes. Estaban perdiendo todo el contacto y la comprensión del resto de la gente, y de hecho estaban desarrollando una nueva moralidad y conciencia de

clase; a pesar de eso habíamos conse- guido infiltrar entre ellos a millares de nuestros agentes 113.

Los oligarcas, obligado es decirlo, habían conseguido, como clase, un desarrollo y una disciplina inesperados. Cada miembro tenía una labor que cumplir en el mundo y estaban obligados a cumplir- la. Se acabaron los señoritos ricos y ociosos. Ahora se los utilizaba para reforzar el poder de la oligarquía sirviendo como oficiales de las tropas o como capitanes en la industria. Siguieron estudios en las ciencias aplicadas y muchos llegaron a ser grandes ingenieros; ocuparon cargos en la amplia administración del gobierno, en las posesiones coloniales y entraron a miles en la plétora de servicios secretos. Se puede decir que fueron adiestrados para las artes, para la enseñanza, para el servicio de la religión, para las ciencias, la literatura y para todos aquellos campos en que resultara fundamen- tal moldear el pensamiento dominante en el pueblo y la perpetuación de la oligarquía.

Los enseñaron para que, después, enseñaran a su vez que lo que hacían era lo correcto. Desde niños recibían la impronta aristocrá- tica que había de servirles posteriormente para moverse en el mun- do. Una impronta que llegaba a fundirse íntimamente en sus cuer- pos y en su espíritu. Se consideraban a sí mismos como domadores de animales salvajes, como conductores de ganado. Sentían bajo sus pies el ruido sordo de la revolución. Sentían el acecho de la

muerte violenta; las bombas, los machetes y las balas eran los fie- ros colmillos de la bestia que rugía en los abismos, a la que estaban obligados a dominar por el bien futuro de la humanidad. Eran los salvadores de esa humanidad, de cuyo bienestar se consideraban los heroicos y abnegados guardianes.

Pensaban que, como clase, eran los únicos que podían mantener la civilización. Creían firmemente que si ellos flaqueaban, la gran bestia los engulliría tanto a ellos como a todo lo que representaba la belleza, la alegría y la bondad, arrastrándolos a las fauces cena- gales de sus cavernas. Sin ellos, reinaría la anarquía, y la humani- dad retornaría a la noche primitiva de los tiempos de la que con tanto esfuerzo había conseguido salir.

Se mostraba siempre la terrible imagen de la anarquía ante sus ojos infantiles para que éstos, obsesionados por la horrible visión, la transmitieran en su día a sus hijos futuros. Era la bestia a la que había que aplastar. Ésa era la misión suprema de la aristocracia: no dejar que la bestia pudiera asomar su cabeza. En suma, ellos solos, en una labor ardua y sacrificada, tenían que mantenerse como los defensores de una débil humanidad ante el acecho de la bestia; y ellos lo creían, estaban firmemente convencidos.

No puedo ahora profundizar en esas convicciones morales asenta- das en toda la clase oligárquica. Esa moral ha servido para fortale- cer al Talón de Hierro, y muchos camaradas se

han mostrado tar- díos o reacios para reconocerlo. Han considerado que la fuerza del Talón se Hierro se basaba en su sistema de castigo o recompensa. Estaban equivocados. El cielo y el infierno pueden ser los factores principales en el fervor religioso de algún fanático, pero para la mayoría de los individuos religiosos, cielo e infierno son conceptos alejados de los del bien y el mal. El primer factor de la religión es el amor a lo correcto, a lo adecuado, el deseo por esas virtudes, la insatisfacción por todo lo que sea incorrecto. Y por esos principios morales se rige la oligarquía. Las prisiones, el destierro y la degra- dación; o el reconocimiento social, los palacios y las ciudades de ensueño, son absolutamente contingentes. El motor principal que mueve a la oligarquía es la creencia de que están haciendo lo co- rrecto. No importan las excepciones, la opresión o la injusticia en

que se fundamenta el Talón de Hierro. Todo eso lo dan por descon- tado. El hecho es que el poder de la oligarquía reside hoy en la concepción autocomplaciente de estar haciendo lo correcto 114.

Por ello, la fuerza de la revolución durante estos espantosos veinte años se ha basado en contraponer nuestros principios morales a los suyos. No se explicaría si no el esfuerzo y el sacrificio de nuestras vidas. Ha sido la causa por la que Rudolph Mendenhall ofreciera con sus versos su alma a la causa y entonara el canto del cisne la última noche de su vida. Por

ninguna otra razón murió torturado Hulbert, sin que consiguieran que delatara a sus compañeros. Y lo mismo para que Anna Roylston renunciara a la maternidad que tanto hubiera deseado, o para que John Carlson fuera el abnegado custodio del refugio de Glen Ellen. No importa que sean jóvenes o viejos, hombres o mujeres, importantes o sencillos, geniales o ato- londrados, en todos ellos se pueden encontrar el revolucionario más fervoroso. Y muy importante, todos están dirigidos por ese impulso ético.

Pero estoy volviendo a adelantar acontecimientos. Ernest y yo ya habíamos comprendido, antes de abandonar el refugio, el grado de desarrollo que estaba alcanzando el Talón de Hierro. Las castas obreras, los mercenarios, y la pléyade de agentes secretos y de po- licías de todo tipo al servicio de la oligarquía sentían, en general, que vivían mejor que en tiempos pasados, e ignoraban totalmente la pérdida de libertad. Por su parte, los desheredados, la mayor parte de la población, las gentes del abismo, se hundían en un em- brutecimiento apático, resignados en su miseria. Cuando surgía de entre ellos algún trabajador más concienciado y luchador, la oli- garquía lo alejaba de las masas y le ofrecía un mejor medio de vi- da, haciéndolo miembro de las castas obreras o mercenario. Con-

seguían, así, calmar los ánimos y privar al proletariado de sus líde- res naturales.

Las condiciones de las gentes del abismo eran lamentables. Para ellos había desaparecido la escolarización obligatoria. Vivían como animales en enormes y sórdidos guetos obreros, inmersos en la miseria y la degradación. Les habían arrebatado todas sus liberta- des y los habían reducido a la condición de trabajadores esclavos que ni siquiera podían elegir un tipo de trabajo. También se les negó cualquier forma de movilidad geográfica, así como el derecho a poseer armas. No eran siervos de la tierra, como los que trabaja- ban en el campo, sino siervos de las máquinas y del trabajo. Cuan- do surgía alguna necesidad perentoria, tal como la de construir una carretera importante, o un tendido eléctrico o telegráfico, o canales, túneles o fortificaciones, era entonces cuando recurrían a las levas forzosas en los guetos obreros y se llevaban, quisieran o no, a dece- nas de miles de siervos al escenario de las nuevas construcciones. Un gran ejército trabaja actualmente de forma extenuante en la cons- trucción de la nueva Ardis. Los han hacinado en estrechos barraco- nes, donde es imposible cualquier tipo de vida familiar, y donde cualquier decoro humano ha descendido a los niveles de la más sór- dida animalidad. De hecho, es de esa rugiente bestia de los abismos de la que surgen los principales temores de los oligarcas, pero se trata simplemente de la bestia que ellos han forjado, y que mantie- nen para que no desaparezcan de ella ni los simios ni los tigres.

Justo ahora corre el rumor de que habrá nuevas levas para construir la ciudad de Asgard, un proyecto de ciudad lujosa que excederá de lejos a Ardis cuando esté acabada115. Seremos los revolucionarios quienes continuemos esa obra colosal, pero no serán siervos mise- rables quienes trabajen en ella; los muros, las torres y las columnas de esa ciudad idílica se levantarán entre el sonido de los cánticos; y en sus cimientos no yacerán enterrados los suspiros, los gemidos o los ayes de dolor, sino la música y las risas.

Ernest estaba ansioso por volver a salir al mundo a trabajar en la que sería nuestra primera rebelión, la que tan lamentablemente fuera abortada en la Comuna de Chicago. Era capaz sin embargo de atemperar su impaciencia y, mientras tanto, hizo venir a Hadly ex profeso desde Illinois para que lo convirtiera en otro hombre 116. Mientras, forjaba en su cabeza grandes planes para la organización del proletariado concienciado y para el mantenimiento de un sis- tema educativo mínimo que sirvieran a la gente del abismo —todo ello, naturalmente, para el supuesto de que la primera rebelión fra- casara.

No abandonamos el refugio hasta enero de 1917. Todo estaba pre- parado. Nos convertimos en agentes provocadores en una organi- zación del Talón de Hierro. Yo era supuestamente hermana de Er- nest. A través de oligarcas y compañeros infiltrados en puestos de responsabilidad conseguimos ocupar

nuestros puestos; nuestros documentos estaban en orden y nos habían construido un pasado verosímil. No fue nada difícil para la gente infiltrada, porque en las sombras del mundo de los servicios secretos todo era nebuloso. Los agentes iban y venían como fantasmas; obedecían órdenes, cumplían misiones, seguían pistas, escribían sus informes para superiores a los que nunca veían, o bien cooperaban con otros agentes a los que tampoco habían visto anteriormente y a los que no volverían a ver.

C A P Í T U L O XXII

La Comuna de Chicago

Ser agentes provocadores nos permitía viajar a nuestro aire, lo que nos facilitaba estar en contacto con el proletariado y con nuestros camaradas revolucionarios. Así nos convertimos en agentes dobles, teóricamente servíamos al Talón de Hierro, pero a la vez trabaja- mos en secreto con toda el alma para la causa. Éramos muchos los infiltrados en la oligarquía, y a pesar de los cambios bruscos y de las reorganizaciones en los servicios secretos, la oligarquía nunca consiguió eliminarnos a todos.

Ernest había trabajado mucho tiempo en los preparativos de la primera rebelión. La fecha propuesta era al comienzo de la prima- vera de 1918. En el otoño de 1917 no estábamos aún preparados, quedaba mucho trabajo por hacer, y si la rebelión se precipitaba, estaría abocada al fracaso. Era inevitable la necesidad de contem- plar el complot en toda su complejidad, porque cualquier acto prematuro suponía el riesgo de arruinarlo. El Talón de Hierro sabía que podía producirse en cualquier momento y estaba preparado para combatirlo.

Habíamos planeado dar nuestro primer golpe en el sistema nervio- so de la oligarquía. El Talón recordaba lo sucedido cuando la huel- ga general, y había prevenido una posible defección de los telegra- fistas; instaló para ello una red de telegrafía sin hilos a cargo de mercenarios, a la que teníamos que contrarrestar. Cuando se diera la señal, nos serviríamos de nuestros abnegados camaradas para que desde cada refugio a lo largo del país, desde cada ciudad, pue- blos y aldeas, salieran de sus refugios y volaran todas las estacio- nes de telegrafía sin hilos. Este primer golpe sacudiría brutalmente al Talón de Hierro, cuyas organizaciones quedarían desarticuladas por la falta de intercomunicación.

A esa misma señal, otros camaradas dinamitarían los puentes y los

túneles y sabotearían toda la red del ferrocarril, mientras que otros grupos capturarían a los oficiales de los mercenarios y de la poli- cía, así como a los oligarcas significados por su capacidad operati- va o bien porque tuvieran importantes cargos directivos. Consegui- ríamos con ello descabezar al enemigo, manteniendo a sus líderes fuera de las batallas que inevitablemente se iban a librar a lo largo del país.

Eran múltiples las acciones que tenían que ocurrir simultáneamente cuando sonara la señal. Los patriotas canadienses y mexicanos, que eran mucho más fuertes de lo

que el Talón de Hierro pudiera ima- ginar, aplicarían las mismas tácticas. Entonces otros camaradas (las mujeres, puesto que los hombres estarían ocupados en otras accio- nes) tenían que fijar por doquier las proclamas que habrían confec- cionado en nuestras imprentas clandestinas. La misión de los que tuviéramos cargos en las organizaciones del Talón de Hierro era la de crear la confusión y la anarquía en nuestros departamentos. Dentro de los mercenarios se movían miles de nuestros camaradas; su trabajo iba a consistir en volar los polvorines y destruir los me- canismos vitales de la maquinaria de guerra. Acciones similares estaban programadas para trastornar el funcionamiento de las ciu- dades exclusivas de los mercenarios y las de las castas obreras.

En resumen, preparábamos un golpe súbito, tremendo, demoledor. Antes de que la oligarquía saliera de su estupor ya habríamos aca- bado con ella. Eso significaría días terribles, con un gran número de víctimas, pero ningún revolucionario dudaba en la acción a to- mar. Nuestro plan dependía mucho de las masas desorganizadas del abismo; esas gentes camparían a sus anchas por los palacios y las ciudades de los poderosos. No nos importaban ni sus propieda- des ni sus vidas; ni que los primitivos seres del abismo rugieran y los mercenarios y la policía los masacrara. Sería inevitable el tro- nar de los abisales embrutecidos e igualmente lo sería la violencia criminal de los mercenarios y de la policía. Quiero decir que de todos los peligros que íbamos a afrontar, lo que menos nos impor- taba

era ese combate. Eso nos servirá para poder hacer nuestro trabajo con menos obstáculos y llegar a controlar todos los resortes de la maquinaria de la sociedad.

Ése era el plan que habíamos diseñado en secreto hasta en los mí- nimos detalles, y que a medida que se acercaba el día íbamos co- municando a más y más camaradas. El principal problema era ex- tender el ámbito de la conspiración sin que hubiera filtraciones, pero nunca conseguimos alcanzar ese objetivo porque el sistema de espionaje del Talón de Hierro tuvo noticias sobre los preparativos de la rebelión y anduvo listo para darnos otra de sus sangrientas lecciones. El lugar que el Talón eligió para sus enseñanzas fue la ciudad de Chicago, ¡y bien que nos enseñaron la lección!

Chicago 117 era la ciudad más aguerrida en la lucha obrera; ya des- de hacía mucho tiempo la llamaban la ciudad sangrienta, y en esta ocasión iba a confirmar esa fama. Era donde el espíritu revolucio- nario se mostraba más firme; había habido allí tantas huelgas amargas en los tiempos del capitalismo como para que los trabaja- dores no pudieran ni perdonar ni olvidar. Incluso los obreros privi- legiados se mostraban partidarios de la rebelión. Hubo demasiados cráneos machacados en una reciente huelga, cuyo recuerdo les ha- cía que, a pesar de sus privilegios, mantuvieran su odio hacia los poderosos. Ese espíritu había conseguido infectar a los mercena- rios, tres de cuyos regimientos estaban dispuestos a unirse en masa a nosotros.

Ha sido siempre Chicago el centro más tormentoso en el conflicto entre trabajadores y capitalistas; una ciudad de batallas callejeras y de muertes violentas, con una conciencia de clase en los capitalis- tas y una conciencia de clase en los trabajadores. Era una ciudad donde en los viejos tiempos los buenos maestros de escuela se formaban en los sindicatos y estaban afiliados a las organizaciones de los albañiles en la Federación Americana de Trabajadores. Y por ello se decidió que fuera Chicago el centro de la tormenta en la

prematura Primera Rebelión.

Fue el Talón de Hierro quien precipitó los acontecimientos, y fue- ron muy listos en su acción. Sometieron a todos los habitantes, incluidos los trabajadores privilegiados, a un trato ultrajante. Rom- pieron todas sus promesas y todos sus compromisos y aplicaron los castigos más drásticos por cualquier pequeña falta. A las gentes del abismo las fustigaron para hacerlas salir de su apatía; estaban cla- ramente provocando el rugido de la bestia del abismo. Y unido a todo esto, el Talón de Hierro había relajado todas las medidas de precaución en la ciudad, algo que resultaba inconcebible. Se había debilitado la disciplina entre los mercenarios, e incluso se envió a muchos regimientos a otros lugares del país.

Sólo les llevó unas pocas semanas llevar adelante este programa. Los revolucionarios sólo teníamos vagos rumores de

la situación, nada que nos hiciera comprenderla en toda su extensión. Pensamos que habría sido un brote espontáneo de la rebelión al que debería- mos refrenar; pero no llegamos a imaginar que fuera un plan pre- meditado del Talón de Hierro; lo habían planeado de forma tan secreta en los círculos más íntimos de su organización que no lle- gamos a tener el menor indicio. Prepararon su respuesta al complot de una manera magistral y de igual forma lo contrarrestaron.

Estaba yo en Nueva York cuando recibí la orden perentoria de ir a Chicago. El hombre que me dio la orden era uno de los oligarcas, lo reconocí por su forma de hablar, aunque no conocía su nombre ni había visto su cara. Sus instrucciones eran demasiado claras co- mo para permitirme cualquier error. Leyendo entre líneas me di cuenta de que habían descubierto el complot, de que nos habían bloqueado. La chispa estaba preparada para saltar, y una multitud de agentes del Talón de Hierro, incluida yo, bien desde nuestros puestos o bien enviándonos allá, íbamos a hacer saltar esa chispa. Me siento orgullosa de haber podido mantener la sangre fría delan- te de los ojos perspicaces del oligarca, pero mi corazón latía apre- surado. Mientras me comunicaba sus instrucciones con la mayor sangre fría, tuve que reprimir el deseo de gritar, arrojarme sobre su garganta y ahogarlo con mis manos.

Fuera ya de su presencia calculé el tiempo que me quedaba; toda-

vía tenía un rato libre. Con un poco de suerte sería capaz de con- tactar con algún camarada local antes de coger el tren. Procurando evitar que me siguieran, me metí precipitadamente en las urgencias del hospital. Afortunadamente encontré enseguida al camarada Galvin, el cirujano jefe. Empecé a decirle lo que sabía, pero ense- guida me interrumpió.

—Ya lo sé —me dijo en tono sereno, aunque sus ojos irlandeses brillaban y lanzaban chispas. Hace un cuarto de hora que me he enterado, y ya he pasado la información. Haremos todo lo posible aquí para que no se mueva ningún camarada. Habrá que sacrificar Chicago, pero será la única sacrificada.

—¿Has tratado de comunicarlo a Chicago? —pregunté. Negó con la cabeza.

—No hay comunicaciones telegráficas con Chicago. La ciudad está bloqueada y se convertirá en un infierno.

Calló por un momento, y pude observar cómo apretaba los puños. Al final de la pausa, estalló:

—¡Dios santo! ¡Lo que daría por estar allí ahora!

—Todavía tenemos una posibilidad de pararlo —dije—, si no le pasa nada al tren puede que llegue a tiempo de advertirles. Puede ser también que algún otro camarada de los servicios secretos que se haya enterado llegue a tiempo.

—Esta vez os ha pillado dormidos a los infiltrados —dijo, mientras yo asentía compungida.

—Fue una operación muy secreta —respondí—. Los altos jefes de sus servicios secretos no lo han sabido hasta hoy mismo. Nosotros no hemos conseguido aún penetrar en ese círculo tan restringido. No hemos podido evitar estar en la inopia.

¡Ojalá Ernest estuviera aquí! Quizá esté ahora en Chicago y todo salga bien.

El doctor Galvin negó con la cabeza.

—Las últimas noticias que tengo sobre él es que lo han enviado a Boston o a New Haven. Trabajar para los servicios secretos del

enemigo le impide, sin duda, hacer un trabajo eficaz, pero mejor es eso que estar encerrado en un refugio.

Me levanté para marcharme y Galvin me apretó la mano con fuer- za.

—Mantén el coraje —fueron sus palabras de despedida—. ¿Qué puede ocurrir si fracasa la Primera Rebelión? Habrá una segunda, y para entonces tendremos más experiencia. Adiós y buena suerte. No sé si volveré a verte alguna otra vez. Va a haber un infierno allí, pero daría diez años de mi vida con tal de estar en él.

El Siglo Veinte 118 partió de Nueva York a las seis de la tarde; tenía prevista su llegada a Chicago a las siete de la mañana siguiente, pero esa noche se retrasó. Fue todo el camino detrás

de otro tren. Entre los viajeros de mi vagón Pullman estaba el camarada Hart- man, agente infiltrado como yo en los servicios secretos del Talón de Hierro. Por él supe que el tren que nos precedía era una réplica exacta del nuestro, si bien iba vacío. La idea era que el atentado previsto para el Siglo Veinte afectara a la réplica. Ésa era la expli- cación de que hubiera tan poca gente en el tren —sólo trece pasaje- ros en nuestro vagón.

—Debe de viajar gente importante con nosotros —dijo Hartman—. He visto un vagón privado a la cola.

Ya era de noche cuando se produjo el primer cambio de locomoto- ra. Salí a la plataforma para respirar un poco de aire fresco y tratar de ver lo que pudiera. Eché una ojeada hacia las ventanillas del vagón privado y vi tres hombres a los que reconocí; Hartman tenía razón. Uno de ellos era el general Altendorff; los otros dos eran Mason y Vanderbold, los cerebros del círculo más cerrado de los servicios secretos.

Era una noche tranquila iluminada por la luna, pero me sentía tan inquieta que era incapaz de pegar ojo. A las cinco me levanté de la cama y me vestí.

Le pregunté a la camarera cuánto retraso llevaba el tren y me res-

pondió que dos horas. La mujer era mulata; observé su cara dema- crada y las grandes ojeras que rodeaban unos ojos muy abiertos, como si le asaltara algún temor.

—¿Qué le sucede? —pregunté.

—Nada señorita, sólo que creo que no he dormido bien —replicó.

La miré más detenidamente y ensayé uno de nuestros signos secre- tos. Respondió inmediatamente y estuve segura de su lealtad.

—Algo terrible va a suceder en Chicago —dijo—. Hay un tren falso delante del nuestro; eso y los trenes que transportan tropas son la causa de nuestro retraso.

—¿Trenes militares? —pregunté. Asintió con la cabeza.

—La vía está llena de esos trenes; van por el carril rápido y todos se dirigen a Chicago.

—Mi hombre está en Chicago —comenzó a explicarme—. Es uno de los nuestros y está con los mercenarios. Temo por él.

Pobre mujer, su amor estaba en uno de los tres regimientos disi- dentes.

Desayuné con Hartman en el vagón restaurante y me forcé a comer algo. El cielo estaba nublado y el tren avanzaba como un rayó en medio del manto gris que tamizaba la luz del día. Hasta los negros que servían en el tren sabían que algo terrible e inminente iba a suceder. Se notaba la tensión en sus rostros. Habían perdido su presteza habitual y obedecían mecánicamente las peticiones de los pasajeros. A veces se les

veía cuchichear entre ellos en el extremo del vagón, cerca de la cocina. Hartman había perdido toda esperan- za.

—¿Qué podemos hacer? —me preguntaba por vigésima vez. Seña- lando a la ventana dijo:

—Mira, todo lo tienen preparado; puedes suponer que eso se está repitiendo en todos los caminos, a treinta o cuarenta millas de la ciudad.

Se refería a los soldados acampados al lado de las vías que prepa-

raban sus desayunos en pequeñas fogatas y miraban curiosos el avance vertiginoso de nuestro tren.

Todo estaba tranquilo cuando llegamos a Chicago. Era evidente que aún no había sucedido nada. Subieron los periódicos de la ma- ñana al tren. No decían nada, pero sin embargo había un gran con- tenido, no para el lector común pero sí para el lector avezado, ca- paz de leer entre líneas. Se notaba la mano sutil del Talón de Hie- rro en cada columna. Se denunciaban indicios de flaqueza en el armazón de la oligarquía. Naturalmente no se mencionaba ninguno en particular. Se intentaba que cada lector recapacitara sobre dónde estaban esas fisuras. Fue un trabajo muy sagaz; los periódicos de la mañana del 27 de octubre eran una obra de arte desde un punto de vista de la novela psicológica.

No había noticias locales. Otro acierto por su parte. Eso sumergía a Chicago en el misterio y parecía dar a entender que la oligarquía no se atrevía a publicar noticias locales. Se daban otras noticias vagas sobre sucesos que acaecían a lo largo del país, naturalmente todas falsas. Hablaban de insubordinaciones en algunos lugares, sublevaciones que eran sofocadas con severas sanciones para los causantes. Había informes sobre la voladura de numerosas estacio- nes de telegrafía inalámbrica, y se ofrecían jugosas recompensas para quien denunciara a los causantes. Todo falso, porque no se llegó a destruir ninguna estación telegráfica. Hubo muchas más noticias insidiosas que coincidían con los planes de los revolucio- narios. La impresión en las mentes de los camaradas de Chicago fue que la rebelión general había comenzado, bien que con diver- sos fracasos difíciles de precisar. Era imposible, para todo el que no dispusiera de una información de primera mano, escapar al va- go sentimiento de que todo el país estaba preparado para la rebe- lión que acababa de estallar.

Se anunció que la defección de los mercenarios de California había alcanzado tal importancia que se habían disuelto media docena de regimientos y que se había arrojado a sus miembros y familias a los guetos obreros. ¡Curiosamente, los mercenarios de California eran los más afectos a sus mandos! ¿Pero cómo iba a saber todo eso Chicago, aislada como estaba del resto del mundo? También se

interceptó un telegrama incompleto que describía un levantamiento en la ciudad de Nueva York, al que supuestamente se habían adhe- rido las castas obreras; el cable acababa con un comunicado (que pretendía que se tomara como una falsedad) que decía que las tro- pas habían conseguido dominar la situación.

Y lo que los oligarcas habían hecho con los periódicos de la maña- na lo repitieron en múltiples aspectos. Por ejemplo, y tal como aprendimos después, los mensajes secretos que los oligarcas se enviaban entre ellos, en la noche previa, iban dirigidos expresa- mente a confundir los oídos de los revolucionarios.

—Creo que el Talón de Hierro no necesitará ya nuestros servicios

—comentó Hartman mientras dejaba de leer el periódico al entrar en la estación central—. Han perdido el tiempo enviándonos aquí. Les han salido los planes mejor de lo que esperaban. En cualquier momento se desatará el infierno.

Se volvió a mirar el tren cuando nos apeamos.

—Parece que no me equivoqué —murmuró—, desengancharon el último vagón cuando subieron los periódicos.

Hartman estaba profundamente deprimido. Traté de animarlo cuando salíamos de la estación, pero no lo conseguí. De repente comenzó a hablar muy deprisa y en una voz tan baja que apenas lo entendía.

—No estoy seguro —comenzó diciendo—, y no se lo he dicho a nadie. He estado semanas dándole vueltas, pero no he llegado a ninguna conclusión firme. Vigilad a Knowlton. Sospecho de él; sabe dónde están muchos de nuestros refugios, lo que pone en sus manos las vidas de muchos camaradas; creo que es un traidor. Es solamente un presentimiento, pero me parece haber descubierto ciertos cambios en él en las últimas semanas. Temo que nos haya vendido o que vaya a hacerlo. Estoy casi seguro. No le hubiera contado a nadie mis sospechas, pero de alguna forma creo que no voy a salir vivo de Chicago. No perdáis de vista a Knowlton. Po- nedle alguna trampa. Investigadlo. Es sólo una intuición y no he conseguido ninguna pista sólida.

—Caminábamos ya por la acera, y Hartman concluyó en tono aún

más serio—. No os olvidéis de Knowlton, no lo perdáis de vista.

—Efectivamente, Hartman tenía razón, y antes de un mes Knowl- ton pagó la traición con su vida. Lo ejecutaron formalmente los camaradas de Milwaukee.

Las calles permanecían tranquilas, demasiado tranquilas. Chicago parecía una ciudad muerta. No se oía ningún ruido de tráfico. Ni siquiera había taxis por las calles. Tampoco funcionaban los auto- buses urbanos ni el metro elevado. Sólo se veía ocasionalmente a algún peatón andando por la acera con pasos indecisos, pero sin que parecieran paseantes

desocupados. Parecía que su indecisión nacía de algún extraño temor a que se derrumbase algún edificio sobre sus cabezas o a que se hundiera el suelo bajo sus pies. Había también algunos niños que correteaban por la calle, con ojos ex- pectantes, como si fuera a ocurrir algún suceso extraordinario y maravilloso.

Desde algún lugar lejano del sur nos llegó el ruido sordo de una explosión. Eso fue todo; el silencio volvió a apoderarse de las ca- lles. A los niños, sin embargo, el ruido lejano pareció sorprender- los hasta el punto de que cesaron en sus correteos y se quedaron tratando de escuchar nuevos sonidos, como los ciervos jóvenes ante cualquier señal de alarma. Ningún portal de los edificios esta- ba abierto y las tiendas tenían los cierres bajados. Había, eso sí, muchos policías y otros vigilantes que patrullaban de forma osten- sible; de vez en cuando pasaba veloz algún coche de los mercena- rios.

Coincidí con Hartman en que no tenía ningún sentido que nos pre- sentáramos a informar a los jefes locales de los servicios secretos. No hacerlo no significaría nada a la vista de los acontecimientos que se iban a producir, así que nos dirigimos hacia el gran gueto obrero del sur con la esperanza de encontrar a alguno de los cama- radas. Sabíamos que era demasiado tarde, pero no podíamos que- darnos simplemente vagando por el terrible vacío de esas calles. Me preguntaba dónde estaría Ernest, ¿qué estaría pasando en las ciudades de la aristocracia obrera y de los mercenarios? ¿Y en los cuarteles?

Como en respuesta a mis dudas, nos llegó de la lejanía el ruido de

una explosión seguido de una serie de detonaciones.

—Ha sido en los cuarteles —dijo Hartman—. Dios se apiade de esos tres regimientos.

Desde un cruce, pudimos ver en la dirección de los mataderos una gran columna de humo. Desde el siguiente cruce observamos otras columnas hacia el oeste. Sobre la ciudad de los mercenarios vimos cómo explotaba un enorme globo cautivo como los que usa el ejér- cito, y cómo caían a tierra los jirones ardientes de la envoltura. No teníamos ni idea de qué podía haber sucedido con el globo, ni si los tripulantes eran camaradas o enemigos. También llegó hasta noso- tros un ruido lejano y continuo, como si fuera el borboteo de una enorme caldera, y Hartman dijo que eran disparos de ametrallado- ras y rifles.

Seguimos caminando por las calles tranquilas. Nada parecía que fuera a suceder en ese barrio. La policía y los coches patrulla se- guían dando vueltas. De repente apareció media docena de coches de bomberos que, evidentemente, regresaban tras haber intervenido en algún siniestro. Vimos cómo un oficial preguntaba desde su coche algo a los bomberos y oímos la respuesta airada de uno de ellos: «¡No hay agua. Han volado las conducciones!».

—Hemos cortado el suministro de agua —dijo Hartman, muy exci- tado—. Si somos capaces de algo así en un intento prematuro, ais- lado y abortado, ¿qué no podremos hacer en ataque concertado y madurado a lo largo del país?

El automóvil del oficial siguió su marcha y de repente se oyó un ruido ensordecedor. El coche con su carga humana estaba envuelto en una humareda acre que surgía del amasijo de chatarra y carne chamuscada.

Hartman murmuraba exultante: «¡Bien hecho!, ¡bien hecho! El proletariado va a recibir hoy una lección, pero también ellos recibi- rán la suya». Los policías corrieron hacia el coche siniestrado y también se acercó otro coche patrulla. Yo estaba completamente perpleja por la rapidez con que había sucedido todo. No sé qué había pasado, a pesar de haber estado atenta en medio del escena- rio. Ni siquiera me daba cuenta de que estábamos rodeados de po-

licías amenazadores, uno de los cuales apuntaba a Hartman con su pistola. Mi camarada mantuvo la calma y le dio el santo y seña al agente, que agitó dudoso su arma y finalmente la metió en su fun- da, no sin dejar de mostrar su enojo y maldecir a los servicios se- cretos. No cesaba de quejarse de «esa gente» mientras Hartman le explicaba, con la suficiencia que le otorgaba su rango, la importan- te labor de los servicios secretos frente a la torpeza de la policía.

Empezaba a comprender lo que había sucedido. Estaba observando atentamente cómo los policías agrupados alrededor del coche que- mado sacaban a uno de sus ocupantes para meterlo en el otro co- che, cuando, de repente, parecieron dominados por el pánico y se separaron del coche calcinado, dejando caer al oficial herido y co- rriendo en todas direcciones. También echó a correr el policía mal- diciente, y nosotros, sin saber exactamente por qué, corrimos tras él, alejándonos del lugar del siniestro.

Ahora la situación estaba tranquila. Empecé a confirmar mi hipóte- sis. Los policías regresaban lentamente hacia donde habían dejado al herido, mirando aprensivos a las múltiples ventanas de los altos edificios que bordeaban la calle. Todo apuntaba a que alguien ha- bía lanzado la bomba desde una de esas ventanas, pero ¿desde cuál? No hubo una segunda bomba, pero se mantenía el temor.

Nos quedamos mirando con curiosidad a todas esas ventanas. Des- de cualquiera de ellas podía surgir la muerte. Cada edificio podía convertirse en el escenario de una emboscada. Así era la guerra en la jungla moderna, en la gran ciudad. Cada calle era un estrecho cañón, cada edificio una colina. No habíamos cambiado mucho desde los tiempos del hombre primitivo a pesar de que corrieran por las calles esos coches llenos de policías armados hasta los dientes.

Al volver una esquina nos encontramos una mujer tendida en el suelo en un charco de sangre. Hartman se inclinó a examinarla

mientras yo la contemplaba horrorizada. Había de ver muchos muertos ese día, pero después de toda aquella matanza, recordaría sobre todo ese cuerpo aislado, abandonado sobre el pavimento.

«Le dispararon en el pecho», dijo Hartman. Con la misma fuerza que muestran los niños para que no les arrebaten un juguete, así

apretaba la mujer su puño para no soltar un manojo de hojas im- presas. Incluso en el momento de su muerte, parecía empeñada en no deshacerse de lo que sin duda fue la causa de ella, porque cuan- do Hartman consiguió abrir su mano, supimos que el contenido eran grandes hojas de papel que contenían la proclama de los revo- lucionarios.

—Una camarada —dije.

Hartman se limitó a maldecir al Talón de Hierro mientras seguía- mos nuestro camino. A menudo nos paraban los patrulleros o la policía, pero nuestros salvoconductos nos permitían proseguir. No se lanzaron más bombas desde las ventanas, pero los últimos pea- tones habían desaparecido de las calles, con lo que aumentó la de- solación de la ciudad. En la distancia seguía retumbando la caldera batiente y desde todos los puntos nos llegaban los ruidos sordos de las explosiones. También se distinguían las columnas de humo que ascendían aquí y allá hacia el cielo.

C A P Í T U L O XXIII

La gente del abismo

Súbitamente cambió la situación. Pareció como si el aire se estre- meciera. Aparecieron coches que rodaban veloces por las calles advirtiéndonos a gritos. Uno de ellos surgió detrás de una esquina y giró rápidamente en uno de los bloques; segundos después, justo por donde acababa de pasar, explotó una bomba abriendo un gran agujero en el pavimento. Vimos correr a los policías por las calles trasversales, e imaginamos que algo terrible iba a suceder. Ya per- cibíamos el rugido.

—Ya llegan los valientes camaradas —dijo Hartman.

Podíamos ver el frente de la columna que cubría la calle de borde a borde. Se alejaba el último coche militar, pero se detuvo un mo- mento a nuestra altura y un soldado bajó de él portando cuidado- samente algo en sus manos, un objeto que depositó con igual cui- dado en el borde de la calzada. Volvió a subir rápido al coche, que siguió su marcha dando la vuelta en la siguiente esquina. Hartman corrió hacia el objeto.

—Aléjate —me previno.

Pude ver cómo sus manos manejaban aquella caja, y cuando regre- só adonde yo estaba, vi su frente perlada de sudor.

—Lo he desactivado —dijo—; justo en el límite del temporizador. Ese soldado es idiota. Lo dejó ahí para que explotara cuando pasa- ran los camaradas, pero calculó mal el tiempo y hubiera detonado antes. Ahora ya no explotará.

La situación se agravaba por momentos. En las ventanas más altas de un bloque pude ver alguna gente que observaba la calle. Se lo estaba señalando a Hartman cuando una explosión sacudió el aire y una cortina de llamas y humo cubrió la fachada donde había visto

aquellas caras. La explosión descolgó el muro exterior, mostrando ahora el armazón de hierro del edificio. Inmediatamente después otra explosión causó algo parecido en la casa de enfrente. Entre las explosiones pudimos oír también el tableteo de las ametralladoras y los disparos de los rifles. Los ataques a los altos de los edificios se prolongaron durante algunos minutos y luego cesaron brusca- mente. Era patente que nuestros camaradas estaban en un edificio y los mercenarios en el de enfrente, pero no podíamos saber quién estaba en cada uno de ellos. Enseguida nos alcanzó la columna que avanzaba por la calle. Tan pronto como llegaron al escenario de la batalla callejera, los dos bandos reanudaron la lucha; uno de ellos lanzaba desde las ventanas bombas a la calle y respondía, a la vez, a los disparos desde las ventanas de enfrente. Eso nos mostró quién era quién: los que tiroteaban a los lanzadores de bombas eran nues- tros camaradas; era una

acción muy acertada impedir que el enemigo lanzara las bombas.

Hartman me agarró del brazo y tiró de mí hasta un callejón ciego.

«No son nuestros camaradas los que vienen», me susurró al oído. Comprobamos entonces que todos los portales del callejón estaban cerrados a cal y canto. No teníamos escape. Pocos segundos des- pués, la columna humana pasó por delante de donde estábamos. No era una columna de revolucionarios, era una masa humana, un to- rrente espantoso, borracho y violento, que abarrotaba la calle pi- diendo la sangre de sus amos. Yo había visto antes a las gentes del abismo, había estado en los guetos donde vivían y creía conocer- los, pero ahora pensé que los estaba viendo como realmente eran. Se había desvanecido su apatía estúpida y mostraban ahora un te- rrible estado convulsivo. Aparecían ante mí en oleadas, gruñendo de ira como si fueran una manada de bestias carnívoras ahítas del whisky que habían saqueado en los almacenes; borrachos de al- cohol y de odio, ansiosos de sangre; hombres, mujeres y niños cu- biertos de harapos, seres de inteligencia primitiva con todos los rasgos de humanidad borrados en unos rostros que sólo mostraban los más siniestros rasgos animales; los de los simios y los tigres; tísicos extenuados y peludos animales de carga; rostros lánguidos a los que la sociedad había vampirizado,

extrayéndoles el fluido vi- tal. Figuras hinchadas, abotagadas, que mostraban su degeneración

física y su extremo grado de corrupción. Brujas demacradas y hombres de rostros cadavéricos cubiertos de barbas como las de los viejos patriarcas; jóvenes y viejos igualmente infectados; rostros de aspecto diabólico, retorcidos; seres deformados por los estragos de la enfermedad y los horrores de la desnutrición crónica; los desechos y la escoria de la vida: una horda rabiosa, satánica.

¿Y por qué no iban a estar allí? La gente del abismo no tenía nada que perder excepto su miseria y su miedo a seguir viviendo. ¿Y qué podían ganar?; nada, salvo saciar sus horribles ansias de ven- ganza. Y según los miraba, pensé que en esa tumultuosa corriente de lava humana había hombres, nuestros camaradas y héroes, cuya misión había sido levantar a la bestia abismal de su letargo y en- frentarla al enemigo para poder actuar nosotros con más libertad.

Y en ese momento me asaltó una extraña sensación. Algo nuevo en mí.

Había olvidado el temor a la muerte, a la mía y a la de mis camara- das. Me dominaba una extraña excitación, era otro ser en otra vida. Ya nada me importaba. Si esta vez la causa había fracasado, la próxima vez triunfaría, porque se mantendría siempre joven y siempre activa. Y a partir de ahí, en la orgía de

horror y violencia que siguió, fui capaz de mantener un interés tranquilo ante los acontecimientos. Ni la vida ni la muerte significaban nada. Yo era simplemente una espectadora atenta a lo que sucedía, y algunas veces, arrastrada por la acción, me convertía en una participante curiosa. Era como si me hubieran transportado a la frialdad de una estrella lejana y hubiera sufrido un cambio repentino en mi escala de valores. Si no hubiera sucedido así, estoy segura de que habría muerto allí mismo.

Había avanzado ya la columna media milla desde donde nos ha- bíamos refugiado cuando nos descubrieron. Una mujer cubierta de insólitos harapos, con las mejillas hundidas y unos ojos negros semicerrados que miraban como dos barrenas, se quedó mirándo- nos a Hartman y a mí. Dio un grito agudo y se lanzó hacia nosotros arrastrando a algunos componentes de esa turba. Todavía puedo recordar perfectamente su aspecto cuando saltó hacia nosotros, recuerdo sus greñas grises, la sangre que corría sobre su cara, posi-

blemente debida a alguna brecha en su cabeza; portaba un hacha en la mano izquierda, y la otra era una garra amarilla, huesuda y arru- gada, que agitaba en el aire de forma convulsiva y amenazante. Hartman se plantó delante de mí. No había tiempo para ninguna explicación; íbamos bien vestidos y eso era suficiente para aquella chusma enardecida. Hartman lanzó su puño entre los dos ojos ar- dientes de la mujer. La arpía

cayó hacia atrás por el impacto, si bien no llegó al suelo porque su espalda tropezó en los cuerpos de sus camaradas. Rebotada por éstos hacia delante, pareció aturdida e inerme, y dejó caer sin fuerza el hacha sobre el hombro de Hart- man.

No supe muy bien lo que pasó a partir de ahí porque la masa hu- mana me apretujaba, y me cubría de golpes acompañados de aulli- dos y juramentos. Sentí cómo desgarraban mis vestidos y arañaban mi piel, y temí que me despedazaran. Me sentía en los límites de la resistencia, a punto de ahogarme en esa presión humana, cuando la mano de un hombre me agarró violentamente por el hombro y tiró con fuerza arrastrándome con él. Me desvanecí por el dolor y la tensión. Hartman no salió vivo de ese callejón, porque al servirme de escudo, recibió los golpes más violentos. Eso permitió que me salvara, porque en el apretujamiento sólo recibí desgarros en el vestido y en la carne.

Recobré el conocimiento en medio de esa marcha tumultuosa y me sentía arrastrada en su corriente sin saber hacia dónde. Sentí el frescor del aire en mis mejillas y mis pulmones lo aspiraron con ansia. Aunque mareada y no repuesta aún del desmayo, sentí que un brazo fuerte sujetaba los míos por debajo de mi cuerpo y que me llevaba casi en volandas mientras yo trataba de arrastrar los pies. Se me quedó fija la mirada en la chaqueta rasgada de un hombre que iba delante de mí. La raja corría por toda la costura central y hacía que a cada paso se mostrara regularmente la entu- mecida espalda. La visión sirvió para distraerme mientras trataba de

recuperarme. Empecé ya a sentir los pinchazos en las mejillas y en la nariz, y noté que corría la sangre por mi cara. Había perdido el sombrero y tenía el pelo totalmente alborotado, y el dolor de cabeza me hizo recordar la mano que, en la entrada del callejón, me agarró del pelo tratando de arrancarlo. También empecé a sentir

dolores en el pecho y en los brazos magullados.

Comenzaba a aclarárseme el cerebro y me volví hacia el hombre que me sujetaba. Era el que me había sacado del tumulto y, sin duda, me había salvado la vida. Notó mi recuperación.

—¡Todo va bien! —dijo en un susurro ronco—. Te reconocí enseguida.

No sabía quién era, pero antes de poder hablarle sentí que estaba pisando algo blando que parecía moverse. Arrastrada por los que venían pegados a mi espalda, no pude pararme a mirar, pero com- prendí que era una mujer caída y aplastada por los pies de esa hor- da.

—¡Todo va bien! —repitió—. Soy Garthwaite.

Aún barbudo, sucio y demacrado, conseguí recordarlo como el joven recio que pasó algunos meses, tres años atrás, en nuestro refugio de Glen Ellen. Me pasó el santo y seña de los servicios

secretos del Talón de Hierro como muestra de que él también per- tenecía a ellos.

—Te sacaré de aquí en cuanto tenga la menor oportunidad —me aseguró—. Pero ten mucho cuidado al andar, cualquier traspié puede acabar con tu vida.

La brusquedad y la violencia no cesaban ni un instante, no sólo en la marcha de la columna, sino también ante sus repentinas paradas. En una de ellas, choqué contra una mujer gruesa que iba delante de mí (el hombre de la chaqueta rasgada había desaparecido) y los que venían detrás chocaron contra mí. Se levantó entonces un espanto- so pandemónium —gritos, juramentos y ayes de muerte, y por en- cima de ellos el tableteo de las ametralladoras y el bang-bang de los rifles—. Al principio no supe qué pasaba. La gente caía a dere- cha e izquierda a mi alrededor. La mujer que iba delante se dobló un instante y cayó al suelo, apretando su vientre con las manos. Un hombre se agarraba a mis piernas en su estertor mortal.

Me di cuenta de que estábamos a la cabeza de la columna. Habían desaparecido los ochocientos metros de masa que nos precedían. Aún no sé cómo sucedió. Hasta el día de hoy no he conseguido

saber qué les pasó a aquellos ochocientos metros de humanidad compacta; no sé si los arrasó algún terrible artilugio bélico, si que- daron reducidos a trozos minúsculos de carne, o

si consiguieron escapar. Pero allí nos encontramos, a la cabeza de la marcha en lugar del centro donde habíamos empezado, y bajo una tupida llu- via de plomo.

Tan pronto como la muerte, o lo que fuera, consiguió aligerar la aglomeración humana, Garthwaite, sosteniendo todavía mi brazo, corrió junto a un grupo de supervivientes y entró el vestíbulo de un edifico de oficinas. Al fondo del portal nos sentimos aprisionados por la masa jadeante que entró detrás. Permanecimos allí un buen rato sin que pasara nada.

—¡Pues sí que la he hecho buena! —comenzó a lamentarse Garthwaite, sin soltar mi brazo—. Te he metido en una ratonera. Al menos en la calle teníamos alguna oportunidad de salvarnos, pero aquí no veo ninguna. No nos queda más que gritar:

«¡Viva la revolución!».

Enseguida empezó a cumplirse su pronóstico. Los mercenarios entraron a sangre y fuego. La presión que sentíamos al principio empezó a aflojar a medida que caían los cuerpos abatidos por las balas. Los muertos y los moribundos abrían el espacio. Garthwaite acercó su boca a mi oído para decirme algo, pero con el estruendo de los disparos y de los gritos no conseguí oírlo. No esperó a repe- tirlo; bruscamente me tiró al suelo y enseguida arrastró el cuerpo de una mujer agonizante y me cubrió con él. A continuación se arrastró hasta mí y se tumbó encima cubriendo parte de mi cuerpo. Enseguida comenzó a caer sobre los dos un montón de muertos y heridos.

Los moribundos gemían y pataleaban. Pero pronto quedó todo en un silencio sólo roto por algún gemido leve y los últimos suspiros de algún agonizante.

Hubiera muerto aplastada de no haber sido por Garthwaite. En cualquier caso resultaba inconcebible que hubiera podido aguantar todo aquel peso, pero lo conseguí y seguí viva. Curiosamente, y aparte de los dolores, el sentimiento dominante en mí era el de la curiosidad. ¿Cómo iba a acabar todo aquello? ¿Qué se sentiría al morir? Así fue cómo recibí mi bautismo rojo en el desastre de

Chicago. Antes de eso, la muerte había sido para mí algo teórico, simplemente, pero incluso a partir de ahí, la muerte significaba un simple tránsito, algo sin importancia, un suceso que podía ocurrir en cualquier momento, de cualquier forma.

Los mercenarios no se contentaron con aquella acción. Invadieron el vestíbulo y comenzaron rematar a los heridos y a buscar a los que, ilesos como nosotros, se fingían muertos. Recuerdo a un hombre, al que arrancaron de un montón de cadáveres, que implo- raba misericordia a los soldados hasta que un disparo lo enmude- ció. Una mujer se alzó desde otro montón humano gruñendo y em- puñando un revólver. Disparó seis balas antes de que fuera abatida. No conseguimos ver si había alcanzado a alguien porque seguía- mos toda la tragedia sólo a través de los ruidos. Cada pequeño co- nato de

resistencia acababa con un disparo de revólver. En los intervalos podíamos escuchar a los soldados hablar y maldecir según revolvían entre los cuerpos amontonados mientras los oficiales les urgían acabar su siniestra tarea.

Finalmente llegaron hasta nuestro montón y pude notar cómo dis- minuía la presión sobre mí a medida que iban retirando los cuerpos de los muertos y de los heridos. Garthwaite empezó a gritarles las consignas. Al principio no lo oyeron, por lo que redobló sus gritos.

—Escuchad eso —le oímos decir a un soldado. Y enseguida la voz áspera de un oficial—: ¡Alto ahí!, ¡cuidado!

Aspiré con fruición la primera bocanada de aire fresco cuando reti- raron los últimos cuerpos que tenía encima. Aceptaron la explica- ción de Garthwaite, pero a mí, quizá por mi desastrado aspecto, me hicieron más preguntas, hasta que demostré que pertenecía a los servicios del Talón de Hierro.

—Agentes provocadores. De acuerdo —concluyó el oficial. Se trataba de un joven imberbe, seguramente hijo de alguna familia importante de oligarcas.

—Un trabajo asqueroso —refunfuñó Garthwaite—. Voy a tratar de darme de baja e ingresar en el ejército. Vosotros sí que lo pasáis bien.

—Te lo has ganado —dijo el oficial joven—. Tengo alguna mano

y trataré de ayudarte. Les diré cómo te encontramos.

Tomó los datos de Garthwaite y después se volvió hacia mí.

—¿Y tú?

—Yo ya estoy harta. Me voy a casar y dejaré todo esto —le respondí, encogiendo los hombros.

Y mientras hablábamos, proseguía la carnicería con los heridos. Cuando lo recuerdo me parece todo un sueño, pero en aquellos días era la cosa más natural del mundo. Garthwaite mantenía una ani- mada conversación con el joven oficial sobre las diferencias entre lo que llamaban la guerra moderna y la guerra callejera entre ras- cacielos, la que se estaba desarrollando por toda la ciudad. Yo los escuchaba atentamente mientras trataba de arreglarme un poco el pelo y sujetar con alfileres los desgarros del vestido. Mientras ha- blábamos, los soldados seguían rematando a los heridos. Algunas veces el ruido de los disparos ahogaban las voces de Garthwaite y del oficial, lo que los obligaba a repetir lo dicho.

Estuve tres días en medio de la matanza de la Comuna de Chicago y es posible imaginar la magnitud de la carnicería cuando digo que durante ese tiempo no vi prácticamente nada que no fuera la masa- cre de la gente del abismo y los tiroteos entre las ventanas de los rascacielos enfrentados. No pude ver nada de la lucha heroica de los camaradas. Podía oír el tronar de sus bombas y de sus cargas de explosivos y ver las columnas de humo que surgían por todas par- tes; pero eso era

prácticamente todo. Al segundo día sí pude ver una acción importante, los ataques que desde los globos lanzaban nuestros camaradas sobre las fortificaciones militares. El Talón había masacrado hasta el último hombre de los tres regimientos sublevados y después fueron los mercenarios los que ocuparon los cuarteles. El viento soplaba en la buena dirección cuando nuestros globos se elevaron desde las azoteas de los edificios de oficinas de la ciudad.

Tras abandonar el refugio de Glen Ellen, el camarada Biedenbach había inventado un explosivo muy potente —lo llamó la «expedi- ta»—; y fue ése el explosivo que lanzaron desde los globos; unos artilugios aerostáticos de construcción muy rudimentaria que utili-

zaban aire caliente para ascender, y que resultaron muy eficaces. Los pude ver desde la azotea de un edificio de oficinas. El primer globo, sin capacidad dirigible, no pudo pasar por encima de los cuarteles y desapareció en las afueras. Poco después supimos lo que había pasado con él. Los tripulantes eran Burton y O‟Sullivan. Cuando el globo iba descendiendo pasó por encima de la vía fé- rrea, justo cuando circulaba a toda velocidad un tren lleno de sol- dados que se dirigía a Chicago. Los dos camaradas dejaron caer toda su carga de «expedita» sobre la locomotora. La explosión dejó la vía bloqueada durante varios días; y lo mejor fue que una vez liberado el globo de su carga de explosivos ascendió

rápidamente y no cayó a tierra hasta doce millas más lejos. Burton y O‟‟Sullivan escaparon sanos y salvos.

El segundo globo fue un desastre. No consiguió ascender lo sufi- ciente, lo que hizo que los disparos de los soldados lo agujerearan antes de que pudiera sobrevolar las fortificaciones. Iban Hertford y Guinness dentro, y resultaron hechos pedazos cuando el artilugio cayó y explotó en el campo. Nos enteramos más tarde de la deses- peración de Biedenbach y de su resolución de manejar él solo el tercer globo. Tampoco consiguió la altura deseada, pero tuvo más suerte porque los disparos de los soldados no causaron ningún da- ño serio a su artefacto. Puedo recordarlo ahora tal como lo vi desde la azotea de aquel edificio; aquella bola inflada movida por el vien- to y debajo de ella una pequeña mancha: ¡Biedenbach! No pude ver los cuarteles, pero los que me acompañaban dijeron que estaba justo encima de ellos. Tampoco vi la caída de la «expedita» cuando la soltó de sus amarras, pero sí pude ver el globo disparado hacia el cielo. Tras un intervalo que me mantuvo anhelante, se levantó una gran columna de humo y, debido a la distancia, tardó en oírse la tremenda explosión: el amable Biedenbach acaba de destruir él solo una fortificación. Los otros aeróstatos aparecieron juntos in- mediatamente después. Uno de ellos saltó en el aire hecho pedazos, alguno de los cuales alcanzó al segundo, que afortunadamente cayó y explotó en la fortificación que aún quedaba intacta. No podía

haber salido mejor esta última operación, excepto por la pérdida de las vidas de los dos camaradas.

Pero volveré a la gente del abismo, porque en realidad fue casi

únicamente con ellos con los que tuve contacto en esa cruenta bata- lla. Fue esa horda la que, rabiosa, masacró y causó más destrucción en el centro de la ciudad, y que, en contrapartida, fue aplastada por el Talón de Hierro; pero ni siquiera pudieron acercarse a la ciudad de los oligarcas, en el lado oeste. Los oligarcas se habían protegido adecuadamente. No importaba que la destrucción se hubiera ceba- do en el corazón de la ciudad, ellos, sus mujeres y sus hijos habían escapado sin un rasguño. Me han dicho, incluso, que los niños ju- gaban tranquilos en sus parques durante aquellos días terribles, y que su juego favorito era una imitación del preferido por sus pa- dres: pisotear al proletariado.

A los cuerpos de mercenarios, sin embargo, no les resultó fácil luchar contra la gente del abismo a la vez que contra los camara- das. Chicago fue fiel a su tradición, y aunque una generación de revolucionarios cayó en esa batalla, también cayó una generación de sus enemigos. Como era de esperar, el Talón de Hierro ocultó la cifra de sus bajas, pero una estimación muy prudente cifra en al menos ciento treinta mil los mercenarios muertos. Pero los cama- radas no tuvieron ninguna otra oportunidad. En lugar de levantarse en armas todo el país,

se quedaron solos, de forma que todas las fuerzas de la oligarquía pudieron concentrarse contra ellos. Así sucedió: hora tras hora, día tras día, interminables convoyes milita- res llegaban en los abarrotados trenes, transportando cientos de miles de mercenarios hasta Chicago.

A la gente del abismo, a esas masas enormes que habían abando- nado sus guetos, los soldados, cansados de dispararles, habían de- cidido empujarlos, como si fueran ganado, hacia el lago Míchigan. Fue al comienzo de esa conducción siniestra cuando Garthwaite y yo reencontramos a aquel joven oficial. El intento de conducirlos hacia las aguas del lago fracasó casi en su totalidad; y todo ello gracias a nuestros camaradas. En lugar del inmenso rebaño que los mercenarios habían confiado en reunir, sólo consiguieron llevar a unos cuarenta mil de esos desgraciados hasta el lago. Cada vez que conseguían reunir a un grupo numeroso para conducirlo por las calles hacia el agua, aparecían los nuestros con sus tácticas de dis- tracción y abrían el hueco suficiente como para que los agrupados pudieran escapar por él.

Garthwaite y yo pudimos comprobar un ejemplo de esa táctica cuando nos volvimos a encontrar con el oficial. Los supervivientes de la multitud que encontramos al principio se batieron en retirada, pero un fuerte contingente de tropas les impidió escapar hacia el sur y el este, y las tropas que comandaba el oficial joven les cerra- ba el paso por el oeste; así

que la única salida era hacia el norte, hacia las aguas del lago, puesto que este, sur y oeste estaban prote- gidos por las ametralladoras y los rifles automáticos. No sé si fue debido a un presentimiento del fin que les esperaba o a un último coletazo de la bestia, pero el caso es que bruscamente esa muche- dumbre torció el sentido de su marcha en la siguiente calle y enfiló primero hacia el oeste y después hacia el sur, hacia el gran gueto de donde salieron.

Fue en ese momento cuando Garthwaite y yo tratábamos de ir ha- cia el oeste para salir del escenario de los combates callejeros, pero héteme aquí que volvimos a encontrarnos otra vez en el centro de la turba. Cuando llegamos a la esquina vimos a la multitud furiosa acercarse hacia nosotros. Garthwaite me cogió del brazo y echa- mos a correr, hasta que bruscamente me apartó a un lado para pro- tegerme de la media docena de coches que, equipados con ametra- lladoras, corrían hacia los fugitivos. Detrás de los coches armados iban los soldados con sus rifles automáticos. No habían tenido tiempo de fijar su posición de disparo cuando la masa ya había caído sobre ellos. Los soldados disparaban sus rifles en medio de la turba, pero sus disparos no parecían tener ningún efecto sobre aquella multitud. Parecía como si las ametralladoras no tuvieran ninguna efectividad frente a aquello. Los coches sobre los que iban montadas las ametralladoras bloqueaban la calle obligando a los soldados a situarse detrás, entre ellos o en las aceras. Cada vez llegaban más soldados y no veíamos forma

de salir de allí; Garthwaite me agarró del brazo y nos aplastamos contra la fachada de un edificio.

Cuando la turba estaba a menos de ocho metros, las ametralladoras abrieron fuego. Parecía imposible sobrevivir ante aquella cortina de plomo; la masa humana no tenía intención de detenerse, pero la pila de caídos, una montaña de muertos y heridos, le impedía avanzar. Los que venían detrás seguían empujando, y la columna

se comprimía cada vez más de acera a acera. Los heridos, hombres y mujeres, rodaban por encima del montón y acababan aplastados por las ruedas de los coches o caían a los pies de los soldados, que los atravesaban son sus bayonetas. Pude ver a uno de aquellos de- sesperados cuando mordía la yugular de un soldado y ambos roda- ban en un abrazo mortal hasta caer en el mar de sangre de la calza- da.

Cesó el fuego. La labor había concluido. Habían acabado con el intento de huida de la gran horda. Se oyó la orden de despejar las ruedas de los coches armados, puesto que los cadáveres impedían que se desplazaran hasta el cruce de calles. Estaban los soldados en la labor de retirar los cadáveres que bloqueaban los coches cuando inesperadamente surgió la nueva acción. Supimos después lo que había sucedido. Un centenar de nuestros camaradas habían tomado un edificio en el siguiente bloque y, atravesando las casas conti- guas y

saltando por los tejados, habían conseguido situarse en lo alto del edificio, debajo del cual se encontraban los coches y el grueso de los soldados. Aquello supuso una contramasacre.

Sin aviso previo, cayó desde lo alto del edificio una lluvia de bom- bas. Los coches que portaban las ametralladoras quedaron reduci- dos a chatarra y muchos soldados cayeron destrozados. Nosotros, junto a los supervivientes, retrocedimos en una loca carrera. Medio bloque más allá, gente apostada en otro edificio comenzó a dispa- rarnos. Tal como los soldados habían hecho con los esclavos, al- fombrando la calzada de cadáveres, así hicieron los camaradas con ellos. Parecía que a Garthwaite y a mí nos sonreía la fortuna. Tal como hicimos poco antes, nos resguardamos, ahora, en la entrada de otro edificio, pero esta vez no nos quedamos allí esperando, y tan pronto como cesó el estallido de las bombas, Garthwaite salió a ver qué pasaba.

—¡Vámonos de aquí enseguida! —dijo, excitado—. La masa está volviendo. Agarrados de la mano, corrimos resbalando sobre el pavimento cubierto de sangre

hasta llegar a la esquina siguiente. En el cruce de calles pudimos ver unos pocos soldados ilesos que todavía corrían. El camino pa- recía expedito, así que nos paramos un momento para mirar atrás.

La masa avanzaba lentamente porque se entretenía en arrebatar las armas a los muertos y en rematar a los heridos. Pude ver cómo acababan con el joven oficial que nos había rescatado. Caído en el suelo se apoyó en un codo y comenzó a disparar su pistola al azar.

—¡Vaya, se acabaron mis posibilidades de ascenso! —ironizó Garthwaite, cuando una mujer, que blandía un cuchillo de carnice- ro, se abalanzó sobre el herido hundiendo el arma en él—. Corra- mos, no sé adónde vamos, pero acabaremos saliendo de aquí.

Así que corrimos hacia el este a través de las calles aparentemente tranquilas, aunque parábamos prevenidos en cada esquina. Hacia el sur, una enorme masa de humo empezaba a cubrir el cielo; eso significaba que el gran gueto estaba ardiendo. Al final, no pude más y me senté en el borde de la acera. Estaba exhausta y sentí que no podía seguir. Tenía las piernas y los brazos amoratados y llenos de raspaduras y arañazos, pero a pesar de mi estado conseguí lan- zar una sonrisa a Garthwaite, que estaba liando un cigarrillo mien- tras me decía:

—Ya sé que tratando de salvarte te he metido en un gran embrollo, pero es que todo esto no ha tenido para mí ni pies ni cabeza. He tenido que improvisar en cada momento, cada vez que parecíamos escapar nos metíamos en otro lío. Estamos sólo a un par de bloques de donde te saqué de aquel callejón. Esto es un caos; no sé dónde están los amigos ni los enemigos. No se

puede saber quién está en ninguno de esos malditos edificios. Trata de averiguarlo y te puede caer una bomba en la cabeza; trata de caminar tranquilo, y te metes en medio de una jauría humana o te enfrentas a las ametralladoras; júntate a los mercenarios y te matan tus propios compañeros desde un tejado. Y aparte de todos esos riesgos, aparece la masa de desesperados, que trata también de acabar contigo.

Movió tristemente la cabeza, encendió el cigarrillo y se sentó junto a mí.

—Además, estoy hambriento —añadió—. Me comería esos adoquines.

Al poco, se levantó, agarró uno de los pedruscos sueltos y lo lanzó contra el escaparate del almacén que teníamos detrás.

—Es la planta baja y no parece muy confortable —dijo mientras me ayudaba a entrar por el boquete que había abierto—, pero creo que es lo mejor que podemos conseguir por el momento. Puedes quedarte y dormir un poco, no tardaré mucho en volver. Acabaré esta operación de rescate, pero necesito tiempo, no sé cuánto, ¡ah!, y algo para comer.

Nos habíamos metido en un almacén de arneses para caballos. Con unas pocas mantas de las que se ponen en sus lomos, me metí en la oficina y me hice algo parecido a una cama. Para colmo de desgra- cias, sentí que me venía un ataque de

jaqueca, y lo único que me podía aliviar era la posibilidad de cerrar los ojos y tratar de dormir.

—Volveré —dijo al marchar—. No confío en venir a buscarte en un coche, pero al menos traeré algo que jalar.

Tardé tres años en volver a ver a Garthwaite. En lugar de volver al almacén, lo tuvieron que llevar a un hospital con un balazo en los pulmones y otro que le atravesó un lado del cuello.

C A P Í T U L O XXIV

Pesadilla

Toda aquella odisea tras no haber pegado ojo en el tren consiguió que me quedara profundamente dormida en ese almacén. Era ya de noche cuando me desperté. Garthwaite no había vuelto. Había per- dido mi reloj y no tenía ni idea del tiempo transcurrido. Tumbada con los ojos cerrados, podía oír el ruido de explosiones lejanas. Todavía rugía el infierno. Me deslicé lentamente hacia la entrada del almacén y pude ver que el reflejo de los múltiples incendios iluminaba la calle hasta el punto de que se podían leer perfecta- mente los letreros de las fachadas. Desde unos cuantos bloques más allá llegaba el estruendo de las granadas y el tableteo de las ametralladoras, y desde más lejos, el ruido de potentes explosiones. Me arrastré de nuevo hacia la oficina y volví a dormirme envuelta en las mantas para caballos.

Cuando me desperté la segunda vez, se filtraba desde la calle una luz amarillenta hasta el fondo del almacén. Era el amanecer del segundo día. Volví a acercarme a la entrada y pude ver el cielo cubierto por un manto de humo atravesado por destellos blancos intermitentes. En la calle, por la otra acera, vi tambalearse a un esclavo malherido que se apretaba el costado con una mano e iba dejando un reguero de sangre a su

paso. Sus ojos miraban aterrori- zados a su alrededor y por un momento se fijaron en mí. Su rostro mostraba la expresión patética de un animal herido y acorralado. Me vio, pero en el cruce de nuestras miradas no podía haber la menor sombra de entendimiento. Se encogió aún más asustado y siguió con sus pasos vacilantes. Creo que sintió que no podía espe- rar la menor ayuda en ese mundo de Dios. Era uno más entre los nuevos esclavos ilotas a los que los poderosos habían sometido. Todo lo que comprendió que podía esperar era encontrar un aguje- ro en el que refugiarse para morir como un animal. El áspero ulular de una ambulancia que cruzó la esquina pareció sobresaltarlo. Las

ambulancias no recogían a gente como él. Dio un gemido de terror y se refugió en un portal. Un minuto después salió otra vez a la calle y continuó sus pasos desesperados.

Volví a mis mantas caballunas y me quedé envuelta en ellas duran- te una hora, esperando a Garthwaite. Seguía sufriendo la jaqueca, que incluso parecía aumentar. Sólo con gran esfuerzo de la volun- tad conseguí abrir los ojos y empezar a mirar alrededor. Eso me supuso un tormento insoportable. Me martilleaba el cerebro. Con pasos débiles, tambaleándome, logré llegar hasta el escaparate roto y salir a la calle. Una vez fuera traté instintivamente de huir de aquella horrible carnicería. A partir de ese momento me pareció vivir otra pesadilla. El recuerdo de lo que sucedió en las horas su- cesivas

aparece ahora en mi memoria como un mal sueño. Muchos de esos sucesos se mantienen claramente en mi cerebro, pero en medio de ellos hay periodos en los que debí vagar inconsciente mientras sucedían cosas que no recuerdo ni nunca recordaré.

Sí conservo la imagen de un hombre tendido en el suelo, con el que tropecé al volver una esquina: era el desgraciado que pasó por de- lante de mi refugio en el almacén. Quedó en mi memoria el lasti- moso aspecto que ofrecía caído en el pavimento: sus manos huesu- das, deformadas, más semejantes, por los callos de sus palmas, a las pezuñas de algún animal; o por sus dedos retorcidos, a las ga- rras de alguna fiera. Sin duda, algún tipo de trabajo inhumano las habría llevado a ese grado de deformación. Me levanté y traté de seguir vagando por la ciudad fantasma, pero antes miré la cara del hombre y observé que aún vivía. Él también me dirigió una mirada torpe.

Después, mi conciencia volvió a quedarse en blanco. No recuerdo nada más, sólo debí seguir tambaleándome tratando de buscar al- gún lugar seguro. La siguiente visión de pesadilla que recuerdo es la de una calle silenciosa llena de cadáveres. Fue un encuentro brusco, como el del senderista que se encuentra de golpe con un pequeño torrente, sólo que en mi caso no era un torrente de aguas limpias, sino un glaciar, que en vez de agua helada contenía cadá- veres rígidos. Cubrían la calzada y las aceras; en algunos casos aparecían amontonados, y más dispersos en otros. Pobres desgra-

ciados del abismo, siervos masacrados tras una brutal cacería; ya- cían allí como los conejos de California después de una batida de cazadores 119. Miré a un lado y a otro de la calle y no percibí nin- gún movimiento, reinaba un silencio sepulcral. Los tranquilos edi- ficios contemplaban mudos el escenario a través de sus múltiples ventanas vacías. Sólo una vez pude ver un brazo que se movió en medio del torrente helado. Juro que lo vi agitarse con un extraño espasmo de agonía; como parte de él se levantó una cabeza ensan- grentada que barbotó alguna palabra hacia mí, cayó otra vez, y ya no se movió.

Recuerdo otra calle de edificios silenciosos en la que me asaltó el pánico cuando vi venir hacia mí otra marea humana de gentes del abismo; pero esta vez no tenía nada que temer. La turba se desliza- ba lentamente, y podía oír los lamentos, los gruñidos, las impreca- ciones, los juramentos y los gritos de histeria y de locura que sur- gían de ella. No me asusté, porque esta marea la formaban los muy jóvenes y los muy viejos, los débiles y los enfermos, los desampa- rados y los más desesperados, todo el escombro humano del gueto. El incendio del gran gueto en la parte sur de la ciudad los había hecho abandonarlo y lanzarse al infierno de la batalla callejera. Dónde y cómo acabó aquella marcha desesperada, es algo que no supe ni sabré jamás120.

Tengo el vago recuerdo de un escaparate roto y de mi escondite en una tienda para escapar de la masa que huía

perseguida por los soldados. También el de una bomba que estalló cerca de mí en una calle hasta ese momento tranquila, y en la que mirando arriba y abajo no pude descubrir a nadie. Un recuerdo vivo es el que co- mienza con el ruido del disparo de un rifle, veo que estoy siendo el

blanco de un soldado que va en un automóvil. No me alcanza, y empiezo a gritar y a gesticular las consignas de los servicios secre- tos. Subí al coche, pero mi recorrido en él es totalmente brumoso, aunque guardo el recuerdo vívido del disparo del soldado que iba a mi lado y que me hizo abrir los ojos. Miré a la acera y reconocí a George Milford, a quien había conocido en los días de Pell Street. El soldado lo había alcanzado y Milford cayó al suelo; a pesar de eso, el soldado volvió a dispararle. Mi antiguo camarada se enco- gió ante el segundo impacto y luego quedó tendido en la acera. El soldado soltó una risita sorda y el coche siguió su marcha.

Mi siguiente recuerdo, tras haberme despertado de un largo sueño, fue el sonido de los pasos repetidos de un hombre cerca de mí. Vestía el uniforme de los mercenarios y me fijé en su rostro dema- crado y tenso y en las gotas de sudor que caían de su frente y le rodaban por la nariz. Se apretaba el pecho con las dos manos y a cada paso caían al suelo gotas de sangre. A través de los gruesos muros del edificio llegaba el ruido amortiguado de las bombas. Me debía de encontrar en un edificio desde el que se combatía a los ocupantes de otro. Llegó

un médico a curar al soldado herido y pude saber que eran las dos de la tarde. Persistía mi jaqueca y el médico dejó un momento al herido para darme un calmante que me permitiera relajarme y descansar. La medicina hizo que me dur- miera otra vez, y cuando desperté vi que estaba en la parte más alta del edificio. La lucha había terminado en las proximidades y pude ver el ataque de los globos a las fortificaciones. Alguien me rodea- ba con su brazo y yo me apoyaba contra él. Sentí inmediatamente que no podía ser otro que Ernest; me quedé mirando fijamente sus cejas y el pelo chamuscados.

Fue una increíble casualidad la que hizo que pudiéramos encon- trarnos en aquel horrible escenario. Ernest no tenía ni idea de que yo hubiera salido de Nueva York, y cuando entró en aquella habi- tación no podía creer que aquella mujer fuera yo. Poco más pude ver de los sucesos de la Comuna de Chicago. Tras el ataque de los globos a las fortificaciones, Ernest me llevó al interior del edificio, donde pude dormir lo que quedaba de tarde y toda la noche. El tercer día permanecimos en el mismo lugar, y al cuarto, aprove- chando que Ernest había conseguido permiso de las autoridades y

dos plazas en un automóvil, abandonamos Chicago.

Me había recuperado de la jaqueca, pero sentía un inmenso can- sancio de cuerpo y espíritu. Mi espalda se apoyaba en Ernest den- tro del coche y miraba sin interés el esfuerzo de los

soldados para poder sacar el automóvil de la ciudad. Continuaba el fuego inter- mitente por donde pasábamos. Muchos sectores del barrio seguían en poder de los camaradas, pero estaban totalmente cercados por el grueso de las tropas. Resistían en un centenar de puntos dispersos, y cada uno de ellos significaba una trampa donde los mercenarios trataban de reducirlos. Reducirlos significaba matarlos in situ; no había cuartel, así que los camaradas lucharon hasta el último hombre 121.

Cada vez que nos aproximábamos a un punto conflictivo, los guar- dias nos obligaban a dar un rodeo. En una ocasión, la única posibi- lidad de avanzar era pasar entre el fuego de dos grupos enfrenta- dos. Podíamos oír a cada lado el ruido de las ametralladoras y de los fusiles mientras el coche avanzaba entre las ruinas humeantes y las fachadas descolgadas. A menudo, las calles estaban taponadas por montañas de escombros que nos obligaban a dar rodeos. Esta- mos en un laberinto de ruinas que hacían muy lento el avance.

Todo el complejo industrial de los mataderos (los rediles, los almacenes, los talleres, el gueto, etc.) se había convertido en un con- junto de ruinas humeantes. Lejos, a la derecha, una columna de humo oscurecía el cielo. «Ésa es la ciudad de Pullman», nos dijo el conductor, «o mejor dicho, lo que queda de ella, porque la han des- truido casi por completo». El soldado había estado allí la tarde del tercer día, y nos contó acerca de

las terribles batallas que tuvieron lugar allí. Nos dijo que la mayoría de las calles estaban intransita-

bles por las pilas de cadáveres que las cubrían.

Al dar la vuelta alrededor de los muros de un edificio consumido por el fuego, en el distrito de los mataderos, el automóvil tuvo que parar ante una pila de cadáveres. Nos pareció como si una ola gi- gantesca los hubiera arrojado hasta allí. Estaba claro lo que había sucedido. Cuando la masa del abismo cruzó la esquina, las ametra- lladoras apostadas a los dos lados de la calle perpendicular les dis- pararon a mansalva. Tampoco los soldados escaparon del desastre, porque la explosión accidental de una bomba donde se agrupaban hizo que soldados y esclavos, todos mutilados y desgarrados, se mezclaran en el mismo montón; y alrededor de todos ellos se acu- mulaban los restos retorcidos de armas y de coches.

En un momento dado, Ernest saltó del coche. Unos hombros fami- liares cubiertos por una camisa de algodón y un peculiar flequillo blanco habían llamado su atención. Yo no me había fijado y no miré hasta que Ernest volvió al coche, y cuando éste reanudó la marcha, me dijo:

—Era el obispo Morehouse.

Pronto estuvimos en el campo. En medio del verdor, me volví para echar la última mirada al cielo de la ciudad, ennegrecido por el humo. Desde la lejanía nos llegó el ruido amortiguado de

una ex- plosión. Apoyé mi cara en el pecho de Ernest y lloré mansamente por la causa perdida. El abrazo de Ernest me reconfortó.

—Hemos perdido esta vez, mi amor —me dijo—, pero no será así la próxima vez. Hemos aprendido mucho de la derrota. Mañana, la causa volverá a levantarse, más fuerte, más preparada y más disci- plinada.

El automóvil llegó hasta la estación del ferrocarril, donde teníamos que tomar un tren que nos llevara a Nueva York. Mientras esperá- bamos en el andén, pasaron tres convoyes veloces con dirección al oeste de Chicago. Iban abarrotados de trabajadores andrajosos, la mano de obra sin cualificar del abismo.

—Levas de esclavos para reconstruir Chicago —dijo Ernest—. Eso significa que han matado a todos los esclavos de Chicago.

C A P Í T U L O XXV

Los terroristas

Tuvieron que pasar algunas semanas desde que Ernest y yo volvié- ramos a Nueva York para que llegáramos a comprender la magni- tud de la derrota que había asolado la causa. La situación era san- grienta y amarga. En muchos lugares dispersos, a lo largo del país, había habido revueltas de esclavos y las consiguientes masacres.

La lista de mártires aumentaba constantemente. Había ejecuciones de prisioneros por todas partes. Las montañas y las regiones aisla- das se llenaron de fugitivos y de proscritos, a los que los mercena- rios daban caza como a las fieras. Nuestros propios refugios esta- ban llenos de camaradas, con sus cabezas puestas a precio. Me- diante la información suministrada por sus espías, los soldados del Talón de Hierro descubrieron y arrasaron muchos de nuestros re- fugios.

Algunos de nuestros camaradas, descorazonados, recurrieron a tácticas terroristas. El duro revés sufrido los sumió en una total desesperación. Surgieron muchas organizaciones terroristas fuera de nuestro control, y su existencia nos causó serios problemas 122

Estas bandas de aventureros, que sacrificaban sus vidas de forma tan irracional, obstaculizaron muchas veces nuestros planes y re- tardaron nuestra reorganización.

Y en medio de toda esa agitación, el Talón de Hierro proseguía la persecución implacable de nuestros camaradas; los buscaba en toda la estructura social, sirviéndose para ello de la acción conjunta de los mercenarios, las castas de trabajadores aristócratas y la pléyade de sus servicios secretos. Los castigaban sin piedad, pero lo hacían como si cumplieran un deber social. Sufrían en silencio nuestras represalias y reemplazaban con presteza a sus caídos. Y entretanto, Ernest y los otros líderes trabajaban duramente tratando de reorganizar las fuerzas revolucionarias. Puede comprenderse la magnitud de esta tarea cuando se tiene en cuenta 123...

InfoLibros.org